

# EL VELO DE LA VIUDA

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~  
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Trilogía: «Tremere», Tomo-2)

ERIC GRIFFIN

*"Widow's Weeds"* © 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

## 1

### **El mirador de la viuda**

Antígona aterrizó de golpe y resbaló hacia el borde del tejado. Vaciló al filo, experimentando un inusitado momento de frío pánico. Aleteó con los brazos, recuperó el equilibrio y giró en redondo, preparándose a arrostrar cualquier posible persecución. El círculo de fragmentos de cristal artísticamente colocados del que había emergido estaba vacío. Aún había tiempo.

Barrió el diagrama de un puntapié furioso, borrando un amplio trazo del diseño. Eso debería bastar para impedir que la siguiera nadie.

Se le ocurrió entonces una idea más inquietante. Un perseguidor tenaz no se dejaría disuadir por el cierre de esta vía. Tenía motivos para creer que los Astores, antes que nada, eran tenaces. Si encontraban esta puerta cerrada, abrirían otra.

Antígona se apresuró a agacharse y reorganizar metódicamente el delicado mosaico de cristal; reparando el daño que había hecho por aquí, alterando un símbolo de apoyo por allá. Trabajaba de memoria,

reconstruyendo un patrón que apenas si había atisbado en las criptas bajo la Capilla de los Cinco Distritos. E incluso ella debía admitirlo, se trataba de un patrón que comprendía a duras penas. Un círculo de protección, invertido.

Seguía encorvada sobre los desperdigados trozos de cristal –intentando recordar la correcta conjugación de la runa de protección elemental– cuando apareció Stephens. En cuclillas frente a él, Antígona se protegió el rostro con los brazos, a punto de caerse de espaldas.

Stephens debía de haber estado corriendo cuando tropezó con el portal. Salió volando del diagrama, yéndose a estrellar contra el anillo exterior de protecciones. Sus rasgos se retorcieron en un grito de ultraje y dolor cuando rebotó para caer pesadamente sobre el cemento.

Por aterrorizada que estuviera Antígona, no pudo evitar el pensar en una gaviota que hubiera volado directamente contra la antigua ventana que daba a la bahía de su casa en Scoville, cuando no era más que una niña. En estos momentos, volvía a sentirse exactamente igual que una niña pequeña y asustada.

Stephens se levantó igual que un vendaval, colérico y amenazador. Se irguió sobre ella, vocalizando silenciosas palabras, súplicas, amenazas, sin que sonido alguno traspasara la barrera. Antígona se arrastró de espaldas, impulsándose con las manos. Sintió cómo los crueles fragmentos de vidrio se le clavaban en las palmas, pero no conseguía liberarse del imperativo que habitaba en los ojos de Stephens. La mantenía allí clavada, retorciéndose, como expuesta en una vitrina. El peso de su expectativa no le permitía moverse ni hablar.

–¡Bravo!

La voz vino directamente de detrás de ella, sobresaltándola y liberándola de aquella paralizadora fascinación. Antígona torció el cuello, preparándose para recibir un nuevo ataque por un flanco inesperado. Apenas si conseguía distinguir algo más que el vago perfil de una figura que avanzaba sinuosamente hacia ella.

Antígona fue súbitamente consciente de la indignidad de su postura. Estaba a punto de morir; de eso no le cabía ninguna duda. Habían llegado los Astores. Ella había agredido a uno de ellos. Y

ahora estaba rodeada. Sí, sabía que estaba a punto de morir. Pero, curiosamente, este convencimiento no acentuó su desesperación ni su parálisis, sino que la liberó. Ya que estaba a punto de morir, al menos no pensaba morir así... despatarrada vulgarmente en medio de la basura, asistiendo impotente al descenso de su condena.

Despacio, vacilante, se limpió las manos en la pechera de la túnica, desprendiendo una fina lluvia de astillas de cristal. A continuación, haciendo acopio de cuanta dignidad logró reunir, se enderezó con porte regio y volvió el rostro hacia esta nueva amenaza.

Abrió los ojos de par en par y a punto estuvo de perder su recién encontrada resolución.

–¡Tú! –acusó–. ¿Cuánto hace que...?

–Tranquilízate, pequeña –respondió Sturbridge, que salía de las sombras del ascensor de servicio–. Lo suficiente. Antes he presenciado tu rito con la navaja y ahora esto. Verdaderamente impresionante.

Sturbridge rodeó el diagrama, seguida en todo momento por los ojos del prisionero. Lo ignoró ostentosamente.

–¿Puedo? –preguntó a Antígona.

Sin saber qué esperar, Antígona asintió su mudo consentimiento. Sturbridge se agachó y colocó en su sitio uno de los símbolos de apoyo, musitando entre dientes. Antígona captó un retazo de algo parecido a un ensalmo pronunciado en alguna lengua áspera y gutural.

Ante la caricia de sus palabras, los diminutos alfileres de luz de luna reflejados en cada trozo de cristal cobraron vida y destellaron. Antígona, con los ojos entrecerrados para protegerlos del fulgor cegador, vio que el semblante de Stephens se retorció en un aullido de dolor y frustración. Un instante después, desapareció por completo.

Con una sonrisa en los labios, Sturbridge se volvió hacia Antígona. Vio algo en el visaje de la novicia que la desconcertó. Había esperado encontrar alivio, quizá incluso gratitud en el rostro de Antígona pero, a pesar suyo, la novicia únicamente dejaba traslucir preocupación en su franca expresión.

–¿No estará...?

–No, no le pasará nada –dijo Sturbridge–. Me he limitado a

ponerlo fuera de peligro por una temporada. –Estudió los rasgos de Antígona, vio cómo se desgranaban paulatinamente la aceptación, la credulidad y, finalmente, el esperado momento de comprensión y alivio. Ahora estaba a salvo. Lo sabía.

Sturbridge sorteó el círculo de nuevo hasta interponerse directamente entre el mismo y Antígona. Lo mejor sería librarse cuanto antes de los detalles desagradables, pensó. No sabía cuán afectada podía estar la novicia tras su reciente encuentro con los Astores. No quería correr el riesgo de que Antígona cometiera una estupidez.

Como volver a intentar destruir el diagrama. Eso sería de lo más perjudicial para el señor Stephens, y Sturbridge tenía todavía unas cuantas preguntas cruciales que plantear al entusiasta inquisidor.

O peor aún, Antígona podría decidirse a saltar detrás de él, en un ataque de remordimientos o venganza. Stephens estaría a salvo donde Sturbridge lo había enviado... encerrado en el laberinto de criptas bajo la Capilla de los Cinco Distritos hasta que volviera a necesitarlo. No podía asegurar que a Antígona fuera a irle bien estando a solas con él.

Pero no servía de nada proteger a la novicia de las consecuencias de sus actos. Sturbridge se obligó a componer la máscara de muerte que era su rostro en lo que esperaba que fuese una expresión tranquilizadora. El tono de su voz era sereno, calmo, especulativo.

–Verás –dijo–, ese diagrama de contención en que lo atrapaste, no es nada agradable. Aunque no lo creas, existen buenas razones por las que prohibió su uso la Convención en el siglo XV. Llegamos al punto de esta pequeña lección de historia en el que te menciono que quedas oficialmente censurada por haber invocado un rito taumatúrgico oscuro completamente *verboten*.

Vio cómo se le desencajaba la mandíbula a Antígona, pero siguió hablando antes de que terminara de calar el pleno significado de sus palabras.

–No obstante, fue un buen trabajo, realizado además en condiciones adversas, debo añadir. Impresionante. Si de mí dependiera, me mostraría indulgente, pero el caballero en cuestión estará en su derecho si insiste en aplicarte la pena máxima que

prescribe la ley. Por ley, deberías arder por esto. ¿Era amigo tuyo?

Antígona quiso protestar. Intentó hablar, pero sintió que le faltaban las palabras y hubo de volver a intentarlo.

–¡Pero, regente! No lo sabía... no pretendía... ¡Ay, regente, pero si es un Astor!

Sturbridge aceptó esta nueva aseveración sin refutarla.

–Hmm. Eso complica las cosas. Estos Astor suelen tomarse la ley... a pies juntillas. Supongo que no tendrá ningún motivo en particular por el que quiera que sigas con vida.

–Quería... querían hacerme un montón de preguntas. Sobre el embajador, y sobre Eva, y sobre usted. Querían eso, y que les diera mis códigos de seguridad.

Sturbridge parecía decepcionada.

–Me temo que no son éstos los trapos sucios que andábamos buscando. Y no sé si nos queda todavía alguna estaca para piras apropiada. En fin, ya que van a condenarte por esto, al menos podemos asegurarnos de que no silencien todo el asunto. Quizá cierren la capilla entera mañana por la noche, pero eso nos deja la tarde para enderezar lo que podamos. Arrodíllate, por favor.

–¿Regente?

Sturbridge, sin esperar a que se obedeciera su petición, cerró los ojos y empezó a recitar algo en una lengua muerta. Su voz tenía el tono de reverencia que se reserva generalmente para la poseía o las sagradas escrituras.

Antígona, confusa y agitada, hizo lo que le pedían; se arrodilló de golpe ante Sturbridge. Ocupaba su imaginación la visión del hacha de un verdugo. Intentaba ofrecer una imagen compuesta, resignada, pero sentía cómo se le agolpaba la humedad en los ojos. Se dijo que no pensaba llorar, que –por lo menos– no iba a morir con las mejillas sucias de sangre como rímel corrido. Entonces se abatió sobre ella la magnitud de su aprieto y comprendió que nadie iba a fijarse en unas cuantas lágrimas sanguinolentas cuando su cabeza yaciera boca abajo en el charco coagulado de su sangre vertida.

Sturbridge tendió una mano expectante, con la palma hacia arriba. Estaba vacía, lo que contribuyó a confundir aún más a Antígona. Seguía esperando ver una hoja refulgente. Luego entendió

lo que se le pedía y depositó su mano en la de la regente. Sabía que debería hacer algo, decir algo. Pero lo único que se le ocurría en esos momentos era esperar que su superior no hubiera reparado en su vacilación.

Antígona hizo acopio de fuerzas y se preparó para recibir el golpe. Sentía la firme presión de la mano de Sturbridge, exente de calidez. Su carne parecía pescado... áspera, fría, húmeda. Le recordaba al roce de unos gordezuelos dedos azulados en una pesadilla recurrente.

Antígona se prometió no dar un respingo. Pero, pese a su voto, un sutil lamento escapó entre sus labios al sentir cómo se abría la carne. Se maldijo por esa muestra de debilidad. Le escocían los ojos por culpa de la vergüenza y sintió que al fin acudían las lágrimas, manando al son del cálido flujo de vitae que brotaba de su brazo. Vio cómo le bañaba la muñeca y discurría entre sus dedos en largos y viscosos tentáculos. Cerró los ojos con fuerza y sofocó un sollozo traicionero.

Sturbridge hablaba de nuevo, con la misma monotonía gutural, pero Antígona ya no conseguía distinguir las palabras, mucho menos su significado. Algo cálido y húmedo le salpicó la mejilla y se apartó, retirándose del punto de impacto. Casi contra su voluntad, abrió los ojos y vio cómo se aproximaba el siguiente sopapo.

La mano ahuecada de Sturbridge descendió de nuevo. El golpe mojó esta vez la mejilla derecha de Antígona; el puñado de su propia vitae rompió sobre su clavícula como una ola. Su cálida espuma le bañó el mentón, reflejo exacto del golpe anterior.

Sin comprender, Antígona alzó la vista hacia Sturbridge como si viera, no a su conocida regente, sino a algún macabro ángel vengador. En los ojos de Sturbridge, no obstante, Antígona no vio rastro de malicia, de justo castigo, de justicia servida. Únicamente se veía solemnidad, y una extraña traza de orgullo.

Antígona no podía sostener la mirada a su regente. Confusa y asustada, agachó la cabeza. Su atención se centró en los dos chillones cardenales rojos –pintados, comprendió, con su propia sangre vital derramada– que le adornaban la pechera del hábito. Los sanguinolentos verdugones comenzaban en sus hombros y confluían

en un punto entre sus senos. Era un yugo de sangre.

Un tardío entendimiento crecía en la mente de la novicia. La tenue consciencia de haber visto antes esas marcas sanguíneas. El contraste entre las sobrias túnicas negras y la banda lívida de color en las clavículas...

Sturbridge le dedicó una sonrisa, extendiendo ambos brazos para ayudar a Antígona a levantarse. Cogió el brazo de la novicia, se lo acercó a los labios con ternura y pasó la lengua por la fea herida abierta, que se cerró al contacto con su ama.

–Por lo general, es en este momento de la ceremonia cuando recibes la Sangre los Siete. Es un recordatorio de tu Juramento de Iniciación en esta noble orden. El rejuvenecimiento de aquel fogoso idealismo primerizo. Es también un voto renovado de dedicación a la Pirámide que sella tu ascenso al Segundo Círculo del Noviciado. Dados los acontecimientos que nos aguardan mañana por la noche, no obstante, una jura de ese tipo me parece un tanto inapropiada. Poco auténtica. Tendremos que improvisar.

Sturbridge se abrió la muñeca con una uña.

–No... no lo entiendo –tartamudeó Antígona.

Sturbridge sonrió.

–Si eres capaz de obrar un suero de la verdad y reducir a un Astor, nada menos que en la misma noche, es que ya no eres ninguna Novicia del Primer Círculo. Esta noche me ocuparé del papeleo necesario, cuando regrese a la capilla.

Hay tiempo de sobra. Lo que has hecho aquí esta noche constará en los informes de los nuestros antes de que los Astores puedan declarar nada en tu contra.

La sangre manaba libremente. Sturbridge extendió el brazo.

–No pienso abandonarte, Antígona. Ni siquiera aunque se te eche encima toda la Pirámide.

Vacilante, Antígona cogió el brazo de Sturbridge con ambas manos y se inclinó sobre él.

–No sé por qué hace usted esto. *Precisamente* ahora. Cuando parece que todo está a punto de irse al garete. No tiene por qué. A cualquier otro le daría igual. Le parecería un gesto hueco e inútil. Pero a mí no. Salga lo que salga de esto, se lo agradezco. Estoy a sus

órdenes, como siempre, regente.

Bebió.

Sturbridge acarició con delicadeza el cabello de Antígona, al compás del extático borboteo eléctrico de la sangre que fluía entre ellas. Si acaso, se demoró sosteniendo el abrazo. Hasta que su propia consciencia se convirtió en un tenue aleteo.

–Mi pequeña –arrulló en voz baja, para sí–, mi hijita preciosa.

Antígona expectoró y se atragantó con la súbita bocanada de agua helada y estancada. Se apartó, presa de un ataque de tos. Encogida.

Sturbridge volvió en sí lentamente. El torrente de sangre de su antebrazo había cesado por completo. En su lugar, manaba una fría agua negra. La carne rosada y arrugada alrededor había adquirido una inconfundible tonalidad azulada. Se bajó la manga, recatada.

Pensó en Eva, en el embajador, en su hija. En todos los niños que habían caído en aquel pozo oscuro antes que ellos. En todas las miradas recriminatorias que la observaban desde allí cada vez que cerraba los ojos.

–Ya es la hora –dijo, en voz alta.

Antígona se puso en pie con dificultad y dio un paso vacilante hacia ella.

–Regente, me...

–Ya lo sé, pequeña. Pero la noche se acaba y ahora debes volar. No estarás a salvo si regresas a la capilla. Eres una proscrita peligrosa. Una taumaturga oscura. ¿Lo comprendes? –Sonrió, pero el gesto no reconfortó a Antígona. Quizá el exceso de vitae se le hubiera subido a la cabeza. Los ojos de Sturbridge le parecían demasiado grandes, demasiado vidriosos. Los ojos de un cadáver que llevara muchos días ahogado.

Antígona meneó la cabeza y, cuando volvió a mirar, la inquietante impresión había desaparecido.

–Sí, pero... pero ¿dónde voy a ir? –preguntó.

Sturbridge guardó silencio un momento. Miraba fijamente a Antígona, pero su visión estaba poblada por las sombras. Seguía viendo, no a su novicia de pie en aquel precario asidero, sino a otra persona. Un príncipe en ciernes paseándose intranquilo por las

almenas. Inclinado sobre el Mirador de la Viuda. Intentando arrancarle sus secretos a la ciudad que se extendía a sus pies.

–Bajo tierra –dijo Sturbridge, al cabo–. Con los Nosferatu, con Calebros. Les dirás que vas de mi parte y que tienen que protegerte, a cualquier precio. Diles que lo hagan por el bien de los huesos que baña la sangre de la regente. No te negarán su santuario. ¿Lo has comprendido? Repítemelo.

–Por el bien de los huesos que baña la sangre de la regente –dijo Antígona–. Pero ¿qué significa eso?

–Los Nosferatu sabrán lo que significa.

Antígona zangoloteó la cabeza.

–Santuario. –Se rió, nerviosa, acordándose de su pájaro enjaulado, Mr. Felton. ¿Qué sería de él ahora que ella era una fugitiva?–. Entiendo. Voy a exiliarme, regente, gustosa. Pero aún hay cosas de las que debo ocuparme, en la capilla. Nuestro huésped, es responsabilidad mía. ¿Qué será de él cuando los Astores descubran que es...? Ay, regente. No puedo dejarlo a merced de los Astores. Y ya sabe usted que no puedo llevarlo con...

–Es una idea excelente –dijo Sturbridge–. Que te acompañe. Eso les dará tema de conversación a los Nosferatu. Les entusiasman los dilemas morales. Verse obligados a proteger al mismísimo asesino cuya sangre llevan noches buscando. Sí, es un dilema digno de ellos. No temas. Los Nosferatu saben lo que vale un favor, una deuda sin saldar. Os mantendrán a salvo a los dos. Ahora, basta de discusiones, basta de largos adioses. Es mejor así. La sombra de la Pirámide es lo bastante larga... –Comenzó las tradicionales palabras de despedida, antes de interrumpirse.

–Para refugiar a más de uno debajo de ella –concluyó Antígona, comprendiendo que, por primera vez en setenta años, la masa protectora de esa pirámide no la protegería. De repente se sintió muy sola, casi desamparada. Se asió la pechera de la túnica en busca de consuelo, pero las retiró ensangrentadas.

–En este caso, muy por *debajo* de ella. –Sturbridge esbozó una sonrisa–. Adiós, Antígona.

La voz de Antígona sonó débil, apagada.

–Adiós, sí. –Espacio, se dio la vuelta y empezó a caminar. No

tenía ningún destino concreto en mente, pero sus pies buscaron la ruta menos abrupta... el lugar en el que estaban más cómodos. El borde del precipicio.

Parecía que su confianza aumentara a cada zancada. El paso de Antígona tenía ahora un cierto propósito, aunque su rumbo continuara siendo exactamente el mismo de antes... avanzando silenciosa y metódicamente paralela al filo del abismo.

El error del príncipe, pensó, fue olvidarse de las cornisas. O puede que hubiera calculado mal su alcance. No bastaba con dejarse caer, con arrojar a los brazos del abismo. Estas cosas requerían un cierto valor, un cierto abandono.

Al llegar a la esquina, vio las luces de Broadway extendidas a sus pies igual que lámparas de naves que colgaran de las hileras de embarcaciones amarradas en un muelle. Titilaban, oscilando al compás de los envites de olas invisibles. Ahí había ocultas galerías secretas, lo sabía. Bolsas de aire que anidaban debajo de las dársenas, cámaras silenciosas definidas por las filas de pilares de madera embreada anclados en el lecho marino.

Las recordaba bien. En Scoville, de pequeña, zambulléndose de noche en las frías aguas y los arracimados cascos de las barcas de pesca fondeadas, se podía atravesar... se podía traspasar la superficie *bajo* los muelles, hasta llegar a la cámara sagrada ribeteada de obeliscos de madera. Los pilares estaban tallados con los nombres y los símbolos de los creyentes. Allí se intercambiaban secretos, conspiraciones, o besos a hurtadillas... en la oscuridad, temblando y rodeada de agua.

Antígona se liberó de la engorrosa túnica negra; el símbolo de su noviciado, de su fracaso. La cruenta insignia de su triunfo definitivo perduraba reciente sobre su pecho. La tosca e incómoda segunda piel que la había cubierto durante setenta años cayó al cemento resquebrajado.

Se irguió en el mismo borde del precipicio, desnuda y radiante a la luz de la luna. Se embriagó de fresco aire nocturno. Estiró los brazos hacia arriba como si pudiera prender la luna en la red de sus dedos extendidos. Arqueó el cuerpo, tenso y joven. Engañosamente joven. Con aquel simple gesto de despreocupación traicionaba un

siglo de, recuerdos y responsabilidades.

Saltó con fuerza, centelleó a la luz de la luna... igual que un pez que rompiera la superficie del agua y, por un momento, surcara los aires. En el ápice del arco, se dobló impecablemente, los dedos de las manos tocaron los de los pies antes de enderezarse como una navaja. Luego se rindió a la agradable atracción de la tierra. La llamaba, la invitaba a volver a casa.

Se produjo una corriente de aire en sus oídos, su cabello restalló a su espalda. Se zambulló, dando enérgicas brazadas, intentando profundizar lo suficiente para atravesar... para recorrer todo el camino bajo las quillas de las embarcaciones amarradas y emerger en la ensenada de pilares bajo los muelles. Para emerger, temblando y llenándose los pulmones de vida, en el oculto santuario de la tumba acuática.

## 2

### **El dominio del viento y el vértigo**

Sturbridge llegó corriendo al filo del parapeto, pero ya era demasiado tarde. Sus manos se cerraron en torno a los retorcidos restos de la barandilla. El metal protestó y se alejó aún más de sus anclas de cemento cuando se asomó al abismo.

Ignoró su evidente advertencia. *¡Demasiado tarde!* Sturbridge estaba encolerizada. Sabía que Antígona estaba asustada. La mera presencia de los Astores sin duda suponía una amenaza para Antígona... para todos ellos, en realidad. Como líder del equipo de seguridad de la capilla, Antígona sin duda sería investigada por la serie de sospechosos asesinatos que se había cebado en la capilla. Pero en el cómputo final, la parte de culpa de Antígona sería proporcional a su lugar en la Pirámide. Sería despojada de su rango, pero ésa no sería una gran pérdida. Quizá tuviera que acatar el traslado a otra capilla. Pero ¿esto?

El encuentro de Antígona con los Astores lo había trastocado

todo. Estaba sobrecogida, eso era evidente. Aterrorizada hasta el punto de intentar llevar a cabo un rito contra los dictados de la prudencia. Sturbridge seguía sin saber cómo había conseguido perpetrar la novicia el ritual que había apresado a Stephens, pero sí que se hacía una muy buena idea del lugar en que podía haber visto Antígona ese diagrama de taumaturgia negra *verboten*. Era el círculo hermético invertido que inscribiera Eva en las criptas del subsuelo de la capilla.

*Eva, pensó Sturbridge. Otro de mis errores.*

Se obligó a desechar ese pensamiento. Eva había cerrado su propio acuerdo siniestro. Se había propuesto destruir a los Niños del Pozo, los instigadores visitantes de pesadilla que eran el reverso tenebroso de las sangrientas artes taumatúrgicas. El intento por escindir el poder casi ilimitado de la sangre del precio que debían pagar sus portadores había resultado fallido y, en última instancia, Eva había pagado el error con su vida. El sufrimiento de Sturbridge parecía insignificante en comparación con el elevado designio de Eva.

Al imitar la parafernalia del rito prohibido de Eva, Antígona se había buscado su sentencia de muerte. Pero Sturbridge le había ofrecido una salida. La vida del exiliado –del fugitivo de la Pirámide– no era fácil, pero sí preferible a aguardar la salida del sol con una estaca clavada en el pecho. Seguro que Antígona lo había comprendido así. Seguro que Sturbridge había conseguido dejárselo claro.

Pensaba que el asunto estaba zanjado cuando Antígona accedió a esconderse entre los Nosferatu. La novicia había llegado incluso a preocuparse del bienestar de Mr. Felton, su saboteador, prisionero y, ahora, cómplice confabulador.

Entonces, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué había saltado?

Para cuando hubo comprendido lo que se proponía Antígona, ya era demasiado tarde. La regente se había visto impotente para detenerla, para gritar, incluso. Al final, toda la autoridad de Sturbridge, todos sus años de experiencia manipulando la elaborada jerarquía Tremere, todos los turbios secretos de su magia de la sangre, todos los reflejos e instintos sobrehumanos de su inmortal cuerpo depredador... nada de eso había sido suficiente para salvar a esta

pequeña.

Así pues, ¿qué esperanza tenía Sturbridge de imponerse al ajuste de cuentas que se aproximaba?

Asomada al parapeto todo lo posible, sus ojos sondeaban el abismo. Pero si esperaba percibir una última imagen de Antígona mientras la novicia caía hacia el pavimento cien pisos más abajo, incluso esa pequeña cortesía le fue negada. La extensión de cielo que las separaba tan inesperadamente –amputando la línea de la vida que las unía, el tenue cordón desangre Tremere robada– era demasiado vasta para asimilarla por entero. Sturbridge se sintió caer a su vez, ahogándose en ese dominio de viento y vértigo que se extendía a sus pies, ocupando el mundo de horizonte a horizonte.

¿Por qué sentía entonces que el mayor vacío estuviera en su interior? Sturbridge se sentía hueca, como si le hubieran arrancado algo esencial.

Se aferró a la barandilla, pero sin convicción. Una hoja vestida de negro invernal, asida a su rama más por la fuerza de la costumbre que por orgullo desmesurado. Era vagamente consciente de que una sección de la barandilla metálica, hacia su derecha, se desprendía y separaba musicalmente de la fachada del edificio antes de rendirse a la larga caída. Sturbridge no le prestó atención. A juzgar por su postura y el modo en que se convulsionaba todo su cuerpo, atormentado por una pérdida inesperada y sin sentido, se la hubiera podido confundir con un desecho social que vomitara por la barandilla. Lo cierto era que se sentía como si no pudiera guardárselo dentro... como si no pudiera digerir lo que acababa de suceder aquí... lo que le había sucedido a Antígona. A ella misma.

Sólo el largo hábito negro desmentía la impresión de que fuera una desventurada borracha encaramada a un asidero improbable. Su exótico atuendo le confería el aspecto de un sargazo doblado ante la inminente tormenta que azota la bajamar.

*¿Porqué tenía que saltar?* ¡Maldita sea, podía haberlo logrado! Si se hubiera limitado a abrirse camino hasta los Nosferatu, habría tenido una oportunidad. Una buena oportunidad. Ellos la habrían mantenido a salvo, aunque sólo fuera por respeto a Sturbridge. Ella había auxiliado a su príncipe cuando no le quedaba otra esperanza. Y

si había alguien dentro de la Estirpe que supiera reconocer el valor de un favor, éstos eran los Nosferatu. Se habrían preocupado de protegerla en sus madrigueras. Nadie –ni siquiera el inquisidor Tremere más obstinado– se habría atrevido a invadir el dominio privado del príncipe en pos de una fugitiva.

O podrían haberla sacado de la ciudad a hurtadillas. Enviarla donde a nadie se le ocurriera buscarla. Donde Antígona pudiera haber comenzado desde cero. La sombra de la Pirámide era larga, sí, pero no eclipsaba el mundo entero.

*Entonces ¿por qué?*, musitaba Sturbridge una y otra vez para sí, agarrada a la barra de metal doblado, estrujándola con los nudillos lívidos, cargando todo el peso de su cuerpo sobre ella. *¿Por qué?* Se balanceó lentamente.

Pensó en todas las novicias a los que había fallado. En Antígona, que, huyendo de la censura de Viena, se había arrojado desde esta elevada atalaya. En Jacqueline, que había husmeado demasiado en los asuntos de la primera oleada de infiltrados de la Casa Madre... y había perdido la cabeza por su curiosidad. En Chessie, la agregada de Dorfman de la capilla de Washington, a la que Sturbridge, en un momento de debilidad, había ayudado personalmente a trasponer el umbral de los no-muertos, tan sólo para abandonarla luego a su locura, su hambre y su solitario peligro en un Baltimore desgarrado por la guerra. Y, evidentemente, pensó en Eva. Su agregada y sucesora electa había resultado ser además su traidora.

Todas ellas habían sido las pupilas especiales de Sturbridge, sus pequeñas. Y ahora estaban, todas ellas, fuera de su alcance. Lejos de sus brazos. Lejos de la redención.

Las ideas de Sturbridge conformaban un remolino estático. Una imagen difusa y oscilante se formó espontáneamente en su cabeza. Sus rasgos eran los de otra niña, una niña que –para Sturbridge– estaba siempre implícita. El modelo en el que se basaban todas las demás.

Para el observador perspicaz, ese rostro sería un mosaico compuesto de las demás caras. Tenía el pelo de ala de cuervo y el ceño fruncido de Antígona. Tenía algo de Jacqueline en los pómulos,

altos y nobles, en los ángulos casi rapaces del semblante. La barbilla desafiante bien hubiera podido pertenecer a Chessie, o esa sonrisa inesperada que aparecía como impulsada por un resorte para eclipsar el resto del rostro. Y tenía los ojos de Eva, los ojos de una niña, encendidos alternativamente de risa y curiosidad.

Había un nombre al acecho en algún lugar bajo la fachada de esa cara. Inscrito en los huesos de la calavera semioculta. Era el nombre de la propia hija de Sturbridge, separada de ella ahora por cien años y una sola muerte. Ella había sido la primera víctima de la existencia depredadora de Sturbridge, de esta monstruosa parodia de vida inagotable por la que había cambiado su verdadera vida. Y la de su pequeña.

El nombre surgió imparable de los abismos de la memoria, de esa celda especial en la que había esperado encerrar su recuerdo máspreciado, a salvo de la crueldad y la indignidad de este monstruoso mundo de adultos.

*Maeve.*

Con un grito truncado, Sturbridge se apartó del filo del parapeto y trastabilló a ciegas entre las ruinas del mirador. No había conseguido salvar a ninguna. Ni a una sola. Ni a su hija mortal, ni a sus chiquillas inmortales. Ni a una sola de la larga concatenación de pupilas que había seleccionado personalmente, estudiadas de lejos y atraídas astutamente a su vera.

No había podido salvarlas. No podía redimirlas. Era como si lo único que pudiera hacer fuese reunir sus cuerpos. Era la suya una macabra colección de pequeñas muñecas de porcelana idénticas, bellas doncellas expuestas en fila, con la cara resquebrajada.

No, pensó, eso no era del todo exacto. No era eso lo único que podía hacer. Alguien tendría que recoger los trozos blancos como el hueso y guardarlos en lugar seguro. Donde nadie pudiera volver a hacerles daños, nunca más. Todavía podía hacer eso, al menos.

Y luego, claro está, se ocuparía de que alguien pagara por el destrozo de sus encantadoras muñecas.

\_\_\_\_\_ 3 \_\_\_\_\_  
**Sueños del padre**

–Has hecho bien al, ehm, acudir a mí, adepta. Muy bien –le aseguró Himes. El agente de Viena se encontraba sentado con la espalda rígida en la silla plegable de metal. Si el obligado mobiliario le resultaba incómodo, no daba muestras de ello. Helena, la Encargada de Seguridad de la capilla, estaba sentada frente a él al otro lado de la larga mesa, de espaldas a la puerta que comunicaba con la Sala de los Puñales y Espejos. Por su aspecto se diría que estaba exhausta, como si acusara el peso de las toneladas de roca y tierra que tenían encima. Su mirada vagaba por encima del hombro, atraída por los mullidos sillones de la sala de conferencias que había bajo el estrado. En esos momentos, nada le apetecería más que relajarse en las capas de rico tapizado canela y hundirse en ellas. Se revolvió en su metálico asiento.

Himes ni siquiera se molestó en mirar a Helena, aunque apenas si los separaba un metro de distancia. En vez de eso, concentraba su atención en el papel que tenía en la mano. También Helena; no en la nota, sino en sus manos.

Eran largas, delicadas y precisas. Las uñas estaban meticulosamente recortadas. Aquellas manos revelaban mucho más que el impasible semblante del Astor. Helena las estudiaba con la intensidad de una quiromántica mientras Himes releía la nota por tercera vez. Observó que temblaban un poco.

El papel estaba arrugado, a causa de la mal disimulada emoción de Helena cuando la leyó por vez primera. Se había arrepentido de inmediato de su arrebato, pero todos sus esfuerzos por alisarlo de nuevo habían sido infructuosos.

La nota decía:

*Helena,  
Es posible que no haya sabido explicarme. Todo va bien. Tan bien como podría esperarse. Quizá mejor de lo que puede contarse.  
Eva está muerta del todo y el mal ya no puede alcanzarla. Parece que*

*el resto de nosotros no es tan afortunado. Creo que pasará mucho tiempo antes de que pueda empezar a comprender la herida que nos ha infligido, y más aún para curarla. Mientras duermes, puedo sentir tu calor. Puedo oler tu sangre sobre tu cuerpo y sé qué es lo que estás sufriendo. El mismo mal está sobre mí y su fuente es la misma.*

*Estabas mucho más cerca de la verdad de lo que yo estaba dispuesta a admitir cuando dijiste que había devorado a nuestros muertos. Sé que parece algo monstruoso pero en este momento no tengo otra manera de explicarlo o comprenderlo. No es que los devorara físicamente, por supuesto. Eso sería una aberración. Pero los engullí: a los Niños, las pesadillas, les tremeres. Me los tragué del todo.*

*Ahora mismo te estoy observando, mientras duermes. Me pregunto si aún los ves. Los Niños, los sueños acusadores, llenos de reproches, del Padre. ¿O ahora solo me pertenecen a mí? Una cosa es segura: Eva quería librarse de las pesadillas. Y tuvo éxito en su propósito, un éxito que superó sus más locas pesadillas. Dentro de la capilla, podría condenársela como asesina, pero, ¿y más allá? Puede que, entre aquellos que vendrán después de nosotros sea tenida por la heroína, si no la redentora, de nuestro linaje.*

*Debo marcharme. Demasiado he esperado para hacer demasiadas cosas. Quiero que sepas que te perdono. Pero no estés aquí cuando regrese.*

*~ A.S.*

*P.D.: las autorizaciones de seguridad están desfasadas. Ha habido bajas. Ponlas al día, por favor.*

–Y dices, ehm, adepta... –musitó Himes–. ¿Te puedo llamar Helena? Muy amable. ¿Y dices, Helena, que esta nota te la enviado la regente Sturbridge?

–Sí, me...

Sin aguardar más que el asentimiento de su interlocutora, Himes siguió hablando, mascullando aparentemente para sí.

–Sí, ésta es su letra, sin duda. Antes de salir de la Casa Madre trabajé mucho para familiarizarme con la caligrafía de la regente. Si te soy sincero, algunos de los despachos que habían salido últimamente de la capilla resultaban un tanto, ¿cómo decirlo?, sospechosos.

Helena mantuvo la cabeza gacha, estudiando la leve crispación

depredadora de los dedos de Himes.

–Me congratula –dijo, cautelosa–, que la intención de esas misivas no pasara desapercibida para nuestros hermanos de la Casa Madre. Comprenderás que no pudiera expresar abiertamente mi preocupación por la salud de la regente...

–Desde luego –interrumpió Himes–. Desde luego. –Una de aquellas vivaces manos de rapaz surcó la mesa y palmeó la de Helena tres veces, en ademán tranquilizador. Luego gruñó y se levantó repentinamente, a punto de volcar la silla. Comenzó a deambular agitadamente por su lado de la mesa.

Transcurridos unos minutos, Helena se convenció casi de que el viejo se había olvidado de ella. Parecía absorto en sus murmuraciones, aunque Helena sólo captaba palabras sueltas en medio del tenue runrún. Carraspeó educadamente.

Himes levantó la cabeza, sobresaltado; meneó la cabeza y reanudó su deambular y su rezongar. Por un breve instante, Helena pensó en incorporarse y abandonar la cámara. Había cometido un error al venir aquí. Estos Astores, no eran de los alrededores. Ni siquiera eran del país. Demonios, tampoco eran de este siglo, o esa impresión daban. ¿Cómo iba ella a hacerles comprender lo que estaba ocurriendo? Helena no estaba del todo segura de no haber pasado por alto algunos detalles. Era tan monstruoso. Pero tenía que intentarlo. No conseguiría sacar a Sturbridge ni a ella misma de esto si no lo intentaba al menos.

–Verás, lo que intentaba decir es... –comenzó.

–¿Que tenemos que agradecerte a ti, personalmente, el envío de esas, hmm, sutiles valijas? –Himes se había desembarazado de sus cavilaciones y había puesto el dedo en la llaga con una preocupante presteza. Helena lo miró boquiabierta.

Su instante de vacilación le dijo a Himes todo lo que necesitaba saber. Sonrió y reanudó su anadear; se quitó los anteojos con montura de cobre y los sostuvo a la luz.

*De acuerdo, pensó Helena. Está bien. Para ti la primera sangre. Pero ahora ya has mostrado tu acero, viejo, y puedes estar seguro de que no volverás a cogerme desprevenida.*

Himes frunció el ceño a sus lentes. Dejó la nota arrugada encima

de la mesa, renuente, como si se temiera que Helena pudiera llevársela, y sacó un pañuelo del bolsillo de su pechera. El movimiento recordó a Helena al de una zanquilarga ave acuática que hundiera el pico en la corriente. Himes frotó pacientemente alguna mota invisible de los cristales.

–Sí –admitió Helena–. Tuve que hacerme cargo de la correspondencia oficial de la capilla en ausencia de la regente. Alguien tenía que preocuparse mantener en marcha las acciones rutinarias. La regente no se sentía bien, como creo que ponen de manifiesto el contenido de su nota y su actual ausencia.

–Ya retomaremos la cuestión del actual paradero de Sturbridge. –Himes apartó las gafas de sí hasta donde le alcanzaba el brazo y frunció el ceño–. Pero siento curiosidad. ¿Por qué esta farsa? ¿Por qué creíste necesario mantener la apariencia de que todo iba bien? ¿Que Sturbridge gobernaba aún la nave? ¿Que el embajador seguía, cómo decirlo suavemente, contándose entre los vivos?

–Sabía que las discrepancias no pasarían desapercibidas –respondió Helena, sin vacilación. Había pasado noches enteras imaginándose este encuentro, desde que comprendiera que las cosas habían ido demasiado lejos y que Viena no tendría más elección que enviar sus inquisidores. Siempre resultaba incómodo cuando llegaba el momento real de un enfrentamiento tan temido. Los detalles nunca encajaban exactamente con sus elaborados ensayos. Se había imaginado que su interrogatorio tendría lugar en un recinto más íntimo... en el sanctum de la regente, o quizá en la sala de control de seguridad. No esperaba estar sentada cara a cara con su interrogador frente a una mesa plegable levantada en el estrado del Salón de Audiencias.

Aunque, ya puesta, tampoco imaginaba que su inquisidor pudiera ser tan poco amenazador como Mr. Himes, un caballero chapado a la antigua que daba la impresión de haber sufrido noblemente la indignidad de presenciar la muerte de una época más distinguida. Era una reliquia, un anacronismo ligeramente embarazoso que no tenía cabida en esta era, pero que no tenía un tiempo propio al que regresar. Un Caballero Blanco sin País de las Maravillas, obligado a ejercer una profesión que no casaba con su temperamento.

Helena hubo de obligarse a recordar en presencia de quién estaba, cuál era el motivo de su visita, y hasta qué punto dependía su futuro de convencerlo de su historia, minuciosamente urdida.

Sí, admitió en voz alta. Era cierto. Sabía que no podría mantener el engaño. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Con Sturbridge indecisa entre el letargo y la locura, Helena no podía escribirles sin ambages. No podía proporcionarles las respuestas directas que solicitaban. Ni siquiera conocías esas respuestas. Y las que conocía tenían que ser manejadas con cuidado. Seguro que sabrían apreciar cuán delicada era su situación. Y los riesgos que había corrido para traerlos aquí.

Había recitado las mismas palabras con anterioridad un centenar de veces, y nunca había conseguido desgranarlas con tanta precisión y convicción.

Himes, al parecer, no compartía su opinión al respecto. La observó con escepticismo y renunció a desempañar las lentes, frustrado. Dejó las gafas encima de la mesa, entre ambos. Helena, con la vista clavada en esas manos, percibió el irritado tic casi imperceptible de los dedos. El golpe y el deslizamiento de la montura de cobre fueron perfectamente audibles en el silencio que flotaba entre ellos.

–Ah. Así que falsificaste esos informes deliberadamente.

–A sabiendas de que encenderían una luz roja –dijo Helena–. Y de que alguien de la Casa Madre enviaría ayuda.

Himes volvió a doblar lentamente su pañuelo y se lo guardó en el bolsillo de la pechera, sin mirar. Helena dudaba que ella hubiera conseguido que el ángulo de lino asomara del bolsillo con esa pulcra precisión, ni siquiera aunque dispusiera de una escuadra y media hora de tiempo para intentarlo. Aquella geometría exacta, según vio, constituía un rito de por sí. Un símbolo, una defensa. Un diagrama protector interpuesto entre ambos.

Avergonzada, se dio cuenta de que se lo había quedado mirando fijamente. Se apresuró a terminar con el incómodo silencio.

–Si la capilla se hubiera quedado incomunicada de repente, y en medio de la batalla por la liberación de la ciudad, os habríais temido lo peor. Habría cundido el pánico –dijo Helena–. En ese caso, tú y yo no

estaríamos manteniendo ninguna discusión razonable sobre estos temas. Viena habría reaccionado frente a lo que percibiría como una amenaza bélica. No habrían enviado investigadores, sino fuerzas de choque. En estos momentos, Nueva York es demasiado volátil para permitir que se perciba siquiera la debilidad de los Tremere.

Himes exhaló un suspiro y juntó las manos ante sí, encima de la mesa.

–Has expuesto tus argumentos con suma prudencia, Helena. Pero el hecho es que falsificaste los comunicados de la capilla. Mentiste a tus superiores y encubriste al menos un brutal asesinato. Seguro que entiendes nuestra postura. –Parecía compungido; una mano jugueteaba distraída con los anteojos sobre la mesa–. La postura de mis superiores. No podemos permitirnos sufrir este tipo de engaños, y menos viniendo de nuestras propias filas. Se te había confiado la seguridad de esta capilla...

–Soy plenamente consciente de la gravedad del asunto. Sólo he hecho lo que era necesario para proteger a mi regente y defender esta casa. No me ha resultado fácil, y si he de pagar un precio aún mayor por mis decisiones, estoy dispuesta a hacerlo.

Las manos rapaces de Himes tamborilearon un *staccato* sobre la mesa.

–Ya, ya. Muy noble por tu parte. Pero éste no es momento de sentimentalismos. Lo que necesito de ti es, ahem, información. Has hecho bien en acudir a nosotros por voluntad propia, en presentarnos esta... prueba. La pronta entrega de tus códigos de acceso y tu cooperación a la hora de reestructurar la jerarquía de seguridad de la capilla te alaban. No todo está perdido para ti, Helena. Pero necesitaremos aquí a alguien en quien poder confiar, dentro de la capilla, que nos ayude a finalizar rápidamente esta investigación. Antes de que alguien resulte muerto o herido. Espero que nos estemos entendiendo.

Helena sólo pudo asentir con la cabeza.

–Espléndido. Tengo algunas preguntas básicas. Me gustaría que las respondieras todo lo fiel y completamente que puedas. ¿Empezamos?

Helena asintió de nuevo.

–Estoy preparada.

–Helena, ¿sabes por qué estamos aquí mis colegas y yo?

Las historias de miedo de la "liquidación" de la capilla de Tel Aviv centellaron en la mente de Helena. Historias en las que los Astores purgaban la casa con fuego y estacas. Escogió sus palabras con cautela.

–Estáis aquí para restaurar el orden. Esta casa lleva semanas siendo víctima de un *maledictus*. Hemos sufrido asesinatos, fuego y locura. El caos debe cesar.

–El caos cesará, adepta. Que no os quepa duda de eso. La Capilla de los Cinco Distritos ha sido la joya de la corona de nuestras operaciones en este continente. Pero últimamente, esta gema se ha... empañado un poco. Empañada por el engaño. Tanto que la propia corona se ha corroído. Tendremos que devolverle su lustre. Pero antes, tenemos que comprender las causas de esta degradación. Y tú nos ayudarás en nuestras pesquisas.

–Lo comprendo.

–No había por qué llegar a esto. Hace algunas semanas, el Consejo juzgó apropiado enviar un representante oficial a esta casa. Este legado tenía que ayudaros a restituir el orden en los asuntos de esta casa, *antes* de que la situación diera un giro más dramático. Cuando este legado no informó según se había estipulado, la Casa Madre recibió, ¿cómo decirlo?, unas explicaciones insatisfactorias. Así que te lo voy a preguntar directamente, ¿dónde está el embajador?

–Está muerto –admitió Helena–. Encontramos sus restos en las criptas, en el fondo del pozo. Había... caído.

Himes arqueó una ceja.

–¿Te refieres a que había caído en combate? Ésa fue la explicación que recibimos. Aunque, si la capilla hubiera sufrido algún tipo de ataque, los informes lo habrían mencionado.

–Me he explicado mal. Se había caído. Desde gran altura.

Himes la escrutó como si buscara el resquicio más apropiado para clavar un cuchillo. Su tono era de incredulidad.

–Y esto, ¿esto es otro ejemplo de tu alteración de la correspondencia oficial para solicitar ayuda?

–En efecto. Los informes eran inexactos.

–¡Los informes eran falsos! –Se resquebrajó su compostura; golpeó la mesa con el puño, enviando los anteojos lejos de sí. Despacio, pausadamente, se obligó a abrir las manos y extendió los dedos sobre la mesa.

–Se trataba de inexactitudes necesarias –repuso Helena, sin apartar la vista de aquellas manos–. Hice lo que pude por salvaguardar a la regente y esta casa.

–No me interesan tus razonamientos, adepta. En estos momentos, estamos inmersos en un interrogatorio de facto. Responde en consecuencia. Dime, ¿qué sabes del embajador?

Helena lo fulminó con la mirada, pero no mordió el anzuelo.

–Se hacía llamar *Logos Etrius*, Palabra de Etrius. –Su tono era preciso, formal–. Se identificó como legado de la Casa Madre. Dijo que había venido para poner fin a la serie de asesinatos y restaurar el orden.

Helena fue apagando la voz y dejó que esa idea flotara entre ellos un momento. No era una amenaza propiamente dicha, pero su significado era inequívoco. Estos Astores no eran los primeros en emprender esta causa perdida. Y la última persona que lo intentó había acabado mal.

–Estoy al corriente de su misión. ¿Eso es todo? ¿No compartió el embajador con vosotros nada acerca de su identidad, su capilla de origen, su linaje?

Helena negó con la cabeza.

–No, eso es todo lo que sabía de él. No intimamos. No era lo que se dice precisamente accesible.

–Entonces, ¿cómo *calificarías* tu relación con el embajador?

–Formal. No tuve ocasión de tratar con él, salvo cuando tenía algo que preguntarme acerca de mi puesto como encargada de seguridad. Hablaba principalmente con Sturbridge. No me dio la impresión de que acostumbrara a confraternizar con personas de menor rango.

Himes pensó en esas palabras.

–¿Vale esto también para su relación con las novicias? ¿Hasta donde tú sabes?

–Sí. No sólo conmigo. No recuerdo haberlo visto en compañía

de las noticias.

–¿Y la regente Sturbridge? ¿Cómo describirías la relación de la regente con el embajador?

Helena se tomó su tiempo antes de contestar.

–Sturbridge era la viva imagen de la perfecta anfitriona.

–Pero no *era* la perfecta anfitriona. Solamente "la viva imagen".

–No era una pregunta.

–No pretendía decir eso, Mr. Himes...

–Pero es lo que has dicho. ¿Dirías que Sturbridge se sentía amenazada por la llegada del embajador?

–¿Amenazada? No. No dudé nunca de que la regente pudiera manejarlo. No, creo que se tomaba su presencia más como una especie de imposición... una distracción. Como cuando se le ordenó acudir a ese consejo de guerra de la Camarilla en Baltimore cuando era evidente que tenía problemas más acuciantes que resolver aquí.

–De modo que Sturbridge se sentía resentida por esas órdenes.

–Resentida no, sólo...

–¿Molesta?

Esta barricada ponía nerviosa a Helena. Y sentirse nerviosa era algo que siempre conseguía enojarla.

–Bueno, puede decirse que algo "molesta", sí. Yo que ella, les habría dicho dónde podían meterse esas órdenes. Maldita sea, aquí se estaba muriendo la gente. ¡Las noticias! No se le puede exigir a alguien que se olvide de todo y vaya corriendo a Baltimore mientras se muere su gente.

Helena se interrumpió y rezongó en silencio, comprendiendo que quizá había ido demasiado lejos.

Himes le concedió un momento para serenarse, tras lo que retomó el hilo de la conversación.

–De modo que, en su opinión, la regente ideal debería sentirse agraviada por una convocatoria de ese tipo. ¿Me equivoco? Y el hecho de que Sturbridge no se sintiera ofendida indicaría claramente...

–En ningún momento he criticado a la regente.

–Claro que no. Pero puedo seguir la inferencia lógica, adepta. Evidentemente, en algún momento, llegaste a la conclusión de que Sturbridge ya no era capaz de asumir decisiones de mando.

Solamente trato de establecer el momento concreto. Ahora, si podemos continuar... ¿Sturbridge no expresó su contrariedad ante las órdenes? ¿Ante los planes para esa reunión, tal vez?

–Lo cierto es que no sé nada de dichos planes –dijo Helena, con frialdad–. Pero su sitio estaba aquí. Debería haber llegado al fondo de esos asesinatos antes de que resultara herido nadie más. Si lo hubiera hecho, quizá nada de esto habría ocurrido.

–¿Te sorprendería saber que esas órdenes procedían directamente del pontífice Dorfman?

Helena no sabía si con esa pregunta pretendía amonestarla, recordarle cuál era su sitio. Peter Dorfman era el superior de Sturbridge y estaba en su derecho de decidir por sí solo qué era lo mejor para la regente y esta capilla.

–No, supongo que no me sorprende. Sé que Dorfman tiene potestad sobre la política del clan. El consejo de guerra de emergencia que celebró la Camarilla en Baltimore tiene pinta de ser algo que entra dentro de sus funciones.

–¿Crees que Sturbridge se sentía tan agraviada como para obstaculizar los esfuerzos de Dorfman en el consejo?

–¿Qué insinúas? ¿Que Sturbridge fue a Baltimore para frustrar los planes bélicos de la Camarilla porque le parecía que la orden de Dorfman suponía un inconveniente para ella?

–No insinúo nada. Pregunto si el resentimiento de Sturbridge podría haberla impulsado a oponerse a Dorfman. Siquiera un poco. Lo justo para no esforzarse lo suficiente por satisfacer sus demandas. Retratándolo negativamente ante el consejo, tal vez.

–¡Eso es ridículo!

–¿Ridículo por qué? ¿No conoces a ningún miembro de la capilla al que se opusiera la regente Sturbridge por considerarlo una molestia, un inconveniente, una vergüenza?

Helena hizo oídos sordos a sus acusaciones.

–Digo que Sturbridge no sacrifica los fines de la Pirámide para zanjar rencillas personales.

Himes se enderezó en su asiento como si acabara de recibir una bofetada.

–¿Insinúas que el pontífice Dorfman acostumbra a sacrificar los

fines de la Pirámide para zanjar rencillas personales?

–¿Qué? No hablaba de Dorfman, me...

Su genuina sorpresa pareció apaciguar a Himes. Pero Helena comprendía que sus palabras debían de haber puesto el dedo en la llaga. Parecía que esta entrevista entrañaba otros peligros al margen de los evidentes.

–Dejémoslo estar, adepta. Creo que te había malinterpretado.  
¿Dónde está Eva?

Helena se sintió algo desconcertada por aquel inesperado cambio de tercio.

–¿Eva? Está muerta. Bueno, oficialmente sigue desaparecida en combate. Encontramos su perfil marcado a fuego en el suelo de las criptas. Hace semanas que no sabemos nada más de ella.

–¿Cómo dirías tú que murió? ¿Otra caída?

Helena lo miró con dureza.

–No. No estoy segura de cómo murió. Sturbridge dijo algo acerca de que la había quemado "la luz de la verdad" o algo por el estilo. Signifique eso lo que signifique.

–¿De modo que Sturbridge presencié la muerte de Eva?

–Creo que sí –respondió Helena, tras meditarlo–. Aunque la regente está rara desde hace algún tiempo. No sé muy bien hasta qué punto se le puede achacar...

–Tomo nota. Tú dime lo que se dijo. Deja que sea yo el que decida qué hay que achacar a qué.

Helena sintió deseos de abofetearlo. Se contuvo. Sabía que él estaba haciendo todo lo posible por sacarla de quicio, por obligarla a hacer cualquier comentario airado. Lo peor que podía hacer ella en esos momentos era seguirle la corriente.

–¿También estaba presente Sturbridge cuando murió el embajador? –quiso saber Himes.

–No. Bueno, no lo sé. Ni Eva ni el embajador deberían haber podido acceder a las criptas por sí solos. Acceso restringido. Supongo que Sturbridge debía de haber bajado con ellos.

–Helena, ¿te parece que la regente Sturbridge ha asesinado a Eva y al embajador?

Helena se revolvió inquieta en su asiento.

–No... no lo sé.

–¿Existe algún motivo para creer que no los asesinó?

–Ella dice que no. Ojalá...

–¿Sí?

–Ojalá pudiera estar segura de que estaba en sus cabales. Pero conozco a la regente. Llevo décadas viviendo, trabajando y estudiando con ella. Me cuesta creer que pudiera haberse vuelto de repente una mujer despiadada, calculadora... –Se interrumpió.

–¿Una asesina? Bueno, ésa no es la cuestión, ¿verdad? Todos somos asesinos, ¿no es así? Pero háblame de la novicia muerta. Eva. ¿Estabais muy unidas las dos?

Helena negó con la cabeza.

–No. Los neófitos no tienen mucho tiempo libre, y Eva dedicaba casi todos sus momentos de ocio a revolotear alrededor de Sturbridge. Creo que la regente veía en ella a una especie de protegida. Lo cierto es que me cuesta creer que la regente pudiera...

–¿Te confió Eva algo acerca de su identidad? Digamos, ¿de su capilla natal o su linaje?

Helena pensó un momento.

–Nunca la oí hablar de ello. Pero tampoco era tan inusitado. Llegó a nosotros igual que los demás. Reclutada a la fuerza. La Capilla de los Cinco Distritos es una capilla bélica. La única manera de mantener una población constante pasa por recibir un flujo constante de "voluntarios" de otras casas hermanas más pacíficas. Eso significa que solemos cargar con los casos problemáticos, los novicios de los que deseen librarse los otros regentes. No resulta conveniente ahondar en el trasfondo de un recién llegado. Siempre se termina por encontrar alguna historia desagradable en alguna parte, y eso acrecienta su resentimiento.

–¿Dirías que Eva era un "caso problemático"?

–No lo sé. Era una de las mejores. Nunca se metía en líos. Nada dramático que requiriera la asistencia del equipo de seguridad...

–Helena se arriesgó a sonreír, pero malgastó el esfuerzo con Himes. Ni siquiera la estaba mirando. Había reanudado su deambular distraído.

–¿Nunca se metía en líos? –musitó Himes–. Extraña

afirmación, ¿no te parece? Dadas las circunstancias que nos ocupan. A ver si te he entendido correctamente: Eva aparece muerta en las criptas. El embajador, también muerto. Y, como Eva, también en las criptas. Y tú me dices que fue Sturbridge la que los acompañó allí abajo. La misma que fue testigo de sus muertes. La misma que ha redactado esta monstruosa confesión en la que admite haberse comido los cadáveres. La misma, no creas que no me he dado cuenta, que ha desaparecido. Admitirás, Helena, que esto tiene muy mala pinta para la señora Sturbridge.

Ahora era ella la que no podía mirarlo a los ojos. Sabía lo que encontraría allí. La condenatoria certeza de un inquisidor, la pena capital. Lo vería en la curvatura depredadora de sus dedos.

Los Astores ya le habían convencido de que Sturbridge era culpable. Y, quizá, admitió Helena a su pesar, la regente *fuera* culpable. Ya no estaba segura de nada.

Lo único que sabía era que sus palabras serían la hoguera en la que ardería la regente.

Percibía apenas la insistente letanía de preguntas de Himes. Oía la subida y la bajada de sus inflexiones, pero las palabras habían dejado de tener significado para ella. Se sentía prisionera de los confines de su calavera, asomada a los elevados ventanillos con barrotes que eran sus ojos. Respondía a las preguntas con apatía, consciente de que poco más podía hacer aparte de asistir al levantamiento del patíbulo frente a la ventana de su prisión.

Antígona traspasó la superficie y se encontró nadando en las aguas heladas de un estanque subterráneo. Podía oír el chapoteo del agua contra el mármol. Los obeliscos que delimitaban esta cámara secreta no eran de madera embreada, sino de piedra tallada. Sus marcas eran visiblemente anteriores, jeroglíficos tan antiguos como

auténticos.

Se impulsó hasta el borde del estanque y se aupó. El agua chorreó de su cimbreña figura mientras se alejaba de las aguas mudas. El mármol estaba frío al contacto con las plantas de sus pies.

Pero ¿qué era este sitio?

Cuando estaba en el Mirador de la Viuda, todo le había parecido tan seguro. Tan correcto. Lo único que hacía falta era tener la resolución adecuada, la convicción adecuada. Era un salto de fe.

Había realizado el mismo truco en infinidad de ocasiones. Sus dramáticos saltos entre la vida y la muerte se habían convertido en un ritual, eran casi teatrales. Casi como un espectáculo de desapariciones. Ahora la ves, ahora no la ves.

Cierto, nunca antes había saltado de una cornisa tan elevada, pero la altura no era lo más importante. Ni siquiera la escala épica del salto desde el mirador hubiera sido un obstáculo. En todo caso, la heroica distancia la volvía más fuerte, la elevaba por encima de la vida y la muerte.

Pero algo había salido mal. No debería estar aquí. Debería haberse despertado en la cama de algún hospital, con el cuerpo destrozado pero triunfal el espíritu. Sonreiría a la enfermera entre las vendas, su sonrisa más radiante, y le diría que esperaba que no se hubieran preocupado.

Ésa era la mejor parte del espectáculo. La pinta de sus caras, era impagable. Era todo el aplauso que codiciaba. Esa expresión conseguía que todo mereciera la pena, que valiera la pena repetirlo una y otra vez. Ser necesaria. Ser, de alguna forma, esencial. Hasta tal punto que pareciera que la vida no podría soportar perderla.

La muerte no bastaba para retenerla. Nunca había bastado. Siempre la expulsaba, la depositaba de regreso bajo el estéril fulgor de las luces.

"¿Que si nos habíamos preocupado? Caray, señorita, tiene usted suerte de estar viva".

Habría tenido razón a medias.

El sonido de una pisada en la tumba en penumbra estropeó el momento. Sacó a Antígona de su ensimismamiento. Se quedó petrificada, asumiendo por instinto una pose agresiva a orillas del

estanque. El chapoteo del agua que resbalaba de su cuerpo y golpeaba el suelo resonaba en la oscuridad. Delatando su posición.

Una antorcha cobró vida con un siseo, cegándola momentáneamente. Parpadeó para despejar la visión y vio que la tea estaba sostenida en alto por una enorme zarpa de ébano. Detrás de ella sólo conseguía vislumbrar una corpulenta silueta henchida por la luz de la antorcha, ocupando la sala de una esquina a otra. Entornó los ojos, pero el único detalle que pudo captar fue el destello de unos torvos caninos. Una burlona sonrisa digna del Gato de Cheshire.

La voz era amable, pero tan vasta como el océano. Inundó la diminuta caverna y la arrastró con su resaca, a punto de barrerle los pies del suelo.

–Estás tiritando, pequeña. Acércate a la luz y entra en calor.

Antígona cobró conciencia inmediatamente de su desnudez y vulnerabilidad. Se quedó parada, temerosa y avergonzada a un tiempo.

–Como prefieras –la bañó la voz–. Seguro que coges un resfriado de muerte. Aunque a lo mejor eso ya no te parece tan grave como pudo serlo en el pasado. Hay quienes consiguen acomodarse aquí, a orillas del estanque. Hay quienes tardan años en atreverse a acercarse a la luz.

Algo rozó el hombro de Antígona. Quiso darse la vuelta para enfrentarse a su asaltante invisible, pero descubrió que apenas podía moverse. Estaba inmovilizada, incrustada en una enorme masa de cuerpos, agolpados en la orilla. Le pareció que intentaba coger aire, aunque no podía. Ni siquiera conseguía recordar por qué era eso tan importante.

Intentó zafarse, pero únicamente consiguió darse de bruces con el hombre que tenía al lado. Tenía violentamente levantada la tapa de los sesos. Abrió los ojos al reconocerla pero, cuando quiso hablar con ella, lo único que surgió de su boca fue un torrente de sangre que escapaba de un boquete practicado en el velo de su paladar.

Antígona quiso liberarse, darse la vuelta, perderse en la aglomeración. Extendió los brazos, tanteó a ciegas y encontró un firme asidero. Una mano en la lóbrega masa de carne. Afianzó su presa y tiró para acercarse. Un rostro corrió a su encuentro en medio del mar

de cuerpos. Por un instante vio su expresión de alivio reflejada en la cara de la otra mujer. Luego, igual de inesperado, la expresión se convirtió en una de horror y repulsión.

Antígona no podía sostener la mirada a la mujer. Agachó la vista a sus manos enlazadas y reparó en los largos y exagerados jirones de carne que colgaban de los antebrazos de la otra. Barrían el suelo a su paso.

Se negó a gritar. Antígona apretó los dientes para contener el creciente pánico y la repulsa y miró en rededor en busca de una vía de escape de aquella multitud. ¡El estanque! Se abrió paso en dirección al sonido del chapoteo del agua, descargando golpes indiscriminadamente.

Con un grito de alivio, divisó el perfil de la ribera. Una mano azul, hinchada, surgió de las aguas y buscó sus tobillos. Le propinó una patada y retrocedió al tiempo que la mano volvía a sumergirse. No eran los dedos regordetes y cianóticos de un niño lo que repugnaba y alarmaba. Era el desmesurado volumen de cuerpos que clamaban y escapaban arrastrándose del Estanque de los Suicidios.

Desesperada, Antígona buscó el único punto de referencia en medio de aquel vasto paisaje de carne: la antorcha. Apenas si consiguió divisar la oscilación de la lejana luz. A menos que estuviera completamente desorientada, se había movido desde la última vez que la viera. Paso a paso, comenzó a abrirse camino.

—¡Ya voy! —gritó—. No me dejes aquí.

Vio una abertura en medio de la masa de cuerpos y corrió hacia ella de inmediato, girando y rodando. Sentía el contacto de las manos que intentaban prenderla, pero no conseguían asir su resbaladiza figura empapada. No había vuelo de túnica que pudieran agarrar, pero sí sintió cómo le arrancaban el cabello a puñados. Se puso en pie, sangrando por una docena de pequeñas heridas. Pero sentía el sople de una corriente de aire en la cara. Se había liberado y ante ella sólo había ahora espacio abierto. Sacando fuerzas de flaqueza, se alejó corriendo de las voraces manos de los condenados.

Tropezó y se detuvo de golpe al caer contra un pilar. Al menos pensaba que era un pilar. Al levantar la cabeza, vio el resplandeciente fulgor de la antorcha justo encima de ella. A la luz que proyectaba,

pudo ver que el "pilar" estaba cubierto de un tupido pelaje negro.

–Hola, pequeña. –La risa conocida la arropó como una manta. Pero no había nada de cálido en ella, únicas mente el susurro del viento al atravesar osamentas exhumadas–. Supuse que preferirías mi compañía a la de tus colegas, y hete aquí que has venido. ¡Pero si estás temblando! ¿Qué has hecho con la piel que te di la última vez que nos vimos? ¿No la habrás perdido? Qué lástima. Si parece incluso que hayas mudado tu propia piel... toda pálida, mojada y tiritando. Aguarda un momento.

–Pero si no sé cómo... no sé cómo he llegado hasta aquí –se lamentó Antígona.

–Chitón. Tranquila, pequeña. Cada cosa a su tiempo.

Sintió cómo se cerraban sobre ella aquellas zarpas grandes y suaves. Al tiempo que se arrebujaba en su calidez, se hizo un ovillo. Él la acunó en sus palmas como si fuera una pelota de arcilla maleable.

Era como si se le hubieran enredado los brazos con las piernas y ahora no supiera distinguir unos de otras. Quiso gritar, pero sus palabras sonaron amortiguadas como si tuviera la cabeza envuelta en capas de grueso algodón.

–Así, mucho mejor. Así te recordaba.

Cuando se hubo disipado la reconfortante oscuridad de las grandes zarpas, Antígona se encontró sometida a la indignidad de verse colgada boca abajo sujeta por un talón. Se reveló contra el amasijo de largas faldas negras que le tapaban la cara.

–Bájame –consiguió increpar.

–Casi como te recordaba, mejor dicho –se corrigió el Chacal. La sala se enderezó de repente y Antígona volvió a pisar tierra firme. Cuando se hubo alisado el amasijo de faldas, le chocó el contraste de su ridícula postura y la solemnidad del conjunto. El largo vestido negro era elegante, pero sencillo, casi informe; un pálido sargazo ensombrecido de cualquier pantano. El sombrío vestido olía incluso a humedad, a bolas de naftalina. Le recordaba lugares desolados: marismas, jardines en invierno, cementerios.

Su función era inconfundible. Era un vestido de luto. El velo de una viuda.

Al comprenderlo, le sorprendió la similitud entre este vestido y la

túnica de novicia que había abandonado en el Mirador de la Viuda.  
¿No hacía ya una vida de aquello?

No se trataba tanto de un parecido visual como de intención, de propósito. Pero sus antiguos hábitos eran una insignia de sus años de servicio a la Casa de Tremere y su fútil lucha contra la monolítica e impersonal estasis de la Pirámide. Era una carga que no ansiaba retomar.

Su mano vagó, como por costumbre, hacia el lugar donde había un bolsillo interior en la vestimenta de novicia. Se sobresaltó al encontrar allí una forma familiar, recogida entre las capas de tela de su nuevo atuendo. Era el perfil de una vieja navaja. La Navaja de Occam. También tendría que haberla perdido, abandonada en el precipicio.

–Ahora, basta de carreras –sonrió el Chacal–. La manera en que pasas de un sitio a otro es sumamente desconcertante. Es un milagro que consigas concluir un pensamiento. A ver, siéntate aquí, a mis pies. Nada de peros. Será sólo un momento.

A lo lejos, sobre su cabeza, la antorcha trazó un arco, sumiendo a Antígona en las sombras. La luz reveló un conjunto de nichos de piedra encajados en la pared de la tumba. Los estantes estaban llenos de frágiles vasijas de barro –vasos canopios– todos ellos rematados por una realista cabeza de animal.

El Riente Guardián de los Muertos pasó una mano distraída por la hilera de jarras, como si estuviera leyendo sus etiquetas, buscando una en particular.

–Ah, aquí está –dijo, retirando un recipiente de su balda–. Antígona, Canis Aureus. –Ladeó la cabeza al reparar en la expresión de curiosidad de Antígona y sonrió–. Sí, somos iguales, me parece, tú y yo. Canis Aureus. Chacales por naturaleza y temperamento. Cuidadores de cadáveres. En cualquier caso, me halaga que eligieras mi nombre. –Le dedicó una nueva sonrisa y, por un momento, Antígona albergó la esperanza de que se hubiera olvidado del ominoso propósito que tuviera en mente–. Acompáñame –dijo, al cabo–. Ya has malgastado tiempo de sobra con tus chapuzones.

–Pero no lo entiendo. ¿Qué estoy haciendo aquí? Esto es un infierno. –Se estremeció involuntariamente y se cruzó de brazos, sintiéndose perdida, sola y vulnerable.

–Nada tan prosaico –dijo el Chacal–. Esto sólo es una encrucijada en el camino. Ven. –Emprendió el paso sin esperar a ver si ella lo seguía. No hubo ido muy lejos cuando oyó el chapoteo de sus pies mojados apresurándose a darle alcance. Esbozó su sonrisa de máscara funeraria.

\_\_\_\_\_ 5 \_\_\_\_\_  
**Solo fiebre y tormento**

Francesca Lyon salió de la estación de autobuses a la untuosa lluvia vespertina. Levantó malhumorada la capucha de su poncho de camuflaje, pero su esfuerzo contribuyó apenas a reducir el torrente constante de agua que le empapaba la nariz y las mejillas. El poncho presentaba manchas rojizas acumuladas durante los prolongados períodos de tiempo pasados en las excavaciones de la península de Tidewater, en Virginia.

En Washington, estudiaba colonial en la Universidad de Georgetown, pero suponía que había tirado todo aquello por la borda al subirse a ese autobús. No se había tomado la molestia de sacar el billete de vuelta. No sabía si podría dar la vuelta ahora que había llegado a ese punto.

Se colgó la mochila del hombro, agachó la cabeza y se adentró en la lluvia. Tenía la otra mano hundida en el cálido bolsillo delantero del poncho. En el puño aferraba una nota. La nota de Sturbridge. Decía únicamente:

*Ven a Nueva York.*

*La demora traerá únicamente fiebre y tormento.*

*No estás sola.*

*~ A.S.*

Nada más que tres líneas. Catorce palabras. Pero esas palabras se habían convertido en una obsesión abrasadora durante las

semanas transcurridas desde la visita de Sturbridge.

Había intentado sobreponerse, claro que sí. A la enfermedad. Al apetito feroz. A los siniestros impulsos. Había intentado convencerse de que nada de eso estaba ocurriendo. Tenía que hablar con alguien, decir a alguien lo que sucedía. Lo que le habían hecho.

No podía acudir a la policía de buenas a primeras. Las autoridades de Washington ya tenían monstruos reales de sobra de los que ocuparse. Las bandas, los adictos, los violadores, los asesinos... todos los deshechos humanos que solían cebarse con los residentes de las franjas menos pudientes de la ciudad gozaban ahora de una impunidad casi absoluta, dejados a su aire. El pez chico en la pecera grande. La policía tenía problemas de verdad entre manos.

Siguiendo la estela de los disturbios, la zona comercial de Washington, DC, había asumido el aspecto de un campamento armado militar. Una vasta ciudad de tiendas de campaña, inundada de refugiados y empleados de emergencia, se extendía ininterrumpida entre el Capitolio y las ventanas cegadas de la Casa Blanca.

El Monumento a Washington se erguía desafiante en medio de la aglomeración de lonas y cuerpos desaseados, como un dedo acusador levantado contra los cielos. Al aproximarse, no obstante, resultaba evidente que los esfuerzos combinados de innumerables vándalos habían pasado factura. Como si presintieran cuál iba a ser la tendencia predominante, los empleados de la Agencia Federal para el Control de Emergencias se habían sobrepuesto por fin a su temor reverencial y sus reticencias y habían levantado un improvisado andamio a fin de pintar una llamativa cruz roja en cada una de las cuatro caras del obelisco.

Todos los informativos eludían cuidadosamente el quid de la cuestión. Nadie quería admitir que la capital del país se encontraba gobernada por la ley marcial, y que ni siquiera esta medida extrema conseguía garantizar el orden.

La policía se reiría de ella. ¿Qué iba a decirles? ¿Que desde que llevara en su coche a un profesor foráneo de arqueología hasta una conferencia que se celebraba en Baltimore padecía estos... apetitos? Creerían que era una especie de perversa. No la clase de perversa de la que se ocupan ellos, desde luego. Diablos, había visto buenos

ejemplos de apetitos descontrolados en los asiduos de la Zona Comercial. Si la policía no estaba dispuesta a salir al frente para detener las matanzas y las barbacoas con carne humana que se celebraban en el césped principal de la calcinada Casa Blanca, estaba claro que no se pararían a escuchar a una pirada diciendo que le había cogido gusto a la sangre.

Chessie pensaba que podría estar sufriendo una crisis, quizá que estuviera volviéndose completa y rematadamente loca. Se preguntó qué se sentiría al enloquecer. ¿Era algo que ocurría de repente, o se adueñaba de ti gradualmente, en distintas fases? ¿Se daba cuenta una de estar volviéndose loca? ¿Podías sentarte y sopesar la situación de manera objetiva y decir ah, pues sí, hoy estoy peor que ayer? ¿Podían documentarse los cambios, llevar un diario? De ese modo podrías repasar las hojas y seguir el inevitable y aciago curso de tu propio derrumbamiento.

¿Sabrías siquiera que habías perdido la cabeza? ¿Comprendías que algo iba mal... y que ese "algo" eras tú?

Quería acudir al decano Dorfman. Él siempre había estado ahí para respaldarla, incluso cuando no había nadie más. Era su consejero. Él sabría qué hacer.

La especialidad de Dorfman eran las sociedades secretas de comienzos de la historia de los Estados Unidos, pero eso era algo que no sabía casi nadie en el campus. La mayoría de sus estudiantes lo evitaban. No porque fuera una especie de trasgo ni una sanguijuela ni nada de eso. Era porque la administración enviaba a Dorfman únicamente los casos más difíciles. Los que ya habían recibido su tercera advertencia... los que estaban a un paso de salir de la universidad de una patada. Sí, Dorfman acaparaba lo mejor de lo mejor: los que estaban tan enganchados a las drogas o a la bebida o al sexo que ya ni siquiera podían encontrar el camino de salida por sí solos.

Pero Dorfman no estaba ahí ahora. Hacía meses que no lo estaba. Estaba de vacaciones. En Viena, cabrón con suerte. Y nada hacía presagiar que fuera a volver a casa antes del comienzo del siguiente trimestre.

Lo que la dejaba desamparada.

*Ven a Nueva York.*

Ni siquiera sabía por qué estaba aquí. Después de lo que le había hecho Sturbridge la última vez, Chessie no se imaginaba que la profesora se alegrara de verla de nuevo. Probablemente le daría con la puerta en las narices.

Hacía noches que no pensaba en otra cosa. Ni siquiera estaba segura de que le gustara lo que pudiera ocurrir si Sturbridge *accedía* a verla. Pero tenía que hablar con alguien. Con alguien que supiera lo que estaba ocurriendo. Con alguien que pudiera explicarle por qué tenía estas... sensaciones.

Había pensado brevemente en volver a casa. No a casa con su familia, eso sí que habría sido una estupidez. A casa a las montañas. Era el único sitio en el que siempre tenía la impresión de verlo todo en perspectiva. El único sitio en el que siempre tenía la impresión de que podría escapar de los gritos, del tintineo de las botellas, de los torpes arañazos de la llave en la cerradura.

Quizá la locura no tuviera nada que ver con Sturbridge. Ni con lo que había hecho. Quizá hubiera estado ahí siempre, latente, oculta a flor de piel. Podría llevar años ahí, esperando pacientemente a que alguien o algo rascara la superficie.

Si alguien lo sabía, ése sería su padre. Pero antes preferiría morir que volver a acercarse a él. Ni siquiera para esclarecer lo que le estaba ocurriendo.

Quizá formara parte de su legado, este apetito siniestro. Herencia de familia. Su derecho de nacimiento. Quizá lo que hizo Sturbridge no fue sino exponerlo a la luz, sacarlo a flote.

Quizá, pensó, Sturbridge supiera cómo relegarlo de nuevo al olvido. Encerrarlo de modo que nadie volviera a verlo nunca. De modo que nadie volviera a resultar herido.

O puede que también Sturbridge se riera de ella. Chessie pisoteó un charco, malhumorada, aplastando su propio reflejo. Ya no tenía nadie más a quien acudir. Resignada, encaminó sus pasos hacia el Instituto Barnard. Tenía la impresión de que Sturbridge era una de esas personas que trabajan hasta tarde.

Se estremeció, sintiendo la primera caricia tosca del siniestro apetito que se adueñaba de ella. Con un escalofrío, se cambió la

mochila de hombro. Se encogió bajo ella, intentando volverse muy pequeña. Cerró los ojos y se afianzó el poncho en torno a la barbilla. Vocalizó silenciosas oraciones para expulsarlo, aunque fuera sólo esta noche. Se portaría bien, si se alejaba. Pero ya podía oler su enfermizo aliento dulzón.

Sollozó y se cobijó en el ensombrecido zaguán de un establecimiento. Donde la lluvia, al menos, no pudiera alcanzarla.

## La emperatriz de la India

Cuando Sturbridge cruzó el círculo de fragmentos de cristal artísticamente ordenados, su rostro se compuso en una hierática máscara mortuoria. Se enderezó con porte regio y alisó como pudo las arrugas de su túnica.

Unos cuantos pases arcanos era todo lo que necesitaba. Stephens volvía a estar frente a ella, invocado de las profundidades de las criptas a las que lo había expulsado. Al círculo invertido que era el gemelo de éste. Su cara mostraba aún la misma expresión indignada. Seguía vocalizando los mismos improperios y amenazas. Era como si nunca se hubiera ido.

Despotricó en silencio un momento, incapaz de imponer su voz a la barrera del diagrama místico. No tardó en percatarse de la futilidad del gesto y se sumió en una inmovilidad malhumorada.

Sturbridge permitió que se desfagara. Dejó que el silencio flotara entre ambos, que el momento se prolongara hasta ver los primeros indicios de incomodidad por parte de él... hasta estar segura de que había comprendido que estaba a su merced.

Cuando habló al fin, su tono era sucinto, seco, la voz de quien lleva décadas acostumbrada a impartir órdenes.

–Eres un intruso en mi casa. Has asesinado a mi novicia. Responderás por estas infracciones.

Sturbridge se agachó para cambiar de sitio un trozo de cristal y retirar uno de los símbolos de apoyo del diagrama. Este gesto abría

las esclusas del dique que había contenido las palabras del hombre y éstas brotaron como un torrente.

–¡...esa jovencita tiene que responder de muchas cosas! Y no es la única. ¿Qué te propones encerrándome aquí?

Sturbridge ignoró la perorata de Stephens.

–Te alegrará saber, sin duda, que la señorita Baines ya no supone ninguna amenaza para ti. A mí no me alegra tanto. Dime enseguida quién eres y por qué has asesinado a mi novicia.

Stephens no estaba dispuesto a colaborar.

–Ya está bien. Yo no he asesinado a nadie, como tú bien sabes. Tu "novicia" y tú me atrapasteis en este maldito diagrama. –Dio un tentativo paso adelante. Sus manos impactaron en la línea de las protecciones exteriores y las retrajo, maldiciendo y frotándose las muñecas.

–Soy Aisling Sturbridge, señora de esta casa. Responderás a mis preguntas. Luego decidiré si deberías ser puesto en libertad o no. Te he preguntado quién eres y por qué has asesinado a mi novicia.

Stephens sopesó la posibilidad de arrojarle contra las protecciones, pero se lo pensó mejor. Su punto fuerte pasaba por otros derroteros. Cambió de táctica.

–Lo único que queríamos era hablar con la chica –dijo, con una nota conciliadora–. Me llamo Stephens. Hemos venido en misión oficial de la Casa Madre. No le he tocado ni un pelo a tu novicia y está claro que ella seguía con vida cuando tú manipulaste el diagrama y me arrojaste a las catacumbas. Mira, sólo intento hacer mi trabajo. ¿No podemos volver a la capilla y discutirlo? Si le ha sucedido algo a la chica, te ayudaremos a llegar al fondo de la cuestión. –Le dedicó lo que esperaba que fuese una sonrisa irresistible.

–¿Sólo intenta hacer su trabajo? ¿Quiere que crea, Mr. Stephens, que es usted un asesino profesional?

–Aguarde un momento. Yo no he dicho nada de eso. Soy investigador, señorita Sturbridge. De la Casa Madre. De Viena. Seguramente esto no la pillaré desprevenida...

–Puede usted llamarme regente Sturbridge. Y, por favor, no crea que podrá escapar a tu castigo parapetándose tras esta débil tapadera. Usted no es ningún investigador.

Stephens abrió la boca para protestar, pero Sturbridge lo atajó bruscamente.

–Ahora mismo, ni siquiera es usted representante de la Casa Madre. Si lo fuera, se habría presentado formalmente ante mí a su llegada... como están obligados a hacer todos los emisarios de la Casa Madre según la cédula concedida a esta casa. Como no lo hizo, es un intruso.

–Le aseguro, señorita Sturbridge, que precisamente íbamos...

–Pero digamos que se hubiera presentado como le, correspondía –volvió a interrumpirlo Sturbridge–. Y que a mí me satisficieran sus supuestas credenciales... y que, por algún motivo, me sintiera inclinada a solicitar su ayuda para llevar a cabo una investigación. Entonces, y sólo entonces, podría decidirme a honrarlo con el título de "investigador". Aunque lo mismo podría llamarlo "la Emperatriz de la India". Para serle sincera, una Emperatriz de la India con mi bendición impondría mucho más en esta casa que alguien al que un burócrata de Viena haya decidido llamar "investigador". ¿Ha quedado esto claro?

–Comprendo cómo se siente, señorita Sturbridge, pero nuestras credenciales son auténticas. Me complacería mostrárselas formalmente, si fuese usted tan amable de... –Indicó con un gesto el diagrama de contención.

La mirada de Sturbridge era inflexible.

–Si le es más fácil apreciar su situación en términos de su confinamiento, Mr. Stephens, me parece aceptable. En cualquier caso, el hecho es que usted sigue sin gozar de autoridad oficial. Está atrapado, literalmente, entre dos lugares. Se le consiente que hable únicamente gracias a la merced de mi justicia, para responder por sus acciones. Se le consiente existir, me temo, únicamente gracias a la merced de este diagrama, admitámoslo, bastante traicionero.

–¿Me está usted amenazando, señorita Sturbridge? Seguro que sabe que obstruir una investigación de los Astores constituye de por sí una acción criminal. Hay hermanos que han visto la luz del sol por el simple hecho de ocultarnos información pertinente. Amenazar abiertamente la integridad de un investigador...

Sturbridge esbozó una sonrisa.

–Ah, me malinterpreta usted, Mr. Astor. Yo no amenazo. No soy yo, a fin de cuentas, la que le impide ocuparse de sus asuntos. Es este condenado diagrama. Si de mí dependiera, intentaría liberarlo de inmediato. Pero mi comprensión de este diagrama es meramente imperfecta. Me temo que si intentara liberarlo a usted ahora, podría causarle daños permanentes... involuntariamente, se entiende.

El gesto de Stephens se tornó grave. Sturbridge vio que había comprendido sus insinuaciones. Pero el hombre se repuso para realizar una última intentona desesperada. Mirándola a los ojos, dijo:

–Creo que sabe cómo liberarme.

Toda la fuerza de su voluntad y su adiestramiento se canalizó a través del tenue e invisible conducto que unía sus miradas. El poder crepitaba bajo la superficie de aquel flujo de sílabas, inocentes en apariencia.

Sturbridge le sostuvo la mirada. Cuando habló, su voz era tan fría como una puñalada.

–Entonces, ¿quiere que lo intente?

La confianza de Stephens se tambaleó, pero no pensaba echarse atrás ahora.

–Hazlo –ordenó.

La regente asintió lentamente.

–Pues ponte de rodillas.

Aquello lo cogió desprevenido. La miró intrigado.

–La única forma que se me ocurre para liberarte consiste en llevar este malhadado rito a su conclusión. Si quieres ser libre, tendrás que cooperar. O puedo renunciar a intentarlo, destruir el diagrama y dejar que sufras la descarga. Tú eliges.

Stephens se arrodilló.

–Ahora te vas a dirigir a mí como la legítima regente de esta casa y vas a jurar que acatarás mis normas mientras sigas siendo mi invitado.

Stephens sonrió y zangoloteó la cabeza, riéndose entre dientes. Haciendo acopio de dignidad, se puso de pie lentamente, sacudiéndose la ceniza y el hollín que le ensuciaba las rodillas.

–Muy bueno, señorita Sturbridge. Por un instante me había engañado. Que le ayude a completar el rito...

–Lo digo muy en serio, Mr. Stephens. Lo único que le pido es una muestra de cortesía elemental hacia su anfitriona. Si no está dispuesto a concederme esto siquiera, no tenemos nada más que discutir.

Stephens decidió intentarlo por última vez. Quizá pudiera hacerle ver los hechos.

–Mire, sabe que no puedo hacer eso, señorita Sturbridge. Mi juramento es para la Orden. Y mi deber bien pudiera obligarme a hacer cosas que, francamente, una dama como usted no debería tolerar en sus huéspedes. Hemos venido para poner fin a una serie de asesinatos, señorita Sturbridge. Eso no es algo que se tome a la ligera. Haremos lo que sea necesario para restaurar la seguridad de esta capilla. Y si eso implica pisar unos cuantos callos y saltarse unas cuantas convenciones sociales... en fin, consideraría que es un precio muy pequeño.

–Ya veo –dijo Sturbridge, al cabo–. Comprenderá usted entonces que diga que el riesgo de que usted muera me supone un precio demasiado elevado a cambio de correr el riesgo de ponerlo en libertad. De buena fe le garantizo que no puedo intentar liberarlo de este diagrama, Mr. Stephens.

–En tal caso, yo diría que estamos en un punto muerto. Usted no puede sacarme... por miedo a matarme, como usted dice. Y ninguno de los dos podemos quedarnos aquí plantados, mirándonos con mala cara hasta que amanezca. ¿Alguna sugerencia?

Sturbridge no le devolvió la sonrisa.

–¿Está usted seguro de que no quiere pensárselo? Le ofrezco la oportunidad de gozar de mi protección. Podrá irse libremente y no sufrirá daño ni reproche alguno mientras permanezca en mi casa. También se librá de la indignidad de verse obligado por sus colegas a hacer algo que pudiera... pesarle.

Stephens negó con la cabeza, compungido.

–No se lo tome como algo personal, señorita Sturbridge. Pero no estoy seguro de qué podría servirle mi promesa si tuviera que quebrantar un juramento para realizar otro.

–No lo tenía a usted por un idealista, Mr. Stephens. Evidentemente, si decide usted despreciar mi protección, yo no me

hago cargo de...

–¿Quiere que sea más pragmático, señorita Sturbridge?

Sinceramente, aun entre los muros de esta capilla, su "protección" no vale gran cosa. Y si tengo que elegir entre usted o Viena, no voy a pensármelo dos veces.

Era Sturbridge la que hubo de mostrarse desconcertada en ese momento.

–Le agradezco su franqueza, Mr. Stephens. Ya veo que no piensa cambiar de opinión al respecto. Es una lástima. Las cosas habrían sido mucho más fáciles, para ambos, si hubiera accedido usted a prometerme su apoyo. Me temo que ahora nos hemos quedado sin opciones. Tendrá que regresar usted a las criptas por una temporada. Dígame, ¿lo estiman sus colegas, Mr. Stephens?

Stephens meneó la cabeza ante el súbito cambio de conversación.

–No sé si la sigo, señorita Sturbridge.

–Verá, se me ocurre que su "vida", a falta de una palabra mejor, bien pudiera ser lo único de valor que pueda aportar a las negociaciones con sus compañeros. Dígame, Mr. Stephens, ¿cómo tiene usted más valor para sus compañeros, vivo o muerto?

Stephens había recuperado su porte suficiente y flemático.

–Eso no le va a funcionar, señorita Sturbridge. Los Astores no negocian con secuestradores. Sugíerale siquiera y acabarán con usted en el...

Sturbridge se encogió de hombros.

–Qué pena. Entonces, supongo que lo mejor sería fingir que ha ocurrido un accidente. Oh, no se sorprenda, Mr. Stephens. Aunque los rumores digan lo contrario, no tengo por costumbre asesinar novicias ni invitados. Sólo lo menciono porque me gustaría que pensara en mi oferta durante su confinamiento.

Stephens quiso responder, pero Sturbridge hizo un gesto de negación con la mano y atajó sus palabras. Él siguió vocalizando invectivas mientras ella se inclinaba sobre el diagrama y lo devolvía a las criptas.

Cuando su imagen hubo desaparecido, Sturbridge deshizo el diagrama meticulosamente, eliminando toda posible salida. Se

preguntó cuánto tardarían en echarlo de menos. Luego se dispuso a restablecer el portal de acceso a la Capilla de los Cinco Distritos.

**La balanza de Anubis**

–La última vez que estuviste aquí –dijo por encima del hombro el Guardián de los Muertos con cabeza de chacal–, me fue imposible conseguir que te estuvieras quieta. ¿Te acuerdas? Mi pajarito bobo. Pero ahora, ahora te contienes. Me pregunto por qué. ¿No será que me tienes miedo?

Antígona se crispó.

–No estoy asustada –dijo, en voz baja.

El chacal no la contradijo.

–Entonces, el problema es qué hacemos contigo, pequeña. –La antorcha del chacal se había consumido hacía tiempo. Su viaje por los fríos pasadizos subterráneos parecía no tener fin. Abría la marcha sosteniendo el vaso canopio ante él a modo de linterna. Una difusa luz rojiza emanaba del vaso. No era tanto que iluminara el camino como que pusiera de relieve las sombras que los rodeaban. Con cuidado, Antígona sorteaba las tinieblas resaltadas, temiendo dar un paso en falso en la oscuridad.

Frente a ella, Anubis había llegado a una vasta cámara, una sala de audiencias formal. La tenue luz roja refulgió en el oro bruñido al capturar la balanza que ocupaba el centro de la estancia. El delicado ingenio era tan alto como ella. *Un juzgado*, pensó. La idea no la reconfortó.

Pendía sobre el tribunal un silencio inquietante. Los únicos sonidos que se escuchaban parecían arañazos, como de ratas en las paredes. El lento pero inexorable roer de las fuerzas de la degradación y la corrupción.

–Ya hemos llegado –dijo su guía, con evidente entusiasmo–. Ponte cómoda, por favor. Será un momento.

Antígona se demoró en la entrada. Se esforzó por distinguir los

reveladores sonidos del interior. El rascar de un estilo procedente del extremo más alejado de la sala podría señalar la presencia de un escribano oculto que tomara nota de los actos. El persistente repiqueteo de unas garras contra la piedra sin duda indicaba el inquieto deambular de alguna bestia enorme a lo largo de la pared de enfrente. Nada delataba, no obstante, si esperaba a ser juzgada o si ella era la sentencia de otro.

–Muy considerado por tu parte –llamó Antígona–. Pero no quisiera que te tomaras ninguna molestia por mí. Te agradecería que me indicaras el camino de vuelta. Luego me largo. Por nada en el mundo desearía ocasionarte más molestias.

Su anfitrión se acercó a la balanza del centro de la sala y comenzó a ajustar el mecanismo.

–Para nada. Es un placer tenerte de nuevo entre nosotros. Aunque has puesto el dedo en la llaga, tesoro. No te tomaste la molestia de planificar tu regreso con antelación. Ahora tendrás que negociar en, digamos, cierta inferioridad de condiciones.

–Pero si esto es del todo inusitado –tartamudeó Antígona–. O sea, las otras veces, nunca tuve que preocuparme de regresar. No había ningún sitio del que regresar. Simplemente me despertaba, en la cama, escuchando las crédulas monsergas que musitaba el médico de turno. Nunca vi nada de... esto. ¿Qué es este sitio?

Anubis sonrió sin apartarse de su tarea.

–Mira a tu alrededor, pequeña. No es la primera vez que vienes aquí. Conoces este lugar tanto como a mí. Eso es bastante. Y nosotros también te conocemos a ti. A ti y tu espectáculo de equilibrista, tu jueguito de las cornisas. ¿De veras pensabas que ibas a eludirnos indefinidamente?

Antígona frunció el ceño y retrocedió un paso hacia el pasadizo.

–No lo entiendo. A ti te conozco. Pero éste no es tu sitio. Éste es *mi* rito. La danza del precipicio. Es algo personal, privado, *íntimo*. Y tú no formas parte de él... nunca lo has hecho. No deberías estar aquí.

–Ah, pero mira, lo cierto es que aquí estoy.

Antígona meneó la cabeza, obstinada.

–No, esto es un error. Tú eres el producto de una época diferente de mi vida, de una dinastía posterior. Pero si ni siquiera supe

de tu existencia hasta aprender las costumbres de la Pirámide.

–¿Ése es el problema? –El chacal fijó su atención en la otra cara de los platillos–. No se pueden olvidar las costumbres, pequeña. Eso lo sabes. Estoy contigo ahora y lo estaré siempre. *Selah*.

–El rito no puede cambiar –insistió Antígona–. Es mío. Yo lo creé. Sólo yo puedo alterarlo. Y no lo he alterado. No ha cambiado nada... la muda de la antigua piel, la adopción de un nuevo nombre...

Anubis se apartó y examinó su trabajo con ojo crítico.

–Silencio, pequeña. Tienes razón; el rito no ha cambiado. Donde te confundes es al pensar que se originó contigo. Es más antiguo que tú, mucho más. Es tan antiguo como la magia de las pirámides, como el tránsito de una vida a la siguiente. ¿De veras creías que tú eras la primera? ¿Que nadie había probado antes el juego letal de los cuchillos, las hierbas y las cornisas? ¿Que nadie había coqueteado con la autoaniquilación para luego apartarse bailando del borde del abismo? Claro que la parafernalia ceremonial ha cambiado... ahora tenéis a vuestra disposición pistolas, pastillas y gas. Pero el juego sigue siendo básicamente el mismo, ¿no es así?

Antígona se enfrentó a su sonrisa socarrona.

–No, en ningún momento quería decir eso. Ya sé que ha habido otros que han... que se han quitado la vida. Yo me refería a mi rito, mi rito *personal*. Ya me ha ayudado a salir antes de ésta. Tiene que funcionar. No puedo estar...

–¿Muerta sin más? ¿Acaso es eso algo tan terrible? ¡Vamos, mírate! Pero si estás temblando, pequeña. Acércate.

Ya había dado un paso en dirección al acogedor abrigo de la voz del chacal cuando se dio cuenta y se detuvo en seco.

–No –insistió–. Hay una salida. Siempre la hay. El truco no termina hasta que vuelven a recomponerme. Hasta que despierto y veo a los médicos cargándome de elixires polisílabos y envolviéndome en immaculados vendajes de color blanco...

Anubis soltó una risita gutural.

–Ésa, pajarillo, es la magia más antigua de todas. ¿No reconoces la parafernalia que te rodea? No importa. Lo único que debe preocuparte es que el rito me fue concedido hace mucho tiempo. Y tú tienes que hacer lo mismo... confíate a mí. Basta. Ahora, no te

muevas. La pirámide es una parte integral. Has pronunciado juramentos poderosos, juramentos de sangre. Ya no puedes hacer el truco de pasar de una vida a la siguiente sin pasar por la pirámide y seguir sus reglas. Quizá nunca pudiste. Pero ésa es otra cuestión. Estamos unidos, tú y yo. Será mejor que empieces a acostumbrarte.

–Pero es que es eso. Ya no formo parte de la Pirámide. Me han expulsado, soy una renegada, una paria...

–¿Un chacal? –interrumpió Anubis, con su sempiterna y deslumbrante sonrisa. No era del todo burlona; era más bien *sabedora*. Como si conociera los pensamientos de Antígona de antemano, antes de que ella pudiera expresarlos con palabras. Aunque quizá todos los pensamientos que hubieran de ser expresados se hubieran pronunciado ya en este sitio. Todos los pensamientos que pudieran ser expresados, tal vez. Esa sonrisa contrariaba a Antígona. No dejaba de imaginarse un boquete del tamaño de su puño en medio de aquella resplandeciente hilera de dientes –. Siempre estás corriendo de un lado para otro –prosiguió, antes de que ella pudiera responder a la última acusación–. Ése es el único propósito que define tu existencia. Da vértigo mirarte.

Antígona se revolvió incómoda frente a esta denuncia, pero se recompuso y se obligó a mantener el cuerpo rígido. A conservar su posición exacta.

–No estaba hablando de eso y lo sabes. Me refería a lo idiota que es insistir en someterme a las tradiciones de mi gente cuando ésta me ha vuelto la espalda. Me han apartado de esa tradición de manera tajante. Si me encuentran, arderé.

El Chacal hizo un gesto de indiferencia.

–Huyes de la vida, huyes de la muerte y ahora, al parecer, tienes que huir incluso de tus semejantes. ¿Por qué no puedes quedarte quieta? Es como si hubiera una especie de vacío enorme en el mundo y tú tuvieras que rellenarlo... con palabras, con aspavientos. Si insistes en desperdiciar el poco tiempo que te queda, te sugeriría que al menos aplicaras tus esfuerzos con un poco más de estrategia. Por ejemplo, podrías negociar tu liberación. Muchos lo hacen. Lo cierto es que éste sería el momento idóneo para hacerlo. Cuando empiece el juicio, no tendremos ocasión de intercambiar galanterías.

Estas palabras proyectaron un escalofrío de aprensión que recorrió la columna de Antígona. No le entusiasma enfrentarse a la prueba de la balanza del dios Chacal.

–¿Negociar? ¿Qué tengo yo que pudiera interesarte?  
–preguntó, circunspecta.

–Ésa es la primera pregunta sensata que me haces desde que llegaste. Los suicidas andan siempre absortos en sí mismos. Te sorprendería los pocos que se molestan en plantear una cuestión tan pertinente. ¿Qué tienes que pudiera interesarme? Veamos. Tu corazón ya es mío. –Posó el vaso canopio a un lado de la balanza. Los platillos se inclinaron visiblemente y el dios Chacal frunció el ceño.

–¿Qué pasa? –quiso saber Antígona, ansiosa. *¿Qué quiere decir con que mi corazón es tuyo?*

Anubis meneó la cabeza, compungido.

–No te ocultaré el hecho de que no soy optimista. Me temo que tu corazón pesa demasiado. A lo mejor has elegido un mal momento para morir.

–¿Un mal momento?! ¿Es que hay *un buen* momento para morir?

Cuando habló el chacal, ya no se dirigía a ella, sino que arrullaba la diminuta vasija de barro.

–Desde luego, niña. Es bueno morir cuando no pesa ninguna carga sobre el corazón. Es imprescindible que el Peso del Corazón iguale al de la pluma de Ma'at... lo que tú llamarías la Verdad. Me temo que has vuelto a nosotros demasiado tarde. Tu corazón está lleno de discordia y vacilación. Has olvidado cómo se hace ese antiguo truco, pequeña... el juego de la muerte y los nombres. De niña lo sabías. Cuando eras mortal, lo sabías. ¿Ahora? Ahora te pesan los años. Mejor así. Irás a parar al Devorador y la vida comenzará de nuevo.

Se oyó un ávido chirriar de dientes procedente de la bestia que deambulaba por la esquina ensombrecida de la Sala del Juicio. Antígona sintió, más que vio, cómo se aproximaba el inmenso corpachón. Atisbó únicamente su blasfemo perfil, una especie de cruce entre un león, un hipopótamo y un cocodrilo, los tres animales más temibles que habitaban a orillas del Nilo.

–¿De qué estás hablando? –Antígona se acercó a los platillos,

alejándose de la bestia agazapada—. No voy a ir a parar a ningún Devorador. Me voy a casa. Dime lo que quieres de mí, lo que tengo que hacer para volver a casa.

Anubis rodeó la balanza. Al llegar al extremo más alejado, se volvió hacia las sombras y recogió una pluma negra de un plato llano de cobre batido. Antígona no lograba imaginarse cómo había llegado allí. Tuvo la fugaz impresión de que la había depositado en su mano una mujer de muñecas descubiertas tan pálidas que parecían etéreas. No sabía cómo conseguían soportar el peso del tosco plato de cobre.

Cuando el grial se hubo retirado de nuevo, Antígona escrutó las sombras en un intento por divisar a su enigmática portadora. Antes de que desapareciera el recipiente, le pareció ver una aparición de negra melena. La mujer pálida era toda ángulos rectos: los hombros, los codos, la nariz, el mentón, todo afilado como una navaja. Su túnica ceremonial asemejaba un mosaico de diamantes alternados, oscuros como una tumba y blancos como un sepulcro, un magus arlequín.

—Te encuentras ante el fulcro, el quid de la cuestión. —La voz del Chacal se inmiscuyó en los pensamientos de Antígona—. Sólo hay dos formas de salir de aquí. La primera pasa por el Devorador. Ese camino no te llevará a casa, pero al menos te liberarás de la Rota, la Gran Rueda. A menudo basta con eso. En cuanto a la segunda manera, bueno, me parece que no hace falta que nos preocupemos de la segunda.

Sin más preámbulos, posó la pluma en el platillo opuesto. La balanza permaneció inmóvil.

El chacal levantó sus zarpas de ébano, en ademán apenado.

—Lo que me temía.

—A ver, un momento. ¿Ésa es tu prueba? ¡Esa puñetera jarra pesa más que la pluma! ¿Cómo se va a equilibrar la balanza? —Se acercó a los platillos, furibunda.

—Te garantizo que mis medidas eran exactas. Y tenían en cuenta el peso del recipiente. Aquí soy tu patrón, Antígona. Tu abogado. Pero la balanza no engaña. Todos debemos acatar su veredicto.

Antígona lo fulminó con la mirada. Se escuchó algo enorme que avanzaba arrastrándose por el suelo de piedra. No se atrevió a mirar

en la dirección del sonido.

–De acuerdo, ¿quieres comparar el peso de mi corazón con el de la Verdad? Pues comparémoslo. Pero que sea con el de mi verdad, no con la de cualquier civilización rancia barrida de la faz de la tierra milenios antes de que yo naciera. ¿Qué clase de prueba es ésta?

Tenía la mano convertida en un puño dentro del bolsillo de su hábito. Sacó la afilada navaja de barbero y la abrió, blandiéndola contra su autoproclamado juez.

Éste no hizo ademán de defenderse, sino que se limitó a mostrarse ligeramente decepcionado por la actuación de Antígona.

–La Navaja de Occam –dijo ella, soltándola con desdén en la balanza, sumando su peso al de la pluma.

Los platillos se movieron visiblemente.

–¿Qué tal si añadimos la Lámpara de Diógenes? ¿O un volumen del *De Ventas* de Aquinas? Eso sí que iba a inclinar la balanza a mi favor; pesa lo suyo.

El chacal permaneció impasible ante su arrebató.

–Te comportas como si fueran intercambiables, pequeña –dijo. Sonrió.

–Maldita sea, quiero que me juzguen mis semejantes, según los estándares de mi gente y mi cultura. No los de una vieja, mohosa y medio olvidada...

–Cuidado, tesoro. En mi casa, no se puede desdecir lo dicho. Y los nombres, una vez pronunciados, no pueden revocarse.

Antígona rabiaba en silencio, abochornada por su ímpetu, aunque seguía sin estar dispuesta a dar el brazo a torcer.

–Aunque visto que has decidido respetar mi solicitud –continuó Anubis, sin alterarse–, te concederé la tuya. ¿Estás segura de que quieres ser juzgada según los estándares de tu gente? ¿De tu Pirámide?

Al escuchar la palabra "pirámide", Antígona levantó la cabeza de golpe. Sentía cómo se apretaba el nudo de la soga, pero otro juicio –cualquier otro juicio– tenía que ser preferible a la alternativa.

–Creo que correré el riesgo con los de mi especie.

–Sea –entonó el Chacal–. Aplazaré el juicio de este tribunal. Tendrás ocasión de reunirte con los tuyos. Veremos qué sentencia

emiten sobre ti. Pero has de saber una cosa. Este aplazamiento es temporal... el parpadeo de un ojo en el día del juicio final. La próxima vez que nos veamos, te enfrentarás a la sentencia que emita este tribunal. ¿Comprendido?

Antígona no pudo por menos de asentir.

–Gracias. El Señor de los Muertos es justo.

–Otra cosa, pequeña. No creas que podrás escapar de mí. Volverás, antes o después. Y es más, volverás por tu propia voluntad. Te conozco. Puede que mejor de lo que te conoces tú misma. No puedes resistirte al juego de las cornisas. Es la única forma que tienes de asegurarte de que sigues "con vida", de que sigues siendo vital. En el gran conjunto de las cosas, no eres más que un pajarillo. Nada más. Y los pájaros no pueden resistirse a posarse al filo de las cornisas y los acantilados.

Antígona quiso interrumpirlo, pero él se anticipó y levantó un dedo.

–Mientras tanto, regresa al juicio y la censura de los tuyos. No te envidio, pero la elección es tuya. Ahora, vuela a casa, pequeña.

*Vuela a casa.*

\* \* \*

Al pie del Empire State Building, David Foucault, del Noticiario del Canal 11, derramó el café, lo escupió ya punto estuvo de atragantarse.

–¡Dios! Mira eso. ¡Jack, coge la maldita cámara! –Se enjugó el reguero de café que le ensuciaba toda la pechera. Se inclinó de espaldas, como hiciera instantes antes para apurar hasta la última gota de café templado, con el cuello estirado en dirección al mirador.

–¿Dónde? –inquirió Jack. No era la primera vez que Foucault le gastaba una broma.

David apuntó furioso hacia el cielo, señalando la diminuta pero inconfundible silueta recortada contra el disco de la luna.

–¡Me cago en la puta! ¿Cómo se ha subido ahí ese idiota?

–Jack buscó la cámara. De un solo movimiento, quitó la tapa de la lente y comprobó el carrete. El zoom comenzó a funcionar aun antes

de afianzarse la correa en el hombro.

–Que me registren. El hueco de la escalera está enterrado por los escombros y ya has visto los restos de ese ascensor. ¿Lo tienes?

–Foucault miró en rededor, nervioso. La descarga de adrenalina inicial del descubrimiento comenzaba a dar paso a una sutil aprensión. No era lento, y la inevitable cuestión del punto de impacto y una comprensible preocupación por su seguridad pugnaban por salir a flote.

–Todavía no tengo un carajo –masculló Jack, asomado al visor, parpadeando para librarse de la impresión retinal con forma de luna –. ¿Lo sigues?

–¡Escucha! –El susurro de Foucault fue seco, imperioso. Un lento silbido aumentaba de intensidad sobre sus cabezas –. Mierda. –Corrió para rodear la furgoneta, en dirección al refugio de los edificios de la otra acera. Jack se mantuvo firme otro momento. Dos. Tres. Luego salió en pos de la retahíla de obscenidades de su compañero.

–Vale, ya voy. –Se agachó, doblándose casi por la mitad, protegiendo la cámara bajo el pecho. Como si prefiriera recibir el golpe en la cabeza antes que estropear el carrete. Se preparó para recibir el inminente impacto.

Nada.

–Qué cabrón, muy gracioso. –Al llegar al bunker de Foucault, el zaguán de un comercio al otro lado de la calle, Jack propinó un puñetazo en el hombro a su socio.

–¿Qué demonios? –Foucault salió de su refugio y escrutó el cielo como si buscara un anticipado chaparrón que no había llegado a materializarse.

Una súbita brisa le revolvió la rala cortinilla repeinada, pero el único rasgo que pudo distinguir en el inescrutable semblante del firmamento fue el perfil de una solitaria ave nocturna que remontaba un largo picado. Batiendo las alas para ganar altura. Un lastimero chillido estridente, y desapareció.

Cordelia dobló la esquina del Edificio de Ciencias y entró en el patio. Sentía el embriagador torrente de la sangre borbotando en los oídos. Se *sentía viva*. Más viva de lo que se había sentido en años. Más viva de lo que le correspondía sentirse.

Todo su cuerpo palpitaba al compás de una especie de sordo pulso eléctrico. Tenía que moverse... ¡tenía que seguir moviéndose! Correr, pisar los charcos. Lo que fuera con tal de darle rienda suelta. Si se quedaba quieta, si intentaba contenerlo, sabía que el poder que corría por sus venas se volvería contra ella. La retorcería, le doblaría los dedos, le partiría la espalda. De modo que corrió, abandonándose a la extática comunión con la noche.

La lluvia salpicaba el terreno despejado entre los pesados edificios académicos, pero Cordelia era ajena a la constante llovizna. Si acaso, constituía un agradable contrapunto al plomo fundido que le abrasaba las venas. Se detuvo patinando sobre el resbaladizo empedrado y se quitó la capucha con una mano. Echó la cabeza hacia atrás y se regocijó en la caricia de las gotas heladas que le bañaron el rostro, el frío discurrir de la lluvia por su cuello y su espalda.

Los largos mechones de cabello aceitoso se aplastaron sobre los hombros y la espalda de su ridículo poncho manchado de barro. Zangoloteó la cabeza, sintiendo las húmedas bofetadas de su melena contra el modesto chubasquero de vinilo. Le apetecía cantar, o gritar, o llorar, o reír. Daba igual qué. Cordelia ofreció su garganta a la luna y el sonido que escapó de ella fue más animal que humano.

Y en todo momento, la sangre robada bullía en su interior, convirtiendo incluso las sensaciones más mundanas –el crujido del plástico empapado al contacto con la piel, el olor del cabello mojado– en algo etéreo.

Era mejor de lo que se había atrevido a esperar. Ahora conocía el motivo que justificaba todas las historias de miedo, las ominosas advertencias, las amenazas directas. *Esto* lo explicaba todo. Lo que se suponía que eran... los depredadores definitivos. Y ahora que había saboreado lo que eso significaba, no volvería a alimentarse nunca más

del simple ganado humano.

¿Cómo podría retroceder? ¡Sentir la sangre de un congénere en su interior! Sentir la mismísima *vida* del desconocido dentro de ella... despertaba sensaciones que creía perdidas hacía tiempo. Mucho tiempo.

No era sólo la cálida descarga de la vitae que fluía por sus venas, que imbuía su cuerpo de poder y oscura majestad. Era una amalgama embriagadora de todos los pensamientos, recuerdos y sentimientos del otro. Todo, devorado por completo.

Cordelia pensó que, si consiguiera pararse por un momento, podría –ahora mismo– alargar la mano y tocar esos recuerdos. Contemplarlos en su mente como si de cuentas de vidrio multicolores se tratasen. Artefactos surgidos de las arenas del tiempo y la memoria. Se imaginó componiéndolos igual que un rompecabezas, reuniendo minuciosamente algunos fragmentos de la vida que había arrebatado tan inesperada y brutalmente.

La mera idea de que el otro siguiera dentro de ella, atrapado en su interior, sentenciado a aguardar el capricho de Cordelia, a subsistir con las racionadas migajas de atención que ella pudiera prodigarle o negarle a su antojo... era sublime.

Volvería a hacerlo. Oh sí. Sin pensárselo dos veces. Quizá mañana por la noche. Y la noche siguiente...

La vista de Millbank Hall la detuvo en seco. El edificio administrativo era el punto de acceso más público a la subterránea Capilla de los Cinco Distritos, el hogar de Cordelia desde hacia ocho años.

Había pasado cada uno de esos años a la sombra de lo que sus hermanas llamaban la Ocupación Sabbath. Más cuentos de viejas para mantener a raya a las novicias. Rara vez recibían permiso Cordelia o sus hermanas para aventurarse a solas en la feroz ciudad. Allí habitaban monstruos y hombres del saco que acechaban en las sombras de los callejones, monstruos que cazaban novicias para divertirse, o para arrebatárles la sangre.

Sí, pensó Cordelia. *La sangre. Ahora me doy cuenta.*

Esta noche, Cordelia no le había pedido permiso a nadie para salir. La casa capitular era un caos. Todo el mundo correteaba de acá

para allá como pollos sin cabeza. Según se comentaba en el domicilio de las novicias, habían llegado unos rimbombantes basureros de Viena para recoger toda la porquería de la casa. Y para barrer el suelo con la regente Sturbridge y todo el que se pusiera en su camino.

Que les dieran. Cordelia no pensaba cruzarse en su camino. Lo mejor, pensaba, era quitarse de en medio. Dejar que pasara la tormenta. Y cualquier cosa sería mejor que pasarse el día sentada en el gallinero, temblando de miedo con las demás cluecas de túnica negra.

De modo que se había propuesto salir y emborracharse, emborracharse hasta ponerse ciega. Todavía podía hacerlo, si se aplicaba, aunque fuera de forma indirecta. El alcohol le perforaba el estómago literalmente últimamente... desde el Abrazo. Los escasos experimentos realizados a este respecto habían sido desastrosos.

Pero aún podía pillarse una buena cogorza de segunda mano. Podía recorrer los bares a la hora del cierre y seleccionar como objetivos a aquellos que estuvieran demasiado cargados para llegar a casa sin ayuda. Y asegurarse de que no recibieran esa ayuda.

Así que esa noche había salido de caza. Pensaba matar a uno –quizá a más de uno– y dejarlo seco. Su plan no ambicionaba más. No tenía intención de acercarse a la fruta prohibida, mucho menos saborearla. En serio. Eso fue pura casualidad.

Qué fácil había sido. Eso era lo que más la sorprendía. La hora del cierre la había cogido en Antoine's, entre Broadway y la 117ª. El lugar aspiraba descaradamente a ser un bar recreativo sin llegar a conseguirlo. Su emplazamiento y la clientela de Manhattan no contribuían a satisfacer sus aspiraciones plebeyas.

Había permanecido sentada durante un rato, observando a la gente, y ya había divisado tres o cuatro posibles contendientes, tipos a los que el camarero tendría que haber echado hacía tiempo. Se propuso no encariñarse con ninguno de ellos.

Actuaba *in loco fortunae*, a la espera de que el voluble dedo del destino le indicara el camino. No sería justo tomar una decisión basándose en preferencias personales. No pensaba elegir a su víctima según cuál le pareciera más atractiva. Rara vez le hacía falta

recordarse que no había salido a la caza de un ligue, pero las viejas costumbres nunca mueren. Tampoco sustentaría su elección en función de cuál le pareciera el más beligerante. Por tentador que fuera asumir el papel de autoproclamado ángel vengador, no era ése el lugar que le correspondía.

No, sería paciente y pragmática. El objetivo ideal era aquel que coincidía con su estrategia, sin saberlo, pero por voluntad propia. Tenía una fórmula sencilla que había diseñado a propósito, una prueba que comenzaba en cuanto el camarero anunciaba, "¡Ya no se sirven más bebidas!".

Era de lo más simple. Casi todos los borregos aprovechaban ese anuncio para pedir otra ronda. Su objetivo, en cambio, era el que se apartaba del mostrador y se marchaba en ese momento.

Para empezar, eso solía significar que se iba solo. Además, la pronta partida le facilitaba el dar al objetivo una ventaja de un minuto. No lo hacía por ningún caballeresco sentido de la deportividad, sino porque era preferible tomar precauciones a que alguien te viera siguiéndolo. Rara vez podía suponer un problema para los de su especie ningún testigo mortal casual, pero no sería descabellado.

En este caso, su precaución cosechó un inesperado golpe de suerte. Ante sus ojos, una sombra próxima a la puerta cobró vida y siguió a su objetivo a la calle.

Aunque se sentía intrigada, se obligó a contar los segundos y dar a la pareja una cómoda ventaja. Que estuvieran desprevenidos. Sabía que no le resultaría difícil dar con ellos. Nunca lo era. Ya había percibido la cadencia de las pesadas y vacilantes pisadas del objetivo. Sus aguzados sentidos de depredadora la encontrarían de nuevo en las calles casi desiertas.

Ahora, sin embargo, no le interesaba tanto su objetivo como el perseguidor del mismo. Le había bastado un vistazo, en el breve instante que tardó en perderse en la noche, para saber que era uno de su especie. No era sólo la complexión pálida, el tenue tufo a sepulcro que señalaba su estela, la velocidad inhumana de sus movimientos. Todo esto formaba parte de ello, desde luego, pero sólo parte. Había una docena de pequeñas pistas significativas que se sumaban para conferirle el aura de quien ya no se cuenta entre los vivos.

Cordelia era toda una experta interpretando estas auras holísticas a partir de la impresión más fugaz. No era ninguna Sherlock Holmes que supiera seguir laberínticos hilos deductivos a partir de una migaja de evidencia. A veces le costaba incluso reconstruir los detalles específicos que la habían llevado a emitir sus valoraciones instantáneas. Pero había aprendido a confiar en su instinto y a pasar de los juicios.

Seguía sin saber exactamente lo que estaba a punto de hacer cuando les dio alcance en un callejón, a menos de dos manzanas de Antoine's. Los pasos habían pasado de un zigzagueo borracho a una zancada más rápida, aprensiva, antes de romper a correr un instante antes de enmudecer por completo. Al final, no fue el sonido de las pisadas, sino un gemido de éxtasis lo que la había conducido hasta el callejón.

Encontró a la pareja enlazada como dos jóvenes amantes. El objetivo yacía pesadamente contra la pared, con los hombros y un pie apoyados en los ladrillos. La rodilla doblada estaba atrapada entre los muslos de su perseguidor, que cargaba el peso del cuerpo sobre él. Los dos se contoneaban despacio, cíclicamente, al compás de los borbotones de sangre que discurrían entre ambos. La oscura cabeza del perseguidor estaba enterrada en el hueco de la garganta del objetivo y costaba distinguir cuál era la fuente de los sofocados gemidos. La antinatural percepción de Cordelia le dijo que el sonido procedía de alguna forma de ambos... que, en ese momento, los dos eran poco más que un único ser fusionado. Un ser muy vulnerable.

Mientras observaba, se apoderó de ella una sensación. Quiso ignorarla, someterla antes de que pudiera distraerla de lo que tenía que hacer. Pero ya era demasiado tarde. Había reconocido la emoción que se agolpaba en su interior. Era envidia.

No podía atacar ahora. No mientras la motivación fuera personal. No lo haría. No era ninguna asesina, se dijo y se repitió... como si la repetición pudiera engendrar convicción. No era ninguna asesina. Ella no mataba por ira, ni venganza, ni envidia, ni siquiera por placer. Si se permitía el lujo de matar en su propio provecho, ¿dónde se detendría?

Sigilosamente, salió del callejón. El trayecto duró exactamente tres pasos y toda una vida pero, para cuando hubo llegado a la calle,

volvía a ser dueña de sí. La desapasionada agente del destino y nada más. Y si, esta noche, el destino había decretado dos muertes en vez de una, ¿quién era ella para contradecirlo?

Habría sido mucho más difícil si lo hubiera reconocido, pensó mientras soltaba un listón de la plataforma que descansaba contra la boca del callejón. Si hubiera sido alguien conocido o, peor aún, alguien de la capilla. No sabía si habría podido reunir la indiferencia suficiente para hacer lo correcto, sin convertirse en una asesina, en un monstruo.

Entrecerró los ojos ante el sonido que produjo la larga asta de madera al soltarse. Miró inquieta en dirección a la pareja del callejón, pero el ruido no había conseguido entrometerse en su ardor. Mantuvo la cabeza gacha mientras se acercaba, con los ojos clavados en el trozo de suelo que tenía ante sus pies. Por fin, cuando ya no pudo ignorar su acoplamiento por más tiempo, atacó.

La improvisada estaca alcanzó su objetivo, ensartando a la desprevenida criatura de ocho patas. Cordelia cargó todo el peso sobre ella, sintió cómo se astillaba la madera al tocar el ladrillo, y retorció. Dos veces se alzaron en un solo grito, antes de ahogarse y enmudecer.

Fue el embriagador aroma de la sangre lo que devolvió en sí a Cordelia. Tenía las manos empapadas de vitae cálida y pegajosa. Su fragancia le embotada la cabeza y la hizo tambalear. Se llevó un dedo a la boca, antes de comenzar a lamerse ambas manos con ansia, del derecho y del revés, chupándose los dedos. Intentando meterse las dos manos en la boca al mismo tiempo. Cualquier cosa con tal de no desperdiciar ni una sola gota.

Cuando la sombra del apetito animal se hubo retirado al fin de sus sentidos, se encontró temblando tumbada sobre los cadáveres exangües. Una energía incontenible le sacudía todo el cuerpo. Tenía que moverse, tenía que correr, tenía que dar rienda suelta a la potente vitae que la propulsaba. Antes de que la consumiera.

**Sangre, favores y dinero en efectivo**

Cuando Antígona hubo llegado por fin al suelo, se encontró sola, atemorizada y sin saber dónde ir. Su extraña incursión en el inframundo la había dejado profundamente afectada. La surrealista experiencia sin duda se le antojaba tan real como su dantesco salto al vacío desde el mirador del Empire State Building. Sabía que, con todas las de la ley, debería estar muerta.

Se obligó a ponerse de pie y echó a andar sin rumbo. Ahora lo importante era moverse, asegurarse de que aún quedaba vida –o una semblanza de vida– en su interior. Hubo de transcurrir un rápido cuarto de hora antes de que se convenciera de que todo aquello era real y no otro espejismo.

Sólo entonces pudo plantearse la acuciante pregunta: ¿Adónde ir? Antígona sabía que tenía que perderse de vista, y cuanto antes. Cuando se corriera el rumor por la capilla de que los Astores iban detrás de ella, dejarse ver por cualquiera de sus antiguos hermanos Tremere equivaldría a firmar su sentencia de muerte.

Tenía que ver al príncipe. De eso se acordaba. Ni siquiera su descenso a los infiernos había arrancado de su cabeza las palabras de despedida de Sturbridge. *Busca refugio entre los Nosferatu*, había dicho Sturbridge, y *Diles que lo hagan por el bien de los huesos que baña la sangre de la regente*.

Antígona no tenía ni idea de lo que quería decir ese críptico pronunciamiento y, aún más, comenzaba a darse cuenta de que buscar al príncipe Nosferatu y encontrarlo eran dos cuestiones bien distintas. Estaba claro que desconocía el emplazamiento de las guaridas subterráneas del Nosferatu, y la perspectiva de deambular sin rumbo a lo largo de kilómetros y más kilómetros de túneles con la esperanza de tropezarse con él no resultaba nada atractiva.

Aparte del puñado de desertores del campamento del príncipe que se habían unido al Conventículo, Antígona ni siquiera conocía a ningún Nosferatu. Y aunque los renegados pudieran aprovechar cualquier ocasión de traicionar la confianza de Calebros, lo más

probable era que le formularan unas cuantas preguntas peliagudas sobre lo que pensaba hacer con esa información. Preguntas que podrían perjudicar posibles colaboraciones en el futuro.

Ni siquiera estaba convencida de conocer a nadie que conociera al príncipe. Aparte de Sturbridge, claro. Pero Antígona no podía volver ahora y preguntar el camino. Fue entonces cuando se acordó de Johanus. ¡Eso es! Hacía semanas que el adepto no pisaba la capilla, dado que se encontraba cooperando estrechamente con los hombres del príncipe en un intento por coordinar esfuerzos e integrar la avalancha de refugiados y oportunistas que entraban en la ciudad tras la estela de la victoria de la Camarilla. Seguro que Johanus al menos podría ponerla en contacto con alguien que pudiera ponerla en contacto con el príncipe. Pero ¿estaría dispuesto a ayudarla?

Si tenía algo a su favor, era el hecho de que Johanus llevaba tanto tiempo sin enterarse de lo que ocurría en la capilla que bien pudieran pasar semanas antes de que supiera del recién adquirido título de renegada de Antígona.

Así es cómo Antígona se encontró abriéndose paso a codazos en medio de una aglomeración de refugiados no-muertos que se hacinaban en el gimnasio de un instituto. El hecho de que el centro estuviera cerrado durante la noche no parecía tener ningún impacto en las oleadas de recién llegados que habían acudido para presentar sus respetos al príncipe. Claro que el príncipe Calebros no estaba presente. Eso sería ponerlo demasiado fácil.

En su lugar, la marabunta de suplicantes Vástagos desplazados se enfrentaba a un reducido y trasnochado cuerpo de representantes devenidos asistentes sociales que intentaban desesperadamente ayudar a la imparable oleada de inmigrantes a encontrar un refugio y un terreno de caza seguros... para que pudieran sobrevivir al menos sus primeras noches en la ciudad sin invadir sin querer el territorio de otros.

Aun en condiciones idóneas, existía un máximo de Vástagos que podía aspirar a albergar una ciudad, aunque ésta fuera del tamaño de Nueva York. No era simplemente cuestión de cuántos cuerpos calientes caminaran por las calles. La población mortal tenía que ser lo suficientemente grande no sólo para surtir las cacerías nocturnas de la

Estirpe, sino también para ofrecerle cobertura. No bastaba con que hubiera víctimas en abundancia, sino que pudiera haber abundancia de víctimas a las que nadie fuera a echar de menos.

El juego del escondite era tan antiguo como pragmático. La Estirpe se tomaba esta vetusta Mascarada muy en serio. Pero durante las últimas semanas, la situación había llegado a su límite. Los equipos de socorro habían documentado la llegada de cerca de ciento cincuenta refugiados adicionales a la ciudad.

Éstos eran los restos del naufragio. La ofensiva del Sabbat había barrido toda la Costa Este, arrasando ciudades, asesinando a docenas de Vástagos de la Camarilla y expulsando a muchos más de sus refugios. El aluvión de refugiados había desembocado en Nueva York, el último bastión de la Camarilla en la Costa Este.

Nadie estaba preparado para afrontar las consecuencias de ese desbordamiento. La población de Vástagos de la ciudad se había duplicado en cuestión de un solo mes. Y ni siquiera las estimaciones más alarmistas vaticinaban la insospechada masa de sujetos que habían decidido no presentarse formalmente ante el príncipe a su llegada, tal y como prescribía la tradición de la Camarilla. El número real bien pudiera alcanzar un nuevo orden de magnitud.

Antígona se abrió paso en medio de la muchedumbre y llegó a la estación más cercana. Consistía en dos mesas plegables pegadas y cubiertas por un enorme mapa aéreo sujeto con cinta adhesiva. El mapa estaba poblado de extraños símbolos dibujados con fluorescente, cuyo significado le era desconocido. Encima de las mesas se había colgado un letrero de cartón que rezaba "Manhattan".

–Busco a Johanus –dijo al hombre que empuñaba un rotulador rojo. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del tumulto–. ¡Johanus!

El hombre levantó la cabeza y la miró de frente. Tenía un aspecto demacrado que degeneraba en mal disimulada desesperación en torno a los ojos. Los gestos ambiguos con que respondió a la pregunta de Antígona lo mismo podrían significar "Mira por allí" que "Debe de andar por ahí".

Antígona dibujó un "gracias" con los labios y se sumergió de nuevo en la multitud. Eran varias las sensaciones que se

materializaban en medio de aquel mar de cuerpos, le llamaban la atención un momento y volvían a desaparecer sin dejar rastro. Recibió empujones, empellones y coscorriones al mismo tiempo. Olió pólvora, que resaltaba el persistente aroma de la sangre seca que impregnaba la sala. Oyó voces airadas muy cerca, discutiendo sobre los pormenores de la prioridad con un acento del Bronx absurdamente marcado. A punto estuvo de resbalar en un fajo de billetes de veinte dólares que alguien había dejado en el suelo. Se escuchó el sonido de un periódico al rasgarse. Centelló un juego de llaves, cambiando de manos. Un joven indignado exigía ver al príncipe de inmediato. Otro se ofreció sonriente a proporcionar a Antígona un alojamiento "más apropiado" para pasar la noche.

Paulatinamente, Antígona comprendió que en esa sala sucedían muchas más cosas de las que sin duda se había propuesto el príncipe. Esto era un callejón sin salida. Vale, veía la punta del cuchillo que escondía el príncipe a su espalda. Era de esperar. Estaba aprovechándose de la tradición de Presentación en su propio provecho, estableciendo un control más férreo de su ciudad recién reconquistada. Al registrar a los recién llegados, documentar sus refugios y terrenos de caza, obtenía información de vital importancia. Para los nosferratus, el conocimiento era moneda de cambio. En circunstancias menos caóticas, la Estirpe de una ciudad jamás se hubiera sometido a esta intromisión en sus asuntos privados.

Pero también había tendencias contrarias, al acecho bajo la superficie. Un propósito del que el príncipe quizá no tuviera constancia. Antígona, transportada por la marea de la aglomeración, comprendió que no todos los integrantes del creciente caudal de cuerpos eran refugiados. Muchos de los rostros de la muchedumbre exhibían la marca inconfundible de quienes esperaban aprovecharse de dichos recién llegados. Con el pretexto de venir a rendir pleitesía al príncipe, estaba floreciendo una intención completamente distinta. Un propósito más siniestro. Era un mercado negro en pleno apogeo en el que se comerciaba con sangre, favores, dinero en efectivo, refugios seguros, esclavos, esperanza, protección, información y oportunidades.

Casi todo –y todos– aquí presente tenía un precio. Y la mayoría

estaban dispuestos a pujar.

Antígona se alejó de las fuertes corrientes comerciales y se acercó a la periferia de la multitud. La marea la dejó en una orilla lejana, al pie de un acantilado de gradas cerradas durante la noche. Anduvo paralela a ellas hasta llegar a un cerrado nudo de Vástagos arracimados frente a un par de puertas batientes.

En el centro de ese nudo había un hombre alto de flamante cabello y barba rojiza que intentaba liberarse de la presión y la andanada de preguntas que la acompañaba.

–El príncipe estaría aquí si pudiera. No pretende ofender a nadie. Como bien dicen ustedes, era imposible que supiera que ibais a venir esta noche. Lamenta que haya asuntos apremiantes que lo mantienen ocupado y espera verlos en un emplazamiento más formal, como corresponde a su posición, más adelante. Ahora, si me disculpan. –Johanus consiguió apoyar una mano en la puerta antes de que volvieran a cortarle el paso. Se armó de paciencia y escuchó la última pregunta–. Sí, me temo que es necesario –contestó.

Antígona reconoció el tono de voz que solía emplear su antiguo Maestro de Noviciado durante sus clases, aprendidas de memoria.

–De ese modo puede dirigir a otros recién llegados lejos de vuestros terrenos de caza. Se evitan invasiones accidentales y, en última instancia, desagradables enfrentamientos en las calles.

Se produjo una indignada algarabía que Johanus acalló con un gesto.

–¿Demasiado intruso? Le aseguro, señor, que un puñado de preguntas sencillas supone una intromisión mucho menor que una docena o más de Vástagos desplazados deambulando sin rumbo por su territorio. Además, no es permanente. El príncipe es ecuánime. Cuando haya pasado esta crisis, estoy convencido de que recompensará generosamente a quienes se hayan sacrificado por su bien y por el bien de la ciudad.

Johanus reparó en la túnica negra de la novicia que avanzaba hacia él en medio de la multitud. Se le iluminó la mirada ante la oportuna excusa que le proporcionaba.

–Caballeros, disculpen. Ha llegado el correo con los volátiles que había solicitado a la casa capitular.

Cuando hizo señas a la novicia para que se acercara, el gentío le abrió paso precavidamente. No les apetecía rozar siquiera nada que los Tremere consideraran volátil.

Antígona se quedó paralizada como un animal acorralado, comprendiendo que Johanus no estaba haciéndole señas a ella. Distinguió la familiar figura de Jervais abriéndose paso entre la muchedumbre. Jervais era el ayudante personal, o, según sus propias palabras, el "segundo al mando", de Eugenio Estevez, el regente de la Capilla de Maupassant. Rara vez dejaba escapar la oportunidad de alardear de su elevado cargo y de la libertad que le confería. La Sala de Maupassant era una de las capillas satélite que respondían ante la casa madre de la Capilla de los Cinco Distritos. Eran, a todos los efectos, como campus individuales de una misma universidad.

Al contrario que los novicios residentes, Jervais entraba y salía a su antojo de la fortificada casa madre subterránea. Era otro simple detalle que lo encumbraba sobre los demás. Antígona percibió el destello de las brillantes bandas de plata de los puños de su hábito negro, la insignia que lo identificaba como novicio del Tercer Círculo. Jervais rara vez desaprovechaba la ocasión de exhibir sus galones delante de los demás novicios.

Antígona era consciente de que no vestía de uniforme. Tras su salto desde el Mirador de la Viuda, su túnica de novicia había quedado hecha un ovillo en lo alto del precipicio. Sus hábitos portaban las señales de color rojo escarlata en el cuello, la marca de su anhelado ascenso al Segundo Círculo que le había sido negado durante tanto tiempo. Ahora había dejado atrás todo aquello, literalmente.

Tras su paseo entre los muertos, ahora vestía más humildemente. Su sencillo traje negro estaba raído y un poco deshilachado en los dobladillos. Carecía por completo de adornos u ostentación, era liso, oscuro, y estaba algo más que enmohecido, como si se hubiera pasado una temporada guardado en naftalina. No sabría decir de qué alijo oculto de enseres funerarios lo había rescatado el sonriente Chacal.

Empero, así y todo, el vestido le sentaba bien. Se alisó las arrugas más obvias mientras reflexionaba que acababa de enterrar su antigua vida. Después de casi un siglo, había abandonado los

familiares confines de la Pirámide Tremere. Era justo que vistiera el Velo de la Viuda, la ropa de luto formal.

Temía, no obstante, que el sencillo traje negro se pareciera demasiado a su hábito de novicia y no impidiera que la divisaran y reconocieran. Cualquiera que fuese el pretexto que había conducido a Jervais hasta allí, sin duda comunicaría a Johanus la noticia de las recientes calamidades que habían azotado la capilla. Puñetero.

Antígona intentaba refugiarse en el anonimato de la muchedumbre cuando vio que Johanus se interponía entre la aglomeración y la salida. Tras abrir la puerta, indicó a Jervais que lo siguiera y ambos desaparecieron en el relativo silencio del pasillo desierto.

–Qué llegada más oportuna –susurró Johanus, con evidente alivio, mientras las puertas se cerraban de nuevo–. ¿Qué te trae al asilo?

Antígona vio cómo se cerraba la puerta con una mezcla de alivio y alarma. No le cabía duda de que, si Jervais la descubría aquí, el ambicioso novicio no tendría reparos en denunciarla... si es que no intentaba apresarla él mismo. Lo más probable era que dejara que fuese Johanus el que lo hiciera.

Maldición, necesitaba la ayuda de Johanus para llegar hasta el príncipe y ponerse a salvo. En esos momentos, Jervais podría estar destruyendo cualquier posibilidad de negociación con el adepto. Vaciló, debatiéndose entre el deseo de seguir a la pareja y el temor a las consecuencias de que la descubrieran en el acto.

En ese momento, una mano la agarró con fuerza del antebrazo.

Una voz ronca le susurró al oído:

–Está todo dispuesto. Esta noche, como tú querías. No te preocupes, todavía dispones de una hora para marcharte. No ha sido fácil, la verdad. He corrido un gran riesgo, por no hablar de los gastos. Pero seguro que podemos encontrar la manera de compensarme..

Antígona giró en redondo, comprendiendo que acababa de perder la oportunidad de seguir a los dos Tremere. Traspasó al desconocido su mirada más altanera. Era un tipo bajo, rechoncho, con barba de dos días. La culata de una pistola sobresalía de la cintura de su pantalón. Brillaba como la plata. Allí donde sus dedos se habían

cerrado con fuerza en torno a su antebrazo, Antígona sentía el martilleo de su pulso. Eso la distrajo. Se dio cuenta de que esa noche había sido toda una aventura, y de que tenía hambre.

Se obligó a no pensar en ello.

–Quítame las manos de encima. Enseguida.

No hacía falta que lo dijera en voz alta. Cuando se hubo dado la vuelta, el hombre se percató de su equivocación y la soltó de inmediato. Ya había comenzado a retroceder hacia la multitud, musitando disculpas.

–Perdone, señorita. La he confundido con otra. Mira que soy idiota. O sea, la verdad es que no se parecen en nada, ¿verdad? Perdone.

Maldiciéndose, el curioso hombrecillo desapareció en medio del tumulto. Antígona lo buscó con la mirada un momento, no tanto por curiosidad como para asegurarse de que no volvía a aparecer... quizá para reparar su error asegurándose de que ella no pudiera interferir en lo que fuera que se traía entre manos esa noche.

Satisfecha, se volvió hacia la doble puerta. Entreabrió una ligeramente y escuchó en busca de voces. Su oído no captó más que el eco de unos pasos que se alejaban por el pasillo vacío. Tras echar un último vistazo por encima del hombro para cerciorarse de que nadie reparaba en su salida, se alejó discretamente del gimnasio.

Una vocecita que sonó directamente detrás de Cordelia la sacó de su ensimismamiento.

–Disculpe. ¿Sabe usted por dónde se va al departamento de arqueología?

Cordelia se giró para ver a la recién llegada. Era menuda, estaba empapada de agua y se envolvía en un poncho ridículo manchado de barro. Por su aspecto podría ser una de las alumnas de la universidad.

Es decir, aparte del hecho de que cualquier alumna debería saber que el exclusivo colegio femenino distaba de ser lo bastante grande para alardear de poseer un departamento de arqueología. Eso, y el inconfundible hecho de que esta "alumna" pálida y temblorosa ya no se contaba entre los vivos. Cordelia tenía buen ojo para este tipo de cosas.

–Ya sé que es tarde, pero tengo que encontrar el departamento de arqueología –dijo Chessie–. Busco a la profesora Sturbridge.

Cordelia estuvo a punto de soltar la risa. Era hilarante. Podía sentir cómo se agolpaba la histeria en su interior; la potente vitae ingerida buscaba una válvula de escape. Saltó de un pie a otro en su esfuerzo por contenerse.

–Tú no eres de por aquí, ¿verdad? –preguntó, indicando a la desconocida que se acercara.

Chessie negó con la cabeza, abatida, salpicando gotas de agua en todas direcciones.

–Verás, lo más probable es que esté cerrado de noche –dijo Cordelia–. Pero está justo al otro lado del patio. Si pasas entre esos dos edificios de ahí, te toparás con él.

–Gracias –musitó Chessie, cerrando aún más la capucha del poncho en torno a su cara. Dio media vuelta y atravesó los charcos que la separaban del resquicio que separaba los dos edificios de ladrillo.

Cordelia le dio un minuto de ventaja.

\* \* \*

Eugenio Estevez consultó su reloj probablemente por décima vez. Contra el fondo de luz azul, los numerales del diodo emisor resaltaban en marcado relieve. 03:17. Su superior ya llegaba quince minutos tarde y, como era de prever, lo había dejado esperando bajo la lluvia.

Había llamado desde LaGuardia para avisar a Eugenio de que pensaba reunirse con él delante de Millbank Hall. Las educadas preguntas acerca del vuelo desde Viena no habían reportado nada a Eugenio, como tampoco sus reiteradas sugerencias de que una

recepción más cómoda en la lujosa Sala de Maupassant resultaría más apropiada para alguien de la posición del Sumo Inquisidor.

–Me temo que esta vez hablamos de negocios, Eugenio, no de placer. Y cuanto antes resolvamos este contratiempo, antes dejaré de incomodarte. ¿No se sentirá todo el mundo más a gusto de esa manera?

–¡Tonterías! –se apresuró a responder Eugenio–. Vuestra presencia no incomoda a nadie, mi lord. A decir verdad, hacía tiempo que esperaba... –dijo a la línea cortada. Eugenio sonrió y colgó el teléfono con delicadeza. Siempre sonreía cuando se sentía ofendido. Daba igual que no hubiera nadie con él para atestiguar su caballeresco gesto. Era una costumbre que, a su parecer, denotaba coraje frente a la adversidad.

Supuso que habría quien opinara que pasar un cuarto de hora plantado bajo la lluvia también exigía coraje, pero eso no mejoraba el humor de Eugenio. Por lo general dejaba este tipo de guardias desagradables a Jervais, su edecán. Eugenio era un hombre de cierta posición, al fin y al cabo. Había trabajado duro para llegar hasta donde estaba. Como regente de la refinada capilla de Maupassant, Eugenio era el rostro público de la Pirámide Tremere en la ciudad de Nueva York liberada por la Camarilla. Había dado la bienvenida a príncipes y justicars. La Suma Regente Sturbridge confiaba implícitamente en él.

*Demasiado implícitamente, tal vez,* pensó, asomado bajo el inadecuado refugio de su paraguas. El asa de plata estaba esculpida en forma de caduceo: las serpientes enlazadas de Mercurio. El sanador y mensajero de los dioses era algo así como un santo patrón para Eugenio. Compartían una vocación en común, unir bandos enfrentados, iniciar el lento proceso de suturar las heridas abiertas. Eugenio sabía que los medicamentos más eficaces de su botiquín eran la conversación amena y el exceso opulento, remedios que aplicaba con efectos drásticos.

¿Y por qué no era Sturbridge la que estaba aquí, intentando guarecerse sin éxito bajo los aleros del edificio de la administración del campus para escapar a lo peor del persistente aguacero? Eugenio temía conocer la respuesta de antemano. El simple hecho de que el Lord Inquisidor y su equipo estuvieran aquí era suficientemente

elocuente. Algo terrible había ocurrido en la Capilla de los Cinco Distritos. Se preguntó si ese algo habría afectado directamente a la regente Sturbridge. Se le ocurrían pocas causas menos monumentales que la muerte de un regente que pudieran traer volando a los Astores desde Viena para restaurar el orden. Sin previo aviso.

La regencia era un cargo de peso. Tras ser elegido para dirigir la Capilla de Maupassant, Eugenio se había entregado a los beneficios que le reportaba su recién descubierta autonomía. Al recordar ahora aquellos días, veía que esa libertad lo había alejado de Sturbridge y la casa madre. Se resentía incluso de los esfuerzos que había realizado la regente por cubrir esa creciente distancia.

Si había ocurrido algo grave, él debería haberse enterado. Tendría que haber sido el primero en saberlo. Debería haber estado allí.

Ésta no era manera de enterarse, con una llamada de teléfono en plena noche anunciando la intervención de los agentes de Viena. No era justo que estuviera tan desconectado. Se sentía resentido y culpable a un tiempo por permitir que esto hubiera ocurrido.

Eugenio había decidido, en ese mismo momento, que haría todo cuanto estuviera en su mano por ayudar a paliar esta crisis y resolver cualquier posible diferencia que enfrentara a sus hermanos de la Capilla de los Cinco Distritos y los de Viena. Se encontraba bosquejando elaboradas reconciliaciones en su cabeza cuando el sonido de unos neumáticos que patinaban en la calzada empapada de agua interrumpió sus pensamientos de golpe. El estilizado Jaguar de color gris dobló la esquina y se detuvo cruzado en diagonal en medio del aparcamiento marcado, en letras estarcidas azul celeste, "Reservado. Decanato de Evaluación Disciplinaria Interdepartamental". El letrero cubría casi toda la plaza.

Los faros se apagaron y se retrajeron en el capó. Se detuvieron los limpiaparabrisas. El motor soltó un rugido y enmudeció.

Eugenio se acercó a la puerta del copiloto, ofreciendo el paraguas solícito hasta que la lluvia comenzó a correrle imparable por el almidonada cuello de la camisa.

Dorfman abandonó su asiento con un asentimiento de cabeza y

un gruñido a modo de bienvenida al tiempo que aceptaba el paraguas.

–Me alegro de verte, Eugenio. Espero que no te haya hecho esperar. –Con la mano libre, abrió un teléfono móvil de ergonomía fina.

–En absoluto –dijo Eugenio, con la boca llena de agua, mirando su paraguas requisado con añoranza–. Espero que el viaje desde el...

–¡Himes! –ladró Dorfman al teléfono–. Estoy delante justo de la puerta. Espérame en la entrada. ¿Has desactivado el sistema de seguridad? Bien. ¿Estás con Sturbridge? ¡¿Cómo?! ¿Qué significa eso de que no has...? Mierda. Mira, tú reúnete conmigo en la entrada. Sí, voy para allá. Te estoy viendo desde aquí. Sí, Estevez viene conmigo.

Dorfman acalló la voz de su interlocutor cerrando el teléfono de golpe.

–¿Dónde está Sturbridge? –preguntó, sin aminorarla marcha.

Eugenio aceleró el paso para alcanzarlo.

–Me parece que no está en la capilla. Sus colegas ya han entrado. Ojalá me hubiera avisado con tiempo de su llegada. Le habría organizado un recibimiento más apropiado a usted y a su...

Dorfman se detuvo en seco, ordenando silencio con una mano. Escrutaba intensamente el pasadizo en penumbra que discurría entre los dos edificios más próximos.

–Es por aquí –dijo Eugenio, indicando la dirección opuesta, hacia la entrada principal de la capilla subterránea.

Dorfman siseó irritado, pidiendo silencio. También Eugenio lo escuchó entonces. Parecía que hubiera una pelea. Dicho sea en su honor, ya se había puesto en acción, adelantándose a su superior para protegerlo de cualquier nueva amenaza que pudiera materializarse. Noble gesto, aunque fútil. Dorfman era más que capaz de cuidar de sí.

Eugenio fue el primero en encontrar a la pareja. Conocía a Cordelia de vista, desde luego, aunque no habían entablado demasiado contacto y le hubiera costado recordar su nombre. La había visto en las reuniones oficiales que se celebraban en la casa capitular principal.

La otra muchacha, la del ridículo poncho de camuflaje, era una desconocida. La cuestión, no obstante, era bastante discutible, dado

que la novicia la había privado hasta de la última gota de sangre vital. Los orificios sonrosados de su cuello continuaban abiertos, pero de ellos no manaba siquiera el menor indicio de sangre.

–¡Blasfemia! –siseó, antes de conseguir dominarse para contener la palabra.

Diablerie, beber la sangre de otro Vástago, era el único pecado imperdonable entre los de su especie. Descubrir que esta odiosa ofensa había tenido lugar aquí, en el umbral de la casa madre –¡y antes los ojos del mismísimo lord Inquisidor!– era algo inimaginable.

Todo esto le pasó por la cabeza en un instante de repulsa. En ese momento, Cordelia se volvió hacia el recién llegado con una velocidad sobrehumana. Su glotona sonrisa estaba teñida de rojo, ribeteada de viscosas hebras escarlatas... la prueba incriminatoria de su cruento festín. Temblaba toda ella, imbuida de una potencia que se liberó de repente, restallando como un látigo. La inesperada ferocidad de su ataque cogió a Eugenio por sorpresa. Alzó las manos para protegerse, pero no a tiempo.

Consiguió agarrarla por los hombros cuando cargó contra él, pero su impulso los empujó a ambos de espaldas, con los dientes de la mujer buscando su cuello.

Es curioso cómo, en momentos de gran peligro, los detalles más insignificantes acaparan nuestra atención y se arrogan una importancia mucho mayor de la que les corresponde. Eugenio experimentó intensamente este fenómeno cuando le distrajo el irritante zumbido de un mosquito que revoloteaba en torno a su cara.

Meneó la cabeza y sopló para apartar al insecto de sus ojos, pareciendo en todo momento preocupado de forma secundaria por protegerse de los mortíferos colmillos que se cernían sobre él. Otra parte de su mente se dedicó de repente a barajar la extraña retahíla de palabras que volcaba su asaltante sobre él. Sonaba sorprendentemente a, "¡Deja de mirarme así! NO soy un monstruo".

El zumbido de sus oídos aumentó cuando su agresora le machacó repetidamente la cabeza contra el charco en el que se unían los adoquines del camino. Esta actividad debía de haber levantado una nube de mosquitos. Apenas si lograba verle el rostro con claridad en medio del enjambre. Entornó los ojos hasta dejarlos reducidos a

dos simples rendijas para defenderse de la horda de diminutos y agresivos insectos.

Cordelia tampoco podía pasar por alto este nuevo elemento. Se abofeteó una oreja con gesto distraído mientras forcejeaban. El manotazo desprendió una araña de gran tamaño que se había descolgado hasta su hombro. Aunque eso no pareció disminuir su irritación.

Eugenio aprovechó esta breve abertura para cargar el peso del cuerpo a un lado, volcándola e invirtiendo sus posiciones. Empero, Cordelia seguía arañándose la oreja mientras rodaban. Tenía las uñas ensangrentadas.

Estaban tan cerca –pegados, a todos los efectos– que Eugenio pudo ver los restos del lóbulo destrozado colgando de un jirón de carne. Pero no fue eso lo que más le llamó la atención, sino el grueso segmento, aceitoso, rojo y negro del cuerpo de un gusano –tan gordo como su pulgar– que asomaba obscenamente de la cavidad del oído.

Eugenio se vio atrapado en una situación cada vez más ridícula cuando se apoderó de él su naturaleza caballerosa. Recuperado de la impresión inicial, y conseguida ya la superioridad, se debatía ahora entre intentar aporrear a la muchacha hasta dejarla inconsciente e indicarle educadamente, aunque el tema fuera espinoso, que parecía que tuviera algo en la oreja.

Solucionó el dilema decidiendo concentrar sus esfuerzos en mantener inmovilizada a la joven para que no pudiera hacer daño a nadie. Con su reserva de fuerza potenciada por la *vitae*, no obstante, esto no resultaba nada fácil. Estaba a punto de mencionarle lo inútil de seguir peleando y ofrecerle cuartel cuando reparó en un incómodo movimiento de la tela donde la sujetaba por las mangas. O, más bien, un incómodo movimiento *debajo* de la tela.

Quiso afianzar su presa, pero sus manos no encontraban asidero. Sintió de repente un enloquecedor picor que le corría por las manos y las muñecas. Se propagó como un incendio incontrolado hasta alcanzarle los codos, consumiéndolo. Se apartó de la mujer y se puso en pie con dificultad, arañándose con las uñas la carne expuesta de los antebrazos.

Estaba tan absorto intentando liberarse de la insidiosa horda con

caparazones que apenas si comprendió que había escapado por los pelos a la fuerza plena de la imparable oleada. El cutis de Cordelia –ahora visible tenuemente en medio de la nube de seres que se arrastraban, correteaban y volaban– fluyó, discurrió y se derramó como si fuera líquido hasta que pudo ver nítidamente las líneas de la calavera. Una vez derruida la barrera de carne, las cosas no hicieron sino empeorar. Sinuosos puñados de lombrices ocuparon las cuencas oculares, y seres aún más siniestros brotaban de los restos de sus vísceras. Eugenio se dio la vuelta, resollando, y se llevó un pañuelo a la boca.

Vio a Dorfman por el rabillo del ojo. El inquisidor tenía una mano levantada en actitud de invocación.

–Malditos diabolistas –masculló–. La muerte es demasiado buena para ellos. Están podridos, podridos por dentro. –Sacudió la cabeza y se acercó al lugar donde se había encogido Eugenio–. ¿Estás bien? –Le propinó una palmada en el hombro, provocándole otro ataque de tos.

–Estoy bien, bien –grajeó Eugenio–. ¡Pero eso! ¿Ha hecho usted...?

–Claro que estás bien. ¿Conoces a alguno de los dos fiambres?

Eugenio asintió despacio, esforzándose por recuperar la compostura.

–Ésa es, o era, una novicia de aquí. La otra... –Se encogió de hombros.

Dorfman ya se había alejado en dirección a la entrada principal. Si se hubiera agachado para examinar los cuerpos, podría haber identificado el otro, aunque se habría sorprendido de encontrarla aquí. Abrió su móvil y pulsó la tecla de marcado rápido.

–¡Himes! ¿Dónde te has metido? Sí, ya sé lo que te había dicho, pero necesito un equipo de limpieza aquí delante. Enseguida. Sí, dos. Estevez dice que una es una novicia, así que lo mejor será que abras un expediente. *Exterminación oficial. Causa: Diablerie. Veredicto: Ejecución sumaria por orden de Dorfman, Peter, Sumo Inquisidor de...* –consultó su Rolex–. *Las tres horas y treinta y dos minutos.* ¿Lo tienes? Vale, archívalo. Vamos a proceder según las reglas.

Cerró el teléfono de golpe, evitando cualquier posible discusión.

–Me parece –dijo Eugenio, corriendo para dar alcance a su superior–, que no le envidio el puesto.

–Como todos. Por eso acabé ocupándolo yo.

**El adepto proscrito**

–Supuse que te gustaría estar sobre aviso –dijo Jervais, circunspecto, observando de soslayo al adepto–. Esta situación ha supuesto una inesperada sorpresa para muchos de nosotros. Dada tu posición, estoy seguro de que querrán interrogarte en persona cuanto antes.

Johanus no pasó por alto el tono de voz del novicio. Jervais quería dejar muy claro que se había puesto en un compromiso al compartir esta noticia con el adepto.

–Has sido muy considerado al venir a verme. Supongo que habrían terminado por dejarse caer para convocarme. Les ahorraré las molestias y regresaré directamente.

–Espléndido. En ese caso, te acompaño.

–¿No te echarán en falta? –preguntó Johanus–. No, nada de eso. Ya has hecho suficiente. No quiero que corras el riesgo de incurrir en una falta disciplinar por mi culpa.

Jervais ya había abierto la boca para exponer sus argumentos, minuciosamente preparados. Sabía que, con los Astores en la ciudad, Johanus no tardaría en ser sometido a diversas y peliagudas preguntas. Si todo iba bien para el adepto durante los arduos interrogatorios que se avecinaban, no le haría ningún daño recordar que había sido Jervais el que había estado a su lado durante el largo y meditabundo viaje al encuentro con los inquisidores. Y si se torcían las cosas, en fin, seguro que los poderes fácticos sabrían apreciar el hecho de que hubiera sido Jervais el que les había entregado al "adepto proscrito". Lo más probable era que eso le ganase una reputación deliciosamente infame entre los novicios.

–No tiene importancia. –Jervais ensayó su sonrisa más conciliadora–. Tu regreso les supondrá tal alivio que ni se fijarán en mí. Nos va a hacer falta una mano firme que gobierne el timón mientras dure esta crisis.

Una expresión de preocupación, y algo más –¿culpa?– ensombreció el rostro de Johanus.

–Así que Sturbridge continúa... indispuesta. –Se recuperó enseguida, temiendo haber revelado demasiado. No sabía a ciencia cierta qué le había ocurrido a la regente Sturbridge. Sabía que había resultado herida, profundamente herida, en el momento de la Liberación. Helena le había dicho que Sturbridge llevaba semanas entrando y saliendo del letargo. Johanus sabía que los detalles sobre el estado de la regente se mantendrían estrictamente en secreto para las novicias. No serviría de nada promover la intranquilidad o, peor aún, el oportunismo en las filas.

Si Jervais reparó en la vacilación del adepto, no hizo ningún comentario al respecto.

–Han estado preguntando por ti y por la regente. Helena se ha pasado aislada toda la noche.

Johanus archivó esta nueva información. El hecho de que se omitiera mencionar a Sturbridge resultaba preocupante. Sugería que podría estar sumida en uno de lo que Helena describía como los "episodios" de la regente. Sin Helena ni nadie capaz a mano, no había forma de saber qué daño podría causar Sturbridge a los demás o a sí misma. Tan sólo esperaba que el maestro Ynnis estuviera ocupándose de la regente.

–No –insistió Johanus, con firmeza–. Ve tú delante; yo te seguiré en cuanto pueda. De ese modo puedo decirles que pensaba que estabas en la capilla en todo momento. No me lo perdonaría si me preguntaran acerca de tu ausencia de la capilla... tendría que denunciarte y me sentiría desconsolado.

–Bobadas. Nadie quiere estar solo en momentos así. La preocupación, la duda, anidan en tu interior y se enconan. Deberías saber que, pase lo que pase, algunos siempre te respaldaremos.

–Gracias, Jervais, pero aquí no tengo nada que temer. No he hecho nada. Los Astores serán tan concienzudos como justos. Confío

en que sepan llegar al fondo de la cuestión. Y yo no estoy en ese fondo –añadió, de un modo significativo.

Se daba cuenta de que tendría que encontrar otra manera de desembarazarse del ambicioso novicio. Tras considerarlo, se le ocurrió una idea. Dio una palmada en el hombro a Jervais, y le dijo:

–Aunque sí que hay algo que puedes hacer por mí. Es un asunto delicado. ¿Puedo confiar en ti?

Jervais no consiguió ocultar el destello depredador que le iluminó la mirada.

–Estoy a su servicio, Adeptus.

–Según parece, quizá me detengan de inmediato a mi regreso a la capilla. No tendré ocasión de ocuparme de ciertas tareas rutinarias que he desatendido durante mucho tiempo. Me preocupa sobre todo cierta carta que tendría que haber echado al buzón hace días. Va dirigida a un antiguo colega. De Atlanta. Supongo que comprendes mi preocupación.

Jervais asintió, comprensivo.

–Desde luego. Cualquier colega de Atlanta estará en una situación ciertamente precaria. –No se le escapaba el hecho de que Atlanta hubiera sido una de las primeras fortalezas de la Camarilla en sucumbir a la reciente ofensiva del Sabbat. Los Tremere ya no mantenían ninguna presencia oficial en la ciudad. Cualquier colega que tuviera allí Johanus debía de estar en una misión sumamente delicada... y sumamente encubierta.

A menos, claro está, que este amigo por correspondencia jugara con el otro equipo. *Interesante, ya lo creo*, pensó Jervais. En cualquier caso, comprendía por qué no quería Johanus que una epístola de ese tipo cayera en manos de los Astores.

Procuró que no se le notara la codicia en la voz.

–Sería una lástima que tu socio corriera peligro por algo tan insignificante como un retraso en la entrega de una carta. Yo me ocuparé de que salga de inmediato a mi regreso.

–Gracias. Muy amable por tu parte. La encontrarás en mi sanctum, en el cajón de abajo del escritorio. La dirección ya está escrita en el sobre.

–¿Y la llave?

–Ah, sí. La llave. El sanctum está protegido *interdire confluratum*. No tienes más que asegurarte de no llevar puesto nada de color negro y podrás pasar sin peligro.

–Nada de color negro –repitió Jervais, como un loro. La comprensión y la admiración teñida de envidia se cernieron sobre él simultáneamente–. Como la túnica de un novicio, por ejemplo...

–Sí –repuso Johanus, sonriendo–. Eso sería un desliz imperdonable.

–¿Cualquier otra que deba... saber?

–Ahora que lo dices, me parece recordar que la mesa también está protegida de alguna manera. Pero seguro que sabrás apañártelas. Siempre has sido un alumno aplicado.

–El adepto me halaga, pero le rogaría humildemente que intentara recordar la naturaleza exacta de la protección del escritorio. Sería una lástima que me fuera imposible deshacerme... quiero decir, "echar al buzón", la carta en cuestión.

–Bueno, ya que me lo pones así, déjame que piense. Era algo sencillo. Ah, sí, ya lo tengo. Un articulador de miedo. En el último cajón. He descubierto que meter la mano en un lugar cerrado y oscuro tiene siempre algo de catártico. Tú no serás miedoso, ¿verdad? ¿Las serpientes, el fuego, nada de eso?

–No –respondió Jervais, lacónico. Al parecer, el asunto no le parecía tan gracioso como al adepto–. ¿Más cosas igual de sencillas?

–No si no te pones a husmear por ahí. Gracias de nuevo, Jervais. Si preguntan por mí en la capilla, diles que acudiré en cuanto pueda escabullirme sin provocar la alarma.

–Gracias, Adeptus. Puede confiar en mí sin dudarlo.

\* \* \*

Antígona escuchó bastante poco de la conversación de los dos nombres por culpa del clamor que imperaba en el gimnasio. El sonido de los pasos de Jervais al acercarse, no obstante, era inconfundible. Se sobresaltó y se puso en movimiento. Regresó sigilosamente al gimnasio y se embozó en el anonimato de la aglomeración como si se arropara con un chal.

Se demoró lo suficientemente cerca de la puerta para observar a Jervais y seguir sus movimientos. Tenía que saber cuándo sería seguro colarse por donde había venido él. Tenía que llegar a Johanus antes de que también él se fuera a la capilla. Cuando el adepto hubiera regresado a los confines de la casa capitular, lo habría perdido. No había forma de saber cuándo volvería a verlo, o si volvería a verlo siquiera.

Jervais abrió las puertas de par en par. En su cabeza, saqueaba ya los secretos más celosamente guardados del sanctum del adepto. Su entrevista con Johanus había salido mucho mejor de lo que había imaginado. En lugar de limitarse a escoltar al adepto de vuelta a la capilla, Jervais había recibido una de esas oportunidades únicas a las que un hombre alerta y avispado podría sacar el máximo provecho. Se sentía inusualmente complacido con el resultado de la velada.

Ya había dado cuatro o cinco zancadas decididas hacia el núcleo de la multitud cuando se detuvo en seco, como si le hubiera asaltado una duda repentina. Antígona vio cómo se reflejaba la consternación en su rostro. Sintió que se le encogía el estómago cuando el hombre giró despacio, como la torreta de un tanque, y clavó la mirada en su dirección.

—Antígona. —La sonrisa de Jervais era tan tensa y tirante como el tono de su voz. Había hablado en voz baja, pero aún así se había sobrepuesto limpiamente al ruido de fondo y a la maldición mascullada de ella. Enderezó la espalda, alisándose de manera inconsciente la raya marcada, casi marcial, de su puño izquierdo. La insignia de su rango centelleó argétea.

Antígona sabía que estaba acorralada. No tenía manera de escabullirse delicadamente en ese momento. Con la paciencia de una araña, el novicio se acercó a ella.

—Jervais —respondió Antígona, con frialdad, cuando lo tuvo delante. Se había situado incómodamente cerca de ella, separados los rostros apenas por unos centímetros. Eso la sacó de quicio. Barajó en su mente los posibles resultados de este desafortunado encuentro. Ninguna de las opciones la complacía demasiado.

Su primer instinto había sido el de huir, pero se mantuvo en el sitio, obstinada. Empero, cuanto antes pudiera marcharse, mejor.

Decidió que lo mejor sería tomar la ofensiva.

»Me alegro de haberte encontrado. Preguntaban por ti en la capilla. Será mejor que regreses inmediatamente, antes de que tu ausencia sea más palpable.

–Gracias por preocuparte. Lo cierto es que iba de camino. No hace falta, por cierto –dijo Jervais, con una sonrisa torcida–, que molestes al adepto. Ya está al corriente de los últimos acontecimientos de la capilla. Acudirá enseguida. Vamos, no pongas esa cara de abatimiento. ¡Vas a tener que aplicarte mucho más en el futuro si aspiras a tomar la delantera a tus mejores! Aunque ya que estás aquí, podrías acompañarme a la capilla. Hay ciertos asuntos que quería discutir contigo. En privado.

–Eres muy amable, pero he venido en representación de la regente y no puedo entretenerme en estos momentos. Y, dado que te esperan con tanta urgencia, lamentaría distraerte con mi conversación. Otra vez será, espero. –Hizo ademán de dar media vuelta y volver a zambullirse en la multitud.

Jervais la agarró por el codo y se situó a la par de ella.

–¿En representación de la regente? En ese caso, no deberías ir por ahí sin escolta en una misión tan importante. ¿Y si te ocurre cualquier cosa aquí en medio de tantos personajes sin escrúpulos? Por cierto, qué estás haciendo por ahí sin uniforme. –Su voz se convirtió en un susurro confabulador–. ¿No será que viajas... de incógnito?

Antígona se liberó delicadamente de su presa. Habían llegado a la linde de la aglomeración y se encontraban a la sombra de las gradas.

–Qué bien que esto te haga tanta gracia, Jervais. Seguro que la regente se parte de risa cuando le diga que has puesto en peligro esta misión. Ahora, si eso es todo, tengo cosas que hacer. Y tú me estás cortando las alas.

Jervais hizo caso omiso de la amenaza.

–Llevo casi toda la semana intentando localizarte. Desde lo del accidente en el domicilium de las novicias. Si no te conociera, pensaría que intentabas darme esquinazo.

Al oír hablar del domicilium de las novicias, Antígona sintió como

si le hubieran dado un mazazo en el estómago. Se había declarado un incendio, se había sublevado un espíritu guardián y Antígona había dado la orden de condenar a tres novicias a una flamígera muerte definitiva.

¿De eso hacía sólo una semana? El dolor era reciente, pero el peso de esa decisión se había convertido en una carga constante, como si hiciese toda una vida que la había tomado. *Tres vidas*, pensó, contrita.

Salió de su introspección y se dio cuenta de que Jervais seguía hablando, desde hacía tiempo:

–...No creerías que nos habíamos olvidado de todo, ¿no? ¡En ese incendio murieron tres de los nuestros! Tres de nuestros amigos, nuestros hermanos y hermanas, arrebatados. Y fuiste tú la que apretó el gatillo. La gente querrá pedirte explicaciones, Antígona. Y no sólo los Ast... no sólo *nuestros invitados*. Eres una chica lista y sé que no hace falta que te lo deletree. Pase lo que pase, la situación en la capilla se va a volver bastante *incómoda* para ti.

–Hice lo que tenía que hacer –musitó Antígona–. El fuego, había que poner en marcha el sistema de defensa. Nos enfrentábamos a un escenario de evacuación. Se habrían perdido más de tres vidas, Jervais.

–Ésa es tu opinión. No vas a convencerme de que compensa las vidas de tres de nuestros hermanos y hermanas. Dudo mucho que puedas convencer a un tribunal. Sin embargo, seguro que tú te sentiste... gratificada. Decidiendo quién vive y quién muere. –Su voz rezumaba una evidente malicia.

–No fue así –insistió Antígona, meneando la cabeza con vehemencia–. No tienes ni idea. Tú no estabas atrapado en medio de la conflagración. No estabas ahí fuera con los equipos de emergencia...

–No, pero Marcus sí que estaba atrapado en medio. Y Clarissa. Y Livonia. Y ahora están muertos. Y, por cierto, yo sí que estaba "ahí fuera". Colaborando con el equipo de urgencias. Todavía conservo las quemaduras para demostrarlo. Oí cómo dabas la orden por el intercomunicador. Pero no te *vi* allí.

Jervais hablaba con tanta intensidad que ni siquiera parecía

darse cuenta de que empezaba a llamar la atención de las personas cercanas.

–¡Jervais! –La voz de Antígona era un susurro feroz–. Me parece que éste no es momento ni lugar...

–Pues acompáñame y zanjemos este asunto. En privado.

Antígona negó con la cabeza.

–Mira, no tengo tiempo para esto. Tengo que ocuparme de este asunto para la regente y ahora mismo no puedo escabullirme. Y tú, aquí plantado discutiendo sobre esto, no consigues más que poner en peligro esta misión. Vete. Te veré en la capilla.

–Esperaré.

–No. Además, seguramente tarde un rato. Vete.

–Puedo esperar.

–Jervais, empieza a parecer que me voy a pasar aquí casi toda la noche y cuanto más tiempo pierdo hablando contigo, más tardaré en empezar. No me gusta denunciar a nadie por interferir con la seguridad de la capilla, porque ya sabes cómo se pone Helena con ese tipo de...

–No te preocupes –dijo Jervais, sonriendo ampliamente–. Helena ha sido... detenida. Pero no pasa nada. Ya tendremos nuestra charla en privado. Has sido de gran ayuda. Verás, lo único que me hacía falta saber era que no regresarías a la capilla hasta primera hora de la mañana.

Una lenta comprensión y un frío temor se abatieron sobre Antígona simultáneamente.

–No sé por qué tendrías que interesarte eso –dijo, cautelosa.

–Me interesa mucho. Verás, tenía a Marcus en gran estima. Era mi confidente. Y vi cómo moría. No, no me des la espalda. Me gustaría que me escucharas. ¿Alguna vez has visto a alguien morir abrasado, Antígona? Con nuestra especie, lo cierto es que se acaba enseguida. Es sorprendentemente rápido. Primero la caricia de las llamas. Luego la carne que gime a modo de respuesta, se ampolla...

–¡Basta! Lamento la muerte de Marcus. De veras. Esa decisión es algo que revivo todas las noches. Pero no pienso quedarme aquí plantada, escuchando tus...

–Ojalá pudiera creer eso –pensó Jervais en voz alta–. Que lo

lamentas, digo. Que lo sientes de veras. Eso significaría mucho para mí. Por eso pienso ir a asegurarme de que sea verdad.

–¿Me estás amenazando?

Jervais arqueó una ceja.

–Quisiera comprender, apreciar tus sentimientos a este respecto. Y quisiera que tú comprendieras exactamente lo que siento yo. Exactamente.

–Creo que no te entiendo.

–Es muy fácil: no es ningún secreto que te has hecho con una mascota nueva en la capilla. Ah, no te sorprendas. Yo mismo me he tropezado con este amiguito tuyo, este tal Mr. Felton, de vez en cuando. No alcanzo a comprender cómo es posible que los poderes fácticos permitan a alguien como tú, una novicia sin distinción ni mérito alguno, acoja a un aprendiz. No me corresponde a mí poner en duda las decisiones de la regente. Asumiendo, claro está, que la regente esté al corriente de tu pequeño reclutamiento.

Antígona no pudo sino observarlo horrorizada al empezar a comprender dónde quería llegar.

»Sería una lástima que le sucediera algo a tu querido Mr. Felton. Algo incendiario, digamos. Sobre todo estando tú lejos de la capilla. Haciendo un recado personal para la regente. Toda la noche.

Jervais se encogió de hombros y dio media vuelta, adentrándose en la multitud.

–¡Maldito seas, Jervais! Tócale un pelo y expondré al sol tu asqueroso cadáver empalado. ¿Me oyes?

Jervais levantó una mano para decir adiós y se perdió de vista entre las bulliciosas filas de los muertos.

–Johanus, necesito tu ayuda. Tienes que...

–No tan deprisa. –Johanus sonrió a Antígona. Posó las manos

en sus hombros, en ademán tranquilizador, y la mantuvo a una distancia de un brazo, estudiándola. Era una montaña de hombre y tendía a tratar a los demás con exagerada amabilidad. Como si tuviera miedo de que pudieran romperse—. Jervais acaba de estar aquí. Me ha contado todo lo referente a los problemas de la capilla.

La conducta paciente y condescendiente del adepto no hizo sino empeorar el histerismo de Antígona.

—No lo entiendes. Jervais es el problema. Va a... —Se obligó a controlarse. Deliberadamente, inhaló hondo. Cuando estuvo segura de haber recuperado el control, continuó: — Tienes que acompañarme.

—Vale, tranquilízate. Voy a recoger algunas cosas que tengo por aquí y me dirijo hacia allá. Me lo puedes contar por el camino, ¿de acuerdo?

Antígona rabiaba por dentro, pero fue tras sus pasos, obligándose a andar despacio para igualar el ocioso caminar del adepto. Johanus siempre conseguía que se sintiera así... torpe, impaciente. Sus sosegados ademanes sureños siempre la habían sacado de sus casillas. Incluso cuando servía en la capilla como Maestro de Novicios. Antígona recordaba perfectamente aquellas largas noches de frustración y humillación... los únicos frutos que había dado su fallido aprendizaje. La sucesión de noches en que la magia de la sangre se negaba a fluir.

—Mira. Hay un huésped en la capilla, ha acudido a nosotros en busca de santuario. Mi deber era protegerlo. Ahora a Jervais se le ha metido en la cabeza que si consigue hacer daño a este tipo, me lo hará a mí. Pretende aprovechar la confusión provocada por las investigaciones de los Astores para encubrirlo todo. Tengo que sacar a Felton de allí. Esta misma noche.

Johanus se detuvo frente a una puerta de madera con un letrero en el que se leía, "Sala de Calderas". Rebuscó en un manojito de llaves.

—Bueno, ¿y para qué me necesitas? —preguntó, sin apartar la vista de su tarea. Su tono de voz era más gentil que beligerante—. Sabes que si intervengo ahora, la próxima vez lo tendrás peor. Y no te quepa duda de que habrá una próxima vez. Tienes que encontrar la manera de pararle los pies a Jervais por ti sola, de demostrarle que no

puede meterse contigo y salir de rositas.

Antígona zangoloteó la cabeza.

–Eso no es todo. Mira, no puedo volver a la capilla en estos momentos. Sturbridge me ha enviado en busca de Calebros. Me dijo que no volviera esta noche a la capilla, bajo ninguna circunstancia.

–Esa era una verdad a medias, pero últimamente había cogido la media verdad por costumbre y no veía ningún motivo por el que debiera corregirse ahora.

Sturbridge había dicho muchas cosas. Acerca de la taumaturgia oscura, sobre ser una proscrita de la Pirámide, sobre buscar santuario entre los Nosferatu. Antígona pensaba que compartir con Johanus cualquiera de estas complicaciones en estos momentos únicamente enturbiaría más las aguas. No sabía cómo reaccionaría él si supiera que ella era una fugitiva que huía de la justicia de la Pirámide de los Tremere. Era posible que intentara enviarla de vuelta, utilizarla para rescatar su propia vida o su carrera. No parecía que ése fuera su estilo, pero corrían tiempos desesperados y no tenía intención de correr ningún riesgo.

Johanus encontró por fin la llave correcta y abrió la puerta, que se retiró para revelar una escalera de madera que descendía a las tinieblas.

–Así que necesitas que alguien vigile al tipo éste, Felton, hasta que vuelvas. ¿Es eso? Ya sabes que no voy a disponer de mucho tiempo libre en cuanto asome la cabeza de nuevo por la capilla, ¿no? Jervais dice que han aislado a Helena, que llevan interrogándola desde su llegada. No creo que se muestren demasiado comprensivos si...

–¿Han encerrado a Helena? –interrumpió Antígona–. Entonces, ¿quién está con Sturbridge?

Su pregunta sorprendió a Johanus.

–¿Cómo demonios quieres que lo sepa? –espetó él, a la defensiva–. Yo no he vuelto por allí, ¿recuerdas? Tú la has visto hace menos tiempo que yo. Pero Jervais ha dicho algo que me impulsa a creer que Sturbridge no estaba presente para dar la bienvenida a los Astores.

Johanus había estado a punto de decir algo acerca de "uno de

sus ataques", pero se contuvo. No sabía hasta qué punto conocía Antígona la condición actual de la regente.

Entonces se le ocurrió una idea.

–Pero tú sí has visto a Sturbridge esta noche. Ella te ha enviado a Calebros. Y no estaba en la capilla.

–No –admitió Antígona. No entró en detalles.

–Entonces, ¿a qué viene todo esto? –quiso saber Johanus–. ¿Para qué tienes que ver a Calebros? ¿Por qué quería Sturbridge que te mantuvieras alejada de la capilla? ¿Dónde está la regente? ¿No le habrá sucedido nada? ¿No habrás...?

–¡No! La regente está bien. Al menos, tan bien como cabe esperar, dadas las circunstancias. No hace falta que te diga que esta visita de Viena no presagia nada bueno para ella. A fin de cuentas, yo diría que se lo está tomando bastante bien.

–¿Dónde se encuentra? –preguntó Johanus, lacónico.

–Espero que ya haya regresado a la capilla. Me dijo que todavía le quedaban algunos asuntos por arreglar.

–¿Qué tal... estaba? Cuando hablaste con ella.

–Estaba bien –dijo Antígona. Luego se quedó pensativa–. Parecía triste, pero resignada. Hablaba de cosas que vendrían y terminarían aquí.

Johanus maldijo en voz alta.

–Tengo que regresar. –Le apoyó una mano en el hombro y la empujó con firmeza ante él. Mientras Antígona lo adelantaba, se acercó y le susurró al oído–. No habrás venido para conducirlos hasta mí, ¿no? A los Astores, digo. ¿Es a eso a lo que juegas?

Antígona se volvió hacia él con una expresión de alarma en el rostro.

–¡No! Nada de eso, de verdad. Es sólo que...

–¿Es sólo que qué?

–Es sólo que me parece que Sturbridge tiene problemas. Graves problemas. Y me preocupo por ella y por Helena. He oído esas historias de pesadilla... lo de la liquidación de la capilla de Tel Aviv y...

–Tranquila –dijo Johanus. Su natural instinto protector se impuso a su suspicacia. No era alguien que cediera fácilmente a la desconfianza, lo que solía considerarse un defecto en su ambiente de

trabajo—. Nada de esto va a ocurrir aquí, ¿entendido? Todo el mundo va a seguir bien. –Cogió una profunda bocanada de aire, como si quisiera prepararse para la confrontación que se avecinaba... como si intentara convencerse de que sus palabras tenían más peso que las huecas exhalaciones de una tumba.

–Genial, eso sí que es reconfortante –comentó una voz en alguna parte de las profundidades—. Empezaba a pensar que estábamos todos bien jodidos.

Un momento de pánico se agolpó en la boca del estomago de Antígona. No esperaba que nadie pudiera escuchar su conversación. Rememoró rápidamente el diálogo, intentando reconstruir exactamente cuanto se había dicho desde que abrieran la puerta del sótano, y cuán comprometedoras exactamente habían sido esas palabras.

–Esa boca –gruñó Johanus—. Tenemos compañía. Hay damas presentes. Umberto, te presento a Antígona. Antígona, Umberto.

Llegaron al pie de la escalera y rodearon la imponente mole de una antigua caldera. Se atisbaba un haz de luz procedente de la pared más alejada del sótano inacabado. La luz provenía de tres enormes monitores de ordenador situados en fila. Formaban un bunker en el que acechaba la figura encorvada de un hombre.

Umberto se retorció en su silla para ver mejor a sus invitados. El movimiento parecía resultarle insoportablemente doloroso y vino acompañado de un coro de chasquidos y crujidos espinales. Al verlos, Umberto se levantó con dificultad.

–Encantado –dijo, trastabillando—. No solemos recibir visitas por aquí abajo. Y menos de las guapas. Este feo cabrón las espanta a todas. –Indicó a Johanus con el pulgar.

El hombrecillo, un cascarón agrietado, no era más alto de pie de lo que lo era estando sentado. Sus rasgos estaban hinchados y abotargados; la forma de su cabeza recordaba a Antígona la de una manzana pocha en precario equilibrio sobre el cuello. *A la espera de que algún arquero ambicioso pruebe suerte con ella*, pensó.

Mas pese a su evidente deformidad, se le iluminaron los ojos al verlo. Era un nosferrata, sin lugar a dudas. Se sintió de inmediato un paso más cerca del príncipe y de la seguridad. Aceptó la mano que le

ofrecía el hombrecillo y soportó que se llevara sus dedos a los labios.

–Me alegro mucho de conocerte, Umberto. Johanus estaba contándome que quizá tú pudieras ayudarme. Tengo que comunicar algo urgentemente al príncipe Calebros, de parte de la señora de nuestra casa.

–Yo no he dicho nada de eso –refunfuñó Johanus, depositando otro fajo de archivos en la montaña de papeles que ya desbordaba el escritorio de Umberto. Aunque no parecía contrariado.

–Lo cierto es que es muy perspicaz, a su manera –respondió Umberto, sin apartar los ojos de Antígona–. Siempre es un placer para mí ayudar a una jovencita tan adorable. Y si puedo ser de ayuda a tu dama además de a ti, tanto mejor.

La mano de Umberto, que seguía tenazmente aferrada a la de ella, estaba caliente.

–¿Te importa si me quedo aquí contigo hasta que vuelva Johanus? –preguntó Antígona, cándidamente–. Dice que tiene que pasarse por la capilla y ha sido tan amable de acceder a escoltar hasta aquí a un amigo nuestro.

–No es cierto –protestó Johanus, por encima del hombro–. Y estas carpetas no están ordenadas en orden alfabético.

–Tú déjalas ahí arriba, que yo ya las ordeno luego. Y no contradigas a la muchacha. Yo me ocuparé de todo mientras acompañas al amiguito de la señorita Antígona desde la capilla. Venga, largo. No es de buena educación hacer esperar a una dama. No es culpa suya –explicó a Antígona–. Es que no sale mucho. Lo tienen aquí encerrado casi todas las noches. Para que no corra peligro.

–Ya que este recado es tan urgente –dijo Johanus–, ¿no deberíais ir los dos a ver al príncipe ahora? –Su expresión de recelo había regresado.

–Probablemente –convino Antígona–. Pero antes tengo que saber que Fel... que mi amigo está a salvo.

–Entonces puedes acompañarme. –Johanus reparó en el pánico momentáneo que se reflejó en los rasgos de Antígona. Se adelantó a sus reparos–. Ah, ya sé lo que ha dicho la regente, eso de no volver esta noche a la capilla. Pero podrías acompañarme hasta

Millbank, por lo menos. Cuando nuestros huéspedes reparen en mi presencia, no es probable que pueda escaparme. Aunque debería ser capaz de sacar a tu amigo por una de las puertas laterales. Puedes recogerlo allí.

Era evidente que este plan no convencía demasiado a Antígona.

–¿No puedes pedirle a Talbott que lo escolte hasta aquí? ¿O a cualquier otra persona de confianza?

–Cuanta más gente haya implicada, más preguntas incómodas habrá que responder cuando se descubra la ausencia de tu amigo.

Antígona comprendía su razonamiento y le costaba encontrar una excusa.

Umberto se revolvió, inquieto.

–Bueno, eso está arreglado. Pero tienes que prometer que volveréis enseguida.

–De acuerdo –cedió Antígona–. Así lo haremos. Aunque para eso tendrás que soltarme la mano en algún momento.

Avergonzado, Umberto se apresuró a dejarla libre.

\_\_\_\_\_ 13 \_\_\_\_\_  
**El mago arlequín**

Sturbridge terminó de introducir los últimos informes oficiales y se apartó del monitor con un suspiro. Parecía que estuviera quitándose de encima un peso con el que había cargado casi toda una década. Sabía que aquello era el fin. La visita de los Astores sólo podía arrojar un resultado.

Tenía que producirse un ajuste de cuentas definitivo por lo que había acontecido allí... por los asesinatos de las novicias, los ataques a los representantes de la Casa Madre, sus propios errores y deslices. Le habían confiado el cuidado de la casa y era ella la que debía responder personalmente por lo que había ocurrido.

Se preguntó, no por vez primera, hasta qué punto gozaban de

autoridad los Astores en este asunto. Medio esperaba que su autoridad llegara tan lejos como para permitirles emitir un veredicto sumario. Incluso la muerte final sería preferible a la indignidad de ser transferida a Viena para enfrentarse a un tribunal oficial.

Se preguntó qué les ocurriría a todos ellos cuando desapareciera... no sólo a las novicias que tenía a su cuidado, sino a los demás Niños, los que ahora habitaban en su interior. Sin el frágil recipiente de su cuerpo, ¿volvería a desatarse la pesadilla? ¿Volverían a estar condenados los Niños a vagar sin reposo en busca de alguien de la sangre a quien confiar sus sombríos susurros para que les diera voz? ¿Para que los dotara de vida?

Se sentía entumecida. Miró distraídamente la pantalla y repasó la lista de archivos que acababa de completar. Era como si no pudiese enfocar las palabras.

El primer informe era la confirmación del ascenso de Antígona al segundo círculo del noviciado. Eso era lo único que importaba, ahora. Y sólo por la promesa que le había hecho a Antígona en el mirador. Mantendría su palabra. Quizá fuese lo único que le quedara al término de la noche, y no estaba dispuesta a cederlo sin más.

Sturbridge no podía saber con seguridad cómo recibirían sus superiores estos despachos. Lo más probable era que los ignoraran sin mirarlos siquiera. Sus hermanos de Viena confiarían explícitamente en los resultados de la investigación de los Astores. Lo que Sturbridge tuviera que decir llegados a este punto tendría un interés puramente académico. O quizá tuviera algún valor en calidad de prueba de su estado mental frente a la disolución de todo por lo que había trabajado.

Pero estaba dispuesta a llevar esto hasta sus últimas consecuencias. Y haría cuanto estuviera en su mano por aquellos que estaban a su cargo. Era un gesto insignificante, dentro del gran orden de las cosas, un gesto que sabía que llegaba demasiado tarde para redimir a Antígona. Ahora ya era demasiado tarde para muchas cosas. Demasiado tarde para actuar, sin duda, pero quizá no demasiado tarde para aportar su testimonio. Para que lo que habían hecho aquí no cayera en el olvido.

Los demás informes se ocupaban de uno u otro aspecto de su

propuesta de disolución oficial de la Capilla de los Cinco Distritos. Durante los largos años que había durado el asedio del Sabbat, había existido una necesidad claramente definida de poseer un único edificio fuertemente fortificado que pudiera capear el temporal de las embestidas del enemigo. Ahora, tras la estela de la Liberación de la Camarilla, la capilla de guerra se había quedado más que obsoleta. Era un completo desastre. Se había convertido no sólo en un pozo sin fondo para los recursos de la Casa, sino también en un embarazoso recordatorio de lo que una jerarquía en tiempos de paz debería recordar como una época "menos iluminada".

Si los Tremere querían seguir siendo una fuerza vital en el trazado de esta nueva frontera, la capilla tendría que cambiar de manera dinámica, volverse mucho menos rígida, centralizada y pesada. La capilla de guerra había cumplido su cometido, pero ya no era necesario que los novicios se atrincheraran entre los muros de un bunker subterráneo. Lo que necesitaba ahora la Casa eran aprendices de visión que se mezclaran con el resto de la Estirpe, que ayudaran a guiar y moldear el nuevo orden que comenzaba a tomar forma.

Johanus lo comprendería. Hasta cierto punto, él había anticipado este desarrollo. Sturbridge sonrió al acordarse de su trabajo entre los refugiados que atestaban la ciudad. Ése era exactamente el tipo de cosas que ella auguraba: una presencia dinámica de los Tremere, no tradicional, que sirviera de guía. Trabajar hombro con hombro con otros Vástagos, resolver problemas, engendrar confianza, procurar que se hicieran las cosas.

Esta sugerencia no le resultaba nada sencilla. Durante el transcurso de su breve mandato, había aprendido a velar profundamente por esta casa y los que trabajaban en ella. Esperaba que sus superiores no rechazaran su consejo de crear una capilla de paz esgrimiendo el pretexto de sus fracasos en tiempos de guerra.

Habían hecho lo imposible en este sitio. No sólo habían mantenido a raya al Sabbat, sino que habían interrumpido su avance y se había posibilitado la liberación de la ciudad y, quizá pronto, la de otras ciudades que no habían tenido tanta suerte. Su triunfo sobre el adversario externo había sido absoluto.

Pero, absorta en su devoción por la causa, Sturbridge había

aflojado las riendas. Mientras defendía las líneas del frente contra el Sabbat, otro enemigo, más insidioso, le había ganado terreno. Un enemigo interno. Las fuerzas de la corrupción, la traición, la negligencia y la conspiración. Los gusanos que devoran por dentro un caballo aparentemente sano.

Bueno, todo eso ya estaba hecho. Los Astores estaban aquí y pensaban arrancarle el corazón a la manzana, exponer el cáncer que la devoraba por dentro. Sturbridge esperaba que llevaran la operación hasta su conclusión lógica y redujeran el pesado corpachón de la fortaleza capilla en favor de sus casas satélite.

El tercer despacho que tenía ante sí en la pantalla recomendaba el ascenso de Johanus, Adeptus, al rango de Regente, Primer Círculo, con el encargo específico de que desarrollara una nueva capilla para continuar con el trabajo que había comenzado: controlar la llegada de nuevos Vástagos y ayudarles a desenvolverse en la ciudad. Esta tarea era de vital importancia no sólo para forjar fuertes lazos con sus nuevos vecinos, sino también para promover una cooperación más estrecha con el príncipe. Sturbridge temía que este proyecto pudiera frustrarse por completo si requerían ahora la presencia de Johanus en los Cinco Distritos para ocuparse de los problemas domésticos.

La cuarta carpeta contenía la recomendación para el ascenso de Ynnis, Maestro, al rango de Regente, Primer Círculo, con el cometido concreto de generar un nuevo interés de la capilla en el arte de la distribución, concretamente en el desarrollo de un sistema permanente de viaje instantáneo entre las capillas regionales. Este sistema supondría una ventaja para todos los proyectos de cooperación, sobre todo a la hora de compartir recursos y de reforzar las guarniciones sitiadas en caso de renovadas incursiones del Sabbat.

Su quinta misiva era la recomendación para el ascenso de Helena, Adepta, al rango de Regente, Primer Círculo, con el cometido de reemplazar a Johnston Foley como regente segundo de la principal casa capitular. Helena había diseñado personalmente el complejo sistema de seguridad para la C5D y era la única persona que estaba calificada para mantener la seguridad, la estabilidad y, lo más importante, la continuidad de la capilla durante esta difícil transición.

El sexto y último despacho era, naturalmente, la dimisión oficial

de Sturbridge como Regente de la Capilla de los Cinco Distritos.

Sturbridge observó la lista de archivos y pulsó el botón de enviar sobre todos ellos salvo el último. Se puso de pie con gesto cansino y se acercó al antiguo arcón que aguardaba abierto en el centro de la estancia. Comenzó a recoger sus efectos personales.

Sus dedos acariciaron con afecto el lomo de los antiguos volúmenes que atestaban sus estanterías. Seleccionó unos cuatro libros de toda la pared de libros. Sus dedos parecían estirarse por cuenta propia en dirección a las obras que debía dejar atrás.

Se demoró frente a un pesado volumen encuadernado que exhibía su sello personal en la portada, la espada flamígera clavada en un túmulo de piedras. Le susurró con cariño y el libro se abrió para revelar, no unas páginas cosidas, sino fundas de hojas individuales recogidas en anillas. La primera hoja del manuscrito rezaba:

*Para A.S.:*

*Encantador, libro, tu viaje*

*Hasta ella, coronada de noche;*

*Lástima que no seas tú*

*La que contenga mis pasos.*

*~ W.B.Y.*

Sturbridge había conocido a Yeats en sus días de mortal –debía de hacer ya casi un siglo– en el Dorado Amanecer de Londres. Las páginas sueltas del manuscrito comprendían su obra maestra, sus apuntes sobre un sistema de creencias que habría de reconciliar su eterna fascinación por lo oculto, por su catolicismo nativo y por el emergente nacionalismo irlandés.

Pasó con gesto ausente las páginas familiares, siguiendo con un dedo la caligrafía de patas de araña del poeta, los apasionados ensalmos, los diagramas herméticos. Despacio, dejó el libro entreabierto y lo guardó con sumo cuidado en el baúl.

No se atrevía a mirar los libros que debía dejar atrás. Ensondeciendo los oídos del corazón a sus silenciosas acusaciones, se volvió hacia el manto. Colgaba allí un cuadro, pitagóricos sus ángulos en su oculta precisión. Sus tonos eran los doloridos verdes

azulados de las mudas aguas subterráneas. Había una figura atrapada en el centro del cuadro, un arlequín cuyo cuerpo formaba el fulcro de una balanza alquímica. Hasta las noticias recién llegadas a la capilla comentaban el parecido de la figura con la regente.

Sería una rara novicia, no obstante, una novicia más que versada en la historia de las sociedades herméticas del cambio de siglo, la que supiera emplazar la obra. El cuadro se titulaba *Ajuste*. Era el original en que Aleister Crowley había basado la Octava Trompeta de su infame tarot. La identidad de su siniestra musa, de este mago arlequín, no estaba tan extendida. Como tampoco lo estaba el relato de cómo había escapado de él, por los pelos, y gracias a un pacto aún más siniestro.

Sturbridge sentía la sutil oscilación de aquellos platillos cósmicos que la empujaban a un inevitable juicio final, un juicio que había conseguido eludir durante más de un siglo.

Pero ahora se le acababa el tiempo, era un amasijo de ángulos agudos, ligeramente torcidas todas las premisas y las conclusiones. Tambaleándose peligrosamente en precario equilibrio. No había recogido ni la mitad de sus cosas y ya podía percibir las primeras señales del regreso del amanecer. Podía sentirlo a través de las toneladas de roca y acero que la separaban de su antigua némesis, el abrasador disco solar. El símbolo de la verdad.

Se sentía lenta, como si se moviera debajo del agua. Los planetas invisibles giraban enloquecidos sobre su cabeza. No podía verlos a través del techo, la tapa de su sarcófago de piedra. Pero sentía su inconfundible atracción.

Nada le apetecía más que hundirse en su lecho y dejar que el olvido de las horas diurnas la envolviera como una mortaja. Perderse de vista, perderse de la memoria. Descansar en el mismo eje de la furiosa danza incandescente de los cuerpos celestes.

No había tiempo. Obligó sus manos entumecidas a recoger sus pertenencias, fragmentos de recuerdos. Ya no sabía qué cogía ni le importaba, se limitó a meter en el arcón cuanto caía en sus manos. Esa sencilla repetición mecánica constituía una especie de desafío. Un grito ciego frente a las fuerzas de la razón que insistían en que su frío cadáver no podía estar despierto ni hacer lo que hacía. El mero hecho

de levantarse todas las noches, alimentarse, extraer vida, sólo eso ya suponía una afrenta blasfema contra la vida, contra la muerte. Era inevitable, en realidad, que la encontraran al final... esas dos grandes fuerzas. Que la señalaran para impartirle su forma particular de justo castigo.

Aun así, se sobresaltó cuando llegaron las inevitables llamadas. Era la hora.

**La sala de los puñales y los espejos**

Sturbridge cruzaba los pasadizos desiertos igual que un fantasma, con la estela de su largo traje negro como única señal de su paso. *Borrando incluso mis huellas, pensó. El último indicio de mi presencia en este lugar.*

Había preparado pulcramente los hábitos formales de su oficio para la ocasión, para encontrarse con sus inquisidores cara a cara. Fue en el último momento cuando decidió pasar sin ellos. El rico terciopelo borgoña siempre se le había antojado demasiado opulento salvo para las ceremonias más oficiales. Había optado por el sencillo vestido negro, reminiscencia del hábito de las novicias. La única concesión del conjunto a su rango era la elegante estrella de cuatro puntas, que recordaba una cruz estilizada o una espada, imbricada en la pechera.

Dadas las circunstancias de esta visita, se había decantado por la comodidad de la humildad frente a la ostentación.

La capilla estaba muy tranquila esa noche. Era como si, de alguna manera, compartiera su estado de ánimo. Parecía que contemplara ya su ausencia, como si estuviera probándose la idea igual que un traje que hubiera colgado olvidado en el fondo del armario durante casi toda una década. Todavía no se había acostumbrado a la perspectiva de liberarse de su hábito familiar y raído. Sturbridge sabía, sin embargo, que la Capilla de los Cinco Distritos había sabido

apañárselas antes de su llegada. Sin duda sobreviviría a su partida.

Había elegido el camino más largo, tal vez para darse tiempo para recapacitar, para afianzar su resolución frente a lo que sabía que la esperaba. Frente a lo que debía hacer. Cuando sus pasos encararon la Sala de los Puñales y los Espejos, una nota estridente tiró del borde de su consciencia. Aun preocupada como estaba, sabía que había algo que no encajaba. Allí.

Estaba bajo, casi a la altura de las rodillas, en la pared a mano derecha... un inconfundible borrón rojo que ensuciaba la prístina superficie del cristal pulido. Sangre.

Se detuvo para examinarlo de cerca y vio un largo cabello negro prendido en la diminuta rendija que separaba los espejos. Con cuidado, tiró de él y lo sacó, manchado aún con la gota de sangre coagulada que lo había mantenido en su sitio.

Sturbridge se llevó la punta de la hebra de ébano a la lengua, sintió cómo la mota de sangre reseca se reblandecía, se rendía a ella. Asintió. Sabía de quién era esa sangre. La había saboreado hacía apenas unas horas. *Antígona*.

*Otro fracaso, pensó Sturbridge. Otra novicia que no he podido salvar. Otra hija que no he podido redimir.*

Encontró cierto consuelo en el hecho de que, cuando menos, Antígona ya no podía sufrir ningún daño, no tenía que enfrentarse al suplicio de esta inquisición. Zangoloteó la cabeza. Había hecho cuanto había podido. Sabía que era demasiado poco y demasiado tarde. Pero había mantenido la promesa que hiciera a Antígona. Eso, por lo menos, había conseguido hacerlo. Había fallado a su propia hija, Maeve. Había defraudado a Chessie. Había decepcionado a Jacqueline. Había desilusionado a Eva. Desgranó la letanía en su cabeza, la lista de muchachas que habían depositado la vida en sus manos y que ahora había perdido. Sin remedio.

Aun cuando afloró ese pensamiento en su cabeza, no obstante, sabía que no era del todo cierto. Las había perdido, sí, pero todavía seguían con ella. Dentro de ella. No de forma sensiblera, ni a modo de consuelo, no era que fuese a llevar su recuerdo siempre consigo. Ahora se contaban entre los Niños del Pozo. Se habían rendido a la enloquecedora cadencia de las negras aguas. Habían regresado a la

pesadilla que las había engendrado.

Si cerraba los ojos, todavía podía invocarlas, observando ansiosa cómo surgían hacia ella sus rostros impasibles teñidos de azul desde las lóbregas profundidades. Podía ver cómo rompían la superficie, con el cabello enmarañado extendido igual que redes de pesca que acariciarán las resbaladizas piedras del pozo. Eran sus acusadoras personales, sus reproches la condenaban mucho más que cualquier cargo que pudieran imputarle los Astores. Los Niños conocían íntimamente todos sus errores, y la condena de sus ojos era por completo exacta y justa.

Cuando llegara el juicio final, Sturbridge lo sabía, daría igual lo que hicieran los Astores con ella. Ya había sido condenada a una pena mucho más personal y condenatoria que cualquiera de las que pudieran imaginar ellos para ella.

Estaba lista para enfrentarse a ellos. Frente a ella, la enorme doble puerta que comunicaba con la Sala de Audiencias estaba entreabierta. Por lo general, su visión –su masa, su solidez, su antigüedad– le suponía un consuelo, le infundía tranquilidad. Esta noche, era inmune a su solaz. Las aguas heladas en que se había atrincherado impedían todo contacto, ya fuera condenatorio o alentador.

Mas su estoica disposición no era absoluta. Con un destello de enfado, percibió que había alguien más aguardándola al otro lado de las puertas.

–¡Regencia! Qué placer más inesperado. ¿Podéis creer que en este preciso instante estaba pensando en vos? Espero que vaya todo bien. –Jervais sonrió y se aproximó a ella. Jugeteaba con el puño de una manga. Un haz de plata capturó la luz y rebotó desde un infinito número de puntos por todo el vestíbulo recubierto de espejos.

Sturbridge sintió su proximidad como un peso físico que le tirara de la manga. Un ancla que la arrastrara lejos de la confrontación para la que se había preparado.

–Gracias, Jervais. Eres muy amable por preguntar. Me dirigía a dar la bienvenida oficialmente a nuestros invitados.

Jervais se acercó a ella con gesto confidencial.

–Parece que nuestros "invitados" no son dados a formalidades.

Ya han ordenado que les preparen las habitaciones de su elección y un espacio de trabajo privilegiado. ¿Os podéis creer que yo mismo me los he encontrado antes registrando el estudio de Johanus? ¡Qué presunción!

La observó subrepticamente a la espera de ver cómo reaccionaba ante esta noticia, pero si esperaba algún tipo de respuesta airada, debió de sentirse decepcionado. Sturbridge encajó esta revelación sin arquear siquiera una ceja.

Sin inmutarse, Jervais continuó:

»Debe de tratarse de algo importante para que abandonéis vuestros estudios y os aventuréis fuera de vuestro sanctum. Nos habían dicho que no debíamos interrumpiros bajo ningún pretexto. No esperaba encontraros aquí, frente a la puerta de nuestros inquisidores. ¿No habréis venido para prestar declaración ante los Astores?

–Nada así de romántico, me temo. –Sturbridge reparó en la nerviosa mirada de soslayo que lanzó Jervais hacia la puerta abierta. Comprendió que él sin duda había acudido para ver a los Astores. Pero estaba asustado–. Me imagino que nuestros invitados querrán hacerme algunas preguntas cuando se hayan instalado como es debido. Pero no tienes que preocuparte por nada. Estoy seguro de que no tienes nada que temer de los Astores.

Jervais se revolvió incómodo. Estudió el rostro de la regente en busca de algo que indicara una amenaza detrás de sus palabras.

–Esperemos que no.

Sturbridge ensayó una sonrisa encantadora e hizo un gesto para disipar cualquier posible preocupación.

–No es nada. Tú, todos vosotros, estaréis bien. Sin embargo, debemos afrontar el hecho de que se han producido ciertos incidentes dramáticos recientemente y, sin duda, la Casa Madre quiere asegurarse de que todo ha vuelto a la normalidad. Nuestros huéspedes se habrán ido en cuestión de un par de noches. Pierde cuidado al respecto. –Sturbridge quiso alejarse de él, pero Jervais no estaba dispuesto a desistir tan fácilmente.

–¡Regencia! –imploró, caminando a la par de ella–. Podéis hablar conmigo sin tapujos. Concededme siquiera algo de crédito. Creo que sé qué buscan nuestros huéspedes. Y si no habéis venido

para testificar, será que alguien ha estado dedicándose a difamaros. No puedo creer que hayáis venido para declarar en contra de otro miembro de esta casa.

–Al menos en eso estáis en lo cierto. Buenas noches, Jervais.

–Llegó a la puerta abierta y apoyó una mano en el pomo.

–¡Entonces es que alguien ha socavado vuestra respetabilidad y ha lanzado falsas acusaciones! –Jervais estaba indignado. Su voz resonó en el pasillo. Y también, sin duda, en la Sala de Audiencias.

Sturbridge frunció el ceño y, cogiéndolo de un brazo, lo apartó de la puerta abierta y del escrutinio de las personas del otro lado.

–Si eso fuera cierto –contestó Sturbridge, con un susurro–, lo que me cuesta creer, no se me ocurre quiénes podrían ser esos acusadores. ¿Hay algún novicio que tenga motivos para criticar mi mandato en este lugar?

Jervais abrió mucho los ojos.

–Desde luego que no, Regencia.

–En ese caso, asunto resuelto.

Jervais miró en rededor, nervioso. Su voz seguía siendo apenas un susurro ansioso.

–Desde luego. Sin duda estáis en lo cierto, no hay nada que temer. A fin de cuentas, ¿qué cargos podrían imputaros? Es evidente que estáis por encima de cualquier reproche aquí, en vuestra propia casa. Sin duda *alguien* debe de estar por encima de toda sospecha.

Sturbridge percibió la apremiante súplica en su voz, pero no tenía consuelo que ofrecerle. Estaba asustado. Ya fuera por haber cometido una infracción real o imaginaria, consideraba la llegada de los Astores una amenaza directa para su posición en la capilla. Reconocía ese temblor en su voz. Denotaba la desesperación de una persona que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de desviar la atención de sus propios asuntos.

–Todo irá bien. –La regente pronunció cada una de las palabras por separado y con claridad–. Nadie, ni siquiera estos Astor, puede irrumpir aquí y hacer daño a quienes están a mi cargo. Nadie.

¿Entendido? –Su voz era desafiante, pero a sus propios oídos las palabras sonaban huecas y diminutas. La evidencia de los últimos meses, el aplastante recuento de bajas, sugería lo contrario.

–Ejem, ¿regente Sturbridge? –El rostro que se había asomado a la puerta estaba enmarcado por un ralo cabello blanco que caía perpendicularmente. Las líneas esqueléticas resultaban claramente visibles en la mano que se extendió para enderezar los anteojos con montura de cobre—. Ah, bien, pensaba que sería usted. Ya estamos listos para recibirla.

–Gracias, Mr. Himes. Acudía a su encuentro en estos momentos. Enseguida entro.

Himes parecía a punto de añadir algo, pero cambió de idea.

–Excelente. Si es tan amable, cierre las puertas al pasar. –No se quedó a esperar una respuesta. Su cabeza desapareció de nuevo tras el imponente portal de roble, tan inesperadamente como había surgido.

–Qué hombrecillo más peculiar –musitó Jervais.

–Y Mr. Jervais –llamó la voz que se alejaba–, puede usted regresar al domicilium de los novicios hasta que lo llamemos.

Jervais palideció.

–Qué hombrecillo más peculiar debo parecer a tan insignes personalidades de la Casa Madre –se corrigió, con torpeza, apenas con un hilo de voz–. Lo cierto es que todo este asunto de la investigación me tiene desconcertado.

Sturbridge meneó la cabeza y le apoyó una mano en el hombro:

–Descansa, Jervais.

Jervais recuperó su susurro apremiante.

–No es momento de complacencias, Regencia. Si se le acusa de algún delito...

–Si alguien se ha atrevido a acusarme de algo oficialmente, Jervais, todavía no he tenido noticias de ello. Aunque no se me pasa por alto el murmullo de los hábitos de las novicias y los susurros en los pasillos. Susurros que hablan de asesinatos, de negligencia, de la corrupción del noviciado...

Si Jervais reparó en la sonrisa ligeramente burlona, no dio muestras de ello.

–¿Quién se atrevería a acusaros de tales cosas? Yo me ocuparé de que el culpable se arrepienta de sus calumnias.

–Eso es conmovedor, Jervais. De veras. Pero esta noche no

necesito ningún paladín. Creo que podré superar esta presentación inicial por mí misma.

–Pero, Regencia...

–No quiero ni oír hablar de ello. Tampoco pienso escucharte, a ti o a cualquiera, da lo mismo, difamando a mis acusadores, ya sean éstos reales o imaginarios. Los cargos que estamos discutiendo no son ninguna frivolidad. Quienquiera que haya tenido el coraje de lanzar estas acusaciones ha de ser alguien de mucho carácter. Para declarar contra un superior se necesita no sólo una cierta temeridad, sino también una comprensión envidiable. Comprensión sobre la mejor manera de educar a los novicios, por ejemplo, y la fórmula para corromperlos. Y eso por no mencionar la habilidad que se requeriría para descubrir la identidad de esos corruptores. Sí, el que me haya acusado debe de ser alguien muy perspicaz para haber descubierto todas estas cosas a raíz de pruebas tan escasas. Estoy segura de que los Astores lo recompensarán como se merece.

Jervais palideció. Intentó desestimar sus palabras con una risita y encubrir su incomodidad con una sonrisa de indiferencia.

–Os burláis de mí. ¿No esperaréis que crea que aprobáis estos procedimientos?

–Desde luego –insistió Sturbridge–. Está claro que nuestro desconocido denunciante sabe cómo hacer una entrada. Empieza con el cultivo de nuestras novicias. El agricultor hacendoso se preocupa primero de los brotes más tiernos y arranca todas las malas hierbas que pudieran perjudicarles. Sabe que mientras su riqueza actual depende de las plantas ya desarrolladas, su futuro está en manos de las jóvenes. Pero sospecho que su plan es aún más ambicioso. No tardará, sin duda, en aplicar sus amables cuidados también a las ramas más viejas. Si continúa a este ritmo, se le recordará como el gran benefactor de nuestra orden.

Jervais frunció el ceño.

–Sospecho que más bien será al contrario. Al atacaros, estos conspiradores no protegen a nuestros neófitos, sino que socavan los cimientos de esta casa. Intentan que el edificio entero se desmorone a su alrededor. ¿En qué se fundamentan para afirmar que habéis corrompido a nuestros novicios?

–¿Así que ahora son varios los conspiradores, y no uno solo?  
–preguntó Sturbridge, taimada–. Da igual. Las acusaciones están fundadas y es un halago para nuestra casa que hayan salido al paso algunos de nuestros hermanos.

–¡Monsergas! Estos difamadores os acusan de negligencia y corrupción únicamente porque saben que esos cargos serán bien recibidos por algunos oídos. Conozco a estos "invitados" nuestros... conozco a los de su calaña, al menos. Van por ahí husmeando en los asuntos privados de todo el mundo hasta que encuentran lo que en realidad buscan... un chivo expiatorio. Alguien al que poder desollar y ofrecer su pellejo ensangrentado a sus superiores de Viena. He oído rumores. Pero no piensa quedarme de brazos cruzados mientras os conducen al sacrificio. Permitidme ir con vos, Regencia, estar a vuestro lado. No se atreverán a...

–Harán lo que tengan que hacer, Jervais. Y está claro que no tendrán reparos en apartarte de su camino para conseguir lo que quieren. No, sería una estupidez buscarse su enemistad, aun por mi propio bien. Yo te recomendaría silencio y paciencia. Y descanso.

–Sin duda tenéis razón, Regencia. –Jervais se quedó pensativo–. Quizá esté haciendo una montaña de un grano de arena y todo este asunto termine en aguas de borrajas. Me cuesta creer que consigan que prosperen sus acusaciones contra vos. No, creo que todos nosotros saldremos victoriosos.

Sturbridge lo miró con curiosidad.

–¿Así que también tú tienes alguna disputa? No sabía que te hubieran llamado a comparecer ante los Astores. Ah, pero claro, ¿por qué si no ibas a estar merodeando por aquí? Dime, Jervais, ¿eres el acusador o el acusado en este asunto?

Jervais no podía mirarla a los ojos.

–Vengo a prestar declaración, Regencia.

–¿Y contra quién vas a testificar? –quiso saber Sturbridge.

–Pensaréis que estoy loco si os lo digo, Regencia. Contra mi propio hermano, mi amigo y mentor, el Adeptus Johanus.

–¿El Adeptus Johanus? ¿Qué puedes echarle en cara? Hace semanas que no sé nada de él.

–Hace poco que me entrevisté con él, Regencia. La acusación

me es sumamente penosa. Apenas si consigo reunir el valor necesario para hablar de ella. Se trata nada menos que de conspiración con los enemigos de esta casa.

–Ésa es una acusación muy grave, sin duda. Y nada fácil de demostrar. Supongo que tendrás alguna evidencia incriminatoria para sustentar tu alegato.

–En efecto. –Jervais jugueteó con el puño de su manga. Sacó del pliegue un sobre de marfil, lo justo para que Sturbridge pudiera ver la caligrafía de Johanus en el anverso—. No es un deber que me tome a la ligera. Sería mucho mejor para todos nosotros que se me achacaran a mí estas faltas antes que al bueno del adepto. ¿Sabéis que él era Maestro de Novicios cuando llegué a esta casa? Me asistió y se ocupó de mí. Quizá haya sido el primero amigo que tuve aquí.

–Así que no debe de haberte resultado fácil tomar esta decisión –espetó Sturbridge.

–Es un suplicio hablar en contra de mi hermano. Pero me supondría un tormento aún peor guardar silencio. Al confabularme con un traidor a sabiendas, me haría partícipe de su delito.

–Te envidio, Jervais, por tu seguridad, por tu discernimiento en cuestiones de lealtad y traición. Me imagino que muchos de por aquí se alarmarían si supieran que vas a presentar esta acusación.

–Algunos de los otros novicios no lo comprenderán –convino Jervais—. Se enfadarán conmigo. Algunos llegarán incluso a vengarse vilmente de mí. Ya puedo oírlos. Primero, intentarán decirme que es evidente que el adepto es inocente de cualquier posible falta y que yo estoy equivocado. Luego, cuando tengan delante la prueba irrefutable, insistirán en mi error. Dirán que debí fingir no saberlo. Quizá arguyan incluso que fue una deslealtad por mi parte presentar cargos contra un superior. Pero eso, Regencia, no estaría bien. Vos, sobre todo vos, entenderéis lo mucho que me cuesta tomar esta decisión.

–Debes de ser muy ducho en cuestiones de lealtad para no temer que su opinión, y el caso en sí, terminen volviéndose en tu contra.

–Regencia, vos me conocéis. Desde hace años. Sabéis que no soy más que un hijo devoto de esta casa. La escasa reputación que pueda haberme forjado aquí –Jervais jugueteó nervioso con las

insignias de sus puños—, comparte sus cimientos con esta capilla. ¿Qué habría conseguido, aun cuando deba desvelar secretos de la magia de la sangre que se creían perdidos desde hacía siglos, si no antepongo ante todo mi deber para con esta casa y la Pirámide? ¿Qué mérito tendría una victoria tan hueca?

Sturbridge no pudo por menos de menear la cabeza, admirada... por la vehemencia de su retórica, ya que no por el calibre de su profesada lealtad.

—Eres extraordinario, Jervais. Tu conocimiento de la lealtad es tal que creo que debería convertirme en tu pupila. Así, cualesquiera que fuesen los cargos que me imputaran los Astores, demolería sus argumentos aun antes de que tuvieran ocasión de pronunciarlos. Me limitaría a decirles que, puesto que sin duda convendrán que tú eres el hijo más leal de esta casa, si te aprueban, entonces deberán aprobarme también a mí y olvidarse de cualquier posible acusación infundada que se me impute. Pero si, por otra parte, encuentran que mi devoción tiene algún fallo, deberían empezar por juzgarte a ti, mi maestro... la ruina, no sólo de los jóvenes, sino aun de los viejos y cansados. Es decir, mi ruina, por haberme instruido, y la de tu hermano, al que tú mismo amonestas tan cabalmente.

Jervais no parecía complacido.

—Si me permitís hablar en mi defensa, Regencia, debo rogaros que al menos mantengáis mi nombre apartado de este asunto. No quisiera que estos sabuesos comenzaran a husmear en torno a mi lealtad... o la de cualquier otro.

—En tal caso, puesto que tú mismo te has ofrecido tan apasionadamente a salir en mi auxilio, espero que me instruyas al menos en la naturaleza de la lealtad para que pueda valerme por mis propios medios.

Jervais era consciente de que se le estaba tendiendo una trampa, pero seguía opinando que debía justificar sus acciones. La regente era el hueso más duro de roer. Si lograba convencerla de que su causa era justa, el resto de los novicios difícilmente podría guardarle rencor por su implicación en el asunto.

—La verdad es que no sé qué deciros —comenzó—. La lealtad, para mí, consiste simplemente en hacer lo que estoy haciendo,

perseguir al culpable aun cuando éste sea tu hermano, tu padre, tu madre. No importa. De hecho, me atrevería a decir que saber y no hacer nada constituiría, de por sí, una deslealtad.

–Y esto valdría incluso para las indiscreciones de, digamos, tu regente, supongo.

Jervais se agitó, incómodo.

–No pretendía decir eso, Regencia. Sería una infamia perdonable levantar cargos contra vos, dado que cualquier posible acusación no tendría ninguna base de verdad, únicamente de envidia. Veréis, os daré un ejemplo mejor de lo que estoy hablando, para que no haya ninguna confusión al respecto. El desleal, con independencia de su posición y sin importar el cariño que se le profese, no debe quedar impune. ¿Acaso no contemplaban acusaciones de traición por parte de Etrius contra su hermano Goratrix los anales de nuestra Casa? Y Etrius, si se me permite decirlo, está considerado universalmente paradigma de la lealtad.

–Así es –admitió Sturbridge.

–Y es sabido –continuó Jervais–, que instigó la expulsión de su hermano de nuestra noble orden. Así y todo, cuando proceda contra mi hermano, los novicios alzarán la voz en mi contra. Seré el primero que lo admita: como grupo, Regencia, a menudo pecamos de veleidosos y, en ocasiones, de crueles. Demasiado a menudo, nuestras creencias, incluso aquellas referentes a cuestiones tan elementales como la lealtad, siguen siendo hipócritas y estando pendientes de examen.

–Evocador discurso. Creo que tienes poco que temer de nuestros inquisidores. Tu lengua te ayudará a capear el temporal. Por desgracia, mi situación parece ahora más desesperada que nunca. A juzgar por tus palabras, se diría que o bien tú o bien el resto de mis novicios habéis sucumbido a la vil lealtad. ¿Qué esperanza puedo albergar de defenderme de las acusaciones de corrupción? Ojalá gozara de tu seguridad para orientarme por los peligrosos esteros que discurren entre estas amenazas gemelas. Dime, Jervais, ¿de verdad crees que estas historias, sobre Etrius y Goratrix, son ciertas? ¿Que los dos discípulos más insignes de nuestro Padre pelearon, lucharon, batallaron y conspiraron el uno contra el otro, según se nos ha

contado?

–Claro que lo creo, Regencia. Y aún hay más que podría decir, si quisierais oírlo. He dedicado una gran cantidad de mi tiempo al estudio de lo que podría llamarse el dilema de Goratrix el Impostor. He escrito profusamente al respecto y mis humildes monográficos sobre este tema no han pasado del todo desapercibidos.

–Sí, tienes que contármelo. Pero quizá cuando tengamos algo más de tiempo libre. En estos momentos, preferiría escuchar de tus labios una respuesta más precisa, que aún no me has proporcionado, referente a la cuestión de la lealtad. Cuando te lo he preguntado antes, contestaste simplemente que la lealtad consistía en hacer lo que habías hecho tú, acusar a tu hermano de traición.

–Y eso es exactamente cierto, Regencia.

–No lo dudo. Te has mostrado muy convincente al respecto. Pero sin duda la lealtad debe de consistir en algo más que delatar al desleal.

–Bien, desde luego, pero...

–No te pido que me des dos o tres ejemplos de lealtad, sino más bien que me expliques la idea general que hace leales los actos de lealtad. Ése es el conocimiento que puede salvarme o condenarme. ¿Dirías tú que existe una idea unificadora que hace leal al leal y desleal al desleal? ¿Una especie de criterio del que pudiera valerme como herramienta de medida, tanto para tus actos como para los míos? Si supiera eso, albergaría alguna esperanza de defenderme de estas acusaciones infundadas.

–En ese caso, de acuerdo. –Jervais se frotó la barbilla y comenzó a pasear por el vestíbulo–. La lealtad consiste en hacer lo que vaya a repercutir en beneficio de tu superior y de tu casa. Y la deslealtad es lo contrario, actuar conscientemente en contra de esos intereses.

–Bueno, algo es algo. Ése es al menos el tipo de respuesta que buscaba. Pero sigo sin saber si lo que me dices es cierto o falso. Aunque supongo que te disponías a demostrar la veracidad de tus palabras.

–Lo intentaré. ¿Qué defecto le encontráis a esta definición?

–Sólo que ya hemos admitido que a menudo se producen

contenciosos, a veces de naturaleza sumamente violenta, entre los superiores de uno. Tú has propuesto el ejemplo de Etrius y Goratrix.

–Así es, pero...

–¿Qué actos serían leales, en este caso? ¿Los que beneficiaban los intereses de Etrius o los que beneficiaban los intereses de Goratrix?

–¡Los de Etrius, naturalmente!

–¿Por qué naturalmente? En el momento del conflicto, debía de haber quienes se aliaran con Etrius, creyendo justa su causa, mientras que otros se afiliaban al bando de Goratrix, creyendo que era su causa la justa. Según tu definición, ambas partes habrían actuado lealmente. O ninguna, es difícil saberlo.

–¡Pero Goratrix traicionó su Casa! Sus seguidores y él no eran más leales que...

Sturbridge hizo un gesto tranquilizador.

–Es indiscutible que se recuerda a Goratrix, quizá justamente, como al traidor más famoso de nuestra larga y cruenta historia. Pero, en el momento de su traición, había que tomar una decisión. ¿Cómo podría saber un novicio, por aquel entonces, a qué superior debía profesar lealtad cuando esos mismos superiores estaban divididos? Y siempre habrá ejemplos así. La misma cosa puede repercutir en beneficio de uno de tus superiores y en detrimento del otro. Fijémonos en tu propio caso. Johanus es tu superior. ¿Repercute en su beneficio que se le acuse de algo? Dudo que él dijera que sí. ¿Cómo puede calificarse un acto así de lealtad... mucho menos, como parece afirmar, de lealtad *ejemplar*?

–Ah, pero Johanus no es la suma autoridad aquí. Donde sus intereses entran en conflicto con los intereses de esta Casa o, pongamos, vuestra persona, mi deber está claro. Existe una estructura que rige este tipo de asuntos, una estructura claramente definida. Una jerarquía. Eso no constituye ningún misterio. ¿Qué somos sino criaturas de la Pirámide?

–Quizá sí, quizá no. Pero, en tal caso, debo decir que sigues sin responder la pregunta que te he formulado. Puesto que yo no te he pedido que me digas qué acción es leal y desleal a un tiempo, beneficiosa para los intereses de un superior al tiempo que perjudicial

para los de otro. Al reprender a tu hermano, podrías encontrarte haciendo lo que es conveniente para Etrius pero no para Meerlinda. O para mí, pero no para Johanus. Y bien pudiera haber otros superiores tuyos que contemplen diferencias de opinión similares.

–Pero la opinión personal de cada uno es insignificante –objetó Jervais–, todo el mundo dejaría a un lado sus diferencias y coincidiría en lo acertado de castigar al traidor. Es indudable que no puede haber disensión de opiniones al respecto.

Sturbridge arqueó una ceja.

–¿Es que nunca has oído argumentar a nadie que el malhechor debería ser puesto en libertad? Yo diría que éste es precisamente el tipo de preguntas que son objeto de continuo debate, sobre todo en los tribunales y las cortes de justicia. Nadie aboga por el perdón del criminal, pero se discute sin cesar sobre la identidad del mismo, sobre qué hizo y cuándo lo hizo. ¿No ocurre lo mismo con las cuestiones de lealtad?

–Sí, sin duda, pero...

–Entonces dime, Jervais, según mi ejemplo, qué pruebas tienes de que, en opinión de todos tus superiores, un novicio debiera aportar cargos contra su hermano y mentor. ¿Cómo podrías demostrar que la Pirámide al completo respaldaría una acusación así? Si consigues demostrarme eso, me habrás evitado muchas horas de ansiedad a la espera del pronunciamiento de los Astores.

–Sería una ardua tarea –rezongó Jervais–. Pero podría hacerse. Podría explicároslo todo nítidamente, sólo con... –Se interrumpió.

–Lo entiendo –lo consoló Sturbridge–. Quieres decir que no soy tan perspicaz como los jueces, porque para ellos tu caso se defenderá por sí solo y podrás demostrar fácilmente que tu participación en esto es justa y beneficiosa para los intereses de la Pirámide.

–Eso espero, Regencia. –Su tono de voz era áspero, formal, casi dolido–. Ojalá me escuchen.

Sturbridge lo miró fijamente, evaluándolo.

–No rebatiré tu argumento, Jervais. Quizá tengamos ocasión de hablar de esta acusación con detenimiento en un futuro próximo. Espero sinceramente que así sea. Pero si se me permite juzgar la

situación, no creo que los Astores tengan tiempo de escuchar los detalles de tu declaración esta noche. Lo mejor que podrías hacer en estos momentos es volver a tus aposentos y dormir.

–Puede que estéis en lo cierto. –Al renunciar a su intento de oratoria, Jervais parecía haber perdido fuelle–. Pero, en este caso, parece que lo mejor no siempre es posible. Me quedan recados urgentes por finalizar esta noche. Una de mis hermanas me ha pedido que atienda a otro de nuestros invitados. Parecía muy preocupada. No podía negarme.

Los pensamientos de Sturbridge saltaron de inmediato a Antígona, y de inmediato descartó la idea. Antígona ya se había ido, lejos de su alcance. Empero, la novicia había sido la encargada de velar por el joven que había pedido asilo en la capilla. Mr. Felton era sospechoso de haber participado en el atentado del Empire State Building, y se le buscaba por ello. Comprendió que no sería oportuno que los Astores descubrieran esta circunstancia. Tenía que evitarle cualquier posible peligro.

–Jervais, estaba preguntándome si serías tan amable de hacerme un favor también a mí. Hay un huésped en la casa, un tal Mr. Felton. –Jervais levantó la cabeza de golpe, como si hubiera recibido una bofetada. Sturbridge hizo caso omiso de su reacción y continuó: –Creo que se aloja con los oblatos. Sé tan amable de escoltarlo hasta la biblioteca. Allí Talbott se hará cargo de él y se ocupará de que regrese a su celda por la mañana.

Jervais ensayó una sonrisa forzada.

–Desde luego, Regencia. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros a superar esta dura prueba. Lamento haberos privado de vuestro tiempo con mis preocupaciones triviales, sobre todo cuando vos misma sufrís el asedio de un millar de naves. Sólo quería que supierais...

–Sólo querías que supiera –interrumpió Sturbridge, esbozando una sonrisa depredadora–, que no eras tú el que había traicionado mi confianza a los Astores. No, no lo niegues. Has desempeñado tu papel admirablemente y creo que ambos nos entendemos. No le veo ningún sentido a tu débil pretensión de haber presentado cargos contra Johanus, salvo, claro está, para demostrar que es evidente que no

habías tenido ocasión todavía de pormenorizar los detalles de dicha acusación, mucho menos de exponerla oficialmente ante los Astores. Y si no podías haber acusado a Johanus, no podrías haberme acusado a mí, ¿verdad? El debate que hemos mantenido acerca de tu caso, exclusivamente hipotético, te ha permitido comentar ciertos detalles de los cargos que me aguardan sin tener que admitir abiertamente que estabas al corriente de su existencia. Y para terminar, me reservabas una última sorpresa. Un nombre. Querías que supiera que estabas al corriente de la identidad de la persona que me había acusado. Y querías compartir esa información sin tener que pronunciar ese nombre tú mismo. Has sido muy astuto al arrastrarme a ese debate a la antigua usanza de la dialéctica griega. ¿Es eso lo que te hizo pensar en el caballo de Troya, o habías ensayado ya este diálogo? Querías que comprendiera que mi papel en este asunto no era el de conquistadora griega, sino el de su enemiga troyana. ¿Cómo era esa frase que has empleado? "Asediada por un millar de naves". Ah, sí, tu plan ha dado sus frutos. He sido tan incauta de picar el anzuelo, de aceptar de corazón tu obsequio de doble filo. He conducido voluntariamente tu caballo de Troya al corazón de la ciudad, a sabiendas de la sorpresa que se oculta en su panza, la identidad de la persona que me ha traicionado a los Astores. Una mujer cuyo rostro ha arrojado un millar de naves contra mí. *Helena*.

Jervais sonrió ampliamente y meneó la cabeza.

–Me he perdido en vuestra laberíntica concatenación de deducciones, Regencia. Pero si mis palabras os han servido de consuelo, no pido más recompensa. –Dicho lo cual, Jervais realizó una honda reverencia a modo de saludo y salió de la Sala de los Puñales y los Espejos, tarareando complacido.

Sturbridge entró en la Sala de Audiencias, cerrando el imponente

portal a su paso. Hizo acopio de fuerzas, se irguió cuan alta era y, en medio de un remolino de largos hábitos negros, se giró para enfrentarse a sus inquisidores.

Sus pasos no despertaban ningún sonido en el suelo de mármol vetado. Pese a lo ampuloso de su nombre, la Sala de Audiencias era más bien una sala de estar oficial que una sala del trono. La mayor parte del suelo estaba cubierta por una rica alfombra confeccionada a mano y adornada con los índigos y las argentas del firmamento nocturno. Retrataba a Yggdrasil, el vasto árbol-mundo cuyas raíces ahondaban en las regiones subterráneas y cuyas ramas exultantes perforaban el mismo cielo. La tierra no era más que una fruta seductora que colgaba de sus ramas más bajas.

La obra era uno de los grandes tesoros de la Capilla de los Cinco Distritos. Había delicadas figuras asomadas detrás de cada una de las hojas del gran roble, entregadas a la intrincada Danza de los Días. Sturbridge distinguió las herramientas individuales de los artesanos –martillos en miniatura, leznas y tornos– que se aplicaban a su trabajo con absorta concentración, manipulando directamente el duramen viviente. Veía los juguetes de los niños, jugando a la pelota en medio de la tupida hojarasca, jugando a las damas, comiéndose formaciones de soldados e intentando atrapar aquellos que caían al abismo desde la enramada.

Los muebles de la estancia eran pesados, formales y lánguidos sus tonos. Se encontraban arracimados en corrillos confabuladores. Los verdes oscuros y los canelas cubrían unos sillones evidentemente diseñados para empequeñecer, cuando no devorar por completo, a sus ocupantes. Con gesto ausente, Sturbridge reparó en el hecho de que faltaba una mesilla de ónice en el conjunto. Y en que se apreciaban unas inconfundibles manchas de sangre en la opulenta alfombra.

Al pie de la cámara, siete escalones de mármol configuraban un estrado bajo. Sus bordes eran cuadrados, lo que daba la impresión de tratarse de un zigurat achatado hasta resultar casi plano por completo. La plataforma elevada solía estar vacía y carente de adornos, salvo por el sello de regente que se había imbricado sutil e ingeniosamente en las mismas vetas del mármol. Blanco sobre blanco, el dibujo era

indistinguible desde cualquier ángulo, a no ser que se arrodillara uno en el escalón más alto. El sello consistía en una espada flamígera incrustada en un túmulo de rocas.

No había señales de trono o asiento imponente alguno en el estrado; Sturbridge rehuía ese tipo de ostentaciones de poder. Pero esta noche, el estrado exhibía una larga mesa plegable, abarrotada de papeles. Tres sillas metálicas de tijera, idénticas, se alineaban en el extremo más alejado, de cara a la entrada. El destello del acabado de metal institucional contrastaba marcadamente con el suntuoso mobiliario que dominaba la porción inferior del salón.

Sturbridge observó de inmediato la figura de Himes, ya familiar, sentado a la mesa, en el extremo de la derecha. Se encontraba encorvado sobre un dossier abierto, con los ojos a menos de un palmo de la página. Alzó la cabeza cuando las puertas se cerraron con estrépito.

—Ah, regente Sturbridge. Por fin habéis venido. Llevábamos un tiempo esperando, pero así he tenido ocasión de revisar ciertos, erhm, detalles desconcertantes de este caso...

Sturbridge apenas si prestó atención a las palabras. Concentraba toda su atención en la figura que deambulaba furiosa detrás de la larga mesa.

—¿Conoce usted a mi socio, Mr. Stephens? —preguntó Himes, a modo de presentación, aunque parecía que nadie le escuchara.

Stephens ya había rodeado la mesa y bajaba arrollando los escalones en dirección a Sturbridge. Había fuego en sus ojos, y la promesa del relámpago parecía crepitar entre sus dedos crispados. Un sonido inarticulado, animal, se abrió paso desde su garganta.

*No, pensó Sturbridge. Algo va mal. No puede estar aquí. No puede estar libre.*

Pero resultaba difícil negar la evidencia que se cernía sobre ella. El escenario que había planificado con tanto cuidado comenzaba a desbaratarse rápidamente. Con Stephens atrapado en el diagrama *verboten* de Antígona, Himes habría necesitado desesperadamente la ayuda de Sturbridge para situar la localización de su compañero, puesto que en ese momento podría estar, literalmente, en cualquier parte, o en ninguna, y liberarlo. Esto habría concedido a Sturbridge

una postura ventajosa desde la que negociar.

Ahora, ni siquiera ese pilote se sostenía. A los ojos de los dos hombres ella solamente era, de nuevo, una peligrosa responsabilidad... una regente incapaz de evitar una cadena de cruentos asesinatos en su propia casa.

Éstos eran los pensamientos que se le pasaron por la cabeza en el tiempo que tardó Stephens en cubrir la distancia que los separaba. No hizo ademán alguno de defenderse ni de alzar una barrera mística. Se mantuvo en su sitio antes de apartar la atención de él, deliberadamente, como si no le importara en absoluto.

Se dirigió a Himes, con voz fría y altiva.

–Es evidente que su socio no se encuentra bien. Ha sucumbido a sus apetitos.

Aquellas palabras detuvieron a Stephens en seco. Sturbridge se apresuró a continuar. Cualquiera que fuese la autoridad de los dos hombres, le costaba imaginar que pudiera extenderse hasta el punto de justificar una agresión física contra ella en su propia casa.

»Es comprensible. Se ha visto sometido a una dura prueba. Me doy cuenta de que no debería haberlos dejado solos, caballeros, durante tanto tiempo. Pero cualquiera de las novicias les hubiera mostrado gustosa el camino al refectorio. No hay necesidad de pasar hambre aquí. No están ustedes sometidos a ningún tipo de restricción... de ayuno, a menos que estén cumpliendo algún tipo de sentencia.

Stephens estaba iracundo y blandía un puño crispado ante sí. Era obvio que luchaba por mantener el control. Contuvo el golpe, decantándose por un asalto verbal.

–¿Sentencia? ¿Tienes la desfachatez de hablarnos a nosotros de sentencias? ¡Has asesinado al legado que había enviado la Casa Madre! ¡Me has agredido personalmente... por medio de un rito de taumaturgia oscura! Has...

–Basta.

Esta tercera voz obligó a Sturbridge a girar sobre los talones. No le resultaba desconocida, aunque estaba claro que no esperaba oírla ahora, en su propia sala. En realidad, había llegado a convencerse a sí misma de que jamás volvería a escuchar esa voz en concreto. Fue

suficiente para estremecer su improvisada compostura.

A su espalda, sintió la amenaza susurrada de Stephens como la caricia de un cuchillo.

–Vas a arder por esto, y lo sabes. Sí, que no te quepa duda, vas a arder.

Sturbridge hizo todo lo posible por ignorarlo, prefiriendo concentrar su atención en la figura que acababa de apartarse de la chimenea de piedra. Se encontraba cómodamente de pie, con el antebrazo apoyado en las rocas pulidas, en actitud de pensativo reposo. En cualquier otra persona, ese gesto hubiera parecido fingido. Tratándose de él, en cambio, conseguía que pareciera que, de alguna manera, constituía un elemento fundamental de la escena. Como si, en caso de que decidiera marcharse, la pared de piedra al completo pudiera desmoronarse. Aunque Sturbridge había recibido invitados en esta sala en docenas de ocasiones, de repente le costó imaginarse la estancia sin él. No sabía cómo, se había convertido en parte integral de la cámara.

Tuvo la inesperada impresión de que debería haber un cuadro de su abuelo colgado encima de la repisa de la chimenea.

No era un hombre que intimidara. Era alto, distinguido, de pelo negro encanecido en torno a las sienes. Su traje era caro pero estaba algo arrugado, como si no hubiera tenido ocasión de cambiarse después de su largo viaje y tampoco eso lo preocupara en exceso. Daba la impresión de ser una persona que se sentía sumamente cómoda siendo quien era y estando donde estaba.

Por preocupada que hubiera estado Sturbridge antes de entrar, no conseguía explicarse cómo había pasado por alto su presencia.

–Vuestra Excelencia. Qué inesperada...

El hombre se enderezó y atajó los preámbulos con un ademán. Sturbridge se sintió aliviada al ver que, en realidad, la chimenea no iba a desmoronarse a su alrededor.

–Dejémonos de formalidades por ahora, Aisling. Esto no forma parte del interrogatorio oficial. Himes, suelta ese lápiz, y Stephens...

–Paseó la mirada con gesto ausente—. A ver si encuentras algún sitio en el que enchufar ese portátil y nos consigues un ejemplo de cuál es el estado de las finanzas de la capilla.

Stephens soltó un gruñido pero obedeció sin mirar de soslayo siquiera a Sturbridge. Ésta no tardó en escuchar el rítmico golpeteo sobre un teclado. Aunque no estaba segura de que le gustara cómo había sonado ese "el estado de las finanzas de la capilla". Volvió a concentrarse en Dorfman.

–Vuestra Excelencia, me...

–Hablo en serio, Aisling. Nada de formalidades. Quitémonos los guantes. Tengo que saber qué demonios está ocurriendo aquí y no me apetece enredarme en ningún tipo de jueguito elaborado para descubrirlo. Vamos a dejarnos de chácharas, ¿comprendido?

–Lo entiendo, sir. Pero de veras...

–Peter.

–De acuerdo. Peter. –El trato formal le hizo torcer el gesto, pero continuó: – Es que no esperaba verte aquí. Decían que estabas... de vacaciones. En Viena.

–Que había tenido que regresar a Viena, quieres decir. Tú sé sincera y yo te devolveré el favor. Pensabas que me habían arrastrado ante el Concilio, encadenado.

–¡No! Nada de eso. Lo que quería decir es...

–¡Maldita sea, Aisling! ¿Vas a hablar claro o no? No tengo ganas de andarme con rodeos. Hay gente, gente muy importante, que va por ahí soltando cosas como "asesinato", "negligencia" y "censura de Viena". Y no me hace gracia. Tampoco me hace ninguna gracia tener que dejar de lado un asunto muy importante para investigar qué demonios sucede en los Cinco Distritos. En estos momentos, estar en la ciudad no es lo que más me conviene. Pero aquí estoy, y que me aspen si me marcho antes de poder mirar a Meerlinda a los ojos y decirle que la situación aquí está controlada. Asunto resuelto. No volverá a pasar. ¿Me explico con claridad?

–Con toda claridad, Vuestra Emin... Peter –se corrigió, con torpeza.

–Bien. Así que pensabas que me habían llevado preso y que ya no volverías a saber de mí, ¿no es así?

–Acompáñame a mi sanctum. Allí podremos hablar con franqueza.

–Nada de eso. Si tienes algo que decirme, puedes decírmelo

delante de mi equipo. No sé qué demonios os traéis tú y Stephens...

–¡Maldita sea, no tiene nada que ver con Stephens!

–Está bien –respondió Dorfman, precavido–. ¿Por qué no me explicas con qué *tiene* que ver?

–Me dejaste desamparada en Baltimore –repuso Sturbridge; la antigua inquina asomaba a la superficie–. Me ordenaste que asistiera a esa farsa de consejo de guerra de la Camarilla y luego ni te molestaste en aparecer. No tenía nada en lo que apoyarme. Vitel me masticó y luego me escupió. ¡¿Sabes lo que me dijo?!

Dorfman guardó silencio un largo rato, lo que no consiguió más que alimentar la ira de Sturbridge.

–¡¿Dime, lo sabes?!

–Apostaría a que dijo que yo había vendido Washington, DC, al Sabbat. Para ajustar cuentas con él. Qué cabrón. Nunca me cayó bien.

–¿Así que no te sorprendes? ¿Pensabas que iban a escuchar nada de lo que yo tuviera que decir después de que Vitel soltara aquella bomba? No. Pero a ti te daba igual, ¿verdad? Ya estabas a medio mundo de distancia, en una nueva misión.

–Mira, lamento que hayas tenido que pasar por eso, Aisling. Pero tienes razón. Sabía que no acudiría y tenía que enviar a alguien que no se pusiera nervioso y lo echara todo a perder cuando interviniera Vitel. Y ahora ya da igual. Vitel está muerto y tú...

–¡¿Que Vitel está muerto?! ¿Lo has matado? ¿Así, sin más? ¡Dios, es que sois increíbles! Alguien os critica y vosotros cogéis y...

–Te equivocas –la corrigió Dorfman–. Vitel murió a manos del arconte Bell. Se demostró que había traicionado a la Camarilla y que era un espía del Sabbat.

–¡Pero si era el príncipe de Washington, DC! Era... –Se interrumpió, insegura, repasando apresuradamente las telarañas de engaños e inferencias que emanaban de esa perturbadora premisa.

–Y ahora está muerto –dijo Dorfman, lacónico.

–¿Así que no tu viste nada que ver en la conquista de DC por parte del Sabbat?

–Ya había abandonado el país –contestó Dorfman, antes de cambiar de tema–. No me fío nada de los rumores. Tú, por ejemplo,

no te creerías ni la mitad de las cosas que he escuchado sobre ti.

–Estudió su rostro intensamente. Lo que encontró en él lo detuvo en seco–. O quizá sí. Aisling, ¿te encuentras bien? Si tienes cualquier problema, puedo ayudarte. Sabes que lo haré, sea lo que sea. Pero tengo que saber qué está pasando aquí. Enseguida.

–No me creerías.

–Ponme a prueba.

–¿Alguna vez tienes... pesadillas?

Dorfman se rió de buena gana.

–¿Pesadillas? ¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con...? –Dejó de reírse–. Los Niños –dijo, despacio, con creciente seguridad.

El silencio se había apoderado de la estancia y ni siquiera el rugiente fuego de la chimenea conseguía eliminar la frialdad del ambiente. Sturbridge vio que tanto Stephens como Himes habían dejado de hacer lo que estuvieran haciendo y se habían vuelto hacia ella, con aprensión.

La mirada de Sturbridge se negaba a enfocarse. Observaba fijamente algún objeto imaginario en la distancia. Su voz, cuando habló, sonaba hueca y carente de emoción.

–¿Quién era Nina?

Stephens y Himes se mostraron desconcertados por esta incongruencia, pero Dorfman levantó la cabeza como si lo hubieran abofeteado. Indignado, contestó antes de poder contenerse.

–Eso no es de tu...

Se arrepintió al instante de haber pronunciado esas palabras, pero ya no podía desdecirse. Su arrebató pareció devolver en sí a Sturbridge.

–Era muy hermosa. Debías de quererla mucho.

Dorfman soltó un bufido, reprimiendo una contestación. Le volvió la espalda.

–No tengo tiempo para memeces. Stephens, Himes, ocuparos del interrogatorio de las novicias en el Gran Salón. Nos harán falta al menos ocho buenas candidatas para su traslado. Y si os cruzáis con un posible 451, tendré que verlo antes acostarme. Y Stephens, pásate por el refectorio. Tienes un aspecto lamentable.

Mientras Stephens pronunciaba cualquier objeción entre dientes,

Himes suspiró y reordenó pacientemente la impresionante montaña de carpetas de papel de estraza dispersas. El dossier que más le importaba era el que coronaba la pila, en realidad, pero no tenía sentido llamar la atención sobre ese particular si Dorfman quería echar un vistazo a los archivos en su ausencia. Aunque no era probable. Pero Himes no había llegado donde estaba por ser un descuidado.

La carpeta pertenecía a una de las últimas víctimas del caos que había assolado esta cripta olvidada de la mano de Dios. El nombre mecanografiado en la etiqueta de esa carpeta era el de Francesca Lyon, y Himes encontraba su contenido bastante sospechoso. El subtexto del informe hablaba de preocupantes relaciones de la víctima con la regente Sturbridge y el propio Dorfman. De lo más curioso.

Se retiró a regañadientes. La interacción entre Sturbridge y Dorfman era merecedora de un posterior escrutinio. Himes tenía la sana costumbre de desconfiar de aquellos juegos en los que no pudiera ver cómo se distribuían las cartas.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras los dos inquisidores, Dorfman se volvió hacia Sturbridge.

–Mira, Aisling, no sé qué te propones ahora, pero vamos a dejar una cosa bien clara: no me gusta. Las cosas ya están suficientemente complicadas para ti sin necesidad de remover nada más. Maldita sea, intento ayudarte. Y tú vas y me vienes con esta gilipollez.

Pero Sturbridge no estaba dispuesta a ceder. Sin levantar la vista, dijo:

–Todavía te echa muchísimo de menos.

Dorfman rezongó y alzó las manos, exasperado.

–¡Dios, no sé para qué me molestó en venir a ayudarte! No tenía por qué estar aquí, sabes. Podría haber dejado que se ocuparan Himes y Stephens de esta operación. Pero me dije, no, cómo va a haber dejado Sturbridge que las cosas se vayan a la mierda de este modo. Seguro que hay alguna explicación... estará herida, o... diablos, si hasta llegué pensar que estarías muerta. Así que me lo tomo como algo personal, lo dejo todo de lado, cojo el primer avión desde Viena. Y mira con qué me encuentro. La regente más joven y capacitada que he visto en docenas de generaciones balbuciendo chorradas de pitonisa trasnochada. Mira, ¿por qué no nos dejamos de sandeces y

me dices sin más qué demonios está ocurriendo aquí, vale?

–No son chorradas, Peter. Está aquí, ahora. Dentro de mí. No puedo explicarlo; es algo que me hicieron. Yo soy la víctima.

–Sturbridge se rió, nerviosa–. Demonios, supongo que todos somos víctimas. Están en mi interior, todos ellos. Todas nuestras brutalidades indiferentes, nuestros humillantes fracasos, nuestros reproches latentes. Y ella también, Nina. No quiero hacerte daño, Peter. Pero tienes que creerme. Hasta Helena piensa que me he vuelto loca.

–Ya tenemos su declaración –musitó Dorfman–. Helena ha firmado su sentencia de muerte al intentar protegerte. ¿Sabes lo que ha estado haciendo? Ha...

–Falsificado los partes a Viena. Es una buena segunda de a bordo. Algún día será una regente cojonuda. No se lo pongas más difícil.

–¿Qué quieres que haga, Aisling? Tengo que llegar al fondo de lo que sea que ocurre aquí y, en estos momentos, tú eres la principal sospechosa. Y lo único que sabes decirme son un montón de paparruchas sobre pesadillas, víctimas y reproches. Mira, sabes una cosa, alguien se está buscando una enorme pira funeraria gracias a las quejas sobre este asunto. Y no soy yo.

–Adelante. Ve y quémame en la estaca si eso es lo que quieres. Se acabaron las preocupaciones con la Capilla de los Cinco Distritos. En casa te recibirán como a un héroe. Todo el mundo contento. Pero deja en paz a mis chicas.

–Bueno, ése es el Plan B –dijo Dorfman, con voz gélida–. Estoy intentando organizar un Plan A decente improvisado y, la verdad, no me estás ayudando. Maldita sea, qué incordio puedes llegar a ser. Me sorprende que hayas conseguido sobrevivir siquiera una década con tu extraordinario talento para no ver quién está de tu parte. Intento ofrecerte una oportunidad, así que ¿por qué no me echas una mano?

Sturbridge guardó silencio durante largo rato. Cuando habló al fin, su voz poseía un tono espeluznante, distante.

–Una joven está llorando –continuó Sturbridge, como si no hubiera estado escuchando–. Sus ojos son como almendras, dos almendras sin parangón. Su piel... ya no puedo distinguir la complexión de su piel. Lleva demasiado tiempo debajo del agua. Pero

debe de haber sido hermosa. Se conduce como si alguna vez hubiera sido hermosa.

–¡Cállate! –gritó Dorfman, con la cara a escasos centímetros de la de ella–. No sé qué te propones, pero si por un instante has pensado que podías utilizar el nombre de mi... que podrías echarme en cara... ¡que podrías amenazarme!... te equivocas de medio a medio. Y vas a pagar cara tu presunción.

Sturbridge continuó recitando como si no le oyera, como si no pudiera sentir la calidez de su aliento en el rostro.

–Sostiene una bufanda en la mano. De seda, tal vez. ¡Y roja! Tan roja como las lágrimas. Tiene un nudo en el centro. Y algo brillante. Algo que reluce, anudado en la seda...

Dorfman la agarró de los hombros y la zarandeó.

–¡Basta! –Sus uñas se clavaron cruelmente en la concavidad entre los huesos.

–¡Es un anillo! –susurró Sturbridge, sorprendida y maravillada–. Pero ¿por qué me sujeta con tanta fuerza? Me cierra los dedos en torno a ella y se aleja. No. Nina, por favor. ¡Vuelve! –Dorfman sintió un escalofrío de horror al escuchar sus propias palabras de antaño reproducidas con la voz de Sturbridge. Las había pronunciado precisamente con la misma inflexión, con la misma desesperación–. Se va corriendo. Sollozando. Hay otro destello metálico. –Su voz aumentó de volumen como si sus palabras tuvieran que cubrir un vasto abismo de años y distancia.

Se escuchó un estruendo atronador. Dorfman se miró estúpidamente el dorso de la mano izquierda. Allí había una mancha de sangre, en el nudillo. Justo por encima de la franja de carne pálida en torno a la base de su dedo anular... una señal que ni siquiera el paso de las décadas había conseguido borrar.

Sturbridge se llevó la mano a la boca y la retiró teñida de rojo. Se estremeció cuando el cálido reguero de savia vital la devolvió en sí. Con gesto ausente, la punta de su lengua rosada se asomó para reclamar la vitae perdida.

Dorfman no podía mirarla.

–Lo siento –dijo, reprimiendo un sollozo–. Lo siento mucho.

Sturbridge no tenía ninguna seguridad de que aquellas palabras

estuvieran dirigidas a ella.

\_\_\_\_\_ 16 \_\_\_\_\_  
**Sacar la tesela**

–Esto es una tontería –protestó Johanus, abriéndose paso en medio de la multitud–. Si vas a acompañarme hasta la capilla, lo mismo puedes entrar y buscar a tu amigo tú sola.

–Disculpe –dijo Antígona cuando tropezó con una mujer bajita y morena que gesticulaba enérgicamente. Se agarró al brazo de la mujer para recuperar el equilibrio y le propinó un ligero apretón tranquilizador. Luego se apresuró para dar alcance al adepto.

La mujer se sobresaltó ante el inesperado contacto. La mirada que dedicó a Antígona era de mal disimulada hostilidad y suspicacia. Masculló una maldición entre dientes antes de volver a concentrarse en el apretado círculo de oyentes que se agolpaban a su alrededor. Volvió a reunirlos igual que una gallina a sus polluelos, con tranquilizadores cloqueos y aspavientos. Antígona estaba demasiado ocupada intentando mantener el ritmo impuesto por el adepto y escuchar lo que decía por encima del bullicio general. Las palabras de la mujer no calaron en ella hasta que Antígona hubo llegado casi a la puerta.

–¿Y vosotros los creéis? –había preguntado la mujer, incrédula–. Si es eso lo que os han contado, es que no tienen nombre. Todo esto –abrió mucho los brazos, para abarcar todo el tumulto–, no basta para manteneros a salvo. Fijaos bien en lo que os digo, antes de que pase otra noche, veremos cómo nos protegen este príncipe y sus papeleos.

No fueron tanto las palabras como aquella voz lo que detuvo en seco a Antígona. Tenía buena memoria para las voces, recuerdo de su servicio en el Cuerpo de Señales del Ejército durante la guerra, lo que le había posibilitado trabajar en una centralita telefónica a su regreso al estado. Y esa voz le resultaba familiar.

–¿Vienes? –llamó Johanus, sacándola de su ensimismamiento. Sostuvo la puerta de incendios abierta para ella. La estridente alarma que amenazaba con disparar la puerta sólo conque se la empujara fracasó estrepitosamente en materializarse.

–Gracias –susurró Antígona, al pasar junto a él. La fría brisa nocturna le produjo el efecto de apartarla aún más de sí misma, de adueñarse de sus sentidos y obligarlos a concentrarse en las cosas a una escala mayor. Atrajo su mirada hacia la corona de rascacielos de la ciudad y el borrón de estrellas lejanas. Le inundó la cabeza con la fragancia de las presas humanas que pastaban en aquellos inmensos prados de cemento... el olor del café, el alcohol, el tabaco y la colonia.

Pero aquella continuó irritándola en su subconsciente mientras se dirigían a la capilla. La conocía, pero no conseguía ubicarla. En el fondo de su mente, surgió la imagen de un ave. No la gallina que se había imaginado al principio, sino un pájaro negro, un cuervo. El cadáver de un cuervo.

*Oh no.*

Con cegadora claridad, Antígona supo dónde había oído antes aquella voz. En el Conventículo. Durante la Reunión de los Cuervos.

Vio de nuevo la siniestra figura que se acercaba orgullosa al centro del círculo de conspiradores y cogía la Tesela... simbolizada por el bulto inerte de plumas negras. El cadáver del cuervo, desnucado limpiamente.

Recordó que entonces le había chocado la voz de la mujer. Ya era suficientemente extraño el que hubiera una mujer entre ellos. El Conventículo, y el peligroso juego de resistencia al que jugaban, siempre le había parecido algo así como una anticuada comunidad masculina. Y eso siempre le había dolido.

Recordó nítidamente cómo había caminado la mujer hasta el centro del círculo para, sin prestar atención a la conmoción, recoger la pequeña ave sacrificada. La sostuvo en alto para que todos la vieran y la estancia enmudeció gradualmente.

"No hace falta matarlo para detenerlo".

Un escalofrío recorrió la espalda de Antígona. La mujer había estado hablando de Johanus. Se había presentado una queja contra el Tremere por lo que se consideraba una intromisión en la presentación

oficial de los recién llegados.

¿Qué más había dicho? Se esforzó por recordar las palabras exactas.

"Podemos desviar el torrente de refugiados e inmigrantes. Tienen miedo, están inseguros, huyen de los atropellos del Sabbat. Podemos aprovecharnos de eso, alimentar su miedo y su inseguridad. Cuando hayamos acabado, no se atreverán a mostrarse ante él ni ante nadie que ostente autoridad".

*Oh Dios, no. Aquí no, esta noche no, no...*

Antígona cogió a Johanus del brazo y las palabras brotaron de ella. Era vagamente consciente de lo que estaba diciendo. Ante sus ojos, podía ver el cadáver del cuervo oscilando, casi olvidado, en el puño de la mujer.

–Tranquilízate –decía el adepto, intentando liberar el brazo de su férrea presa–. ¿Quién va a hacer qué?

–No lo entiendes. Tenemos que sacarlos de aquí. A todos. Va a...

Su respuesta fue devorada por el rugido de una llamarada y el estruendo de los cristales rotos. El suelo brincó bajo sus pies por la fuerza de la explosión. Johanus le gritó algo, pero no podía oír nada. El adepto dio media vuelta y regresó corriendo al instituto. Intentó decirle algo, que ya era demasiado tarde, pero ni siquiera sus propios gritos consiguieron producir más que un sordo rumor en los huesos de su cráneo.

Se llevó una mano a la oreja y la apartó manchada de sangre. *Me han estallado los tímpanos*, pensó. Debería ir detrás de él. Sabía que debería hacerlo. Pero se quedó allí plantada, inmóvil. Con la vista clavada en las yemas de los dedos teñidas de sangre.

Sturbridge estaba tumbada en la cama, contemplando el techo,

cuando llamaron a la puerta de su sanctum.

El sonido era débil y vacilante, como si quienquiera que llamase esperara no encontrarla allí.

–¿Quiénes? –preguntó, irritada.

No fue la persona que estaba al otro lado de la puerta, sino la voz del demonio del sistema de seguridad la que respondió:

–Dorfman, Peter. Pontífice.

Sturbridge soltó un gruñido. Una distante porción mecánica de su cerebro anotó la necesidad de actualizar el perfil de Dorfman en el sistema de seguridad de la capilla. Fuese lo que fuera ahora, ya no era pontífice de la capilla de Washington, DC. Su siguiente pensamiento fue hasta qué punto se encontraba ahora lejos de preocupaciones tales como la actualización de la base de datos de seguridad.

–Lárgate –gritó.

–Abriendo nodo de comunicaciones –replicó el sistema.

–No te molestes.

–¿Disculpa? –Era la voz de Dorfman, tamizada por el puerto de comunicaciones.

–No era a ti –repuso Sturbridge, malhumorada–. Abre la puerta.

–Parece que está cerrada con llave. ¿Puedo pasar?

Las últimas palabras quedaron ahogadas por el siseo hidráulico de los cerrojos que se descorrieron cuando el demonio de seguridad hubo procesado la orden de Sturbridge. Un instante después, la inmensa puerta de acero se abría hacia dentro.

El arcón seguía estando abierto en el centro de la estancia, con sus contenidos desperdigados por el suelo. Parecía que la hubiera pillado en plena acción de embalaje. Las otrora ordenadas hileras de libros ofrecían el aspecto de haber sido sometidas a una criba. Los volúmenes restantes se apoyaban los unos en los otros, rechazados, para ofrecerse consuelo. El único sonido de la sala era el ronroneo del monitor del ordenador encendido junto a la cama. Dorfman reconoció la forma del despacho oficial de la capilla que continuaba abierto en la pantalla. La línea del asunto declaraba: "Cambio de puesto-Dimisión".

Dorfman traspuso el umbral. Sturbridge permaneció tendida en la cama, ignorándolo. Las cortinas del lecho habían sido arrancadas con violencia. Un puñado de anillas dispersas, con retazos de tela aún

prendidos de ellas, seguían colgadas en su sitio.

–Me gusta lo que has hecho con este cuarto.

Sturbridge ni siquiera se molestó en incorporarse para recibirlo. Permaneció contemplando el techo fijamente.

–Opinión, se diría, que no comparten tus superiores.

Se produjo un silencio incómodo. Dorfman se demoró frente al umbral, como si sintiera reparos en ahondar en su intromisión. Al cabo, rompió el silencio.

–Mira, Aisling, sólo quería decirte...

–Menudo consejero de mis narices –lo interrumpió Sturbridge–. A ver, deja que te chive cómo va esto. La clave estriba en descubrir qué personas quiere ver eliminadas tu cliente, y luego, después de unas cuantas semanas de "pesquisas", tú vas y recomiendas que se reestructuren las cosas de modo que esas personas resulten prescindibles. Hay que decirle al cliente lo que quiera oír.

–Voy a seguirte la corriente. –Una vez comprometido, se adentró en la habitación con más confianza. Enderezó una silla volcada y la arrastró hasta la cama–. ¿Qué quieren oír?

–Quieren oír que soy la responsable de la muerte de esas novicias y que debería comparecer ante un tribunal oficial en Viena. Quieren oír que Helena y Johanus han conspirado para falsificar documentos oficiales de la capilla, para encubrir el pleno alcance de lo que transpiraba aquí, y que habría que degradarlos un rango y transferirlos a capillas distintas, a ser posible en lugares remotos. Quieren oír que C5D ya no es una capilla de guerra de vanguardia y que este cambio clama por el nombramiento de un ímprobo líder de fuera, probablemente de Viena, a fin de cimentar los lazos con la Casa Madre. ¿Qué te parece?

–No quiero engañarte, Aisling. Ya estabas perdida cuando enviaron ese delegado. En esos momentos, tenías que haber empezado a impulsar el control de daños. En vez de eso, va el embajador y aparece muerto. Ya me dirás tú la pinta que tiene eso. Para serte sincero, ahora mismo, los de Viena andan pidiendo a gritos la cabeza de alguien, y puede que con motivo. Supongo que les da igual la de quién, aunque la tuya les saca bastante ventaja a las de los demás candidatos. Pero no he venido para hablar de la investigación...

–Entonces te habrán pedido que vengas aquí para dártelas de duro. Para ponerlo todo patas arriba. Para hacer el recuento de víctimas. Para repartir unos cuantos capones.

Dorfman se hundió en la silla, como si se desinflara.

–Aisling, lo lamento. No tendría que haberte pegado. Es imperdonable. Es que, con todas esas cosas que estabas diciendo... ¿Cómo ibas a...? No, no podías saberlo. No podías decirlas en serio. Pensé que estabas histérica. O a lo mejor era yo. Y tenía que hacer algo para pararlo. Lo siento.

Sturbridge se sentó y lo fulminó con la mirada. Dorfman estaba lo suficientemente cerca como para que ella hubiera podido devolverle la bofetada de habérselo propuesto.

–Era tu esposa –acusó Sturbridge, incapaz de ocultar la nota de censura en su voz. Podía ver de nuevo la flamante belleza de negra melena que surgía de las aguas mudas.

Dorfman se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, cabizbajo.

–Sí. –Su voz fue un susurro ronco–. Era el gran amor de mi vida. ¿Alguna vez has estado enamorada, Aisling?

Sturbridge hizo caso omiso de la pregunta.

–Intentaba devolverte la alianza. Vino para anunciarte que se marchaba. –Las manos de Sturbridge, como si estuvieran dotadas de vida propia, jugueteaban con un lirón de las cortinas de la cama. Repasaban los movimientos necesarios para hilvanar el aro por la bufanda de seda roja y atarlo cuidadosamente en el centro.

–Qué joven era. Estaba llena de pasión y convicciones. –En labios de Dorfman, las palabras sonaban a censura–. Decía que no podía vivir con... con aquello en lo que me había convertido. Decía que sería mejor que me hubiese muerto. –Dorfman se interrumpió, dominado por alguna emoción que había conseguido salvar el abismo de los años.

Sturbridge se acercó a él. Su mirada era inflexible y depredadora.

–Te puso la bufanda en la mano, te cerró los dedos en torno a ella.

–¡No! No quería aceptarla. Maldita sea, no quería el anillo. Podía

quedarse con la estúpida alianza. ¿Para qué demonios la quería yo si ella se había ido? Pero no me oía. No estaba dispuesta a escucharme. Se derrumbó, rompió a gimotear. ¡Nina! Fui detrás de ella. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sturbridge podía sentir casi la cálida afluencia de las lágrimas, el jadeo, el roto pesar transformado, convertido en algo más siniestro.

–Y luego se dio la vuelta. Miró por encima del hombro. Y por un segundo te permitiste albergar una brizna de esperanza. En ese instante pensaste que todo podría volver a ser como antes. Que ella volvería. Que recuperarías tu antigua vida. Y ella, al ver que la perseguías, gritó.

–Temía por su vida. Estaba aterrorizada. ¡Me tenía miedo! Supe entonces que no había vuelta atrás. De nada servía negar aquello en lo que me había convertido. Aferrarme a la reconfortante parafernalia de mi antigua vida. Un mes antes me miraba como si yo fuera el centro de su mundo. Ahora me miraba como si fuese algo menos que humano. Un monstruo, nada más. Frente a esa repulsa, comencé a dudar del resto de miradas de añoranza... de la devoción, del deseo. Los años transcurridos me sabían a ceniza. Como si me hubiera tragado una mentira. Extendí el brazo, desesperado. Para agarrarme a ella, a algo. Me estaba ahogando. Descubrí que seguía aferrado a esa ridícula bufanda roja, asido a ella como si fuera lo único que me uniera a mi antigua vida. Lo único que me quedaba era esa bufanda y aquel grito. Aquel maldito grito. No lograba detenerlo. ¡¿Por qué no podía detenerlo?! Enrosqué los puños en la seda. Creo que primero pensé en reducirla a pedazos. Como si el sonido de la tela al rasgarse pudiera sofocar aquellos alaridos enloquecedores. La tensé. Había algo de irreal incluso en el mismo aire. Como si todo aquello no fuera más que una simple pesadilla. Tenía la impresión de estar moviéndome a cámara lenta, como sí el aire fuera tan espeso como el jarabe. Como si estuviera viendo por encima de mi propio hombro cómo se tendían aquellas manos hacia delante, por encima de su cabeza y luego hacia abajo. Se cruzaron y tiraron con fuerza. Entonces se acabaron los gritos. Todo hubo terminado en cuestión de un momento. Ni siquiera había tenido tiempo de proponerme el hacerlo. Todo hubo terminado antes de que comprendiera lo que

había ocurrido.

Sturbridge sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Podía ver el rostro abotargado, de ojos almendrados, flotando a escasos centímetros del suyo. Podía ver la descolorida bufanda roja enrollada con fuerza en torno a la delicada garganta. Los extremos deshilachados ondeaban lánguidos en la superficie de las negras aguas. Podía ver el haz de luz que emanaba de la franja de oro donde se hincaba, agónicamente, en la suave piel azulada del cuello.

Permanecieron callados largo rato, con las racionalizaciones finales de Dorfman flotando pesadamente entre ambos.

–Tenía motivos para temerte –dijo Sturbridge, al fin–. No podías retenerla. No podías traerla de vuelta. Lo único que podías hacer era confirmar que tenía razón al temerte.

La cabeza de Dorfman se hundió entre sus manos. Habló entre los dedos, con voz ahogada.

–¿Cómo sabes estas cosas?

–Peter, mírame.

Cuando Dorfman levantó la cabeza, estaba ruborizado. Sturbridge atisbó de repente cuál debía de haber sido su aspecto hacía tantos años, cuando aún le quedaba vida en su interior.

–No te he contado todo esto para hacerte daño, Peter. Aunque sin duda te mereces eso y mucho más por lo que has hecho. Te lo digo para que me creas cuando te cuente otras cosas. Cosas de lo más inquietante. Sobre el embajador, y sobre Eva y sobre todo lo que ha sucedido aquí de un tiempo a esta parte. ¿Lo comprendes?

Dorfman asintió, aunque parecía ausente.

–¿Está...? –comenzó, vacilante–. ¿Está bien, Aisling? Donde se encuentra ahora, digo. No estará...

Sturbridge no tenía consuelo que ofrecerle.

–No lo sé, Peter. No sé si estará bien alguno de ellos. No creo que los Niños sean fantasmas, si es que te refieres a eso. No puedo invocarlos y preguntarles cómo es ahora su vida, o si hay vida después de la muerte, o si se sienten felices en el lugar en que se encuentran. Me resulta difícil de explicar y todavía sigo intentando orientarme. Creo que los Niños son más bien el sueño oscuro del Padre, las recriminaciones y los reproches que lo asolan cuando cierra

los ojos. Creo que, del mismo modo que heredamos nosotros el negro poder de su sangre, él participa de todos los pecados de nuestra sangre. Se convierte en el responsable de todas nuestras atrocidades. Pero las pesadillas son insoportables para un solo hombre, aun para un hombre como él. Rezuman hasta llegar al mundo a través de sus herederos. ¡A través de nosotros! Del mismo modo que la taumaturgia, el poder y la majestad de la sangre, procede del Padre.

–Pero, ¿porqué... por qué iban a perturbar mis pecados el sueño del Padre? ¿Los reproches que pueblan mis sueños?

–No lo sé –respondió Sturbridge–. Y eso es lo que me impide dormir.

Antígona intentaba ignorar los alaridos de los moribundos. Les volvió la espalda deliberadamente y encaminó sus pasos hacia la casa capitular.

Pensaba en Marcus, Clarissa y Livonia... los tres novicios a los que había condenado a una muerte carbonizada en el domicilium del noviciado. En el momento de pronunciar aquella orden fatídica, ni siquiera conocía los nombres de los tres novicios atrapados. Pero Jervais sí. Había amenazado con utilizar a Felton para vengar sus muertes. Y eso era algo que ella no podía consentir.

A Johanus le valdrían de ayuda todas las manos posibles en estos momentos, para rescatar cuantas personas pudiera de los abrasadores escombros del instituto y par a encubrir el pleno alcance de lo ocurrido cuando llegaran la policía y los medios de comunicación. El precio de este tipo de desastres no se calculaba únicamente según el número de víctimas y las decenas de miles de dólares que se cobraban los desperfectos. Se medía según el riesgo, la amenaza que suponían para la integridad de la Mascarada. No envidiaba a Johanus la tarea que tenía por delante. Ya podía oír el

ruido de las sirenas. El aullido de los carroñeros humanos que comenzaban a agruparse.

Pero Antígona sabía que debía llegar a la capilla a cualquier precio. Para evitar que Jervais cumpliera su amenaza. Si no hacía algo para evitarlo, Jervais se aseguraría de que Mr. Felton fuera la próxima víctima del holocausto flamígero que rugía en esos momentos.

Apenas si faltaba una hora para que amaneciera. El campus del Instituto Barnard se encontraba en silencio y desierto mientras ella cruzaba corriendo el patio en dirección a Millbank Hall y el Exeunt Tertius. Le preocupaba que los Astores pudieran haber encontrado ya a Helena o Sturbridge. Si los Astores habían conseguido desactivar el cuadro de seguridad, quizá hubieran anulado los códigos de Antígona. O peor aún, podrían haber reprogramado la jerarquía de admisiones para reconocer en Antígona a una renegada e intrusa. De ser así, su intención de rescatar a Mr. Felton tendría los minutos contados.

Antígona se coló por una puerta lateral del edificio administrativo del campus y bajó por un largo pasillo en silencio hasta llegar a otra puerta cuya cristalera de vidrio plomado proclamaba ominosamente *Decano de Revisión Disciplinaria Académica Interdepartamental* en grandes caracteres negros. El tipo de letra en sí ofrecía un aspecto burocrático e imponente. El efecto estaba calculado, sin duda, para alejar a los curiosos, epíteto que se aplicaba a la inmensa mayoría de aquellos que merodeaban por estas universidades modernas.

La inscripción no amilanó a Antígona. Sus dedos acariciaron ligeramente las letras en relieve. Solamente el espectador perspicaz hubiera reparado en cómo teclearon discretamente sus dedos la palabra "eidética" mientras recorrían el cristal. La puerta se abrió hacia dentro.

Desveló un despacho compacto dominado por un escritorio imponente. Había dos sillas dispuestas frente a frente a ambos lados de la formidable barrera. Un banco de archivadores se erguía detrás de la silla más próxima, cerniéndose sobre ella. Una sencilla puerta de madera en la pared más alejada prometía el acceso a un trastero.

Esa puerta era su destino, el Exeunt Tertius, una entrada secundaria en desuso a la capilla. De un tiempo a esta parte se había

forjado cierta fama siniestra a raíz del hecho de que uno de los novicios veteranos, Aarón, había sido encontrado sin vida justo delante de ella.

Antígona sabía que la detendrían sin duda si intentara trasponer la entrada principal. Esperaba que esta ruta, menos directa, le permitiera eludir el ser detectada hasta encontrarse dentro de la capilla. Evidentemente, el que la detectaran en el interior de la capilla tampoco resultaba halagüeño.

Al otro lado de este despacho se encontraría en el dominio del sistema de seguridad de la capilla. Éste sería su último refugio antes de emprender el descenso. Tras inhalar hondo, Antígona apoyó la mano en el pomo de la puerta del trastero. Musitó unas cuantas sílabas entre dientes y giró la manilla, muy despacio. La puerta, al abrirse, no reveló ningún trastero, sino unas sencillas paredes de cemento y una angosta escalerilla metálica que conducían abajo. El espacio confinado era húmedo, frío. Aquel escenario recordaba a Antígona la acción de asomarse al interior de un pozo. Comprendió que estaba conteniendo la respiración y se obligó a exhalar. No se disparó ningún detector, no sonó ninguna sirena, no hubo señal alguna de perturbación de los demonios del sistema de seguridad por el momento.

No tenía forma de saber que estaba siguiendo paso a paso la ruta que empleara el asesino hacía unas semanas, cuando se infiltró en la capilla para acabar con la vida de Johnston Foley, la primera víctima de una serie de cruentos asesinatos que los habían llevado hasta el punto muerto actual.

Antígona hizo una mueca ante el sonido reverberante de cada paso sobre los peldaños de metal. El ruido despertaba ecos en el foso central. Contó el número exacto de pasos antes de cada recodo (siete); el número total de rellanos (cincuenta y dos); el número de puertas junto a las que pasaba la espiral descendente (cuatro); el número de veces que se detuvo para burlar las defensas (doce).

Se sabía esa numerología de memoria, naturalmente. Su recuento mecánico obedecía al mero propósito de mantener ocupada a esa parte de su mente que encontraba gratificante los números, las secuencias y las clausuras. El descenso era para ella como pasar las

hojas de un calendario. Siete días de la semana. Cincuenta y dos semanas del año. Cuatro estaciones y doce meses para señalar el inexorable paso del tiempo. Recorriendo la espiral de regreso a su pasado.

A cada recodo, se detenía, escuchaba el distante chapoteo del agua que se derramaba. Midió el retorno de los ecos de sus pasos que volvían a ella desde el fondo. Se esforzó por ignorar el sonido de las voces lejanas que acudían a ella desde las profundidades del foso central. Antígona era consciente de que esas voces no eran sino un efecto de la acústica, que convertía el murmullo del agua corriente en súplicas y ruegos. Voces de niños.

Absorta en sus reflexiones sobre olvidadas pesadillas, Antígona dio un respingo cuando se vio asaltada por una voz que no surgía de su ensimismamiento.

–Antígona, Novicia –ronroneó el demonio del sistema de seguridad–. Se requiere su presencia en la Sala de Audiencias. Mensaje finalizado. Se solicita confirmación. Enviando confirmación...

–¡Cancelar confirmación! –ladró Antígona, saliendo de su catarsis. Justo a tiempo. Lo que menos falta le hacía en esos momentos era que el sistema anunciara su vuelta en la Sala de Audiencias.

Se produjo una pausa.

–Cancelada. ¿Desea posponer el envío de la confirmación o eliminar el mensaje de confirmación?

–Guardar confirmación, respuesta pendiente hasta *próxima* visita a la capilla –ordenó Antígona. Si había alguien encargado de supervisar la condición de esa orden, no convenía que descubriera que se había borrado la confirmación. Eso implicaría que alguien había recibido el mensaje... que Antígona había regresado a la capilla. El siguiente paso lógico a dar consistiría en averiguar si seguía dentro de la capilla, al alcance.

–Recibido –contestó amablemente el demonio. Su modulada voz femenina recordaba ligeramente al acento del sur de Irlanda–. Usuario Baines, Antígona. Acceso de seguridad: caducado. Por favor, permanezca en el sitio y espere la llegada del equipo de seguridad.

Antígona maldijo y aminoró el paso. Había estado a punto de

conseguirlo. Sabía que le faltaban cuatro recodos para alcanzar la base del pozo y el portal que le permitiría acceder al resto de la capilla. Al asomarse por encima de la barandilla podía ver el liso suelo de piedra del fondo. Cubrió los peldaños sigilosamente. Cuatro, cinco, seis, siete, giro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

–Baines, Antígona. Por favor, permanezca en su sitio y espere la llegada del equipo de seguridad. Éste es el segundo aviso.

Seis, siete, giro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

–Baines, Antígona. Por favor, permanezca en su sitio y espere la llegada del equipo de seguridad. Éste es el tercer y último aviso. El incumplimiento de las instrucciones de seguridad concluirá con la reclasificación inmediata del usuario como intruso.

Siete, giro... Algo, iba mal. Ese último giro tendría que haber dejado a Antígona frente al último tramo de escalones. En esos momentos debería estar viendo el final de la escalera y el portal. Lo que tenía ante ella, no obstante, era otro recodo.

Se apresuró a repasar sus cálculos, escuchando en su cabeza la voz interior que descontaba mecánicamente cada paso, cada recodo. No, no podía haberse equivocado. Con creciente desesperación, se asomó a la barandilla. El pulido suelo de piedra seguía allí abajo, a la misma distancia que hacía un momento.

*Exactamente a la misma distancia*, comprendió. Todavía la separaban tres giros de su objetivo. No estaba más cerca del fondo que antes de llamar la atención del demonio.

–Cambio de posición de usuario: Baines, Antígona. Usuario reclasificado a...

Antígona se quedó paralizada.

–Recibido. Aguardar encuentro con el equipo de seguridad.

Se produjo una larga pausa.

–Equipo de seguridad en camino –respondió el demonio, al cabo. Antígona tuvo la breve impresión de que la voz rezumaba complacencia, pero desechó rápidamente la idea por improbable y por indigna de ella. Optó por concentrarse en asuntos más prácticos, como salvar el pellejo.

–Situación del equipo de seguridad.

–Acceso insuficiente –repuso el demonio, en tono afable–.

Tiempo estimado de espera hasta la cita, tres minutos.

–Pues muchas gracias. ¿Estado de los sistemas?

–Acceso insuficiente.

–Sospecha de fallo en la integridad de los sistemas. Emitir diagnóstico.

–Acceso insuficiente.

–Acceso al demonio de seguridad local, Exeunt Tertius. Código de reconfiguración del sistema, *Visita Interiora Terrae*.

Se produjo una vorágine de chillidos que surgían del pozo central. La fuerza del viento arrojó a Antígona de espaldas contra la pared y la retuvo allí, debatiéndose. Mientras pugnaba por liberarse, una parte cínica de su mente observó que parecía que los códigos personales de reconfiguración del sistema de Sturbridge aún funcionaban. Prometedor. Eso quería decir que todavía tenía esperanzas. Quizá los Astores hubieran accedido ya a la jerarquía de seguridad y hubieran restringido el acceso a Antígona, pero no habían conseguido aislar permanentemente a Sturbridge. Aún.

Esa información podría llegar a resultarle de utilidad, siempre y cuando Antígona lograra tener unas palabras con el demonio de seguridad local. Se debatió ferozmente para liberarse, o moverse siquiera. Apenas si consiguió estirar un pie lo suficiente para rozar la escalera. El vendaval no daba muestras de remitir ni de amainar.

Probó a gritar para imponer su voz a la tormenta, pero el viento capturaba sus palabras y las desmenuzaba al instante.

Ni siquiera podía oírse a sí misma por encima del tumulto. Le dolía la cabeza y sintió cómo manaba un cálido hilo de sangre de su oreja. El tímpano que había destrozado la explosión al comienzo de la noche había empezado a sangrar de nuevo por culpa de la presión del viento desatado.

Sintió un cambio inesperado. Los vientos parecieron aplastarla más de cerca, con mayor ahínco. No había otra manera de describirlo. Era como si estuviera sometida al escrutinio de una lupa. Examinada, diseccionada.

El furor del viento pareció cambiar de énfasis y amainar ligeramente. Se desplomó sobre los escalones, hecha un ovillo. Seguía siendo consciente de la furia de la galerna que inundaba el

hueco de la escalera, pero ahora se sentía resguardada de ella, a cobijo de la violencia de su furia. A su alrededor, todo se había quedado súbitamente quieto.

Percibió un tentativo soplo de aire justo delante de la cara. Lo sintió como la suave caricia de una brisa que le alborotaba el pelo ligeramente junto al oído. Luego cobró confianza y le apartó el pelo hacia atrás como si la acariciara, apartándolo para exponer la delicada línea del mentón y el hilo de sangre que serpenteaba hacia ella.

Sintió que los dedos etéreos se demoraban en su mejilla y se detenían en el lóbulo de la oreja. Sintió cómo se esparcía la cálida gota de sangre y, ante sus ojos, una difusa espiral etérea se tiñó de rojo y se apartó lentamente de ella.

El remolino rojizo siguió retirándose, volando lejos de ella para reunirse con la vorágine.

El aullido del viento adquirió un dejo diferente. Una sola nota, que casi se le antojó una palabra.

*¿Quién?*

–Me llamo Antígona, a veces me llaman Chacal. No soy nueva en la capilla. Al igual que tú, he vigilado atentamente esta casa de no-muertos.

Pareció que los vientos rugientes comenzaran a latir. Esas ráfagas transportaban palabras. Palabras aquí pronunciadas, hacía mucho tiempo. Perdidas y olvidadas. Pero el viento las recordaba. Las palabras eran lo único que le quedaba.

Antígona no escuchaba tanto las palabras de viva voz como que las sentía transmitidas a los huesos de su oído directamente por medio del vínculo sanguíneo que compartía con el espíritu del viento, el vaporoso cordón umbilical de su propia sangre derramada.

*Te conozco. Me has llamado. Habla.*

Las palabras eran un compendio de muchas voces distintas –algunas masculinas, otras femeninas, algunas jóvenes, otras viejas – todas ellas reunidas y conservadas minuciosamente durante las épocas de servicio del espíritu a la casa.

–El otro –comenzó Antígona, insegura –, no quería dejarme pasar. Pretendía retenerme aquí. Contra mi voluntad. He recurrido a ti, para que me ayudes.

*Si Él dice que no debes pasar, no pasarás.*

–Pero ya has aceptado el precio de mi pasaje, mi sangre. Este tipo de cosas están más allá de cualquiera de nosotros. El pacto se selló en los tiempos de la Vinculación. ¿No se dice acaso, "por su sangre los conocerás"?

*Te conozco.*

–Si me conocieras –Antígona recitó las palabras del antiguo pacto–, conocerías también a mi Padre.

El viento guardó silencio.

*Basta. No invoques su nombre aquí. Ve en paz, Antígona Chacal.*

Antígona se incorporó e intentó devolver un aspecto decente a sus faldas, haciendo acopio de cuanta dignidad le quedaba.

–Gracias. Una cosa más. Él no funciona bien. Tiene que entrar en modo de diagnóstico...

*No comprendo tus palabras. El tuyo no es mi primer idioma y no he tenido ocasión de practicarlo últimamente.*

–Él está mal. Tiene que descansar y curarse. Tiene que examinarse. *Visita Interiora Tenue.*

*Rectificando Invenies Occultum Lapidem*, replicaron las voces, ofreciendo la respuesta correcta. *Visita el centro de la tierra y, al purificarte, encontrarás la piedra secreta. Así sea.*

El viento amainó de golpe y Antígona se tambaleó, pues no se había percatado hasta ese momento de que confiaba en su presión para mantener el equilibrio. Las luces de la escalera titilaron y se apagaron. Un instante después, el sistema de emergencia de la capilla entró en funcionamiento para bañar la escena con enfermizo alumbrado amarillo.

–¿Análisis del sistema? –preguntó Antígona, a modo de prueba. No hubo respuesta.

Sonrió y reanudó el descenso de los últimos tramos de escalera que la separaban del fondo del pozo.

–Por aquí, por favor, Mr. Felton. Ah, no ponga esa cara de sorpresa. La señorita Baines me lo ha contado todo sobre usted y sobre el motivo de su visita. Lo está esperando. Será mejor que no nos entretengamos. –Jervais traspuso el umbral que, hasta hacía apenas un momento, se encontraba firmemente cerrado. Se asomó a la diminuta celda.

Felton ofrecía una expresión francamente escéptica. Se levantó de la mesa de lectura y se desperezó en un intento por desentumecer las articulaciones. ¿Cuánto tiempo se había pasado encorvado sobre ese volumen de Aquinas? Horas, sin duda. Ya casi debía de estar a punto de amanecer.

Se alisó los incómodos hábitos de oblato. La lana sin tratar se negaba a colgar recta y, pero aún, picaba.

–Me dijo que no me moviera del sitio. De este sitio. Eso es justo lo que pienso hacer.

–Se han adelantado los planes –dijo Jervais–. Antígona ha dicho que tendrá que ser ahora o nunca. La regente me ha dado órdenes para que lo escolte hasta la entrada principal, donde será entregado a los hombres del príncipe. En cambio, si me acompaña ahora, lo conduciré hasta Antígona.

–No me lo trago.

–Demonio de sistema de seguridad –llamó Jervais–. Confirme órdenes relativas a Felton, oblato.

–Felton, oblato, preséntese ante el portero de la entrada principal de la capilla para nueva asignación. Órdenes de Sturbridge, Regencia.

–Pero si Antígona me prometió...

–Y se está esforzando por cumplir su promesa. Sin embargo, usted no contribuye a facilitar las cosas. Si se apresura, tal vez haya tiempo todavía.

Felton recogió un arrugado sobre de papel de estraza de la mesa y se lo guardó en un bolsillo interior. Contenía la evidencia en la que confiaba aún para limpiar su nombre. Se cubrió el rostro con la

capucha del hábito.

–De acuerdo. Cambio de planes. En marcha. No recuerdo su nombre.

–Jervais. Por aquí, no se separe de mí. No diga nada hasta que hayamos llegado al lugar de reunión, ¿comprendido?

Felton asintió; los dos salieron de la celda y se adentraron en el pasillo.

\* \* \*

Las estancias inferiores estaban desiertas. Antígona se imaginaba que habría algo más de actividad concentrada en la sala de control de seguridad en esos momentos. Apretó el paso en dirección a las celdas de los oblatos.

En un momento determinado, le pareció ver el vuelo de unas túnicas negras que se aproximaban en su dirección y se apresuró a ocultarse en las sombras del vano más cercano. Pasó junto a ella una novicia, evidentemente agitada, en dirección al nuevo domicilium. Antígona se sobresaltó al reconocer en ella a Clarissa. Pero eso era imposible. Clarissa se contaba entre las tres víctimas del incendio que había arrasado el antiguo domicilium del noviciado.

Se recriminó el exceso de fantasía y se olvidó del incidente.

Comenzaba a congratularse por haber conseguido llegar hasta las celdas sin despertar sorpresas cuando vio que la puerta de la habitación de Felton estaba abierta.

Sabía que no había excusa posible para que la puerta de esa celda estuviera abierta. Por regla general, Felton se atenía a sus aposentos y evitaba al resto de los novicios. En conjunto, eran el doble de peligrosos que un nido de serpientes y ni la mitad de bienintencionados. Tenía órdenes estrictas de mantener la puerta trancada en todo momento. No había nada que suscitara más las suspicacias del noviciado que una puerta sin asegurar. Equivalía a arrojar un guante a la cara.

Con la llegada de los Astores, la posición de Felton se había tornado aún más peliaguda. Habiendo desconocidos entre los muros, sin duda se preocuparía de perderse de vista, de ser discreto. A

menos, claro está, que lo hubieran descubierto... en cuyo caso, lo más probable era que estuviera arrestado y confinado a su celda hasta que los Astores decidieran entregarlo a los hombres del príncipe.

No, a Antígona sólo se le ocurría una razón por la cual Felton hubiera podido salir de su cuarto esa noche, y no era una razón reconfortante. Jervais había cumplido su amenaza. Había ido a por Felton.

Un rápido vistazo al interior le confirmó sus temores. Felton se había marchado, la estancia estaba desierta. Pero ¿dónde llevaría Jervais a Felton para ejecutar su venganza?

Sus pies surcaban aprisa el pasillo hacia donde sabía que los encontraría, aun antes de que la respuesta hubiera cobrado forma en su cabeza.

\* \* \*

Jervais selló el portal a su espalda y se volvió hacia Felton.

–Ya hemos llegado. Antígona se reunirá directamente con nosotros. Póngase usted cómodo.

Felton estudió su entorno. La sala debía de haber servido de barracón en otros tiempos. Aún se apreciaban los ennegrecidos cuadros de las camas que poblaban los escombros. Al igual que el resto de la estancia, los soportes de metal exhibían las inconfundibles señales de la devastadora conflagración que debía de haberse desatado en ese lugar.

–¿Cómodo? –se rió Felton, escrutando el semblante de su escolta en busca del atisbo de una sonrisa, sin éxito.

–Tendrá que perdonar el desorden. A lo mejor le cuesta creerlo, pero lo cierto es que se aprecian las mejoras. Tendría que haber visto este sitio hace una semana.

Felton meneó la cabeza y comenzó a deambular. Su ojo experto capturaba los detalles estratégicos de una pasada. No le hacía mucha gracia lo que veía. No había más puertas ni ventanas. No había forma de escapar allí en caso de necesidad, salvo pasando por encima de Jervais. Sorteó con cuidado un extraño montón de cenizas y plástico derretido en el suelo.

–¿Qué demonios es este sitio?

–El antiguo domicilium del noviciado –contestó Jervais, con evidente satisfacción–. Yo mismo residía aquí cuando me asignaron a esta casa.

Felton sintió un escalofrío involuntario. La voz de Jervais poseía un tono que no le gustaba. Sonaba un tanto demasiado complacido consigo mismo, o puede que con la destrucción que había asolado aquel lugar.

–¿Sabe... cómo ocurrió esto? Quiero decir que salta a la vista que aquí se produjo un incendio.

–Una tragedia, sí –suspiró Jervais–. ¿Se puede creer usted que aquí perdieron la vida tres novicios? Tres. Qué desperdicio más innecesario. –Se acercó al montó de alambres más próximo que sobresalían de la pared, cerca de la entrada–. Tendrá que pasar otra semana antes de que los equipos de control de daños hayan reactivado los sistemas electrónicos –prosiguió, con impersonal, como si la pérdida de tiempo fuera equiparable a la pérdida de vidas–. Los puertos de comunicación se han caído. Y también los enlaces con el sistema de seguridad. Eso significa que aquí podemos hablar sin tapujos. Sin miedo, a que alguien escuche nuestra conversación.

–De modo que por eso ha elegido Antígona este lugar. Por su intimidad. –Felton reparó en el destello de metal que asomaba bajo el borde de un colchón calcinado. Se agachó para rescatarlo de los pegajosos escombros. Quizá hubiera sido una sortija de compromiso. Ahora no era más que una banda de oro fundida en torno a un nudillo carbonizado.

Jervais levantó la cabeza, distraído.

»Sí, sin duda Antígona quería asegurarse de que no nos molestaba nadie.

Felton apenas sí lo escuchaba. Hizo girar el ennegrecido trozo de hueso una y otra vez en su mano. Qué recuerdo más extraño para encontrar en este sitio.

Sus pensamientos regresaron instintivamente a las largas noches que habían caracterizado los difíciles años de la guerra del Sabbat. Noches pasadas a cubierto en cementerios, cambiantes puñados de tierra sepulcral vistos a través de una antigua ventanilla.

Rebuscando a la caza de alianzas matrimoniales y empastes de oro.

Mientras este recuerdo centelleaba en su mente, sintió que la escena que lo rodeaba cambiaba drásticamente. En ese momento, atisbó con claridad lo que había sido ese sitio. No era un barracón militar, sino un cementerio. Un lugar en el que los muertos conciliaban cuantos intranquilos sueños les permitían sus conciencias.

–¿Cómo conseguían dormir aquí? –se preguntó en voz alta.

–No se equivoque usted y piense que los muertos descansan en paz aquí –dijo Jervais. Felton se giró ante el extraño tono de voz del novicio. Los ojos de Jervais estaban fijos, no en Felton, sino en la pila de escombros de la esquina más alejada del cuarto, donde la destrucción había sido absoluta–. Todavía se les puede oír, si se escucha con atención –continuó Jervais, con esa voz desquiciante, desprovista de emociones. Ladeó la cabeza.

Felton sabía que allí ocurría algo malo. Se guardó el nudillo calcinado en el bolsillo y comenzó a acercarse sigilosamente a la puerta.

–¿Cuándo dijo Antígona que vendría?

Jervais levantó la cabeza, distraído y contrariado.

–¿Cómo dice? ¿Antígona? Ah, sí. Enseguida. Ya debe de estar al caer. –Su mirada perdió parte de aquella expresión fanática y su voz recuperó un tono de diálogo normal–. Relájese, por favor, Mr. Felton. Me está poniendo nervioso con tanto andar de un lado para otro. Mire, écheme una mano con esto. Así se nos pasará antes el tiempo.

Jervais se agachó junto al puntal de metal retorcido más cercano, que sobresalía de una pila de escombros. Comenzó a tirar de él para extraerlo.

Felton se aproximó a él.

–Si amontonamos aquí las partes de metal, ahorraremos trabajo a los equipos de limpieza. Y a lo mejor así se distrae y no piensa en asuntos menos agradables. –Consiguió soltar la riostra y la utilizó para despejar una zona toscamente circular en el centro de la sala. Su operación recordó a Felton sus propios esfuerzos por trazar un círculo similar en lo alto del mirador del Empire State Building a comienzos de esa misma noche. Observaba a Jervais por el rabillo del ojo, pero hizo

caso de su sugerencia.

Felton se acercó al círculo y depositó un puntal renegrido deliberadamente en el centro del espacio que había despejado Jervais. Cuando el novicio hubo regresado al creciente nido de barras de hierro forjado, se tomó su tiempo para reordenar la pieza de Felton, despejando de nuevo un espacio abierto en el centro.

–Perdona –murmuró Felton–. No sabía que querías apilarlos de una forma concreta. ¿Dónde dejó éste?

–Donde sea, da igual –respondió vagamente Jervais–. Por ahí. Felton dejó que un extremo del marco cayera al suelo con estrépito y miró a Jervais con acusado escepticismo.

–De acuerdo, me rindo. ¿De qué va todo esto?

Jervais recogió la barra de manos de Felton, que no opuso resistencia. El novicio le dio las gracias con un asentimiento de cabeza y depositó la riostra con estudiada ecuanimidad.

»No va a venir, ¿verdad?

–¿Quién no...? Ah, ya, Antígona. Sí que vendrá, Mr. Felton. Pierda usted cuidado. No se lo perdería por nada del mundo. –Se ocupó reordenando su improvisado círculo de protección. Ya estaba casi completo.

–¿Se trata de otro de esos "reenvíos"? ¿Es eso? ¿Es así como pensáis conseguir que eluda a los matones del príncipe?

–Esto tendrá que bastar –dijo Jervais, al tiempo que retrocedía para supervisar su trabajo. Pasó por alto la pregunta de Felton. Las especulaciones de los profanos siempre adolecían de la misma falta de información. Felton no resultaba ser ninguna excepción–. A ver si se da prisa. No sé cuánto tiempo conseguirá entretener Talbott a los hombres del príncipe con sus débiles excusas. Quizá fuera conveniente que se situara usted ya dentro del círculo, Mr. Felton.

Felton lo miró con cautela.

–Vale, dame el cuchillo. –Tendió una mano en dirección a Jervais.

El novicio alzó los ojos al cielo. Habló muy despacio.

–No voy a cortarle, Mr. Felton. No sé qué le habrán contado acerca de la magia de la sangre, o qué cree usted que sabe. Pero su mejor oportunidad de escapar de aquí pasa por seguir mis

instrucciones al pie de la letra. ¿Lo comprende?

–No estoy asustado. Ya soy mayorcito. He pasado antes por el cuchillo y creo que puedo soportarlo. –Se remangó, revelando un brazo surcado de viejas cicatrices de guerra. Un reciente verdugón rojo le recorría el antebrazo desde el codo hasta la muñeca. La carne se mostraba aún rosada y fruncida en los bordes.

Jervais arqueó una ceja.

–Ya veo que nuestra hermana se ha interesado personalmente por sus estudios. Muy bien. Pero si hay un precio de sangre que pagar por lo que hagamos aquí esta noche, seré yo el que salde la deuda. Ahora, si es tan amable de colocarse en su sitio... –Indicó el círculo con un ademán.

–No pienso acercarme a esa cosa hasta que aparezca Antígona –repuso Felton, lacónico–. O hasta que los matones del príncipe echen la puerta abajo.

–Canalla desagradecido –masculló Jervais–. Haz lo que te plazca, pero no creas que estoy dispuesto a sacrificar mi vida por culpa de tu testarudez.

Traspuso el umbral y entró en los confines del círculo.

Felton lo observaba con aprensión, esperando que Jervais desapareciera, abandonándolo a su suerte. Cuando se hizo evidente que, después de todo, el novicio no iba a perderse de vista en medio de una nube de humo, Felton se sintió un tanto decepcionado. Empezaba a darse cuenta de que la continuada presencia de Jervais tampoco le ofrecía ningún consuelo.

El novicio, mientras tanto, musitaba para sí con los tonos de alguna lengua gutural y desconocida. Estiró un brazo frente a él. De él brotó una fina aspersion de gotas de sangre. Cuando la vitae derramada golpeó los retorcidos barrotos de hierro en el suelo, siseó y chisporroteó. El metal no tardó en refulgir, incandescente.

Felton dio un paso atrás, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la manga. La apartó embadurnada de rojo. La sala se estaba caldeando y se sentía mareado. Ante sus ojos, la silueta de Jervais oscilaba en medio de las oleadas de calor que emanaban entre ambos. Felton miró en rededor en busca de una salida, pero apenas si consiguió divisar el perfil de la puerta.

Experimentó un breve momento de dislocación. Hubiera jurado que, al apartarse del círculo de Jervais, había avanzado hacia la puerta, y no al revés. Pero ahora el anillo de metal al rojo blanco se interponía directamente entre Felton y cualquier posible vía de escape. El trémulo portal parecía encontrarse imposiblemente lejos.

Sobresaltado, Felton se detuvo y comprendió que había retrocedido hasta arrinconarse él solo. No había escapatoria posible de la oleada de calor. Las mismas paredes parecían gemir a causa de su intensidad.

No fue hasta ese momento que comprendió que Jervais había dejado de recitar en aquella lengua desconocida, había retomado el inglés nativo de Felton y se estaba dirigiendo a él.

–Ahí –decía, señalando en dirección a Felton–. Marcus se encontraba justo ahí, donde estás tú ahora. Las llamas lo habían acorralado. Pero no conseguí llegar hasta él. Lo intenté en tres ocasiones y en todas ellas me retuvieron los equipos de emergencia, alejándome del fuego. ¿Qué podía hacer yo? Lo vi morir.

–¿Qué demonios me estás contando? –gritó Felton, imponiéndose al rugido de la muralla de calor. Los otros dos novicios se arrimaron aún más a la esquina, acercándolo al centro de la conflagración y a la salamandra espíritu que rugía entre las llamas.

*¿Los otros dos novicios?*

Felton se volvió hacia ellos, pero se apretaron aún más contra la pared. Uno de ellos había arrancado el colchón de la litera más cercana. Se había agazapado detrás de él e intentaba utilizarlo para escudarse de las llamas voraces.

Grave error. Felton sabía que el colchón se transformaría en una red mortal y abrasadora ante el asalto del calor. Aunque los separaban escasos centímetros, Felton tuvo que gritar para imponer su advertencia al crepitar del aire. Si el joven novicio logró escucharlo, no dio muestras de ello. Se acurrucó detrás del improvisado parapeto, oculto a la vista por completo salvo por el haz dorado donde su mano derecha sujetaba una esquina del colchón.

La mano de Felton fue instintivamente a su bolsillo, en busca del tesoro que había rescatado previamente de las ruinas del domicilium, la alianza de oro fundida en torno a un nudillo carbonizado, pero

encontró el bolsillo vacío. Sacó la mano cubierta de una mezcla viscosa de sangre y hollín.

Tras sacudirse el espeluznante grumo, Felton se giró en dirección al estrépito que se había producido a su espalda, el sonido de la puerta arrancada de sus goznes que había ido a estrellarse contra la pared. Distinguió una silueta familiar que cargaba impávida al interior del horno. Por un momento, albergó la esperanza de que pudieran rescatarlo de aquel infierno. Pero pronto lo invadió el desánimo. La embestida contra el cataclismo de llamas era suicida; el ojo experto de Felton lo supo ver al instante. No pudo sino observar impotente cómo se alzaba una lengua de fuego para recibir al recién llegado y devorarlo. Las llamas se cebaron en los hábitos negros de la figura y un alarido de agonía se impuso al estruendo. El sonido era apenas humano, pero el pequeño pedazo fragmentado reconocible como humano era, inconfundiblemente, la voz de Jervais.

*¿Cómo es posible?* Jervais continuaba de pie en el centro del holocausto, en el seno de su anillo de hierros fundidos. Felton miró dos veces para cerciorarse. No entendía nada. Pero en esos momentos tampoco tenía tiempo para dilucidarlo. Sabía que los cortafuegos que se habían apresurado a erigir los equipos de emergencia no resistirían. Las llamas se propagarían enseguida, ocuparían el pasillo y engullirían a todo aquel que intentara abrirse paso hasta sus camaradas atrapados.

Felton estaba acorralado entre las dos paredes, la patética barrera que constituía el colchón a su espalda y el muro de fuego ante él. Se produjo otro grito y vio que el colchón de la esquina se desplomaba convertido en una burbujeante red negra. La mano que se había aferrado a la esquina se convulsionó convertida en un amasijo atrofiado, rezumando carne licuada y plástico derretido.

Felton supo que iba a morir.

Se resignó a acometer una última carrera hacia la puerta y la libertad. Sabía que no lograría avanzar ni tres pasos en medio de la conflagración, pero había que intentarlo. Un gesto de desafío. O quizá un gesto, nada más. Algo que hacer, cualquier cosa antes que quedarse ahí y esperar a que se cumpliera su destino.

Ahora.

Emprendió la carrera, arrojándose al corazón mismo del infierno. Un paso... dos...

Al pisar el suelo por segunda vez, oyó una anhelada voz por encima del rugir de las llamas y sintió renacer la esperanza. Era Antígona. Por fin había llegado.

Pero su voz sonaba tensa, cansada, cargada de estática.

–¡Equipo de emergencia, responde!

Tres pasos. Una cegadora muralla de fuego se alzó de repente ante él. Quiso aminorar el paso, cambiar de rumbo, pero ya era demasiado tarde. Puede que soltara un grito.

Desde alguna parte al otro lado de aquella pared, a tres pasos y toda una vida de distancia, otra voz respondió desgañitándose a Antígona:

–No podemos contenerlo. Parece que el cuadro de defensa ha ardido por completo. Vamos a tener que poner en práctica ese plan de evacuación, y de prisa.

Felton traspasó la pared y se encontró perdiendo pie, haciendo aspavientos para recuperar el equilibrio cuando la resistencia desapareció de repente frente a él. Lo había conseguido. Podía oír el risueño crepitar de las llamas que le cubrían la ropa y el cabello. Refulgía como una estrella.

–Ni hablar –repuso la voz de Antígona. Apenas si lograba distinguirla ahora en medio de las risas de burla (¿De Jervais? ¿De la salamandra espíritu? ¿De las propias llamas?) y los chasquidos del puerto de comunicación–. Vamos a reducir pérdidas –ordenó Antígona–. Tenéis exactamente treinta segundos para sacar a todo el mundo de esa sala y el pasillo adyacente. ¿Entendido?

Felton se paró en seco. ¿Reducir pérdidas? ¿Dejándolo allí para que se muriera? Sintió cómo se le ampollaba y fundía la piel de los brazos y la espalda. La esperanza escapaba de él entre siseos al evaporarse. Oyó los gritos de "Rápido. Rápido. Rápido" que procedían del exterior del pasillo, al otro lado del negro abismo que era la puerta abierta. No se molestó en contar los segundos. Cayó de rodillas, derrotado.

No pensaba que pudiera caer más bajo, pero entonces escuchó una vez más la voz de Antígona, como el de campanas que tocan a

muerto:

–Sellad todos los accesos al pasillo del domicilium del noviciado y despresurizar.

Se produjo una fuerte corriente de aire y las llamas se avivaron una vez más, encumbrándose más altas que nunca. El inconfundible sonido de los alaridos lo transportó a la oscuridad.

### **El rostro risueño del chacal**

Antígona dobló la esquina y pasó junto al refectorio tan deprisa como se lo permitían las piernas, renunciando a todo sigilo o incluso a la precaución más elemental. Ningún paseante trasnochador pasaría por alto la aparición, la fugaz imagen de la pálida mujer demudada que surcaba los pasillos desiertos como una exhalación. Las faldas de su largo vestido de luto, el Velo de la Viuda, seguían como una estela a la banshee.

Justo delante de ella, la puerta del domicilium del noviciado pendía lasa de sus goznes. Era evidente que alguien se había tomado la molestia de ponerla derecha y encajarla en su sitio, pero el esfuerzo no había tenido demasiado éxito. Una furiosa luz roja palpitaba a través de las rendijas que separaban la puerta de su marco, latiendo al son de una tormenta de fuego.

Antígona sintió que la embargaban las primeras notas de la familiar pesadilla, trayendo consigo la escalofriante caricia del miedo.

*¡No! Aquí no. Otra vez no.*

Había revivido la conflagración en el domicilium del noviciado y los gritos de los moribundos todas las noches desde que condenara a aquellos tres novicios a la muerte.

*¡Pero hice lo correcto! ¡Lo único que podía hacer! Impedí que se propagara. Salvé el resto de la capilla.*

Pero tres de sus hermanos y hermanas habían muerto, y ella había dado la orden. Y ahora Jervais pretendía vengar esas muertes. Sacrificando a Felton a la hoguera.

Antígona no redujo la marcha. Chocó contra la puerta a toda velocidad, oyó cómo chirriaba el metal, ignoró el crujido y la abrasadora oleada de dolor en el hombro. Con agónica parsimonia, la puerta retiró los escombros que la obstaculizaban y la rendija se agrandó.

Ante ella, Antígona vio una escena conjurada directamente del reino de las pesadillas. En el centro del domicilium se encontraba Jervais, rodeado de un entramado nido de soportes metálicos doblados y ennegrecidos. Iluminaba su rostro la misma luz palpitante que había divisado desde el vestíbulo, aunque no lograba discernir su origen. Tenía un brazo levantado en alto, y un constante reguero de sangre manaba de su muñeca, chisporroteaba y danzaba al golpear el metal candente.

Antígona siguió la dirección que indicaba aquel brazo hasta encontrar la figura destrozada de un hombre arrodillado en medio de los escombros. ¡Felton! Se agitaba y se desgarraba los hábitos de oblato como si estuvieran devorándolo vivo. Gracias a algún esfuerzo supremo de fuerza de voluntad, consiguió arrastrarse hasta llegar a menos de dos metros de la puerta.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —La voz de Antígona restalló en la quietud del cuarto, puesto que toda la pantomima se estaba desarrollando en medio de un silencio sobrecogedor.

Jervais giró la cabeza bruscamente y, al verla enmarcada por el vano de la puerta, sonrió. No se trataba de una sonrisa agradable.

—Ah, por fin has llegado. Y justo tiempo, diría yo. Nos tenías preocupados, ¿a que sí, Mr. Felton?

Felton, que había vuelto la cabeza al escuchar la voz de Antígona, con los ojos encendidos por una feroz chispa de esperanza, no parecía capaz de distinguir sus palabras. Sólo oía la exigencia en su voz, la engreída satisfacción de Jervais al responder.

Un lento sonido animal escapó de la garganta de Felton. Un sollozo. Se desplomó.

Aún oía las palabras de Jervais, desgranándose con crispante parsimonia. Era como si no pudiera aislar el sonido. El mismo diálogo acusador, una y otra vez. Se hizo un ovillo, pero no pudo bloquearlo, no pudo detenerlo.

–No podemos contenerlo –dijo Jervais, repitiendo las palabras de aquella azarosa noche de hacía una semana–. Parece que los sistemas defensivos han quedado calcinados. Tendremos que poner en práctica ese plan de evacuación, enseguida.

Antígona retrocedió como si la hubieran abofeteado.

–¡Basta! No tiene gracia, Jervais. Hice lo que tenía que hacer, maldita sea. Siento no haber podido salvar a Marcus y a los demás. No sabes cuánto lo siento. Si pudiera traerlo de vuelta, lo haría. Pero tienes que detener esto, ahora mismo. ¡Míralo! ¡Lo estás matando!

Felton levantó la cabeza con una desesperada esperanza al escuchar la voz de Antígona. Pero sus palabras sonaban muy distintas a sus oídos. Lo que él escuchaba era:

–Vamos a reducir el número de bajas. Tenéis exactamente treinta segundos para sacar a todo el mundo de esa sala y el pasillo adyacente. ¿Comprendido?

Jervais se limitó a encogerse de hombros.

–¿Y a mí qué? ¿Intentas decirme que no merece morir? ¿Acaso crees que no sé quién es, Antígona? ¿Que no sé lo que ha hecho? Es un asesino, un pirómano, un vulgar pendenciero y un antiguo mercenario. Hay quienes me agradecerán que lo ejecute. –Señaló las partes ofendidas con los dedos de una mano–. El príncipe, para empezar. Y la policía, claro. El FBI, sus propias colegas y compinches y, sí, incluso algunas luminarias de esta casa. Pensaba que tú serías la primera en darme las gracias, por evitarte la carga de tener que dictar sentencia tú misma. A fin de cuentas, has sido tú la que has posibilitado todo esto...

–¿De qué demonios estás hablando? ¡No quiero que muera! Y tú lo sabes. Sólo intentas hacerle daño para herirme a mí. Esto no tiene nada que ver con la justicia, sino con la venganza. Tu amante está muerto y me echas la culpa a mí. Pues bien, no pienso quedarme de brazos cruzados y permitir que tú, ni nadie, lo mate. ¿Crees que tienes que saldar una cuenta pendiente conmigo? Adelante, ajustemos cuentas.

Antígona sintió cómo se agolpaba en su interior una rabia incandescente. Se acercó al círculo de protección de Jervais. Sin aminorar el paso, se agachó y cogió una barra retorcida de hierro

negro.

Aulló de sorpresa y dolor cuando el metal le abrasó la carne.

En algún lugar no muy lejano, atrapado en su tormento personal, Felton oyó ese gruñido. En su cabeza, distinguió las sílabas individuales que lo componían, las voces que gritaban "¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!" mientras los equipos de control de daños le daban la espalda y abandonaban aquel infierno.

–Menuda tontería, Antígona –dijo Jervais, mientras Antígona trastabillaba de espaldas–. Ya verás cómo te queda una fea cicatriz. Pero ya hemos prolongado demasiado estos preámbulos. Por fin estás con nosotros, y eso es lo importante. Mr. Felton se muere ya.

–Levantó una mano para decir adiós.

Antígona apretó los dientes y se obligó a cerrar los dedos en torno al metal al rojo blanco. Le temblaba el brazo entero a causa del esfuerzo. La barra centelló en el rubicundo fulgor cuando el puño de Antígona trazó un alto arco. Lo estrelló contra la coronilla de Jervais, con toda la fuerza de la que pudo hacer acopio.

Se produjo un crujido resonante y luego el silencio.

Antígona dio un paso atrás, alejándose de él, vacilante. Jervais tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa, casi ultrajante. Levantó una mano, temblorosa, para palpar el boquete practicado en su frente. Lo encontró, y un dedo desapareció completamente en su interior cuando quiso comprobar el daño sufrido.

Se cayó. Se le enganchó un pie en la entramada maraña de vigas de metal y perdió el equilibrio. Se desplomó de espaldas y se quedó inmóvil.

Antígona observó aturdida aquel cuerpo despatarrado en medio del montón de somieres retorcidos. Quiso girarse y vomitar, permitir que las tinieblas la acogieran también a ella. Pero el fuego abrasador que habitaba en la barra metálica que tenía en la mano le devolvió la consciencia violentamente. Con esfuerzo, despegó la mano de la barra. La sangre relucía en ambos extremos del improvisado utensilio. Se había acabado.

Se volvió hacia Felton, pero se detuvo en seco al reparar en la ominosa silueta que ocupaba el umbral.

La adepta estaba plantada de brazos cruzados, bloqueando la

salida. Su rostro era impasible, inescrutable. Una columna de humo.

–Helena... –Antígona dio un vacilante paso adelante.

–Menudo estropicio –interrumpió la adepta–. ¿Estás bien?

–Estoy bien, mira. Es sólo que... –Se agachó junto al cuerpo encogido de Felton en el suelo, apartándole con gesto distraído el pelo que le cubría los ojos. Su acción dibujó una chillona franja escarlata sobre su frente. Luego lo observó con detenimiento por vez primera–. Dios.

Antígona comenzó a desprender los jirones de lino basto que habían sido antes los hábitos del oblato. Si seguía siendo consciente de la presencia de Helena, que ahora se había situado junto a su hombro, no daba muestras de ello. Antígona sabía que la presencia de Helena significaba que todo había terminado. No se hacía ninguna ilusión sobre lo que implicaba el que la descubrieran en la capilla. Sabía el destino que la aguardaba a manos de los Astores.

Pero puede que aún no fuera demasiado tarde para Felton. No podía ser demasiado tarde. Aunque cada tira de tela que despegaba minuciosamente saliera cubierta de sangre y carne chamuscada.

–No te va a dar las gracias por eso –señaló Helena. Antígona dudaba que alguien menos familiarizado con la adepta hubiera detectado la sutil nota de preocupación en la voz de Helena–. ¿Sigues vivo?

–Sí. Aunque tampoco creo que me vaya a dar las gracias por eso.

Cuando hubo dicho esto, un débil gemido escapó del cascarón roto que era Felton.

–Estoy aquí –dijo Antígona–. Te vas a poner bien, ¿me oyes? Te pondrás bien.

–Hay que salir –fue el jadeo ronco–. Treinta segundos...

–Ya ha pasado todo. Has salido. Te pondrás bien.

–Le hará falta sangre –observó Helena, lacónica–. Y mucha, a juzgar por su aspecto.

Antígona asintió, pero sabía que abandonarlo ahora equivaldría a condenarlo a una muerte segura.

Helena zangoloteó la cabeza y suspiró, poniéndose en pie con un movimiento fluido.

–Sabrás que te juegas la vida si te pillan aquí, ¿no? –Cruzó la sala en dirección al cadáver de Jervais.

Antígona asintió con la cabeza.

–Mira, Helena. Tengo que sacarlo de aquí. Sturbridge dijo que tenía que llevarlo a...

–No, no, no. Vayas donde vayas, será mejor que no me lo cuentes. ¿Qué tal si empiezas por decirme qué es eso tan importante que me va a animar a hacer la vista gorda? Ahora eres una proscrita, eso ya lo sabes, ¿no? Dicen que has atacado a uno de los Astores. Y que invocaste una especie de rito prohibido. Ahora vas y vuelves a asomar las narices por aquí. Saboteas a propósito el sistema de seguridad. No, no finjas que no sabes de qué te estoy hablando. Aún no sé con qué le diste, pero los de seguridad todavía no han averiguado la forma de restaurar la línea al maldito cacharro.

–Transferí el control al demonio local del Exeunt Tertius –admitió Antígona, compungida–. Lo convencí de que el otro demonio estaba estropeado. Puse todo el sistema en modo de diagnóstico.

–No... –Helena habló muy despacio, como si se lo estuviera explicando a una alumna particularmente obtusa–. Lo que hiciste fue convencer al demonio local de que el controlador no estaba a la altura de la tarea. Entonces puso en marcha una especie de sublevación.

–Oh. No pretendía.

Helena la fulminó con la mirada.

–¿Qué tal si ponemos las cartas sobre la mesa y me explicas por qué vas a salir de aquí para perpetuar la impresión de que esta capilla está descontrolada y de que aquí los novicios mueren a docenas? Porque ése no es exactamente el tipo de publicidad que va a sacarnos de esta crisis. ¿O es que tengo que recordarte que algunos de nosotros, los que no vamos por ahí asesinando a nuestros hermanos y hermanas, tenemos que quedarnos y dar la cara ante los Astores?

–Helena, lo siento. Iba a matar a Felton. Un instante más y quizá lo hubiera conseguido. Tenía que impedirselo. Cogí lo primero que había a mano...

Helena seguía inclinada sobre el cadáver de Jervais. Manipulándolo.

–Bueno, en ese caso, te alegrará saber que, en realidad, no lo has matado. –Comenzó a romperse el dobladillo de la túnica para conseguir unos largos vendajes improvisados –. Ha perdido una enorme cantidad de sangre, pero supongo que eso no es del todo culpa tuya. ¿Quieres hacer el favor de decirme qué clase de rito de taumaturgia os proponíais practicar esta vez vosotros dos?

–No tiene gracia. Ya sabes que ese rollo de la magia de la sangre se me da fatal. Jervais iba a asesinar a Mr. Fel... er, a este oblató. No sé cómo lo hizo pero, de alguna manera, lo devolvió al incendio. Jervais estaba amargado por eso, estaba realmente obsesionado. Había perdido a alguien muy querido en ese incendio y fui yo la que dio la orden que lo mató.

Helena comprobó los vendajes y soltó un gruñido, satisfecha con su trabajo. Recogió el arma contundente que había soltado Antígona y la examinó con curiosidad.

–¿Y a qué venía este numerito? ¿Esperas que me crea que, por casualidad, llevabas esto encima cuando te tropezaste con ellos? Dime la verdad. Viniste aquí esperando encontrar a Jervais con la intención de matarlo.

–¿De qué me hablas? ¿Qué numerito? –Antígona estiró el cuello para mirar a la adepta–. ¿Eso? Eso no es mío. Es un trozo de hierro de una cama que recogí de los escombros.

–¿En serio? –Helena se incorporó y anduvo hasta cernirse directamente sobre Antígona–. ¿Me estás diciendo que no lo habías visto antes?

–Ya te he dicho que lo encontré. Formaba parte del círculo de protección que había levantado Jervais.

–Hmm. Supongo que alguno de estos individuos confirmará tu historia. Asumiendo que alguno de ellos recupere alguna vez el sentido. Pero tendrás que admitir que es una cosita de lo más interesante, ¿eh? –Helena observó la barra de metal. Giró la muñeca bruscamente, salpicando el suelo de sangre–. ¿Y dices que lo encontraste por ahí tirado?

Helena le tendió la barra. La punta se detuvo a meros centímetros de la nariz de la novicia. Con creciente horror, Antígona vio que estaba tallada en forma de cabeza de animal. El canino rostro

risueño de un chacal.

–Conque un trozo de una cama. Ahí tirado.

–Helena, no... no lo entiendo. No lo había visto antes...

–Lárgate. Cógelo y salid los dos de aquí antes de que cambie de idea.

–Helena, lo siento –musitó Antígona–. Ojalá hubiera algún modo de que me creyeras. No he hecho nada malo.

Se puso de pie y ayudó a Felton a incorporarse. Era tan liviano como un saco lleno de hojas secas. Y crujía igual al moverse. No se apreciaba en él atisbo alguno de su antigua resistencia. Lo cargó sobre el hombro y lo rodeó con un brazo para asegurarlo. Ante su insistencia, los pies de Felton recobraron su hábito adquirido, subían y bajaban, subían y bajaban. Juntos, llegaron a la puerta abierta.

–Antígona –llamó Helena a la pareja que se retiraba.

Antígona se giró a medias y se preparó a recibir un nuevo reproche.

–¿Sí, Adepta?

–No volváis por el Exeunt Tertius. Ya deben de haber aislado el fallo del sistema. El equipo de seguridad...

–Gracias, Helena. –Antígona quiso pronunciar unas palabras de despedida, algo que expresara su gratitud no sólo por este último favor inesperado sino por todo lo que había hecho la adepta por una novicia torpe y poco prometedor a lo largo de los años. Lo único que se le ocurrió fue una última exhortación–: Manténla a salvo.

Helena asintió con semblante serio. No le hacía falta preguntar a Antígona a quién se refería.

–Vete –dijo, malhumorada. La adepta volvió la espalda a Antígona para evitar que se prolongara el debate. Sacudiendo la cabeza, arrojó el arma asesina al montón de hierros retorcidos del centro de la estancia.

A los oídos de Antígona, aquella única palabra reverberó y resonó, reflejándose a sí misma, redoblándose a cada repetición.  
*¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!*

Se sobrepuso a los burlones susurros del pasado y cruzó el pasillo de acceso como si la única vía de escape pudiera evaporarse de pronto ante sus ojos. Otro espejismo, otra tenue impresión retinal

de los reproches pasados refractada en medio del humo y la vorágine de calor.

\_\_\_\_\_ 21 \_\_\_\_\_  
**Ojos de regio azul**

–No te cuento todas estas cosas para hacerte daño, Peter –dijo Sturbridge. Se acercó a él y le apoyó una mano en el hombro–. Te lo digo para que me creas cuando te cuente otras cosas, más inverosímiles, sobre el embajador, sobre Eva y sobre lo que ha estado ocurriendo en este lugar. ¿Me comprendes?

–No entiendo nada, Aisling –repuso Dorfman–. ¿Intentas decirme que estos asesinatos cometidos en la capilla se han orquestado en la Casa Madre de Viena? Admitirás que todo esto resulta... difícil de creer.

–Lo sé. Pero tienes que darte cuenta de que hay personas muy poderosas detrás de esto, Peter. Personas sumamente poderosas. Si me devuelves a Viena en estos momentos, si me llevas ante un tribunal, habré muerto antes de poder pronunciar una sola palabra en mi defensa.

–Aisling, no seas melodramática. ¿Por qué querría verte muerta nadie en la Casa Madre? O, ya puestos, ¿por qué querría nadie organizar una serie de asesinatos en una capilla que está a medio mundo de distancia? No tiene sentido. ¿Qué pruebas tienes para sustentar estas acusaciones?

–He hablado con las víctimas –respondió Sturbridge, lacónica–. No con las víctimas de los asesinatos, aunque ellas también están ahí, sino con las víctimas de la conspiración principal... con sus peones. Eva, Aarón, el embajador, todos ellos están ahora en mi interior. Sus secretos son mis secretos.

–¡Basta! ¿Quieres que crea que, de alguna manera, has... interrogado a los muertos?

–A los muertos no, exactamente. Más bien las cosas que

atormentan a los muertos en sus horas de insomnio. Como tu...

–¡No! Como mi nada. Mira, no se qué me has hecho. Ha sido impresionante, pero lo mismo podrías haber utilizado una nueva variante de lectura mental de tu invención. No puedo presentarme ante el Consejo y decirles que todo esto ha sido una especie de enorme malentendido sólo porque tú me hayas contado esas cosas. Porque hayas descubierto cosas sobre mí. Nadie se va a dar por satisfecho con eso, Aisling. Nadie.

–No te digo que vayan a darse por satisfechos, Peter. Digo que, si me conduces ante ellos ahora, me matarán. Para evitar que cuente lo que sé ante un tribunal. Y mi muerte pesará sobre tu conciencia.

–Sé razonable, Aisling. ¿Qué otra elección tengo? Créeme, será mejor para ti que vuelvas a Viena conmigo. La única manera de resolver esto pasa por presentar un cuerpo. El cuerpo del embajador, vivito y coleando, o el tuyo, no tan vivito.

–Me pregunto qué será de ellos. Cuando yo me haya ido.

–Se las apañarán, Aisling. Tengo algo de influencia. Me ocuparé de que el resto del noviciado escape a las represalias.

–Te tomo la palabra. Pero no me refería a los novicios. Hablaba de los Niños.

Dorfman exhaló un suspiro y se frotó el puente de la nariz.

–Mira, Aisling, ya sé que has visto cosas. Cosas muy inquietantes. Pero incluso a mí me cuesta creer todo esto de las pesadillas, que te hayas "comido a nuestros muertos". Es imposible que informe de algo así al Consejo y no nos ordenen acudir a los dos de inmediato a Viena antes incluso de que se seque la tinta sobre el papel.

–Ya lo sé, Peter.

–Entonces, ¿qué es exactamente lo que quieres que haga?

–Quiero que me creas.

–Te creo.

–Mientes. Si creyeras lo que te he dicho, estarías asustado. Porque se está tramando una conspiración, y de las gordas. Y tú estás atrapado en medio sin saber nada. Y esa circunstancia, incidentalmente, conseguirá que nos maten a los dos.

–Vale, te escucho. ¿Qué tal si me explicas exactamente por qué

se supone que voy a morir? ¿Por toparme con algún tipo de conspiración? ¿Por culpa de unas cuantas pesadillas? ¿Por qué?

Su tono era de burla, pero sus ojos estaban clavados fijamente en los de ella. Escrutando, indagando, intentando arrancarle sus secretos.

Pero ella estaba preparada para esto. En sus ojos, él sólo encontró su propia cara, reflejada, invertida. Se apartó y reanudó su nervioso deambular.

–¿Cómo quieres que te ayude si ni siquiera me dejas entrar? Tengo que saber la verdad, Aisling. Hechos contundentes y pruebas irrefutables.

Sturbridge sacudió la cabeza.

–Buscas en la dirección equivocada. Yo ya no tengo más verdades. Lo único que me quedan son recriminaciones y fracasos, los míos y los de aquellos que hemos perdido. Si quieres respuestas, si quieres ayudar, tienes que volver. A Viena. A la Casa Madre.

–¿Y qué se supone que tengo que hacer? Pongamos por caso que vuelvo y les digo que el embajador está muerto, caso cerrado. ¿No te parece que querrán saber cómo murió? ¿Y por qué?

–Murió porque se había convertido en un incordio. Estaba planteando demasiadas preguntas correctas. Estaba haciendo exactamente lo mismo que haces tú ahora.

–¿Estás amenazándome?!

–No fui yo la que asesinó al embajador. Pero si me presentara en la Casa Madre y pronunciara el nombre del responsable... Aunque no me permitirían llegar tan lejos.

–¿Quién asesinó al embajador? –preguntó Dorfman, más sereno.

–Se hacía llamar Eva. Eva Fitzgerald. Era una novicia de esta casa. Había empezado a considerarla mi protegida. –Sturbridge se rió. Era un sonido basto, rechinante, como si se hubiera roto algo en su interior–. Mi alumna más prometedora, y no es de extrañar.

–¿Intentas decirme que era una especie de topo, una enviada de Viena?

–¿Un topo? –Sturbridge volvió a reírse–. Más bien una florecilla curiosa, hermosa y letal al mismo tiempo. No creo que "enviada" sea la

palabra adecuada. Aunque es cierto que venía de la Casa Madre.

Una expresión de preocupación ensombreció el semblante de Dorfman.

–Aisling, me...

–Eligió un nombre evocador, ¿no te parece? Creo que se decantó por "Eva" porque sonaba parecido al de mi propia hija. Maeve. Sin duda eligió su aspecto físico por ese motivo, para jugar con mis sentimientos... con mi pérdida, mis pesares.

Dorfman la cogió por los hombros.

–Aisling, basta. No te encuentras bien...

–Pero también el "Fitzgerald" resultaba evocador. Me pregunto si alguna vez conocerías a algún Fitzgerald, mi pequeña. En Londres, tal vez. Tengo entendido que allí es tradicional entre los vástagos de sangre real. ¿O sería eso antes de que tú nacieras?

–¡Aisling!

Sturbridge levantó la cabeza de golpe, pero la ladeó igual que un pájaro curioso. Lo miró a los ojos. En el fondo de esas profundidades Dorfman vio, no el familiar reflejo de sus defensas, cuidadosamente levantadas, sino las infinitas honduras de unas aguas turbias y gélidas.

Había un rostro allí abajo, el rostro de un niño. Flotando silenciosamente a merced de una misteriosa corriente. Era tan radiante como una luna y estaba enmarcado por enredados mechones de lo que alguna vez debía de haber sido una melena rubia. Una corona alborotada. Pero fueron aquellos ojos los que le llamaron la atención, los que no le concedían descanso. Eran azules, de un azul regio, pero vacuos, vidriosos, sin vida.

Entonces, mientras Dorfman observaba con creciente terror, el rostro le dedicó una sonrisa de desdén. Los socarrones labios azulados se separaron y frunció, vocalizando mudas palabras. En contra de los dictados de la sensatez, Dorfman se acercó aún más.

La tenue exhalación susurrada olía a rancio y estancado, a sepulcro acuático. Hizo cuanto pudo por ignorar el hedor y se acercó todavía más.

–Díselo –susurró Eva, exultante–. Dile a Padre que ya está hecho.

Nada más que un reguero de agua negra salió de sus labios.

Dorfman se apartó de ella y se encontró, una vez más, inclinado sobre Sturbridge, contemplando el hilo de sangre negruzca que escapaba de sus labios resquebrajados.

Sturbridge entreabrió los labios, pero no fue su voz la que se escuchó.

–Pregúntale si se siente orgulloso de mí, Peter. Prométeme que se lo preguntarás.

–¡Cállate! –Dorfman se puso en pie de un salto, volcando la silla, y se impulsó hacia la puerta.

–¿Adónde vas, Peter? –Esta vez era la voz de Sturbridge, aturdida, desorientada.

–A Viena. Necesito respuestas. Respuestas sinceras. No sólo estos desvaríos e insinuaciones. Parece que alguien no ha sido del todo sincero acerca de esta investigación. No me gusta cuando la gente me oculta cosas. Menos cuando se trata de cosas que podrían costarme la vida.

–Pero ¿cómo sabrás a quién estás buscando cuando las encuentres?

Dorfman se giró.

–Ésa, Aisling, es la incógnita más simple de todas. Lo sabré porque querrán matarme. Pero no te preocupes. Se me da bastante bien encontrar a las personas que intentan asesinarme. Mientras tanto, permanecerás aquí. Y cuando digo "aquí" me refiero a esta habitación. Te pondré oficialmente bajo arresto domiciliario si me obligas.

Estaba preparado para discutir este punto. Cuando Sturbridge no hizo ademán de protestar, la observó con franco escepticismo.

–Hablo en serio. No me contradigas en esto, Aisling. Tengo que saber que estarás a salvo hasta mi regreso. Y no puedo permitir que vayas por ahí asustando a los novicios y dando palizas a mis hombres. Volveré en cuanto pueda. Mientras tanto, estarás confinada en tus aposentos. Órdenes del médico. Y no quiero que te acerques a mis hombres. No hará falta que te diga lo mucho que me costó encontrar a Stephens... por no hablar de sacarlo de ese condenado diagrama tuyo abajo en las criptas.

–El diagrama no era mío –musitó Sturbridge.

–Me da igual de quién fuera, tuyo, de esa novicia renegada, el caso es que...

–Era el diagrama de Eva.

Dorfman se contuvo para no proferir una maldición. Parecía que las cosas que desconocía estaban decididas a acabar con él, de una forma u otra.

–¿Algo más que me estés ocultando? –No pudo apartar la nota de exasperación de su voz.

–Sí. Que voy a Viena contigo.

–¡De ninguna manera! Tú te quedas aquí, lejos del peligro.

Sturbridge hizo caso omiso de su arrebató.

–Pero no iré a la Casa Madre como tu prisionera –musitó–. No, la única forma de salir de esto que se me ocurre pasa por que me hagas partícipe de los pormenores de tu investigación, en calidad de socia. Si no te despegas de mi lado, a lo mejor puedo ayudarte para que no hagas las preguntas erróneas a las personas equivocadas.

Dorfman se carcajeó de esta última presunción.

–Estás chiflada. Lo sabes, ¿no? No puedo convertirse en mi socia. He venido para investigarte, ¿recuerdas?

–Pues redacta un informe en el que se me exculpe de cualquier posible infracción y otro solicitando oficialmente mi colaboración en el caso. Eso les pondrá nerviosos. Y luego nos presentamos en Viena...

–Ni hablar. Te recuerdo que hace apenas un minuto me aseguraste que te matarían en cuanto te dejaran hablar contra ellos en la Casa Madre. Quienesquiera que sean "ellos".

–Por eso somos socios en esto. Yo impido que cometas alguna tontería y consigas que te maten. Tú impides que me maten hasta que consiga cometer una tontería. ¿Trato hecho?

Dorfman le volvió la espalda y salió de la habitación.

Dorfman irrumpió en la Sala de Audiencias a través de la entrada privada de la regente, detrás del estrado. Himes y Stephens estaban ocupados entrevistando a una Helena que cada vez parecía más fatigada. Incluso su postura evidenciaba que la acuciaban asuntos en otra parte y lamentaba que la hubieran interrumpido y arrastrado hasta aquí de nuevo.

–Esto es impresionante. –Stephens se encontraba encorvado sobre la elaborada Tabla de Correspondencias que estaba desplegada entre ellos. La hoja, que sobresalía de los bordes de la larga mesa de banquetes plegable, estaba poblada de aclaraciones minuciosamente detalladas e intrincada caligrafía–. ¿Puedo?

Helena puso los ojos en blanco.

–Caballeros, en serio. Me encantaría ayudarles a repasar todas y cada una de las curiosidades del domicilium del noviciado, pero ahora mismo me encuentro en plena caída del delicado sistema de seguridad, por no hablar de una urgencia médica, y si fuera posible que me ahorraran...

Helena levantó la cabeza cuando entró Dorfman. Al ver a Sturbridge pisándole los talones, la adepta enmudeció. Se mostraba inconfundiblemente incómoda y se negó a mirar a su regente a los ojos.

Stephens, tomando el silencio de Helena por una concesión, trazó la sinuosa ruta de símbolos arcanos con un dedo, preocupándose de no tocar la obra. Una llamativa línea roja atrajo su atención. Las palabras adornaban esa línea igual que el fruto maduro de una parra. Repasó las enigmáticas inscripciones que alternaban el griego con el latín, el hebreo con el arameo, el sánscrito con las runas nórdicas y éstas con los jeroglíficos egipcios.

No destacaba por su don para las lenguas. Recurrió constantemente a las anotaciones al margen para realizar casi todas sus interpretaciones.

–Distingo Marte... el planeta y el dios, aparecen los dos aquí. Fuego, Ares, el color rojo. Guerra, un caballo rojo, lucha, ira, espadas. La espada de doble filo, la espada de Damocles, las espadas del tarot, Excalibur. Agni, sur, desiertos. Exilio, tentación. Algo en hebreo, ¿"Gevurah"? Pasión. Brigid, poesía, la cruz. El elemento generador,

poder, el quinto chacra. Ruido, Miguel, el guardián...

Parecía que se hubiera perdido en el laberinto de imágenes, conceptos, conjeturas que surgían de la página. Stephens meneó la cabeza como si quisiera liberarse de su hechizo.

–Increíble. Cuanto más lo miro, más perdido me siento. Esto no es solamente una obra de arte, es un acertijo, un puzzle. A veces creo que he encontrado el atisbo de una sombra de razón huyendo igual que una criatura salvaje asustada entre los elementos dispares. Y luego desaparece de nuevo.

–Ten cuidado con esa criatura –dijo Sturbridge, enigmáticamente–. No es, como te imaginas, un atisbo de razón. Más bien al contrario, es algo salvaje. Una bestia que se alimenta de conexiones lógicas, de la razón, de la disciplina. Ésas son sus víctimas. Las seduce, las atrapa, las destroza, las desangra.

Stephens se sobresaltó al oír su voz, reparando por fin en la presencia de Sturbridge y su superior. La miró iracundo.

–¿Es eso una amenaza, señorita Sturbridge? –Sturbridge se irguió cuan alta era, enojado. Se abstuvo deliberadamente de otorgar a la regente el título que le correspondía. No estaba dispuesto a olvidar ni a perdonar el hecho de que Sturbridge había sido cómplice de su reciente encarcelamiento.

–Los que ahondan en nuestros secretos –repuso Sturbridge, sin alterarse–, antes deben aprender a recelar de la bestia en todas sus formas. A ti te parece un acertijo, un enigma. Aunque puede que te gusten demasiado los misterios.

–Todos servimos en la medida de nuestras posibilidades –intervino Himes, en un intento por aliviar la creciente tensión–. Mi socio es, como decís, un gran aficionado a desentrañar lo oculto. Hay quienes tienen otros talentos. Esta pieza de aquí, por ejemplo, es admirable. La adepta nos estaba contando que es obra de una simple novicia, aunque debo admitir que me cuesta creerlo. Mire el detalle, las relaciones espaciales entre los elementos complementarios. Es obra de un genio, tanto desde el punto de vista arcano como artístico. He de confesar que me siento impresionado. Me encantaría conocer a esta novicia.

Helena se revolvió incómoda cuando Himes atrajo de nuevo la

atención sobre su presencia, pero fue Sturbridge la que respondió.

–Me temo que eso no va a ser posible. La señorita Fitzgerald ya no está con nosotros.

–¿La señorita Fitzgerald? –inquirió Himes.

–Eva –explicó Helena–. Ahora, caballeros, si me disculpan...

–¡Ah sí, Eva! –exclamó Himes, comprendiendo–. ¡La protegida de la regente! Mi más sentido pésame, regente Sturbridge. Nunca es fácil perder un aprendiz tan prometedor. Y menos en circunstancias tan... desagradables. –Escrutó su rostro, taimado, pero Sturbridge no dio señales de sentirse atraída por ese cebo.

–No tenemos tiempo para esto –saltó Dorfman–. Cuando hayáis acabado con la adepta, ocupaos de que la escolten hasta sus aposentos.

Helena comenzó a protestar acerca de la cantidad de trabajo que le quedaba por hacer esa noche.

–Procura descansar –dijo Sturbridge–. Confío en ti para que te ocupes de los novicios durante mi ausencia. Asimismo, ayudarás a los investigadores en todo lo que puedas. Es fundamental que se les permita concluir esta investigación con la mayor presteza y los menores impedimentos posibles. ¿Comprendido?

–Sí, Regencia, pero tengo que decirle una cosa. He hecho algo que... –Entonces sus palabras parecieron achicarse–. ¡¿En su ausencia?! ¿No querrá decir que...?

Sturbridge rodeó la mesa y apoyó una mano en el hombro de Helena.

–No te preocupes, Helena. No temas por mí. Vuelvo a Viena con el Pontífice. Esta mañana.

Helena la miró fijamente sin comprender. Su voz apenas si era más que un susurro.

–¿A Viena? ¿La han llamado a Viena?

Sturbridge esbozó una sonrisa.

–Me temo que no se trata de algo tan romántico. Peter está de acuerdo en que hay algunas respuestas que el Consejo será incapaz de aceptar, a menos que provengan directamente de mí. ¿Cómo van a creer lo que ha sucedido aquí, con el embajador, con Eva, con los Niños, a menos que esté yo allí para demostrárselo? Ni siquiera tú me

creíste al principio. –Propinó a Helena un cariñoso apretón en el brazo–. No te preocupes por mí, Helena. Pero necesito que sigas adelante aquí, que seas fuerte. Por los novicios.

Helena sólo pudo sacudir la cabeza.

–Así que se trata de eso. Algo más con lo que tenerme ocupada, callada. Bueno, pues no me lo trago. Y no pienso abandonarte. Si te llevan a rastras ante un tribunal en la Casa Madre, tendrán que arrastrarme también a mí. A fin de cuentas, fui yo la que... Tengo que empezar a enderezar algunas cosas.

–Helena. Piensa un poco. –Sturbridge tiró de ella para llevarla aparte. Bajó la voz para eludir oídos indiscretos–. Te ordenaré que te quedes si tengo que hacerlo, pero no me gustaría. Dorfman está dispuesto a darte otra oportunidad. En este juego no se suelen recibir segundas oportunidades, hazme caso. Serías una estúpida si no la aprovecharas. Tú límitate a mantener la cohesión aquí, sólo un poquito más. Síguelas la corriente, da el brazo a torcer para facilitar la investigación. Y luego, cuando todo esto haya acabado, serás la persona en la que sabrán que pueden confiar. Tú mantén la cabeza fría y te ofrecerán la regencia adjunta. Cuando recuerdo todas las concesiones que tuve que hacer para convertirme en regente adjunta... En cualquier caso, no voy a tolerar que eches esto a perder. Tú te quedas. Te ocuparás de que todo aquello por lo que hemos luchado tanto... durante todos los años que duró el asedio del Sabbat... den su fruto. Confío en ti.

Helena agachó la cabeza y se negó a mirar a la regente a la cara.

–Pero Regencia, no lo entendéis. Lo que intento deciros es que fui yo la que...

–Basta. Eso ya no importa. Todos hemos cometido alguna estupidez en las últimas semanas. Da gracias porque tus errores no hayan acabado con la vida de nadie. Yo no puedo decir lo mismo. Pero eso se ha terminado. Lo importante es que ahora hagas lo que tienes que hacer. Ya sé que no ha sido fácil para ti, Helena, pero estoy orgullosa de lo que has conseguido. No lo estropees ahora.

Helena seguía sin mirarla a los ojos. Se sentía dolida, furiosa, y no tenía nadie con quien desahogarse.

–No vas a volver, ¿verdad?

–No, Helena. No puedo prometerte que vaya a volver.

–¿Entonces qué demonios va a ser de nosotros? No me refiero a la capilla. Ya sé qué es lo que quieres que haga por la capilla. Pero, cuando ya no estés, ¿qué será de nosotros? Pensaba que tenía la respuesta hasta ese maldito día en que cesaron las pesadillas. Y desde entonces todo ha ido mal. ¡Todo! Estos Astores, no saben lo que pasó aquella noche. Y no hay forma de que ninguna estúpida investigación vaya a conseguir que todo eso se evapore. ¿Qué saben ellos de los Niños? ¿De las pesadillas? ¿Del daño que hemos sufrido? No pueden enfrentarse a esta cosa... ni siquiera pueden darse cuenta de lo que ocurre. No hay nada que puedan golpear.

Sturbridge sentía el dolor de la adepta, olía la sangre que la empapaba. Pero esa hemorragia no se cortarían. No se podía cerrar una herida que no era una herida.

–Todavía no me he dado por vencida. Así que no quiero que tú lo hagas. Si vuelven, las pesadillas, digo, sabrás que he... Bueno, sabrás que he fracasado. Que no pude convencerlos. Pero hasta que ocurra eso, sabrás que estoy bien. Que sigo ahí fuera, luchando. Y yo sí puedo ver a qué nos enfrentamos.

Sonrió y, cogiendo la barbilla de Helena, alzó la cara de la adepta hasta que se cruzaron sus miradas.

–Cuida de mis novicios.

Helena intentó separarse, pero Sturbridge la sostuvo con firmeza. Al cabo, la adepta cejó en su esfuerzo.

–Como ordenéis, Regencia.

Sturbridge la abrazó.

–Tenemos que irnos –dijo Dorfman, junto al hombro de Sturbridge. Se giró y llamó a Himes y Stephens–. Espero que me enviéis vuestros informes cada noche hasta mi regreso. Los quiero sobre mi mesa, en Viena, cuando me levante. Me gustaría que cerráramos este asunto sin más dilación. Entrevistaréis al Maestro Ynnis de inmediato cuando haya terminado de ayudarnos con los preparativos de nuestro viaje. Mañana por la noche buscaréis al adepto Johanus, si es que no ha vuelto aún a la capilla. Eso os deja una noche extra para concluir las pesquisas. Tres noches, ni una más.

¿Ha quedado claro?

–Perfectamente claro, mi lord –respondió Himes–. Esperamos que tengáis éxito en vuestro viaje.

–Gracias. Y buena caza. Si no recibís noticias más antes de tres días, acudid al punto de reunión y aguardad instrucciones. Regencia, después de vos.

Sturbridge realizó una leve reverencia y abandonó la Sala.

### **Un cadáver negro y disecado**

Debían de haber compuesto una estampa inusitada cuando entraron en el Gran Salón, hombro con hombro. El negro cadáver que era Felton no podía aspirar siquiera a tenerse en pie sin la ayuda de Antígona. Con el amanecer tan próximo, la estancia estaba desierta. Y ése era un pobre consuelo. La habitación todavía mostraba indicios, no obstante, de las investigaciones que habían dejado a medias los Astores.

Ni siquiera Antígona, que se había familiarizado hacía tiempo con la perturbadora costumbre de la sala de seguir el ejemplo de sus visitantes, estaba preparada para la escena que tenía ante sí. En algunos lugares, el salón había adoptado un aspecto inconfundiblemente medieval. La parafernalia de la Inquisición que ocupaba las húmedas paredes, de mazmorra, debía de haber sorprendido desagradablemente a los Astores. Aprensiones erráticas extraídas de las mentes de los novicios entrevistados, dotadas de vida.

Pero ninguno de los instrumentos de tortura tuvo un efecto tan pronunciado sobre Felton como el propio Gran Portal. Cuando apareció la salida, se agitó, cada vez más conforme se aproximaban al recibidor. Hizo cuanto pudo por clavar los talones en el suelo, balbuciendo algo con voz ronca, destrozada. Tras intentar dilucidar sus palabras por un momento, a Antígona le pareció entender algo así

como, "Debemos regresar".

–No podemos volver ahora –explicó, susurrando. No quería correr el riesgo de encontrarse con alguno de sus "invitados", que podría estar rematando alguna faena inconclusa. A pesar de su cautela, empero, sus palabras despertaron ecos en el vasto espacio abierto. Se encogió ante el sonido de su propia voz, como si fuera algo monstruoso—. Ya casi hemos llegado, casi hemos salido. Sólo un poco más.

–¡No! No puedo irme sin eso. Ni hablar.

*Esto es ridículo*, pensó Antígona. Por un momento, pensó en cargarse a Felton sobre el hombro y sacarlo de allí por la fuerza. Entonces comprendió lo que intentaba decirle.

–¿No puedes irte sin qué?

–Papeles. Mi informe. ¡Soy inocente! No puedo demostrarlo sin ellos.

–Oh, por el amor de Dios, olvídate de esos malditos papeles. Ya no nos hacen ninguna falta. Sabemos quién voló ese edificio, quién tendió la trampa. Pero tenemos que darnos prisa. Si nos atrapan aquí...

Felton meneó la cabeza, obstinado. El gesto fue lento y agónico. Antígona vio cómo se agrietaba y desprendía la piel de su cuello. De él manaba un hilo de sangre y el vasto salón parecía embeberse de su embriagadora fragancia. A punto estuvo de tropezar con una rama que sobresalía de un montón de leña que rodeaba un poste alto. Habría jurado que la estaca y la pira no estaban en su camino hacía un instante. Gruñó algo ininteligible y dio la vuelta a Felton para encararse con él.

–Tienes que quitártelo de la cabeza. La habitación captura todos los miedos y deseos que no se vigilan. Les da forma. Tienes que...

–Se interrumpió cuando una lengua de fuego cobró vida y cubrió la rama más cercana. Comprendió que era inútil. Su dolor estaba demasiado cerca de la superficie, su miedo era irrefrenable. Lo mejor que podía hacer era salir de allí, cuanto antes.

Cambió de estrategia.

–Vale, ¿dónde has dejado esos malditos papeles?

–Los tenía. En el fuego. Con Jervais, me... –se interrumpió,

inseguro, tanteando con gesto ausente los humeantes andrajos que permanecían adheridos a él.

–Aguanta –ordenó Antígona. Despacio, despegó un trozo de basto tejido a la altura de su corazón. El borde deshilachado se redujo a cenizas en su mano. Con suma cautela, metió la mano y tanteó el bolsillo oculto. Algo crujó en su interior. A juzgar por el sonido, sabía lo que iba a encontrar.

Vio el borde negro y ennegrecido de un maltrecho sobre de papel de estraza que sobresalía del bolsillo.

–Está bien. Está a salvo. Todavía lo tienes ahí. Ahora, pongámonos en marcha antes de que...

Sus palabras se perdieron sin surtir efecto cuando vio que alguien corría hacia ellos, con intención de interceptarlos.

Un instante después reconoció a Talbott, el Hermano Portero, que avanzaba resuelto hacia ellos. Por lo menos no era uno de los Astores. Aunque, llegados a ese punto, el mero hecho de que los descubriera cualquiera suponía un problema.

Cuando se hubo aproximado, una expresión de preocupación resquebrajó la compostura profesional de Talbott.

–Estáis heridos –dijo, revoloteando a su alrededor. El hecho era tan dolorosamente obvio que Antígona encontró sus palabras inusitadamente graciosas. Contuvo la risa, temerosa de que, en las circunstancias actuales, bien pudiera sonar algo histérica. Aunque la histeria no estaría completamente injustificada.

Talbott le dedicó una mirada de curiosidad.

–Venid conmigo –dijo, lacónico–. Este hombre necesita atención médica inmediata. Llamaré al Maestro Ynnis.

Antígona vio cómo cogía delicadamente a Felton de un brazo y lo apartaba de ella, en dirección a la fuente del centro. Quiso protestar, pero le faltaban las palabras. Sintió cómo la golpeaba el pleno impacto de los acontecimientos de esa noche. La sensación era comparable a ahogarse en una piscina de alquitrán.

–Mr. Felton, ¿verdad? –dijo Talbott, como si el simple hecho de mantener una cháchara constante pudiera mantener las negras alas de la muerte lejos de su impuesto protegido–. Recuerdo el día que vino a visitarnos, señor. Lo acompañaba un amigo, ¿no es así? A ver,

cómo se llamaba. Deje que piense.

–Charlie –boqueó Felton, un sonido roto, hueco–. Se llama Charlie. Pero no quiero que se implique en esto. No...

–Calma, calma. Que quede entre nosotros, claro que sí. Charlie puede venir a verlo dentro de unos días, cuando se sienta usted mejor. El intercomunicador está averiado en estos momentos, así que lo acomodaremos aquí mientras Antígona va a buscar al médico. ¿Qué le parece eso?

Lanzó una mirada airada a Antígona, que permanecía en el lugar exacto donde la había dejado. Hizo un brusco ademán con la cabeza para indicarle que debería darse prisa.

–Mis papeles...

Los ojos de Talbott no se apartaron de Antígona.

–Chitón. Ahora no tiene que preocuparse usted de eso.

Antígona se está ocupando de todo, ¿a que sí, tesoro? Claro que sí. Ya hablarán los dos de eso más tarde, cuando el médico haya tenido ocasión de auscultarlo. ¿Vale? Verá qué pronto se recupera.

Para irritación de Talbott, Antígona seguía sin dar muestras de querer ir corriendo en busca del médico. En vez de eso, avanzó serena hacia ellos.

–Me temo que no vamos a quedarnos a esperar al médico –dijo, armándose de valor para la ocasión–. Tenemos que salir de aquí. Con discreción. Y enseguida. ¿Me explico?

Talbott abrió mucho los ojos. Detectaba el acero en su voz.

–No estáis en condiciones de ir a ninguna parte –señaló, razonablemente. Luego su voz recuperó su acostumbrado tono de engreída competencia–. Además, tengo órdenes de encargarme de que Mr. Felton reciba los materiales de lectura que precise y ocuparme de que regrese a su celda sano y salvo. Órdenes de la regente.

–Las órdenes han cambiado –dijo Antígona, preguntándose de qué órdenes hablaba Talbott–. Tenemos un fallo de seguridad entre manos. Tengo que sacarlo de aquí. Enseguida.

–¿Por su propia seguridad? –retó Talbott, en voz baja para dar la impresión de no querer que Felton lo oyera–. Si lo sacas ahora, en su estado, podría morir.

–Escucha, Talbott. Si nos quedamos, no sobrevivirá a esta

noche. ¿Me entiendes? Van a matarlo. Su seguridad depende de mí. Sturbridge me dijo que lo llevara a...

Talbott levantó una mano y la interrumpió bruscamente.

–Por favor. Procura no contarme nada que no debería saber. Hace cuarenta años que nos conocemos. ¿Tengo tu palabra de que la regente te ha encargado sacar a este hombre de la capilla?

–Lo juro.

–De acuerdo. En ese caso, me parece que ahora entiendo las curiosas órdenes de la regente. Me extrañaba que enviara a nuestro invitado a mí para que les consiguiera material de lectura cuando el Hermano Jerome bien pudiera habérselo conseguido. Debía de tener prevista la necesidad de sacar al señor Felton de la capilla.

–Gracias, Talbott. Nunca olvidaré esto. –Antígona se volvió hacia Felton–. Vamos. Salgamos de aquí mientras podamos.

Felton sólo pudo asentir mientras ella le ayudaba a incorporarse. Juntos, dieron la espalda al refugio de la Pirámide Tremere.

–Claro que los veo –siseó Donatello–. ¿Cómo estás tan seguro de que se trata de él? A mí el tipo ese me parece una piltrafa.

–Mira quién va a hablar –espetó Caleb, suprimiendo apenas una risita. A modo de respuesta, su compañero le propinó un codazo en las costillas. Desde su observatorio en lo alto del tejado del edificio de ciencias gozaban de una amplia panorámica de Millbank Hall, la vía de acceso más pública al reino subterráneo de los brujos, la Capilla de los Cinco Distritos. Las dos siluetas que se alejaban tambaleantes, hombro con hombro, de la sombra del edificio administrativa no pertenecían a ningunos juerguistas trasnochadores. Se mantenían agazapados en las sombras en la medida de lo posible y avanzaban con cautela.

Desde su otero, Donatello había visto ya más estudiantes de los

que podía recordar, engalanados aún con los restos de la velada anterior, enfrascados en el tradicional y bochornoso regreso a casa de madrugada. Ésta, no obstante, no era una de esas ocasiones.

–¡Míralo! –insistió Caleb con un susurro enfático–. Es él. Juraría que es él. He visto esas cintas de seguridad al menos cien veces. Lo que pasa es que te da rabia que yo me haya dado cuenta primero.

Donatello escrutó con más atención. El sujeto tenía la constitución adecuada, pero el centinela Nosferatu no terminaba de convencerse.

–Qué va, el tío que buscamos es blanco. Ya te gustaría a ti que fuera ése. Como anoche, cuando viste a Sturbridge.

–La vi –insistió Caleb, dolido–. Qué culpa tengo yo de que esto se te dé fatal. Y ese individuo es blanco, mírale los brazos. ¡Mira!

Los andrajos cubrían precariamente al hombre del suelo. Los bordes raídos ondeaban a su paso. Ahora que se fijaba, Donatello distinguió la línea de piel pálida que se revelaba a intervalos.

–Que me aspen. De acuerdo, parece que los Tremere se han cebado con él, sea quien sea. Lo han chamuscado de lo lindo. ¿Tú crees que es él de verdad? El pirómano loco, digo.

–Te digo que es él. Parece que esos condenados brujos lo han cogido primero, cabrones furtivos. Pero esta vez no se nos va a escapar. No señor, basta de estúpidas guardias para Caleb. Tú juega bien tus cartas y le diré a Emmett que ayudaste a capturarlo.

Donatello puso los ojos en blanco.

–Lo tuyo son delirios de grandeza. Ni siquiera estamos seguros todavía de que sea él. Y no vas a capturar a nadie: Tenemos órdenes, ¿recuerdas? Como una mosca en la pared, dijo Emmett. Vigila la entrada, dijo. Nada de contacto no autorizado con los Tremere, punto. Nada en plan intervención médica de urgen...

Caleb le propinó un coscorrón.

–¡Ahí sí que has dado en el clavo, da Vinci! El tío está hecho polvo. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué tal si vamos y practicamos una pequeña intervención médica de urgencia?

Donatello lo apartó de un empujón.

–Ya, ahora resulta que eres su ángel de la guarda. Qué capullo. Vale. Vamos a echarles un vistazo de cerca. Para demostrar que eres

imbécil, nada más. Pero esta vez procura mantener la calma. La última pareja a la que te apareciste...

–No fue culpa mía. Se acojonaron. ¿Cómo iba a saber yo que se pondrían así al ver unas cuantas llagas abiertas y eso?

–Mamón. Tú tranquilo, ¿vale? Y no pierdas la cara.

Caleb esbozó una mueca espantosa, arañándose los párpados con unas garras encostradas, como si quisiera arrancarse la mitad superior de la cabeza.

Donatello soltó un bufido de repugnancia y le dio la espalda.

–¿A quién habré cabreado para tener que aguantarte?

–masculló.

Caleb se apresuró a alcanzar a Donatello mientras éste se agachaba, se agarraba al extremo del alero con una mano y saltaba por el borde del tejado. El suelo estaba a unos nueve metros.

–Emmett. ¡Bah! –rezongó Caleb, antes de seguir a su compañero.

\* \* \*

Antígona se percató de que su improbable comitiva había ganado todo un séquito durante el transcurso de su viaje a las profundidades de la ciudad. No le molestaba. Era mejor que todo el mundo oyera lo que tenía que decir al príncipe.

Los dos Nosferatu que los habían interceptado a la salida de la capilla estaban más impresionados por sus presas que ella por ellos. Habían esperado resistencia, sin duda. O una negativa, al menos. Quizá esperaban en secreto asistir a un espectáculo pirotécnico cortesía de la escolta Tremere del prisionero. Todas sus esperanzas se habían visto frustradas.

Parecían tan alicaídos y ridículos que a Antígona le había costado resistir la tentación de exigirles que la condujeran ante su líder. A decir verdad, su súbita aparición le había supuesto un cierto alivio. No le apetecía regresar al escenario del último atentado en el instituto. En ese momento, lo que menos necesitaban era que alguien de la prensa o, peor aún, la policía reconociera a Felton y comenzara a formular preguntas impertinentes.

Resultaba mucho más cómodo entregarse a los Nosferatu y acabar de una vez. Ellos la llevarían donde tenía que ir, y se congratularían por haber encontrado al hombre que llevaban buscando desesperadamente desde hacía unas cuantas noches. Demonios, a lo mejor hasta los condecoraban por eso. Esperaba que así fuera. Ella misma les colgaría una medalla.

Había hecho lo mejor que podía esperar. Cuando sus asaltantes se cernieron sobre ellos, se había alegrado tanto de ver sus caras deformes que había musitado un ferviente, "Gracias a Dios", se había abrazado al primero que se acercó (y que luego supo que se llamaba Donatello) y le había dado un beso.

Él había estado a punto de tropezar al retirarse apresuradamente, para regocijo de su compañero.

–Tendrás que perdonarlo –se mofó Caleb–. Siente debilidad por las brujas. –Esto le provocó un ataque de risa a costa de su socio y contribuyó a expulsar a las sombras al abochornado Donatello.

Así acababa su temerario intento de arrestar al célebre pirómano.

Antígona descubriría más tarde que ella no era el primer miembro de la hermandad Tremere con el que se había cruzado Donatello. Hacía algunos años, durante el transcurso de la investigación de la muerte de un joven artista mortal, se habían cruzado los caminos de la regente Sturbridge y Donatello. En aquella memorable ocasión, la regente, supuestamente, había dicho que lo encontraba atractivo. La propagación de esta anécdota había granjeado una romántica reputación al Nosferatu entre sus antisociales congéneres. Nunca había conseguido sobreponerse del todo a esa experiencia, y no era descabellado que quisiera hacerlo. Era igualmente improbable que lograra superar este último interludio. Durante el trayecto rumbo a las madrigueras, se mantuvo taciturno y enfrascado en sus pensamientos.

Al mirar a Caleb, resultaba evidente que ardía en deseos de narrar este chisme a la creciente multitud que estaba formándose en torno a la partida conforme descendían. Pero por el momento se conformaba con regocijarse en la admiración que suscitaban por haber aprehendido al fugitivo con las manos desnudas. Donatello parecía

renuente a contradecir la grandilocuente historia, que se iba tornando más elaborada a cada vuelta, y atraer así más la atención sobre sí.

Antígona no pensaba demasiado en sus escoltas. Sabía que podía encargarse de ellos. Era Felton el que la preocupaba. No había pronunciado palabra desde que salieran de la capilla. Apenas si parecía consciente de su entorno. Cuando la pareja de Nosferatu se abalanzó sobre ellos, su rostro no había reflejado la menor sombra de alarma. Se limitaba a seguir arrastrando los pies, con una mano guardada en la pechera de su túnica, aferrando el fajo de papeles chamuscados. Se detenía cuando se detenía ella, y reanudaba la marcha cuando la reanudaba ella. A todos los efectos, era poco más que un cadáver ambulante.

*Un cadáver ambulante.* La idea hizo sonreír a Antígona. Eso eran todos ellos, bien mirado. En el fondo. Cadáveres ambulantes. Cuerpos sin el decoro necesario para quedarse quietos y hacerse los muertos.

Pero pensaba que la inesperada aparición de los hombres del príncipe encendería una chispa de reacción en él. Que penetraría en el santuario interior al que se había retirado Felton, obsesionado con sus preciados papeles, la prueba que le restauraría su buen nombre. Alejado del ennegrecido cascarón de papel que era su cuerpo.

Se dio cuenta de que su pequeña procesión había tocado a su abrupto fin. Allí estaba, cara a cara con Emmett, el camarada y mano derecha del príncipe. *El que tenía que asesinar Foley,* pensó. *No, el que tenía que asesinar yo.* No le pasó desapercibida la ironía.

De cerca no parecía el guantelete de hierro que encarnaba al opresivo régimen del príncipe. Ni el soporte de acero que sostenía en pie el corrupto y debilitado reinado de Calebros. *A decir verdad,* pensó, *parece un poco pastoso. Y un poco triste. Y cansado, muy cansado.*

Emmett se vestía con una manta excedente del ejército envuelta en torno a los hombros. Tenía el brazo derecho encogido y espantosamente abrasado. Lo mantenía firmemente pegado al pecho. La mano, o lo que podía verse de ella, era poco más que una masa informe de carne derretida y hueso fundido.

—Por fin, aquí estás. —Parecía casi que estuviera aliviado, como si hubiera completado finalmente alguna tarea onerosa ante la que se

sintiera impotente. Pese a sus propios errores—. Así que tú eres nuestro pirómano loco. —Miró a Felton de arriba abajo, quizá con la esperanza de encontrar algo que suscitara su rabia e indignación. Lo que encontró fue a alguien que había sido vapuleado y quemado hasta el punto de ser casi irreconocible. Mucho más que el propio Emmett—. En la tele parecías mucho más grande. No, no eres para nada el monstruo que se nos había hecho creer. Pero servirás. Sí, ya lo creo que servirás.

Emmett escrutó la aglomeración de rostros expectantes.

—¿Caleb? ¿Dónde está Caleb? Ah, ahí estás. Ven aquí. Hacedle sitio. Me han contado que has sido tú el que ha traído aquí a nuestro amigo. —No era una pregunta, pero Caleb no era de los que desaprovechaban una apertura.

—Así es. Lo aprehendí yo solo, a los dos, bueno, ya puestos. Después de que la bruja derribara a Donatello... a la traicionera manera de los de su calaña. —Se volvió hacia su compañero y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Emmett se volvió a su vez. Su atención no iba dirigida a Donatello sino a Antígona, como si la viera por primera vez. La observó con recelo.

—Y dices que los pillaste delante de la puerta de la capilla. Dime, ¿entraban o salían?

—Salían, sí. Y subrepticamente, además. —Caleb parecía inusitadamente orgulloso de esa palabra. La hizo rodar en la boca, saboreándola—. De no haber estado tan alerta...

—Ya veo —interrumpió Emmett—. ¿Y cuánto tiempo llevaban dentro, antes de que los aprehendieras? —"Aprehendieras" no era tan larga como "subrepticamente" pero fue la única palabra que supo improvisar. Pronunció cada sílaba por separado y diferenciándolas, imitando la afectación de Caleb para regocijo de los reunidos.

—Bueno, no sé —rezongó Caleb—. Pero sí sé que no habían entrado esa noche. ¡Te lo aseguro! De lo contrario los habría pillado ahí mismo. Y ya habríamos brindado un par de veces para celebrarlo y haría rato que nos habríamos acostado.

—Quiero un informe detallado para mañana por la noche. Pero por ahora, compláceme. —Esperó a que Caleb asintiera—. En tu

opinión, aquí, nuestra presa, debía de llevar al menos toda una noche atrincherado en la capilla de los Tremere, ¿me equivoco? Puede que dos.

–Bueno, sí. Eso parece –admitió Caleb, a regañadientes.

–A lo mejor nuestra otra invitada puede arrojar algo de luz sobre este asunto.

–¿Qué quieres saber? –Todo el mundo giró la cabeza al escuchar la voz de Antígona. Era fuerte y desafiante.

–Quiero saber cuánto hace que acoge a este asesino la capilla de los Tremere –rugió Emmett. El tono de Antígona era algo contra lo que podía descargar su rabia acumulada. Mucho mejor que este patético cascarón de hombre que le había hecho esto a su príncipe y a él.

–Hemos venido para hablar con Calebros –dijo Antígona, serena–. ¿Pensáis conducirnos ante él? ¿O planeáis pasar el poco tiempo que falta para que amanezca recordando los viejos tiempos?

–Cuánto lo siento –respondió Emmett, sonriendo entre sus desproporcionados colmillos–. El príncipe no va a recibir más visitas esta noche. Me temo que tendréis que pasar el día aquí. No os preocupéis. Lo hemos dispuesto todo. Donatello os conducirá a vuestros aposentos. –Le dedicó una sonrisa de complacencia.

–Tengo un mensaje urgente para el príncipe Calebros –insistió Antígona–. De la regente Sturbridge. No puede esperar a mañana.

Emmett se encogió de hombros, a modo de disculpa.

–Eso no cambia el hecho de que el príncipe no está disponible. Buenas noches.

Donatello avanzó medio paso, pero el fuego que brillaba en la mirada de Antígona lo detuvo en seco.

–Si el príncipe no está disponible, supongo que debo entregarte a ti mi mensaje. Tengo instrucciones de comunicar a tu señor, Calebros, príncipe de Nueva York, que la regente Sturbridge deja a su cuidado estos dos suplicantes. Debo decirle que le ruega que los mantenga a salvo, a cualquier precio. Y que debe hacerlo por el bien de los huesos que yacen bajo la sangre de la regente. Me ha dicho que si pronuncio estas palabras de este modo, Calebros no nos negará el santuario.

Tras sus palabras, un incómodo silencio se cernió sobre la asamblea.

Emmett estaba colérico.

–Veremos si es cierto esto. –No intentó enmascarar la amenaza que entrañaba su voz–. No te equivoques, bruja. Si nos engañas, morirás junto a este hombre. Y no creas que porque hayas ganado esta mano él escapará de nosotros tan fácilmente. Pagamos nuestras deudas, sí, que nadie diga lo contrario. Pero también cobramos las que se nos deben. Quizá posterguemos el momento del ajuste de cuentas, pero no renunciamos a nuestro derecho. Recuerda lo que hemos hablado aquí esta noche.

Antígona abrió la boca para responder, pero sus palabras quedaron ahogadas por el coro de voces que ofrecían la respuesta ritual:

–Oímos y recordamos –murmuró la muchedumbre.

–¿Cómo sabes que ya está dentro? –preguntó Felton, ajustando los prismáticos. Estaba tumbado boca abajo, con los codos apoyados al borde del tejado. La superficie de brea y grava conservaba el calor del sol de la tarde. Felton cambió de postura, pero no conseguía ponerse cómodo. El calor le traía recuerdos desagradables, recuerdos que toda una semana de sangre y reposo no había logrado erradicar.

Los Nosferatu habían cumplido su palabra. Habían procurado que Felton y Antígona se sintieran tan cómodos como fuera posible. Se habían ocupado de sus heridas, les habían evitado cualquier posible interrogatorio, tanto de la capilla como de las autoridades mortales y, cuando hubo llegado el momento de que ambos partieran, les habían proporcionado armas y equipo.

No les hacía mucha gracia, pero habían hecho lo que Sturbridge dijo que harían. Hacia finales de la semana, no obstante, Antígona

podía percibir que la paciencia de sus anfitriones comenzaba a acabarse. Partieron en cuanto a ella le pareció que Felton estaba en condiciones de llevar a cabo su parte de la delicada tarea que tenían por delante.

–Me lo ha dicho un pajarito –respondió Antígona.

Felton bajó los prismáticos y la fulminó con la mirada. Tenía dudas de sobra acerca de esta pequeña operación. El plan de Antígona de que él regresara al Conventículo para enfrentarse directamente a la Voz de los Huesos no le sentaba nada bien. Y su actitud no contribuía a mejorar las cosas.

–No me sirve. Ese tipo de consejos es lo que me metió en este embrollo. O te sinceras conmigo o...

–¿O qué? ¿Recoges los juguetes y te vas a casa?

La voz de Felton no pasó de ser un susurro, pero connotaba cierta intención.

–O ese tipo va a destrozarnos. Aquí tú eres la forastera, recuérdalo. No lo has visto en acción. Yo sí. Lo único que tenemos a nuestro favor es el hecho de que ambos sabemos lo que se trama. Si empiezas a guardarte cosas, perderemos esa ventaja.

Antígona se encogió de hombros, desdeñosa. Felton tenía razón, desde luego. Aún había muchas cosas que se guardaba. No le había confesado que la fuente de su información acerca del Conventículo no era ningún rito arcano taumatúrgico, sino algo de lo más mundano. No sabía cómo reaccionaría Felton ante la revelación de que ella, ella misma, formaba parte de su pequeña cábala. Desde hacía algún tiempo. Estaba allí la noche que él había "sacado el dragón", antes de encontrarse en el lugar equivocado en el momento inadecuado.

Demonios, había sido ella la que organizó el Rito del Dragón aquella noche. Pero Antígona no tenía la culpa de lo que le había ocurrido. De hecho, en todo caso, era Felton el que tenía la culpa de ser él mismo y no Antígona el que sufría ahora esta cacería interestatal.

–Vale. Vi una cara en la ventana. Blanca como el hueso, como la máscara de la que me hablaste. Está preocupado. Teme que no vengan.

–Seguro –bufó Felton–. A mí me preocupa que sí vengan.  
–Consultó su reloj–. Todavía es demasiado pronto. Es una estupidez asomarse a la ventana. No va a ver nada. Salvo quizá una aparición en el tejado. Me gustaría que mantuvieras la cabeza gacha. Llamas más la atención que un espectro salido de su tumba.

Antígona se giró, con el viento enmarañándole el cabello que le cubría el rostro como un velo. El vuelo de su traje negro ondeaba y chasqueaba a su espalda igual que una sábana colgada en un tendal. Ladeó la cabeza y le dedicó una mirada curiosa. El gesto era inequívocamente rapaz.

–¿Por qué? Se supone que tengo que estar aquí, acuérdate. Me esperan. O, por lo menos, se espera de mí que entregue tu rescate y los avales de tu regreso "sano y salvo" al Conventículo. –Ensayó una sonrisa, pero estaba desprovista de calidez.

Lo estudió atentamente para ver qué tal se sostenía su historia. Felton no la presionó más, y su rostro no delató ni sombra de duda. La Voz de los Huesos la esperaba, eso era cierto. Lo suficientemente cierto para transmitir esa nota de autenticidad que hacía plausible incluso una mentira flagrante.

No tenía intención de confesar a Felton hasta qué punto se conocían la Voz de los Huesos y ella. Felton no podía saber que la trampa del Empire State Building no estaba dirigida contra él, sino contra otra persona. Si creía que esta pequeña reunión obedecía únicamente a sus propósitos, no obstante, tanto mejor.

–Maldita sea, no me gusta. No me gusta nada. Me extraña que se molestara en presentarse siquiera. Todo este asunto apesta a *emboscada*.

–Por eso le hemos dejado elegir la hora y el lugar. Jugamos en su campo. Dejemos que se sienta tan cómodo como le plazca, como si fuera él el que tiene todas las cartas. Lo único que tienes que hacer es asegurarte de que no reciba el respaldo que espera.

–Yo me encargo. Pero ¿cómo sabes que no tiene ya todo el respaldo que va a necesitar ahí dentro?

–No lo sé –admitió Antígona–. Supongo que lo mejor será que asumamos que lo tiene.

–¿Te he dicho ya que esto de infundir moral a las tropas se te

da de pena?

–La moral es tu terreno, Mr. Felton, no el mío. Si te parece que necesitas una inyección de confianza, apáñatelas. Tu responsabilidad principal consiste en asegurarte de que no llegue la caballería. Lo demás es secundario. Puedo contener cualquier cosa que nos tenga preparada ahí dentro durante al menos diez minutos. ¿Te parece tiempo suficiente?

–Eres una bocazas. No tienes ni pajolera idea de lo que te espera ahí dentro, mucho menos si podrás contenerlo durante diez minutos. Entraré dentro de cinco.

–No quiero que irrumpas antes de tiempo y desveles nuestro juego mientras sus refuerzos cruzan la puerta tan alegremente detrás de ti.

–Yo me encargo –repitió Felton.

–Estaría bien, eso sí, que procuraras no dejarte ver por ahora. Mientras crea que te tengo a buen recaudo en la capilla, nuestra potencia de negociación será superior.

–Todo esto apesta. ¿En serio piensas que vas a presentarte ahí y acoquinarlo? ¿Que vas a conseguir que cometa un error? Demonios, ni siquiera estamos seguros de que sepa algo más que nosotros.

–Lo sabe. De lo contrario, no esperaría tu regreso con tanta expectación. Sería mucho mejor para él, para el Conventículo, si no volviera a verte. Si aparecieras convenientemente fiambre en alguna parte. Cuantas menos pruebas los relacione con el atentado, tanto mejor.

Felton meneó la cabeza.

–No puedo dejar de pensar que los dos vamos a terminar "convenientemente fiambres" por culpa de esto. He caído en demasiadas encerronas para mi gusto.

–Ya es tarde para echarse atrás –dijo Antígona–. Nos vemos dentro de diez minutos. –Le apoyó una mano en el hombro y le propinó un apretón, antes de bajar por la escalera de incendios.

**El susurro entre los huesos**

Felton la vio cruzar la calle ensombrecida y perderse entre las tinieblas del edificio de enfrente. Ni loco pensaba darle diez minutos. En ese tiempo podrían matarla dos veces. Le dio cinco y emprendió el descenso. Haría falta un esfuerzo conjunto para que consiguiera que la mataran en cinco minutos.

Permaneció colgado un momento, suficiente para detener su inercia, antes de dejarse caer a la calle. Desde el punto más bajo del tejado no era más que una caída de dos pisos. Aterrizó y rodó; el impacto removió el aire estancado en sus pulmones. No se detuvo. Se levantó a la carrera y trazó un zigzag para cruzar la calle por la que se había paseado Antígona con tanta calma unos minutos antes.

Llegó al breve tramo de escalera que había en el lateral del antiguo teatro. Hasta ahí, todo en orden. No se escuchaban disparos ni en la calle ni en el interior. Apoyó la espalda en la pared de ladrillos. Le infundió ánimo.

Agazapado, deshizo un paquete que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y dispersó su contenido en el último escalón. El esqueleto de un ave. Esa señal debería bastar para alertar a cualquier otro miembro del Conventículo. No hacía falta ser ningún oráculo para leer el presagio de la disposición de los huesos. Su mensaje era inequívoco. *Peligro: Lugar de reunión amenazado. Esperar futuro contacto.*

Felton subió los escalones de dos en dos. La placa de bronce de la entrada anunciaba, "Entrada de servicio". Cubría casi por completo las cicatrices de la pared, allí donde asomaba la antigua pintura descascarillada. Aún podía distinguir el arco de la "D" inicial y el violento trazo de la "r" errática. *De color*, pensó. El letrero era un pertinaz recordatorio de una época menos iluminada.

Intentó abrir la puerta, discretamente, y luego con algo más de determinación. Cerrada con llave. Eso significaba problemas. Maldijo entre dientes. Antígona no habría cerrado la puerta a su paso. O bien alguien la había recibido en la puerta o un perseguidor invisible la había seguido al interior.

Ninguna de estas contingencias estaba planificada. Lo cierto era que una de las principales responsabilidades de Felton consistía en asegurarse de que nadie siguiera a Antígona. De que tuviera tiempo no sólo de descubrir lo que necesitaban, sin desagradables interrupciones, sino también de disponer de vía libre para replegarse en caso de tener que salir corriendo.

Maldijo de nuevo y sacó un cuchillo largo de hoja ancha de su chaqueta. Estudió la puerta un momento, estimándola. Ahí. Insertó el filo en la rendija de la jamba y se congratuló cuando sintió que rozaba el cerrojo. Cerró el puño en torno a la manilla y propinó un golpe seco con la palma de la otra mano. El impacto habría tumbado a un oso. Se produjo un chasquido cuando se astilló la madera y la distancia que separaba la puerta del marco se ensanchó.

Felton abrió la puerta de un patadón y ésta rebotó con un crujido que restalló con ominosa violencia en plena noche. Para cuando la puerta hubo iniciado el retroceso, él se encontraba tendido en el estrecho rellano del interior. La puerta lo golpeó en el costado, pero las balas erraron el blanco, silbando por encima de su cabeza. Respondió al fuego.

\* \* \*

–Llega usted pronto, señorita Baines –dijo la Voz de los Huesos cuando Antígona se asomó al vano de la puerta–. Disculpe. La he asustado. He oído sus pasos en la escalera.

–En absoluto. Esperaba encontrarlo aquí. Pensé que podríamos hablar antes de que llegaran los otros. –Antígona sacaba ventaja a Felton en el hecho de que sabía cuándo y dónde iba a celebrarse la siguiente reunión del Conventículo. No le hacía falta concertar cita previa con la Voz de los Huesos para discutir en privado el caso de Felton. Lo único que tenía que hacer era llegar con antelación y asegurarse de que no viniera nadie más detrás de ella.

Abrió la puerta por completo y pisó con cuidado en el interior del ático en penumbra. Sabía que éste no era el mismo teatro en el que se habían reunido la vez anterior, pero alguien se había tomado la molestia de hacer que pareciera idéntico. El punto focal de la sala era

el mismo círculo de truculentas sillas, confeccionadas con manos humanas, con piel humana. Era su Mesa Redonda. Su mayor aspiración era una retorcida especie de igualitarismo; su hilo común, la inhumanidad del hombre con el hombre. Ésa era la justificación y el dogma fundamental del Conventículo.

–Me alegra que haya venido –dijo él, con voz un tanto apagada, distorsionada por la elaborada máscara de ave–. Casi esperaba que no apareciera nadie esta noche. Después de los recientes contratiempos.

–Después de los atentados, dice. Por mí no se moleste en recurrir a eufemismos. Ya soy mayorcita, puedo encajarlo. –Esbozó una sonrisa desprovista de encanto–. Aunque puedo entender su preocupación. Yo también esperaba que no viera nadie. Supuse que podríamos conversar en privado.

–Desde luego. –Su tono de voz era calmo, complaciente, pero Antígona reparó en su furtiva mirada de soslayo. No podía ver a nadie más presente en el ático ensombrecido, pero aquel vistazo le decía todo lo que necesitaba saber. No estaban solos.

Quizá hubiera sido un desliz, pero lo mismo podía tratarse de una advertencia: *Tenga cuidado con lo que dice. También estas paredes tienen oídos.*

–¿Qué le preocupa? –quiso saber la Voz.

Antígona no tenía intención de andarse con chiquitas.

–El atentado del Empire State Building. No formaba parte del plan. Se suponía que iba a ser un golpe limpio. Entrar y salir, rápido, sin complicaciones ni embrollos. Eliminar a la mano derecha del príncipe y derribar uno de los últimos pilares del régimen herido.

¿Cuándo cambió todo eso? ¿Cuándo se convirtió en esta mierda de ataque terrorista, de carnaza para la prensa?

La Voz le indicó que se serenara con ambas manos.

–Créame, señorita Baines, me siento tan alarmado como usted por este inesperado giro de los acontecimientos. Algunos de nuestros agentes son... demasiado concienzudos a la hora de ejecutar las misiones que les encomendamos. Algunos llegan a convertirse en un peligro para los demás y para sí mismos. Algunos llegan a amenazar incluso la perpetuación de este Conventículo con sus imprudentes

arrebatos. He de admitir que me he pasado la semana hecho un manojo de nervios. Espero con impaciencia escuchar su informe acerca de lo que ha ocurrido con nuestro impulsivo camarada.

Se produjo un leve sonido en la esquina en penumbra detrás de la Voz, a su izquierda. Se podía confundir con el estremecimiento de unas hojas, o con el paso de una serpiente sobre las toscas tablas del suelo. Parecía que la Voz de los Huesos no era el único que esperaba con impaciencia la resolución de este asunto. Antígona se tomó su tiempo y escogió sus palabras meticulosamente.

–Lo he visto. Tuvo que abandonar su cobertura. Se presentó en la casa de... de otro de los nuestros. Intentó convencerlo de que él no había activado la bomba, que todo era una encerrona.

–¿La casa de quién? –La Voz de los Huesos se mostraba un ápice demasiado ansioso, pero su voz transmitía una inequívoca nota de autoridad. Se había abalanzado en picado sobre sus palabras, feroz, rapaz. La esquelética máscara de ave se acercó al rostro de Antígona. Casi podía oler el penetrante hedor de la carroña y las plumas en descomposición. Con esfuerzo, Antígona eludió la fuerza de su orden y retrocedió un paso, arrugando la nariz sin disimular su repugnancia.

La impresión se esfumó de inmediato. La Voz volvió a adoptar su conducta educada. Controlada, formal.

–Debemos asegurarnos de que este benefactor acuda esta noche para dar testimonio de lo que haya visto y oído.

–Eso no será posible. –Antígona esperaba que él solo llegara a la obvia conclusión, que se había producido una disputa, y violenta. Continuó: – ¿Qué opina usted de estas absurdas afirmaciones? Que él no voló el edificio, que fue una trampa.

La Voz de los Huesos bufó y comenzó a deambular, pensando en voz alta.

–Me temo que cuesta creerlo. Se diría que plantea más interrogantes que respuestas. ¿Quién iba a tenderle una trampa? Y, disculpe mi franqueza, ¿para qué molestarse? Nuestro socio no es precisamente el tipo de jugador de primera que invita a urdir planes maquiavélicos contra su persona. Es un soldado, nada más.

Antígona abrió la boca para objetar, pero él se volvió y alzó la

voz para acallar la suya.

–No me malinterprete, es muy capaz en su oficio. Debe de serlo para seguir en activo después de tanto tiempo. Pero no creo que sea digno de ese tipo de esfuerzo. No, sé por experiencia en el trato con estos mercenarios que, por lo general, la respuesta más simple es la correcta. Nuestro amigo se entusiasmó demasiado aquella noche. Y ahora todos debemos pagar el precio de sus excesos.

–La Navaja de Occam –musitó Antígona. Su mano acudió al encuentro del reconfortante peso de la hoja plegada que guardaba en el bolsillo interior. La sintió fría al tacto.

–¿Cómo dice?

–No es nada. Alguien dijo algo parecido una vez. Un monje franciscano. En el siglo XIV. Dijo que...

–Señorita Baines, ¿dónde está Mr. Felton?

*Bueno, allá vamos, pensó Antígona. A cara descubierta, con nombres y todo. Vaya con los preámbulos.*

No podía responder con sinceridad y estaba convencida de que lo peor que podía hacer en esos momentos, la forma más segura de garantizar que no saldría de ese ático por su propio pie, consistiría en empezar a mentir ahora. Todos los indicios y los presagios parecían concentrarse en este único punto. La Navaja de Occam. La Lámpara de Diógenes. El *De Veritatis* de Aquinas. La Pluma de la Verdad. La Espada de Damocles.

El discernimiento de la verdad no hacía sino complicarse cuando se empezaba a remover las aguas con invenciones. Resultaba demasiado fácil resbalar, traicionarse a uno mismo sin darse cuenta. O peor aún, llegar a creer las propias mentiras.

Tuvo una momentánea visión de sí misma de nuevo en su hogar, en Scoville, súbitamente de regreso al Mirador de la Viuda. Pero la inmensidad que se desplegaba ahora ante ella no era la del vasto mar, sino un abismo de engaños. El camino que tenía ante sí era angosto y traicionero. Un paso en falso en cualquier dirección podría precipitarla al vacío. *Un pie delante del otro, pensó. Lo has hecho cien veces antes.*

Pero ninguna era más sencilla que la anterior. El camino recto que discurría entre la verdad y la mentira. La difusa línea que

separaba a los vivos de los muertos. Miró a los ojos a la Voz de los Huesos, como si buscara un anclaje. Se negó tenazmente a mirar abajo, a mirarse los pies. Despacio, dio un paso adelante. Tanteó el terreno con el talón. Sólido. Exhaló suavemente, aliviada, pero mantuvo su pétreo silencio.

Al reparar en su reticencia, la Voz cambió de estrategia.

–¿No habrás cambiado de opinión? ¿No creerás esta ridícula historia acerca de una encerrona?

–No, nadie tendió una trampa a Felton. Eso no tiene sentido. Ni siquiera estaba previsto que Felton sacara el dragón esa noche. Usted lo sabe.

La Voz abrió mucho los ojos tras la máscara marfileña, pero su voz se mantuvo firme.

–Desde luego. Es evidente que esta ridícula historia es pura invención. No se hable más de ello. Hay que ocuparse de Felton cuanto antes, antes de que las autoridades sigan su pista hasta nosotros. Si tienes alguna idea de cuál puede ser su paradero...

Antígona parecía absorta en sus pensamientos. Lo interrumpió sin parecer darse cuenta de ello.

–Pero tiene gracia que Felton no estuviera del todo equivocado, ¿verdad? O sea, sí que era una trampa. Lo que ocurre es que no se la habían tendido a él.

La Voz de los Huesos se crispó.

–No sé si te entiendo. –Pronunció cada palabra lenta y precisamente.

–Bueno, no era Felton el que se esperaba que sacara el dragón esa noche, ¿verdad? Era yo. Era mi misión. Teníamos un trato.

La Voz quiso hablar, pero ella lo atajó. Se acercó a él hasta plantarse frente a su rostro.

–Dígame cómo fue, por qué se me eligió a mí para caer en la trampa. ¿De nuevo la red de antiguos? ¿Porque soy demasiado femenina? ¿Demasiado joven? ¡¿Qué demonios le hace pensar que podía jugármela de esa manera y salir impune?!

–Le aseguro, señorita Baines, que yo no hice nada parecido. Debe tranquilizarse. Tiene que pensar. ¿Por qué querría yo...?

Esta vez no fue Antígona la que lo interrumpió, sino el sonido de

una rápida sucesión de disparos.

Antígona maldijo. Maldito fuera ese Felton. ¡Diez minutos! Le había prometido diez minutos. Esperaba que no hubiera conseguido que le volaran la tapa de los sesos... aunque no los usara para nada. Si había... Si así fuera, pensó enfadada, esperaba que le hubieran dejado al menos un trozo lo bastante grande para patear ella misma su embustera sesera. Avanzaba ya hacia la puerta...

Vio por el rabillo del ojo un leve gesto de enfado por parte de la Voz de los Huesos. En respuesta a su orden muda, dos sombras borrosas, una a cada lado de él, se separaron de las paredes y salieron disparadas hacia la puerta.

Fue casi más rápido que la vista. Antígona se puso de costado para esquivar la sombra más próxima. Levantó la mano en ademán defensivo, pero el movimiento parecía demasiado lento, casi lánguido. Su brazo se desdobló en secciones, igual que el ala de un ave al desplegarse. Primero se abatió el codo, luego la muñeca, y por último el gozne de la navaja.

Se vio recompensada por el alarido gorgoteante del precipitado guardia, que se llevó las manos a la garganta. El pesado cuerpo deforme vaciló en precario equilibrio un instante antes de desplomarse ruidosamente en el suelo, atragantándose con improperios sofocados por su propia sangre.

Antígona giró en redondo con gracia, como una bailarina. El movimiento arrancó un arco de sangre de la goteante navaja, dibujando un chillón verdugón negro en la pared más cercana.

El segundo vigilante, sobresaltado, viró para encarar este ataque inesperado. Fue un error. Antígona debería haber aprovechado la obertura, de no haberse equivocado a su vez: Lo miró a los ojos. Su rostro no era humano. El diminuto par de ojos de la criatura estaba dispuesto verticalmente, uno encima del otro. No tenía nariz ni boca, aunque emergía un jadeo mucoso de las bolsas de piel fofa que colgaban de sus carrillos. No sabía cómo se alimentaba, ni quería saberlo.

La criatura, no obstante, parecía sumamente interesada en enseñárselo. Antígona se apartó de ella, intentando no perder de vista a la Voz de los Huesos al mismo tiempo. En esos momentos apenas si

podía arriesgarse a dedicarle más que una mirada de soslayo, pero quería saber si pretendía rodearla para acercarse a ella por la espalda.

La criatura atacó con sus zarpas, pero Antígona consiguió repeler su acometida con un tajo desesperado. El golpe alcanzó su objetivo y, por segunda vez esa noche, el antiguo filo cató la sangre.

Intentó acallar el aullido gutural que surgió de la malherida monstruosidad. Adoptó una postura más defensiva cuando la criatura se abalanzó sobre ella, proyectando una andanada de vertiginosos asaltos. Antígona estaba contra las cuerdas. Apenas si disponía de espacio suficiente para comprender que la lluvia de golpes no pretendía conectar realmente, sino meramente poner a prueba sus defensas, buscar un punto débil. La criatura estaba sopesándola. Afrontaba su tarea de manera sistemática, y no pareció desmoralizarse por lo que descubrió. Antígona sintió cómo se tambaleaba su aplomo frente al vertiginoso y brutal ataque.

Fue la finta contra su mano mala lo que la despistó. Un error estúpido, la verdad. Exageró su parada y, antes de que pudiera recuperarse, sintió que unas garras invisibles se cerraban en torno a su muñeca. La misma muñeca que se había roto peleando con Helena hacía algunas semanas. El tacto era frío, escamoso y bituminoso, igual que el de un caimán. Antígona se retorció en su presa.

La criatura bien pudiera haber aprovechado el descuido para destriparla, comprendió con un curioso desapego. Seguía conteniéndose. Pero luego el insoportable dolor disipó tales preocupaciones de su mente. A lo lejos, escuchó el tintineo de la navaja al golpear el suelo.

El ruido resonó estrepitosamente en los angostos confines del ático del teatro. Un estruendo resonante, como una puerta que se abriera de golpe.

Esperaba que la bestia le partiera el brazo como una rama. Se crispó, armándose de coraje para resistir el golpe desgarrador que anticipaba. En vez de eso sintió únicamente una serie de rápidos espasmos cuando el cuerpo de la criatura cayó acribillado a balazos.

Antígona se encogió y se tiró al suelo, rodando lejos de la mortífera lluvia de proyectiles. Mantuvo una presa firme sobre el brazo de la criatura al caer, parapetándose tras su imponente corpachón. La

andanada de impactos sincopados siguió infalible la trayectoria del cuerpo, arrancando grandes trozos de carne fría y putrefacta. Cuando la criatura se hubo estrellado contra la pared y hubo quedado inerte en el suelo, el rápido golpeteo de las balas continuó machacándola.

Y luego el silencio. Ninguno de los guardias abatidos hizo ademán de moverse.

–Buen lanzamiento –dijo Felton–. Nada, tranquila. No hace falta que me lo agradezcas. ¿Dónde está la Voz?

–¿Que te lo agradezca?! ¡Tendrás suerte si no te atravieso con una estaca! –La voz de Antígona era un susurro afilado. Era plenamente consciente de que aún no habían dejado atrás el peligro. Se agazapó y localizó la navaja de barbero–. No han pasado diez minutos ni de coña. ¿Es que no te enseñaron las horas en el colegio?

Miró en rededor, preocupada, buscando a la Voz de los Huesos, pero no vio ni rastro de él. Maldijo en voz alta y se estiró para recoger la navaja cubierta de sangre.

–Eres la monda. Si no hubieras irrumpido de ese modo a estas alturas ya sabría...

Se produjo un sonoro chasquido y una delicada flor escarlata abrió sus pétalos en el centro de la frente de Felton. Antígona dio un paso hacia él, involuntariamente, pero su cuerpo ya se había desplomado en el suelo. Desconcertada, se volvió en la dirección de la que debía haber procedido el disparo. Sintió un molesto picor en la ceja y se apartó un mechón de cabello con gesto ausente. Comprendió entonces cuál era el origen de su irritación y el blanco tan perfecto en que acababa de convertirse.

Sobreponiéndose a su impresión inicial, saltó a cubierto tras el corro de sillas. Al abalanzarse, un furioso zumbido surcó el aire junto a ella. Por los pelos. Golpeó el suelo con fuerza y rodó. Se llevó la mano libre a la oreja para intentar eliminar el pitido. La apartó cubierta de sangre.

Cayeron más disparos a su alrededor, incrustándose en la madera de las sillas y el suelo. Comprobó el camino hasta la puerta. Aparte de los obstáculos evidentes –los cuerpos– tenía vía libre. Si Antígona no descubría pronto a su asaltante, tendría que correr por su vida.

Se frotó la frente con gesto ausente con el dorso de la mano con la que empuñaba el cuchillo. Al levantar la navaja, reparó en su filo, jaspeado aún de sangre. Su fragancia era embriagadora, dulce, casi irresistible.

Sí, había poder en la sangre. Pero ella, menos que nadie, sabía cómo invocarlo. Percibió un movimiento al otro lado del círculo de sillas y un sonido semejante al de unos pasos furtivos en los peldaños metálicos de una escalerilla. Entornó los ojos para ver más allá del filo de la navaja, intentando localizar la fuente de la agitación, la silueta de la Voz de los Huesos a la fuga. Un haz de luz de luna que penetraba por la ventana capturó el perfil de la hoja levantada y refulgió igual que una estrella roja en la oscuridad.

Antígona se sintió mareada de repente. La luz que se reflejaba en la navaja parecía resaltar cada ápice de metal que había en la sala. En cada foco, la iluminación congregada se reflejaba, redoblada su intensidad. Cada uno de los remaches de bronce bruñido de las sillas destellaba como un sol. En la pared de enfrente, una escalera de fuego ascendía a los cielos.

Siguió la dirección con los ojos, decepcionada al descubrir que comunicaba con una simple pasarela próxima al alto techo abovedado. Las barandillas de la pasarela relucían como lenguas de fuego. Tampoco tuvo problemas para distinguir el níquel ennegrecido de la pistola que la apuntaba directamente.

Tres rápidos disparos. Uno pasó alto, el segundo la alcanzó en el antebrazo levantado. El tercero se hundió en la oquedad del mismo hombro. La fuerza abandonó su brazo. No pudo mantener asida la navaja, que cayó al suelo para producir el inexplicable sonido del cristal al romperse.

Se tumbó de bruces, con la esperanza de que los altos respaldos de las sillas impidieran la visibilidad a la Voz de los Huesos. *¿Cristal al romperse?* Obligándose a dirigir el flujo de sangre curativa a las heridas de bala, Antígona tanteó el suelo. Se vio recompensada por un profundo tajo en la palma de la mano. Un irregular fragmento de cristal, de nueve centímetros de longitud, sobresalía de su mano. La arrancó pero, al hacerlo, su codo tropezó con algo en la oscuridad. Resonó y se cayó. Una renovada lluvia de plomo dio la bienvenida al

sonido.

Antígona cogió el objeto. Se trataba de una lámpara de hierro forjado. Dos de los paneles de cristal se habían roto. En el interior descansaba el cabo de una suave vela de sebo, con la mecha humeando todavía.

La enderezó y sopló para insuflarle vida. *Fiat lux*. Se abatieron más disparos sobre ella, más precisos. Su oponente debía de estar avanzando por la plataforma elevada, maniobrando en busca de un lugar donde pudiera verla mejor.

No había ni rastro entre los escombros que la rodeaban. Se *habrá caído debajo de una silla*, pensó. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera haberse transformado.

Los disparos habían enmudecido por el momento. Antígona sabía, sin embargo, que no habría de transcurrir mucho tiempo antes de que se reanudaran, y desde un ángulo más prometedor. Necesitaba ganar tiempo.

Apoyó una mano en la lámpara y, tras musitar una rápida invocación a Diógenes, la empujó con fuerza. Antes de que se detuviera patinando en el centro de la estancia, Antígona se había puesto en marcha. Sorteó el círculo de sillas en dirección contraria. En busca de la escalerilla.

Su avance se vio interrumpido por el más improbable de los motivos. Un tenue pero inconfundible gemido procedente de la dirección en que estaba la puerta. Felton.

En contra de los dictados de la prudencia, se detuvo y se encaminó hacia el sonido. Felton yacía en la periferia del círculo de luz que proyectaba la lámpara. Había levantado una mano para protegerse los ojos de la luz abrasadora. Sacudió la cabeza como si pretendiera despejarla, gesto que debió de lamentar de inmediato.

Antígona percibió el movimiento sin problemas desde su posición, pero ¿y desde la de la Voz de los Huesos?

Retumbaron más disparos. La luz se apagó en medio del tintineo de los cristales rotos y golpeteo metálico de la lámpara al rebotar contra el suelo.

Con un juramento, Antígona se decidió y corrió hacia la escalerilla. Apenas quedaba tiempo, ahora no podía hacer nada por

Felton.

*Nada salvo eliminar a la Voz de los Huesos.*

En la oscuridad, tanteó hasta encontrar el primer peldaño de la escalera. Inició el ascenso.

Temía que el sonido de la escalada pudiera delatar su posición y garantizar que lo único que la esperase al final de la escalera fuera el extremo equivocado del cañón de una pistola. Pero había otros ruidos que enmascaraban su torpe ascenso. Sobre su cabeza, y aún a cierta distancia, se escuchaba el eco de un deambular agitado. En el suelo se produjo un arrastrar de algo pesado, quizá una de las sillas. Sintió que la embargaba una oleada de alivio al imaginar que Felton podía contarse aún entre los vivos. Casi de inmediato, no obstante, comprendió que el sonido bien pudiera obedecer al movimiento de alguno de los dos guardias. O tal vez incluso del antagonista –¿antagonistas?– que había intercambiado disparos con Felton en la planta de abajo.

Lo que no oyó, gracias a Dios, fue la réplica de posteriores disparos. Concentrada en su objetivo, trepó por la escalerilla. Ni siquiera se dio cuenta de que había llegado a lo alto hasta que su mano extendida encontró, en lugar de otro peldaño, las tablas de la pasarela.

Se aupó y se quedó a cuatro patas. Sigilosa. Temerosa de que su peso sobre la pasarela pudiera bastar para advertir a la Voz de los Huesos de que ya no se encontraba solo en su atalaya. Intentó moverse despacio y en silencio.

Un balazo rebotó en la barandilla junto a su cabeza. Cayó de bruces de inmediato. Tenía la impresión de que el disparo procedía de abajo. De alguna manera, eso no le ofreció ningún consuelo.

Reanudó su avance, muy despacio, plenamente consciente de que estaba desarmada, a gatas, sin cobertura que la amparase, camino de un hombre que, con toda probabilidad, iba a dispararle. Repetidas veces.

Cuando estalló el siguiente disparo, la agitación de la Voz de los Huesos se tornó más pronunciada. Sin embargo, parecía que había desistido de apuntar a ciegas en la oscuridad. Para Antígona, esto significaba que sus reservas de munición estaban a punto de

agotarse.

Se escuchó el lejano lamento de las sirenas de policía, aunque no proporcionaron ninguna esperanza a Antígona. Probablemente a Felton aún menos, si es que seguía estando consciente para oírlas.

Un cegador haz de luz iluminó la estancia momentáneamente, acompañado de un resonante rugido. La pasarela al completo se ladeó. Si hubiera estado de pie, sin duda habría caído al vacío. Así las cosas, su centro de gravedad era bajo y pudo asirse a la barandilla.

Se irguió en precario equilibrio cuan alta era, pugnando por recuperar la verticalidad. La plataforma, otrora nivelada, describía ahora una pronunciada pendiente que descendía en la dirección que sabía que había tomado la Voz de los Huesos. Renunciando a toda pretensión de sigilo, corrió hacia delante y abajo por la ladera de tablas, pasando la mano por la barandilla para reafirmarse.

No tardó en percatarse de que toda la estructura de apoyo de esta sección de la pasarela había desaparecido de repente. El hecho de que la superficie se balanceara todavía de lado a lado con la fuerza de ese golpe le hizo pensar en demoliciones. Tampoco así consiguió infundirse ánimos.

Al cabo de la pendiente, vio una silueta que colgaba de la barandilla. Para ser más precisos, parecía que estuviera atrapada entre los escombros de la pasarela y la barandilla, e intentara liberarse. La Voz de los Huesos.

Pendía boca abajo, suspendido e invertido. Aquí la plataforma había descendido tanto que la caída no debía de ser nada preocupante, sin duda menos de tres metros. En el suelo, Antígona vio una forma que avanzaba hacia ellos en la oscuridad.

Se quedó petrificada, esperando más disparos.

Por primera vez en toda la noche, se vio agradablemente decepcionada. A la tenue luz que entraba por la ventana, la figura que se aproximaba adoptó gradualmente la familiar silueta de Felton. Su expresión era torva. Casi toda la carne de su frente había sido arrancada de cuajo, seguramente en el intento de extraer la bala. No daba la impresión de que la operación se hubiera saldado con éxito. Tenía gran parte del rostro cubierto de feas quemaduras. Caminaba cojeando visiblemente, con las perneras de los pantalones reducidas a

jirones gracias a un auténtico reguero de heridas de bala.

Sin perder de vista a la Voz de los Huesos, Felton soltó el detonador en el suelo. Se acercó tres pasos más, se agachó y recogió una pistola automática de gran calibre que había escapado al control de la Voz cuando la carga explosiva hubo detonado a sus pies. En la otra mano, Felton empuñaba una navaja de afeitar cubierta de sangre.

Antígona apenas si la reconoció. Al igual que Felton, la hoja no había encajado bien la lluvia de balas. Estaba doblada, mellada, roto el mango.

Felton levantó la pistola y apuntó a la cabeza de la Voz de los Huesos. A esa distancia, Antígona vio que el arma parecía encontrarse en mucho mejor estado, lo que no era de extrañar puesto que, más que padecer la carnicería, la había provocado.

–Apártese, señorita Baines. Es mío. Se la ha buscado. Y voy a dársela, ahora mismo.

–No –respondió Antígona, plantando firmemente un pie en el esternón de la Voz de los Huesos, hincándolo con fuerza–. Píense un poco, Mr. Felton. Si lo mata ahora, nunca descubrirá quién me... quién *le* tendió la trampa.

A Felton no se le escapó el cambio de énfasis. Despacio, bajó la pistola.

–Así que eso era todo. Tendría que haberme imaginado que los malditos Tremere no iban a echarme una mano de no tener intereses personales en el resultado.

La Voz de los Huesos soltó una risita. El sonido borbotaba fuera de él, como un manantial. Parecía no tener fin.

–¿Los Tremere? ¿Intereses personales en este asunto? Nuestra señorita Baines no te ha contado nada, ¿verdad?

–¡Tú cierra la puta boca! –aulló Felton–. Hablo en serio, no pienso repetirlo. ¿Piensas que me voy a contener porque *ella* podría verse atrapada en la línea de fuego? No te hagas ilusiones. ¡He dicho que te calles!

Antígona apoyó todo su peso en el talón. Privó de aire a la Voz de los Huesos, cortando el suministro de risas.

–Felton –dijo, en voz baja.

–¿Qué?

–Me gustaría salir de aquí, a ser posible antes de que llegue la policía. No podemos ir a ninguna parte hasta que haya conseguido una respuesta de este hombre. Ya la tendría, si no hubieras irrumpido aquí hace cinco minutos y hubieras conseguido que casi nos mataran a los dos entre tanto. Así que si consigues reprimir las ganas de matar a este cabrón siquiera un minuto más, me parece que todos conseguiremos lo que queremos. ¿Hace?

–¿Te he dicho ya que estás empezando a hincharme las pelotas? Ahora sé por qué siempre trabajo solo. Cuanto antes acabemos con esto, mejor, por lo que a mí respecta. Ahí lo tienes. Pregunta. Estaré aquí si me necesitas. –Le lanzó la navaja.

Antígona la atrapó, pareció que quisiera expresar una réplica airada y cambió de idea. En vez de eso, se volvió hacia la Voz de los Huesos. Sostuvo la hoja en alto para que él pudiera verla.

–Vale. Ahora depende de ti. Podemos matarte, o podemos cortarte en trocitos primero y luego matarte. Quiero saber por qué. Eso es todo. Por qué te tomaste la molestia de tenderme una trampa. Ya sé por qué volaste el edificio. Para cargarte al príncipe. De eso va todo este maldito golpe de estado del Conventículo, ¿no? Pero lo que quiero saber es, ¿por qué yo? –El filo se posó en la garganta del hombre.

–Sigues sin enterarte, ¿verdad? –dijo, con voz ronca a través de la albicante máscara de ave–. Guarda el cuchillo y piensa un poco. Yo no volé el edificio.

Abajo, Felton maldijo y comenzó a pasearse inquieto.

–¡Y una mierda! –gritó Antígona, directamente en su cara. De un rápido tajo, impulsó la hoja hacia abajo y alrededor en un arco corto.

La cabeza de la Voz cayó hacia atrás, colgada sobre el abismo como si la hubieran privado de todo soporte visible. Un frágil gorgoteo borboteó a través de la máscara cuando se llevó las manos al cuello.

Felton, directamente debajo de él, lo miró a los ojos. Vio el miedo y la confusión reflejados en ellos cuando la Voz de los Huesos levantó las manos, no cubiertas de sangre derramada, sino perfectamente secas.

–Ah, mierda –se lamentó Felton, meneando la cabeza–. Ahora

sí que estás apañado. Ya sabes lo que es eso, ¿no? Magia de la sangre. Taumaturgia. Ya la he visto hacer este truco antes y es una guarrada. Te aconsejo que respondas a las preguntas de la señorita tan solícita y exactamente como te sea posible. Tendrías que haberme elegido a mí, tío. Yo me habría limitado a pegarte un tiro.

Antígona recogió en un puño la pechera del hábito de la Voz de los Huesos y lo irguió hasta sentarlo.

–¿Quién voló el puñetero edificio? –exigió.

–No... lo... sé.

–Caray, qué mal suena eso –comentó Felton–. Parece que le hayan cortado las cuerdas vocales o algo así.

–Cierra el pico, Felton. –Los ojos de Antígona no se apartaban de la máscara blanca como el hueso–. Tú. Escucha. ¿Fue alguno de los nuestros? ¿Alguien del Conventículo? –Estaba pensando en la atezada mujer que había cogido la tesela... la que había detonado la bomba en el instituto en un intento por matar o silenciar a Johanus.

–No –grajeó la Voz. Quiso carraspear, tosió y escupió una flema sanguinolenta fuera de la inestable pasarela. Felton lo miró con el ceño fruncido.

La Voz de los Huesos intentó hablar de nuevo, esta vez con más firmeza.

–Si tuvieras la menor idea de con qué te has tropezado, Baines, no te darías tanta prisa en deshacerte de todos tus aliados. Pero te alienas sistemáticamente de todos los que podrían protegerte... la Pirámide, el Conventículo, y ahora incluso tu único partidario adulador, el buen e iluso Mr. Felton.

–Acaba con este hijo de puta. No sabe nada.

–Ya soy mayorcita –respondió Antígona a la Voz–. Sé guardarme las espaldas. ¿Qué tal si me explicas por qué tú, mi supuesto benefactor, me tendiste una trampa? Sabías que el edificio iba a saltar por los aires. Incluso sabías cuándo. Y lo organizaste todo de modo que yo estuviera allí para cargar con las culpas. ¿Por qué?

La Voz de los Huesos se rió en voz baja.

–Ni idea. No tienes ni idea. Y yo que pensaba que estabas jugándosela a Mr. Felton todo este tiempo. ¿No te das cuenta de por qué me alarmaría tener otro Tremere infiltrado en el Conventículo en

estos momentos? *Sobre todo* un miembro del equipo de seguridad de la capilla.

–¿Qué demonios significa eso de "otro" Tremere? Dios, ¡¿hay más novicios de la capilla infiltrados en el Conventículo y no juzgaste oportuno decírmelo?!

La Voz de los Huesos negó con la cabeza.

–Claro que hay otro. Y tu presencia, por no mencionar tu determinación a la hora de escalar puestos, puso al infiltrado en una situación de lo más delicada.

–Quiero el nombre –gruñó Antígona.

–Y lo tendrás. Si atiendes a razones. Supongo que comprenderás que ahora no puedes regresar a la capilla. Ni siquiera Helena podría protegerte. Así que, ¿adónde vas a ir? Tu única esperanza es el Conventículo. Puedo esconderte del príncipe y de la Pirámide. Juntos, sacaremos al Conventículo de esta crisis. Estoy dispuesto a hacer un pacto de sangre contigo.

–Antes intentabas matarme –le recordó.

–No, intentaba ahuyentarte lejos del peligro. Conseguir que abandonaras la ciudad. Sabía que, de seguir así, conseguirías que nos mataran a los dos. No podía consentir que pusieras en peligro todo lo que he construido. El Conventículo es mi Casa, Antígona. Mi capilla, si lo prefieres. Tú más que nadie sabes lo que eso significa. Te estoy ofreciendo la protección de mi Casa.

Antígona zangoloteó la cabeza.

–Ya es demasiado tarde para eso. Tendrías que habérmela ofrecido hace semanas, antes de que empezara todo este lío. Así no habría pasado nada de esto. Y tú no estarías a punto de morir. Ahora, por última vez, ¿cómo sabías que el Empire State Building iba a saltar por los aires? Necesito un nombre.

–Si te lo digo, los dos estaremos muertos.

–Tú ya lo estás, y yo estoy dispuesta a correr el riesgo. ¡Dímelo! ¿Quién te compró?

La Voz de los Huesos se revolvió incómodo, pero no veía otra manera de escapar de su delicada situación actual.

–Se llama Graves. Adam Graves. Es...

Antígona sabía de sobre quién era. Su cara había adornado

todos los noticiarios de los últimos días.

–Mentiroso hijo de puta –masculló Felton, en el suelo–.

Conozco a ese tipo, Graves. De la *tele. Daytime* televisión. Ni siquiera es uno de los nuestros.

Antígona ignoró el arrebató de Felton. Sabía que, si la Voz de los Huesos mentía, lo descubriría de inmediato.

–Mira, ¿recuerdas la última vez que nos vimos? ¿Cuando me encargaste que asesinara a Felton?

–¿Qué cojones? –saltó Felton, indignado.

La Voz de los Huesos se revolvió, agitado. Vaciló; carraspeó. Antígona lo zarandeó por la pechera.

–¿Te acuerdas?!

–Sí, claro, me...

Una cálida oleada de sangre abofeteó a Antígona. Felton retrocedió apresuradamente, maldiciendo. La espalda de la Voz de los Huesos se arqueó exageradamente y luego se quedó inerte entre sus brazos.

–Maldita sea. –Antígona descargó el puño contra su pecho y lo apartó de golpe. La cabeza de la Voz quedó colgando fuera de la pasarela. Una cascada de sangre salpicó el suelo, manando del tajo abierto en su garganta.

–Ah, estupendo –dijo Felton, frotándose la pechera de la camisa salpicada de sangre–. De lo más eficaz. ¿Podemos largarnos de una vez? ¿O quieres interrogar al cadáver?

–Sal tú primero –respondió Antígona, apretando los dientes para no contestar algo más fuerte–. Aún tengo una pregunta que hacerle.

Felton resopló, repugnado.

–Estás loca, ¿sabes? A este tío se le acabó el responder preguntas. Está... Da igual. No vale la pena. De todos modos, no me escuchas. Mira, te espero abajo, si te parece. Supongo que tú me echaste una mano cuando yo no tenía otro sitio donde ir. Y volviste a por mí, a la capilla, y me sacaste de aquel infierno. Aunque no lo hicieras por puro altruismo, te mereces algo. Al menos que alguien te avise antes de que irrumpa la policía.

Su inesperada oferta sacó a Antígona de su abstracción.

–Eso es muy considerado por tu parte, Mr. Felton. Te veré en las madrigueras.

–Dios, estás loca. Ya nos veremos por ahí, pajarraco.

Antígona esperó a escuchar cómo se cerraba de golpe la puerta de la calle. Luego tiró del cuerpo inerte hasta depositarlo en los restos de la pasarela. La máscara blanca como la tiza estaba vetada de sangre. El dibujo la cogió por sorpresa. Al igual que el antinatural curso del Nilo, las líneas rubíes corrían hacia arriba, de sur a norte... consecuencia de que el cuerpo hubiera colgado boca abajo.

Antígona contempló los alienígenas rasgos de ave un momento. Las palabras que pronunciara Felton hacía una semana se repetían en su cabeza. *"Todos los jefes son intercambiables"*.

La Voz de los Huesos había suspendido el examen de la navaja. Había sido castigado por mentir. *¡Pero no había mentido!* Antígona rabiaba en silencio. Se había limitado a admitir que la había enviado a asesinar a Felton la última vez que se vieron. ¿O no?

El perturbador pensamiento se cernió sobre ella, recordándole el modo en que había dudado la Voz cuando le planteó la pregunta... *¿Y si no hubiera sido ésa la última vez que nos vimos?*

Con creciente aprensión, asió los bordes de la máscara y tiró. Se negaba a desprenderse, como si la tensión de superficie de la sangre la hubiera adherido al rostro. Tiró con más fuerza, en vano. Frustrada, cogió lo primero que encontró a mano. La Navaja de Occam. Tras insertar la hoja en una cavidad ocular, la insinuó entre la máscara y la carne de abajo. Luego empujó con fuerza, utilizando la navaja a modo de palanca.

El filo se dobló casi por la mitad. Antígona se sentó sobre los talones, observándola con mal disimulada incredulidad. En lugar de una navaja de barbero, tenía entre manos una larga pluma negra. La reconoció de inmediato: la pluma de Ma'at. El patrón de medida del que se valía el dios chacal para pesar a los muertos.

Recordó sus palabras de despedida, algo acerca de la intercambiabilidad inherente de los símbolos de la verdad. Sobre cómo le permitiría regresar y ser juzgada por los símbolos de su propia gente, según los estándares de sus congéneres.

En aquel momento, se había temido que tuviera que volver para

enfrentarse a la inquisición de los Astores. Pero parecía que el Riente Guardián de los Muertos había elegido tres jueces distintos para ella entre los hermanos y hermanas de la Pirámide de los Tremere.

Se acordó de sus encuentros con Johanus, con Jervais, con Helena... y de las pruebas y acusaciones que habían vertido sobre ella cada uno de ellos. Había respondido bien a algunas, con sinceridad y compasión. A otras, no tan bien.

No había encontrado ninguna redención sencilla, ni se había merecido la absolución de un solo miembro de su tribunal de jueces. Si esta pluma era una llamada del Chacal, un indicio de que su tiempo aquí tocaba a su fin, se temía que no tuviera nada con lo que convencerlo tras su estancia entre los vivos. Pese a su segunda oportunidad, no había conseguido mejorar nada en esta ocasión. Había intentado ayudar a algunas personas, había herido a otras. Había perdido y vertido sangre. Había buscado la verdad y había estado dispuesta a ignorar la verdad para conseguirlo.

¿En qué situación la dejaba eso frente a su día del juicio? Se temía que, si tuviera que enfrentarse ahora a la balanza de oro del Chacal, el veredicto fuese exactamente igual que el primero. No era ningún monstruo, aunque su misma existencia se hubiera tornado monstruosa. No era ninguna santa, desde luego, aunque sentía el pronunciado peso de la carga gemela de la verdad y la compasión. Sabía que había recibido dones tan hermosos como aterradores... y que, a causa de ellos, la medirían por un rasero distinto.

Ahora había perdido todo deseo, pero también, curiosamente, todos sus temores. En ella no quedaba sino lo inevitable. Agitó una mano en el tiempo y la eternidad bailó en la yema de sus dedos. Confiada, estiró el brazo y depositó la pluma en su platillo, para variar.

Antígona soltó la Pluma de Ma'at delicadamente encima de los rapaces contornos de la máscara de la Voz de los Huesos. Como una mortaja que cubriera los ojos abiertos del difunto.

La esquelética máscara de ave se partió limpiamente en dos, de arriba abajo, cayendo los pedazos uno a cada lado.

Antígona miró brevemente el rostro familiar que le fue revelado. La cara de uno de sus jueces... al que más había defraudado.

Jervais.

Había abandonado a Johanus para que se ocupara él solo del resultado de la explosión. Para sacar los cuerpos de los escombros, para asistir a los heridos y los moribundos, y para ocultar las pruebas a las autoridades.

Había dejado a Helena a merced de los Astores. Para que soportara el peso del interrogatorio, para consolar a las novicias, para que intentara mantener unida mediante la pura fuerza de voluntad una capilla que se desmoronaba.

Pero había defraudado a Jervais más que a nadie.

Con cuidado, Antígona recogió las mitades de la máscara. Las acunó en sus brazos, como dos cáscaras de huevo, mientras bajaba de la pasarela.

Atronó un disparo en la calle. *El aviso de Felton*, pensó. Podía distinguir el aullido de las sirenas que se acercaban. Sabía que debía darse prisa. Pero se demoró, anclada en el sitio, escuchando. A la espera de ser llamada a comparecer en el juicio final. En medio del estrépito de las sirenas, creyó detectar la tenue risa burlona del Chacal.

Se reía de ella. No fue hasta ese preciso momento que Antígona comprendió que no iba a desaparecer de improviso. Ya no podía cruzar la fina línea que separaba a los vivos de los muertos y salir indemne. Si quería salir de esa habitación, tendría que asumir la responsabilidad de su propia redención. Convertirse en su propia jueza... autoinculpada y, con suerte, autocrítica.

Lentamente, se llevó la máscara rota a la cara y, por vez primera, miró a través de los impassibles ojos de pájaro de la Voz de los Huesos.

Los recuerdos que guardaba Sturbridge de su anterior viaje a la Casa Madre eran inconexos, casi febriles. El edificio poseía una

aureola de historia y tradición como no había conocido en ningún otro lugar. Era demasiado para asimilarlo todo de golpe. Estar aquí daba siempre la impresión de ahogarse un poco. De caer a un pozo oscuro, de mil años de profundidad... con una enorme piedra en forma de pirámide atada al cuello.

Las paredes de la antigua mansión habían sido en su día, sin duda, blancas, albicantes. Pero los siglos de negros rituales ejecutados entre ellas habían pasado factura al lugar. El antiguo empapelado pintado a mano había adoptado un uniforme tono sepia, como si se hubiera empapado de la sanguínea esencia de los ríos de vida allí derramados.

Permitió, pasiva, que la guiaran por las galerías y balaustradas, casi familiares. Se asomó a los salones de baile y conservatorios oficiales, llenos los ojos y los oídos de impresiones residuales de las legendarias actuaciones pertenecientes a eras pretéritas. Actuaciones que habían alcanzado el grandor ajenas a los lamentos de los afligidos encerrados en los laberínticos sótanos... provocando esos lamentos, en realidad.

Asimismo, sentía las miradas posadas en ella. Las luminarias de su Orden la observaban con curiosidad a su paso. Susurraban tapándose la boca con la mano al ver a cualquiera en esos salones, sobre todo a una dama de tan regio porte, vestida con los humildes hábitos negros propios del noviciado. El Velo de la Viuda se toleraba, pero se esperaba que quedara relegado al campo santo, no que se exhibiera en las habitaciones del poder.

Pero también había otros ojos, ojos más penetrantes y atentos. Sturbridge sentía su escrutinio como si de manos que la palparan se trataran. Fantasmas, demonios, espíritus guardianes, gárgolas... fruncían el ceño en cada cornisa, capitel, contrafuerte y torrentera. Los atónitos sirvientes de la antigua mansión estiraban el cuello a su paso, anhelantes.

Podía ignorar el ansia de sus ojos, la muda plegaria. Cerró los ojos para no verlos, únicamente para enfrentarse a otras caras. Las caras de los perdidos y los agonizantes, que surgían al encuentro de sus contrapartidas. En algún lugar de su interior, unos ojos redondos y brillantes como lunas rompieron la superficie de las negras aguas y

observaron curiosamente a estas otras víctimas, las que aún se aferraban al mundo de los vivos, atrapadas al otro lado del frío espejo ondulante.

Sentía la mano de Dorfman en el hombro, pero no le transmitía confort ni calor. A veces parecía que apenas si pudiera verlo en medio de la neblina de víctimas ondulantes que la acuciaban por todas partes, por dentro y por fuera.

–Ha sido un error venir aquí –dijo, tajante–. ¿Ves cómo chismorrean? ¿Cómo conspiran? Las palabras de mis acusadores nos han precedido. Nos han cerrado sus corazones.

–No pasa nada –dijo Dorfman, en voz tensa y baja–. No les hagas caso. La única persona a la que tenemos que convencer es Meerlinda. Hablamos con ella, descubrimos lo que necesitamos saber y salimos de aquí.

–¿Todavía piensas que van a dejarnos hablar y salir de aquí con vida? Mira a tu alrededor. ¿Te parece que estas personas son de las que saben encajar cualquier contratiempo?

–Mira, ha sido una noche muy larga. A los dos nos vendría bien descansar un poco. Mañana por la noche veremos a Meerlinda. Conseguiremos que lo comprenda. Ya me he ocupado de todo.

–Uy, qué va. –Pero Sturbridge sonrió para agradecerle su intento. Caminaron en silencio durante un rato, pero en su interior crecía una tenue sensación fatídica, alimentada por los susurros de esta antigua mansión y sus muchas víctimas–. Este lugar es tan frío, tan vacío. ¿No lo sientes? Es una abrumadora sensación de... ausencia. Él no está aquí –dijo, con inesperada vehemencia.

–¿De qué estás hablando? ¿Quién no está aquí?

El tono de Sturbridge era sereno, afable, como contrapunto al horror que le inspiraba su comprensión.

–Ha abandonado este sitio, se lo ha quitado de encima como si fuera una vieja prenda de vestir que se le hubiera quedado pequeña. Como si mudara la piel. ¿No lo ves, Peter? Se ha liberado de los Niños, de sus mudos reproches. Se ha desembarazado de su progenie, de las incesantes riñas y disputas de sus descendientes. Y ahora es imposible saber lo que sería capaz de hacer. ¿Cómo pueden permanecer aquí? ¿Cómo pueden soportarlo? Repitiendo la misma

triste pantomima una noche tras otra. Pretendiendo que no ha ocurrido nada. Estos magos arlequines. Estos hombres huecos. Ah, ha sido una estupidez volver aquí.

Dorfman esbozó una sonrisa. Una sonrisa radiante, auténtica. Había algo en ella, su tangibilidad, que traspasó su sombrío ensimismamiento y la apartó del borde de aquel negro pozo interior. Era como si hubiera englobado de golpe todo lo que los rodeaba, la inspiración que exhalaba la misma arquitectura, el reconfortante peso de la historia y la tradición, la compañía de sagaces intelectos centenarios. Y la certeza, la seguridad que él podía sentir en su sangre, de que éste era su hogar.

–Estaba pensando –confesó Dorfman–, que fui un estúpido al irme de aquí.

{Final tomo-2}